















Digitized by the Internet Archive  
in 2014



DUELO A MUERTE



# DEL MISMO AUTOR

## PUBLICADAS POR RENACIMIENTO

### NOVELAS DE «LA SEGUNDA ÉPOCA»

|  |      |
|--|------|
| El otro (2. <sup>a</sup> edición). <i>Novela</i> ..... | 3,50 |
| La opinión ajena. <i>Novela</i> .....                  | 3,50 |
| El misterio de un hombre pequeño. <i>Novela</i> ..     | 3,50 |
| La cita (edición popular).....                         | 1,00 |

### OBRAS COMPLETAS DE «LA PRIMERA ÉPOCA»

*Única edición refundida de las siguientes novelas á 2 pesetas volumen.*

- |                             |                             |
|-----------------------------|-----------------------------|
| I.—El seductor.             | X.—La enferma.              |
| II.—Sobre el abismo.        | XI.—El secreto—Semana de    |
| III.—Punto-Negro.           | Pasión. — Cara-Tris-        |
| IV.—Duelo á muerte.         | te. — El lacayo.            |
| V y VI.—Memorias de una     | XII.—Bodas trágicas—La Qui- |
| cortesana.                  | mera. — Amar á os-          |
| VII.—Tik-Nay (el payaso in- | curas.—La estatua.          |
| imitable).                  | XIII.—De Carne y Hueso.     |
| VIII.—Incesto.              | XIV.—Horas Cruelles.        |
| IX.—Loca de amor.           | XV.—Impresiones de Arte.    |



LS  
2232

EDUARDO ZAMACOIS



OBRAS COMPLETAS

TOMO IV

# DUELO A MUERTE

ÚNICA EDICIÓN REFUNDIDA POR EL AUTOR



152425  
27/9/19

RENACIMIENTO

SAN MARCOS, 42

MADRID

1916



**ES PROPIEDAD**



## DUELO Á MUERTE

Los lectores temen las crueles emociones que el realismo brutal de los novelistas contemporáneos les proporciona; y no advierten que éstos, copiando esa misma realidad, sufren mucho más que ellos.

GONCOURT.

### I

Calor de infierno caía sobre el ancho redondel anegado en luz; bajo el cristal azul del cielo, manchado de nubecillas blancas, las banderas nacionales flameaban á impulsos de un viento que pasaba demasiado alto, sin refrescar la atmósfera caliginosa de los tendidos. De la Plaza, semejante á un inmenso caldero repleto de carne humana, ascendía un mareante clamoreo de voces, de carcajadas, de conversaciones sostenidas á gritos; murmullo imponente y confuso como el vagido eternal de las olas. Aquí y allá, fondo oscuro formado por los trajes masculini-



nos, surgían los vestidos claros de las mujeres y los mantones de Manila, con su enérgica policromía brillando el sol; también había sombrillas rojas, como enormes esputos de sangre, que tamizaban la luz y encendían el rostro de sus dueñas. Iba á empezar el trágico espectáculo; en las barreras y tendidos, el objetivo de una máquina fotográfica hubiera visto millares de rostros perdidos en un gesto impreciso de ansiedad y desdén, que acaso traduzca el momento más interesante y rotundo de la psicología nacional. Desde los palcos la aristocracia simpatizaba con el pueblo: lucían las damas vistosas mantillas blancas ó de madroños, garbosamente prendidas al seno, y la cabeza y el cuello adornados por sendos golpes de flores: ellos vestían americana: algunos llevaban sombrero cordobés y chaquetilla corta, con bolsillos acuchillados, coderas y botones de plata. Bajo la franca caricia del sol, para quien las cabañas y los palacios tienen igual altura, y ante la perspectiva inminente de la sangre que iba á derramarse, la multitud, olvidando efímeros privilegios sociales, fraternizaba en la misma emoción.

A los acordes de un marcial pasacalle las cuadrillas atravesaban el redondel. Delante iban los matadores: *Gaditano* y *Quebrao*, de oro y encarnado, y Manuel Morata, *Sanluqueño*, de verde y oro: detrás formaban los peones, envueltos en el incendio de sus brillantes capas de paseo, y todos marchaban con tal gallardía y ritmo, que el entusiasmo de la muchedumbre reventó en aplausos.



Uno de los palcos inmediatos á la Presidencia lo ocupaban Lorenzo Alba de Torres, vizconde de San Bartolomé, y su mujer, Fernanda Montero, con el pintor Daniel Carmona, la marquesa de San Juan, el médico don Bernardo Ontígola y otros amigos. Al pasar las cuadrillas, Fernanda advirtió que *Sanluqueño* miraba hacia ellos y hasta creyó sorprender un rápido saludo. La joven volvió la cabeza.

—¿A quién saluda?—preguntó.

—A mí—repuso Celada.

Lo dijo apresuradamente, ufano de haber obtenido distinción tan marcada. Era un antiguo elegante, alto y delgado, con blancas patillas de las llamadas «de boca de hacha», que tenía fama de haber vestido en sus verdes años el frac muy bien.

—¿Pero usted trata á esa gente, don Javier?—replicó Fernanda.

—Yo, vizcondesa—contestó Celada inclinándose con gentil reverencia—, conozco y trato á todo el mundo.

En pie, tras de ellos, Ontígola y Daniel Carmona conversaban. Una alegría rabelesca, impúdica y cruel, coloreaba el rostro satisfecho y pálido del médico.

—El pobre Celada se engaña—murmuró.

—Cree usted que Jacinta...

—Me consta. Manolo Morata no le saluda á él, sino á su mujer...

Jacinta Llordéns y su hermana Matilde discutían animadamente: á veces reían á carcajadas; otras ba-



jaban la voz, confiándose al oído secretillos que nadie debía escuchar; y luego volvían á reir, y tan absortas estaban en su conversación, que ni siquiera parecían haberse apercibido de que el primer toro andaba ya por el redondel. Jacinta era una belleza frágil, pálida y rubia, con grandes ojos azules que los tristes espectáculos de la vida aun no habían comenzado á sombrear.

—Me consta—repitió Ontígola, haciendo un gesto de inquebrantable seguridad.

El primer toro era negro, bien armado, alto de agujas y de mucho poder; lucía divisa verde y negra y mató tres caballos. *Salitre* le puso, al cuarteo, un soberbio par de banderillas; pero salió acosado y al huir tropezó y cayó. *Gaditano*, rápido y oportuno, acudió al banderillero, metió el capote y se llevó á la fiera; quite magnífico que mereció una ovación y puso á muchos espectadores de pie. El interés de la lidia crecía con la visión de la sangre y de la muerte. Jacinta y Matildita Llordéns, la marquesa de San Juan, Alba de Torres y Celada, miraban ansiosos, acodados sobre la barandilla del palco. Fernanda Montero, Carmona y Ontígola se habían quedado detrás. El médico, en pie, miraba á la arena con sus gemelos, impasible y flemático, como marinero viejo que otea el horizonte.

Habían tocado á matar. *Gaditano* cogió los trastos, saludó á la Presidencia y fué á brindar el toro á las mujeres de un palco. Instantáneamente prodújose en la Plaza un raro silencio; la multitud quería oír



el brindis. El matador se quitó la montera y tosió, limpiándose la garganta...

Jacinta Llordéns y Matilde se levantaron, mirando ávidamente.

—¿Quién es ella?—preguntaban.

Alba de Torres miraba también.

—Una...—repuso Celada.

Su mujer volvió la cabeza y como él se detuviese vacilante, quiso completar su pensamiento.

—¡Ah, sí...! Alguna...

—Eso es...

—¿Cómo se llama?—preguntó Fernanda Montero á Carmona.

El pintor se encogió de hombros y miró á Ontígola, consultándole.

—Se llama Martina Olivares—repuso el médico, sin dejar de observar al toro, que andaba reservón y huído—; es querida de Carlos Grau...

—No la conozco.

Al brindis de *Gaditano* correspondió Martina Olivares poniéndose de pie y enviando al diestro un beso con la punta de sus dedos ensortijados. Era una joven alta y gallarda, envuelta en un rico mantón filipino, verde y blanco; tenía el pelo castaño partido simétricamente sobre la frente; la nariz recta, los ojos muy tunos, los labios muy rojos. Con ella estaban Luisa Luján, que lucía bajo una mantilla de madroños la belleza alegre y picante de sus diez y ocho años; y don Pablo Ardémiz, inmóvil en su silla, con los párpados cargados de sueño y el labio caído



de los libertinos viejos que ya perdieron la afición á besar. En segundo término se hallaban el barón de San Lucas, don Carlos Grau, que leía un periódico para mostrarse ajeno al espectáculo, y Pancho, el criado de Martina: un zagalón negro, metido en un frac rojo.

*Gaditano* acababa de matar al toro con un mediano volapié que suscitó grandes protestas en los tendidos de sol.

—Me voy—dijo Lorenzo Alba, levantándose.

Fernanda le miró de hito en hito.

—Tengo que hacer — repuso el vizconde acercándose á ella confidencial y bajando la voz—: Salinas me aguarda. Ya sabes... el proyecto de la carretera...

Saludó distraídamente y se fué: nadie advirtió su desaparición. El segundo toro acometía bravamente á los picadores y *Sanluqueño* acababa de hacer un quite maestro. Ontígola ocupó el asiento que Alba de Torres dejó vacío.

—¿Dónde va el vizconde? — preguntó Daniel Carmona á Fernanda.

Ella hizo un gesto ambiguo.

—A sus quehaceres.

—Muy perentorios deben ser, cuando le separan de usted.

—¿Muy perentorios...? ¡No tal!

—Pues... no concibo...

—¿No...? Entonces yo tampoco debo comprender cómo dejó usted á su mujer para venir á los



toros, diversión á la que no es usted aficionado.

Hubo una pausa, durante la cual los ojos de Fernando adquirieron una expresión cruel, que lastimaba.

—¿Sabe usted por qué estoy aquí?—murmuró el pintor palideciendo.

—Sí, lo supongo. Por verme. No hablemos más...

Daniel Carmona, presa de terrible agitación, se levantó. Luego volvió á sentarse cerca de Fernando, al par que rehuía el saludo de Vicente Risueño, un rico sombrerero que le saludaba desde el tendido y cuya sucia historia no era un misterio para nadie.

Daniel Carmona tenía treinta y seis años. Era bilbaíno: sus facciones duras y la jayanesca complexión de su tórax y de su cuello recordaban el vigoroso temple del pueblo vasco: tenía la cabeza larga, uno de esos cráneos irregulares donde nacen las pasiones trágicas; los ojos, serenos y grandes, la nariz aguileña. Una palidez febril, la intensa palidez de las prolongadas labores mentales, cubría su rostro; en su barba negra el tiempo pintó numerosos hilillos plateados.

Carmona llegó á Madrid siendo muy joven, y los primeros meses pasados en la corte fueron para él de aprendizaje rudísimo: al principio pintaba marinas y retazos de paisajes donde recordaba las perspectivas, dulcemente melancólicas, del pueblo natal, y que un ropavejero, amigo suyo, vendía por los cafés á bajo precio; luego fué director artístico de un semanario ilustrado, y esto le proporcionó relaciones valiosas y la colaboración en varios periódicos

de los más leídos. Su primer cuadro, titulado *Escenas montañosas*, alcanzó mención honorífica; y el que presentó al año siguiente obtuvo medalla de oro y le valió ir pensionado á Roma. De Italia regresó célebre ya y casi rico, y las encantadoras cualidades de su carácter, llano y abierto, le granjearon las simpatías del patriciado. Pronto su firma se puso en moda: él pintó cuadros para los oratorios de varias damas principales, y los frescos que adornaban el comedor del vizconde de Algorta, y el célebre salón verde de don Miguel Vélez, marqués de San Juan, también eran obra suya.

En casa de Vélez fué donde Daniel Carmona conoció á Fernanda Montero, vizcondesa de San Bartolomé. Apenas tenía veinticinco años y ya llegaba al colmo deslumbrante de su belleza: era gruesa, alta y esbelta con cabellos y ojos negrísimos que vertían simultáneamente sombra y luz sobre un rostro muy pálido. Aquel semblante atormentado por el íntimo trajín de terribles pasiones en germinación, y sus pupilas inmóviles, agrandadas por la visión de horizontes remotos, ventanas extrañas de un alma superior, abasaron á Carmona en el incendio infernal de los deseos criminales, de los apetitos sin esperanza...

Cuando esto ocurrió, Daniel ya estaba casado. Su esposa, Isabel Talaván, era una belleza mediocre y un cerebro vulgar, que no le ayudaba al trabajo. Poco á poco, suavemente, fué separándose de ella y acostumbrándose á considerarla como algo inferior obligado á vivir lejos de él por la misma incurable



poquedad de su entendimiento. La pasión que en él provocaron la pujante gallardía y briosa condición de Fernanda Montero, precipitaron este divorcio moral. Sin advertirlo siquiera, la vizcondesa de San Bartolomé encendía la carne y la mente del pintor: ella le atraía con su voz, le hechizaba con las angulosidades de su carácter díscolo y altivo, le obsesionaba con el ritmo voluptuoso de sus movimientos mordedores, afrodisíacos, como frases de un libro pornográfico abierto siempre por su página más excitante.

Daniel Carmona dió á la fidelidad de Fernanda asaltos desesperados: al principio, cohibido por la expresión voluntariosa, casi cruel, de aquel entrecejo que jamás se desarrugaba completamente, sólo aventuró insinuaciones tímidas; con el tiempo su desesperación fué infundiéndole ánimos, y á regañadientes y como á tropezones, tras mil titubeos y probaturas, pudo confesar el secreto de aquella pasión que ya se le desbordaba del pecho. Fernanda Montero le escuchó impassible. Otro día Daniel repitió su declaración, arropándola en frases más persuasivas y apremiantes, y ella se indignó. Transcurridos algunos meses Carmona volvió al asalto; Fernanda, que estaba de buen humor porque estrenaba un sombrero precioso, se echó á reir. Su risa esperanzó al pintor. ¿Por qué Fernanda, espíritu grande, sensible á todas las bellezas de la vida, había de consagrarse á un esposo vulgar de quien no estaba enamorada...? ¿Por qué no buscar en lo prohibido el acabado contento

que la ley no supo darla...? Daniel Carmona hablaba del adulterio como de una finta ó tentativa hecha hacia la paz del espíritu, que es el bien sumo; y, según él, no pecar por recelo á que la traición no reporte una felicidad definitiva, es tan absurdo como no escribir desesperando no componer una segunda *Iliada*, ó renunciar á la paternidad temerosos de no engendrar otro Homero...

La vizcondesa de San Bartolomé recibía aquellas exhortaciones de diversos modos: unas veces se enfurecía, creyéndose humillada; otras se encogía de hombros, aburriéndose. Entonces Carmona protestaba.

Esta lucha duró más de un año, transcurrido el cual Daniel Carmona se reconocía tan lejos del fin, como si en aquellos largos meses de sufrimientos y fatigosas escaramuzas nada hubiese hecho.

En la vasta oquedad de la Plaza vibró el clarín que anunciaba la muerte del quinto toro. Era negro, chorreao por los lomos y astiblanco. Manuel Morata, con los trastos en la mano derecha, dirigióse á la fiera. El animal, que aún conservaba mucho poder, mugía y humillaba la cabeza; el viento, que, desde la segunda mitad de la lidia, había comenzado á soplar, entorpecía la faena del diestro. Morata avanzaba pisando corto y de cuando en cuando se detenía, haciendo gigantones para llamar la atención del cornúpeto: dos peones, los capotes al brazo, le seguían desde lejos, prontos á favorecerle.

—Me da el corazón que esta tarde "hay hule"—  
dijo Celada,



—Creo lo mismo—repuso Ontígola, sin dejar sus gemelos.

Jacinta, Matilde y la Marquesa de San Juan, miraban también, mordiéndose los labios. Manuel Morata estaba en boga: era mozo esbelto y valiente; tenía las piernas ágiles y el brazo duro; las mujeres de la cáscara amarga y aun muchas damas de posición, adoraban en él, y raro era el mes que no traía para el afortunado diestro una carta de amor.

*Sanluqueño*, después de procurar inútilmente separar al toro de un caballo muerto, le dió dos pases soberbios de cabeza á rabo, y cinco altos muy limpios y ceñidos. Luego igualó al toro y se apercibió a la suerte suprema. Como movida por un resorte la muchedumbre, hasta allí inmóvil y callada, se levantó.

—¡No, no...!—gritaron muchos espectadores.

El toro no estaba bien cuadrado; un peón metió el capote y el animal cambió de actitud. Morata lanzó un juramento; quería que le dejaran solo con la fiera; furioso al verse desobedecido, cogió la montera y la arrojó al suelo. Esta cólera, ofuscándole, exponía su vida; el viento tornó á descomponerle la muleta.

Repentinamente hubo un gran silencio; el silencio solemne que acompaña á los equilibristas cuando avanzan por la maroma, los brazos en cruz: sobre el redondel, abrasador hasta entonces cual la boca de un horno, pasaba la emoción fría de la muerte. *Sanluqueño* estaba á dos pasos del toro, provocándole; pero el animal reculaba, humillando el testuz, bus-

cando la barrera. De pronto «se arrancó»: el ataque fué tan rápido, que Morata no pudo hurtar el cuerpo, y el toro le enganchó por un sobaco, levantándole: el diestro cayó al suelo boca arriba y luego giró sobre sí mismo, en una convulsión de dolor, quedando inmóvil y de bruces.

La multitud, aterrada, prorrumpió en un alarido intraducible. Dos peones levantaron á Morata, exánime: tenía los labios entreabiertos y sin color, y la camisa empapada en sangre; un mechón de cabellos se había adherido á su frente, que la intensidad del sufrimiento anegó en sudor. Al verle así, bamboleándose sobre sus piernas inertes, Jacinta se cubrió los ojos con su pañuelo y lanzó un grito agudo.

—¡Le ha matado, le ha matado!—exclamó Celada levantándose—; corro á la enfermería... ¡Pobre muchacho...!

—Voy con usted—agregó Ontígola.

Resplandeció el semblante de Jacinta.

—Yo también voy—dijo.

Se puso en pie y empujó á los dos hombres. Bernardo Ontígola la miró benévolo, comprendiendo su inquietud, apreciando su sufrimiento. Javier Celada vaciló; temía que su mujer se emocionase demasiado; la visión de un hombre herido es poco agradable...

—¿Qué importa?—replicó ella—, vamos... corre... antes de que la gente invada la enfermería...

Salieron precipitadamente, quedando en reunirse con sus amigos á la salida de la Plaza. En aquel



momento el público aplaudía al puntillero que remataba al toro de un solo golpe. Daniel Carmona miró á Fernanda,

—¡Pobre Celada!—murmuró.

La joven, comprendiendo la ironía de esta exclamación, repuso:

—Sí; ¡pobre don Javier...! Y también, ¡pobre Jacinta!

—¿Ella...? ¿Por qué...?

—¡Oh...! Porque tal vez Jacinta sería buena si él, con sus veleidades, no la hubiese mostrado el camino del mal.

—Acaso sea esa la mejor enseñanza que de su esposo ha recibido. Lo único real es la felicidad, y para conseguirla todos los caminos me parecen buenos. El mundo, vizcondesa, es un cementerio, un gran cementerio, en cuyo atrio la loca Humanidad celebra eternamente un baile de máscaras. ¿Por qué permanecer callados y mustios, cuando todos ríen...? Nada es bueno ni malo, triste ni alegre. La vida es como el mar, donde un mismo viento puede impulsar simultáneamente á dos barcos en direcciones perfectamente opuestas... Todo depende de la colocación de las velas.

Fernanda Montero miró á su interlocutor severamente y no contestó. Transmitida, nadie sabe por quién, recorrió los tendidos la noticia de que la herida de *Sanluqueño* no era grave; ésto aplacó momentáneamente la inquietud del público. Tocaron á banderillas. En el redondel había largos charcos de

sangre que los empleados de la Plaza tapaban con arena: aquellas dos largas horas de rudas emociones habían fatigado á la multitud; los más alborotadores, enronquecidos de gritar, callaban; un cansancio de melancolía caía sobre el circo; los toreros, sentados en el estribo, descansaban restañándose el sudor y quitándose la tierra que recogieron en sus zapatillas durante la lidia; el sol ya iba muy bajo y sólo iluminaba la parte alta del vasto anfiteatro; sobre el cielo azul empalidecido por el ocaso, las banderas nacionales pintaban alegres brochazos de oro y de sangre...

—¿Quiere usted dejarme ver la corrida?—preguntó Fernanda impaciente.

Daniel se mordió los labios. En el extremo opuesto del palco, Carmen Flores, marquesa de San Juan, refería á Matilde un lance escandaloso de Carlos Grau, que la joven escuchaba abriendo mucho los ojos. El pintor susurró:

—Usted es mi única pasión; la mujer inolvidable...

—Y para no olvidarme, necesita usted perderme. ¡Sana moral la suya! Usted es como aquella mujer que dijo á su amante, un pobre romántico que no había nacido para empresa mayor: "Suicídame por mí; es el único medio que tienes de vivir eternamente en mi memoria..." Y él se mató y ella asistió al entierro. ¡No, Daniel, yo no soy así...! Yo no me mato...

Rompió á reir; Daniel bajó los ojos.



—Usted se complace en el mal—prosiguió Fernanda Montero— ¡naturalmente...! La humana maldad parece el estiércol resultante de la digestión de las ideas; el espíritu, como el cuerpo, necesita eliminar, expulsar, lo nocivo...! Y por esto, sin duda, todos los hombres son malos y hacen daño, cuando menos, una vez al día.

Y agregó suavizando el agrio metal de su voz:

—Renuncie usted á mí, Daniel; renuncie usted para siempre.

—¿Está usted enamorada de algún hombre?

—De nadie.

—¿Y de su marido?

—Sí, de mi marido, sí. Pero Lorenzo no es un hombre, como usted dijo antes; el vizconde es mi apellido, mi decoro, mi honor... aquello tan alto, tan santo, que no admite raspadura infamante ni sombra de mancilla; y somos dos para guardar ese honor. A Lorenzo le quiero como se quiere el deber, y por el deber se da la vida... En la cama donde duermo murió mi padre: pues bien; soy tan radical en mis opiniones, que desde que me casé, al borde de ese lecho ningún hombre, ni aun mi hermano Joaquín, se ha sentado...

Hubo una pausa. Fernanda Montero, inquieta, se pasó las manos por la frente, y procuró distraerse con el toro que, cansado y huído, retrocedía ante el matador. De pronto se volvió nerviosamente hacia el pintor; temía no haber dicho bastante.

—Yo no traicionaré nunca... ¡nunca!—afirmó—

á quien va delante de mí mostrándome, como San Juan á la Virgen, el camino que siguió el Salvador, la calle de la Amargura, única que conduce á la virtud.

Daniel Carmona tuvo un brusco estremecimiento de despecho y de cólera.

—¡Lástima de mujer! —masculló—; ¡qué pocos hombres sabrán comprenderla á usted!

—Muy pocos... y usted entre ellos.

—Y con ellos el vizconde: Lorenzo tampoco sabe quién es usted; y como no lo sabe... no la estima.

Bajo la mirada penetrante, buida, como la punta de un florete, de Fernanda, el pintor, tan bien templado para las luchas de la vida, bajó los ojos. Fué un magnetismo desconocido, más fuerte que su voluntad. La vizcondesa de San Bartolomé se levantó celosa y arrastró á Carmona fuera del palco:

—Si lo que me ha dicho usted de Lorenzo—exclamó—se lo hubiera usted dicho á Lorenzo de mí... tendría usted que probar su afirmación, ó que matarle para no morir.

—No la comprendo á usted.

—Los que se casan sólo tienen un honor, un nombre, un lecho... cuya limpieza ambos cónyuges deben vigilar. Acerca de esto no concedo al hombre prerrogativa ninguna sobre la mujer; los dos iguales ante la ley... perfectamente iguales... Usted ha acusado al vizconde y necesito saber la verdad... ¡toda la verdad...! No olvide usted que en este asunto... tal vez está usted jugándose la vida.



No hablaron más; las mulas arrastraban al último toro, y los espectadores que bajaron al redondel parecían, vistos desde la altura del palco, un enjambre de hormigas negras. La marquesa de San Juan y Matilde se levantaron.

—Vamos—dijo Fernanda cogiéndose del brazo de Matilde—; vámonos pronto...

Su nerviosidad disimulaba un dolor. La multitud había dejado sus asientos, y su enorme masa, movable y oscura, simulaba regueros de tinta que se deslizasen por el rápido plano inclinado de los tendidos: sobre el redondel flotaba una leve nubecilla de humo que millares de fumadores alimentaban.

Detrás de Fernanda Montero y de sus dos amigas, caminaba Daniel, muy preocupado por la difícil situación en que la ligereza de sus apreciaciones y las genialidades de la vizcondesa acababan de colocarle, y más enamorado de ella que nunca. Fuera de la Plaza encontraron á Celada y á Jacinta, que les esperaban: Ontígola se había marchado.

—¿Y el herido?—preguntó Matilde.

—Bien, relativamente —repuso Celada—; la herida es menos grave de lo que creíamos.

Jacinta Llordéns se apoyaba en el brazo de su esposo, desfallecida. Por las amplísimas puertas de la Plaza el público iba saliendo á borbotones y corría luego á tomar por asalto los tranvías y las berlinas colocadas en fila á ambos lados del paseo: los cocheros cambiaban desde sus pescantes denuestos y razones: ninguno quería quedar detrás y luego to-

dos se alejaban hacia Madrid, perdidos en una nube de polvo que el sol poniente tornasolaba, y con un ruido alegre y ensordecedor de campanillas. En un landó iban Martina Olivares y Luisa Luján, con los cabellos adornados de flores: el asiento delantero lo ocupaban don Pablo Ardémiz y Pancho, metido en su frac rojo, la negra cabeza prisionera entre las dos puntas de un cuello muy blanco. Don Carlos Grau, para evitar murmuraciones, había desaparecido en un modesto coche de alquiler. Al landó de Martina lo seguía de cerca otro donde iba *Gaditano* con tres amigos: los picadores pasaban al galope de sus viejos caballos; todos llevaban el pantalón manchado de sangre; los vendedores de periódicos ofrecían *La Puntilla*, *El Redondel* y otros semanarios taurinos, "con la revista de toros y la grave cogida de Manolo Morata..."; y de aquella multitud caótica que se alejaba, esfumándose en la distancia y el polvo, sólo descollaban las siluetas gallardas de los picadores, jineteando bajo sus castoreños, y los aurigas particulares, que llevaban las riendas á la altura del pecho y hacían chasquear los látigos sobre sus sombreros de copa.

Don Javier Celada, Jacinta y Matilde, subieron á un coche. El *milord* de Alba de Torres se había acercado y Fortunato, el lacayo favorito del vizconde, esperaba junto á la portezuela á que su ama y la marquesa de San Juan entrasen. Entonces el pintor se despidió de Fernanda en voz baja.

—Señora... hasta mañana.



—¿Mañana...? Es muy pronto; no tendrá usted tiempo de buscar la prueba que le he pedido.

—¿Habla usted seriamente...?

—Sí.

—Y si habla usted seriamente... ¿Qué es eso...?, ¿locura ó crueldad...?

—No lo sé; de todos modos, no vaya usted á verme sin esa prueba que necesito.

Aprovechando la ocasión en que la marquesa de San Juan subía al coche, Daniel Carmona acercó sus labios al oído de Fernanda.

—Sufro mucho—balbuceó—, mucho...

Ella se encogió de hombros.

—Sufre usted—repuso—porque quiere; es usted como aquel individuo á quien gustaba que su mujer le pinchase la espalda con una aguja.

Fernanda Montero dejó á Carmen en su hotel de la calle Tutor, y siguió hacia su casa: un lindo hotelito de la calle de Rosales, desde cuyos balcones se atalayaba un bello paisaje. Lorenzo Alba no había llegado aún.

—¿Y mi hermano?—preguntó Fernanda á su doncella.

—El señorito Joaquín tampoco ha venido.

Fernanda penetró en su gabinete y cambió su traje por una bata de seda azul pálido, con lazos turquíes. Dieron las ocho, las nueve... Alba de Torres no aparecía. Fernanda bajó al comedor y cenó sola, distraída en la lectura de un libro. A las once volvió á su dormitorio y comenzó á desnudarse, de pie

en medio de la habitación, teniendo por cenit una lamparilla cuyo globo de cristal verde derramaba un pálido resplandor de aurora sobre las paredes estucadas, y por nadir una muelle alfombra donde un tigre reposaba sobre un campo azul: después se acostó y bajo su cuerpo el lecho crugió sordamente; aquel viejo lecho en que sus padres, engendrándola tan fuerte de espíritu y bien acabada de cuerpo, demostraron ser dos grandes artistas...

Largo rato estuvo Fernanda Montero inmóvil, los brazos en alto y cruzados atrás, bajo la nuca, y la mirada fija, acechando ideas y ruidos lejanos. Luego reanudó la lectura comenzada en el comedor; pero su imaginación, esclavizada por preocupaciones de gran riesgo, visitaba lejanos lugares y tuvo que dejar el libro, que resbaló de la cama y cayó al suelo.

La inesperada acusación de Daniel Carmona abrazaba el espíritu suspicaz y celoso de la vizcondesa con el tósigo de una inquietud que iba en aumento de hora en hora. El pintor había asegurado que Alba de Torres olvidaba sus deberes. ¿Sería cierto...? Esta afirmación la relacionaba Fernanda con la ausencia del vizconde, y, poco á poco, contra todo el torrente de su ánimo, fué recordando detalles que acudían á fortalecer la hoguera de sus celos.

En Fernanda Montero, la adusta educación caballeresca que recibió de su padre y el fanatismo religioso de su madre doña Petra de Diego, lejos de dominear los arrestos varoniles de su condición sólo sirvieron para robustecer su dura índole. Era alta, ro-



busta, testaruda, y sobrepujaba á todas las niñas y muchachos de su edad en agilidad, fuerza y ardimiento. De su madre heredó el inquebrantable tesón de los apóstoles y de los mártires; de su padre aprendió á considerar el honor y la ley como entidades inviolables, puras cual la luz, que todo lo atraviesa y en nada se mancha, y superiores, por lo mismo, á las voliciones, caprichos y cobardes mudanzas de los hombres.

Robustecía esta puridad de criterio la historia de su raza. Fernanda Montero había nacido en un pueblecillo de la montuosa Avila. Aquél caserío, con todos sus aledaños en una extensión de tres ó cuatro leguas, pertenecían á su familia. Cerca del pueblo, sobre la cresta de un cerro que en Semana Santa servía de Calvario, erguía-se un viejo templo medioeval, mitad iglesia y castillo á medias, en cuyos paredones centenarios las chispas eléctricas abrieron resquebrajaduras profundas: bajo los aleros las golondrinas tenían sus nidos, las lechuzas sus guaridas, las laboriosas abejas sus colmenas.

Desde muy pequeña la joven solía pasar en el templo largas horas, de hinojos sobre el embaldosado repleto de tumbas, con inscripciones y fechas que el infatigable lamer de los siglos iba borrando. A la derecha del altar mayor, junto al púlpito, había un sillón doselado, desde donde oyeron misa muchas generaciones ilustres de Montero, y, á la izquierda, cerca de un Cristo milagroso de quien contaba la leyenda que mató al moro que quiso desclavarle para hacer

de él astillas, estaban los sepulcros de don Juan Fadrique Montero, que lidió en la gloriosa jornada del río Salado, y de su esposa doña Juana: ambos yacían en actitud supina, las manos cruzadas, atrayendo la atención de los devotos con la blancura de sus pies de mármol. Fernanda pensaba en los países remotos que habrían visitado aquellos pies hogaño inmóviles, y que el matrimonio es algo sobrehumano, ya que ni la misma muerte puede desunir en el descanso á quienes el amor unió en la pelea.

Fernanda Montero casó á los veintiún años con el vizconde de San Bartolomé. Para aquella virgen educada en la austeridad claustral de la aldea, la religión significaba honor y deber, y no concebía cariño, pasión, ni ninguna otra raza de afectos, fuera de la virtud. El matrimonio era maternidad, sufrimiento, abnegación en pro del esposo y de los hijos; era el vínculo instituido por la Iglesia para unir lo futuro con lo pasado, transmitiendo á nuestros descendientes el nombre sin raspadura de impureza que de nuestros padres recibimos. El honor, para Fernanda Montero, constituía algo santo que así pertenecía á sus tataradeudos como á sus hijos, y que el Destino sólo había puesto en sus manos pasajeramente y en calidad de préstamo. Usar de él á su antojo, afrentar la memoria de los progenitores que reposaban bajo el suelo de la iglesia lugareña, donde ella oyó la primera misa, vilipendiar el apellido bendito tantas veces en el altar y sobre la pila del bautismo, equivalía para la altiva castellana á la más innoble de



las violaciones. Las mujeres, con su honestidad, deben guardar el claro renombre que los varones de su estirpe conquistaron, si artistas con su talento, si guerreros con su valor: su matriz era, pues, el sacro tabernáculo que guardaba la semilla que sus ascendientes fueron seleccionando con sus hazañas y altos ejemplos, y todo esto, tan delicado, tan excelso, fué lo que Fernanda Montero creyó entregar á Lorenzo Alba de Torres. La Epístola de San Pablo que el cura les leyó al ponerles la grave coyunda nupcial, ratificó su creencia.

Fernanda hubiese perdonado á su esposo todos los vicios y defectos, menos el adulterio, pues los primeros sólo á ella mortificaban, mientras la traición amorosa ofendía la memoria de los progenitores que reposaban allá, en el pueblo natal, bajo la bóveda del viejo templo. Pero la joven no desconfió ni un instante de la fidelidad de su esposo. Lorenzo la eligió por compañera creyéndola digna de besar á su madre y capaz, por tanto, de conservar su honor, y ella le aceptó suponiéndole investido de iguales merecimientos: no podían engañarse. Además, ¿si ella renunció por él á todos los hombres, cómo Alba de Torres no olvidaría por ella á todas las mujeres...?

En sus primeros años de matrimonio Fernanda Montero vivió feliz, adormecida en la dulce seguridad de no ser engañada. Su hermano Joaquín se educó en Madrid desde pequeño y tenía todos los resabios y desmandados apetitos de los mozos aristócratas; vivía con su madre y sólo iba á visitarla de tarde

en tarde: Lorenzo Alba era joven, apuesto, montaba á caballo como un héroe de los juegos olímpicos, y, no obstante ser de corto y vulgarísimo entendimiento, Fernanda le reconocía capaz de hacer dichosa á cualquiera mujer.

Aunque educada en el respeto y temor de Dios, no era fanática, y su intransigencia y fanatismo sólo informaban otro orden de ideas. A misa asistía los domingos, unas veces sola, otras con la marquesa de San Juan, á quien iba á buscar en coche á su hotel de la calle Tutor; por las noches Alba de Torres la llevaba al teatro ó á saraos íntimos á los que don Miguel Vélez y el vizconde de Algorta concurrían. De día salía rara vez; sólo de cuando en cuando iba á casa de su madre, que habitaba en un piso principal de la calle de Serrano, frente á la Biblioteca Nacional.

Era una mansión triste, falta de luz, con puertas cubiertas por largos cortinajes negros y alfombras densas que ahogaban los ruidos: al hablar los visitantes, sin saber por qué, bajaban la voz. En el recibimiento, cerca del perchero, había un gran Cristo de talla, alumbrado por una lamparilla de aceite cuyo resplandor inseguro afilaba la nariz y los pómulos lívidos del divino agonizante: las criadas, vestidas de negro y con cofias y delantales blancos, parecían caminar de puntillas: todas estaban tristes y como empalidecidas por la lámpara del Cristo. A lo largo del pasillo que conducía al salón, había viejos cuadros con marcos dorados y manchas blancuzcas de calaveras,



de semblantes doloridos y de torsos desnudos, que anunciaban escenas horribles de sufrimiento y martirio perdidas bajo el hollín del tiempo. El salón, que era espacioso, tenía tres balcones, de los cuales dos siempre estaban cerrados; los muebles, de terciopelo azul, envejecían bajo fundas que ostentaban en el respaldo dos iniciales enlazadas. Sobre el sofá había un cuadro enorme que representaba el paso del Mar Rojo por los hebreos; y en el testero opuesto, otro lienzo reproducía la silueta de Cristo, deslizándose por el Tiberiades bajo un nimbo de luz. Delante de los espejos, sobre viejas consolas con piedra de mármol, brillaban relojes de bronce; relojes tristes, de en tiempos del Imperio, que ya no andaban; aquí y allá, llenando los huecos comprendidos entre las puertas y los espejos, aparecían los retratos de don Jaime Montero, padre de Fernanda, y de otros próceres ilustres, vestidos de hierro ó con gorguera, mangas acuchilladas, brahones y chambergos rembranesco, adornados por largas plumas blancas: todos pelinegros, de nariz aguileña y un mirar fiero que acusaba el duro temple de sus almas de purísima estirpe montañesa.

En el gabinete, al pie de una inmaculada de Muirillo, había una pila de agua bendita; una concha de irisaciones magníficas, hallada por un peregrino en las márgenes del Jordán. Allí, sentada en un amplio sillón de gutapercha, delante de la chimenea, los pies apoyados sobre un cojín, pasaba doña Petra de Diego casi todas las horas de su muerto vivir, repasando

las cuentas de su rosario y recibiendo las visitas del cura don Fernando Almonacid y de los sacerdotes don Arturo Melgares y don Dionisio Bringas, que solían ir á distraerla por las tardes cón amenas y piadosas pláticas. También frecuentaban su trato doña Eufemia Ajero y otras amigas, hermanas de asociaciones religiosas de las que doña Petra era fundadora; y el padre don Carmelo Díaz, carácter impulsivo, terco y fanático, que trabajaba activamente en allegar recursos para fundar un colegio bajo la advocación de Nuestra Señora de la Piedad, con clases para niñas y niños, externos y pensionistas, profesores de segunda enseñanza, clases preparatorias para carreras especiales, gimnasia y otros adelantos y excelencias. Doña Petra escuchaba complacida cuantos proyectos sometían á su consideración aquellos prudentes varones, y á todos prometía el apoyo moral de su voto y el eficacísimo concurso de su dinero. El dinero empleado en obras piadosas y para mayor lujo y exaltación del culto, es santo: el tintineo de las monedas que los devotos depositan en los cepillos de las iglesias repercute en el Cielo: lo único que ella sentía era no ser más joven y más rica para luchar mejor en pro del bien común.

Fernanda Montero se ahogaba en aquel gabinete donde su pobre madre parecía aguardar á la muerte rodeada de curas que hablaban de religión y de terrenos que urgía comprar, y discutiendo el plan de un colegio inmenso, especie de convento ó seminario, con jardines y torres que dorarían los resplandores de



un sol que ella no había de ver... Una tarde conoció al arquitecto: era un individuo de mediana estatura, calvo, vestido de negro, con ojos claros y muy separados. El padre Carmelo le presentó y Melgares y don Dionisio le recibieron con gran ceremonia y aca-  
tamiento, como á hombre de quien mucho se espera. Luego hablaron del edificio que en proyecto traían, determinaron la calidad de las maderas, alambicaron el precio de los ladrillos y del embaldosado; las piedras del pórtico las traerían de Lérida y los principales operarios serían catalanes. Doña Petra asentía, pareciéndola aquellos regateos muy legítimos y en sazón, orgullosa también de que sometieran á su modesto juicio tan vastos proyectos. Fernanda Montero no desplegó sus labios durante la discusión, que fué larga, y se marchó llevándose la dolorosa certidumbre de que todos aquellos ensotanados individuos explotaban á su madre.

Al siguiente día la joven invitó á su hermano á corregir con mano justa todo aquel desgobierno; pero Joaquín se encogió de hombros: él ya había dicho cuanto supo y creyó oportuno para enmendar graves despilfarros maternos; Doña Petra era una mística incorregible que se embriagaba con incienso; él no podía hacer más que acompañarla á comer, de vez en cuando, y respetar á sus criadas. Fernanda riñó con Joaquín, le tachó de frío, disoluto y egoísta, y renegó del Destino que puso en sus venas la misma sangre. Por la noche refirió á Lorenzo Alba lo ocurrido, y el vizconde también se encogió de hombros:

él deploraba que doña Petra viviese alejada de los suyos y á merced de gentes que sólo codiciaban su dinero; pero, ¿qué remedio...? Cada cual procede según sus inclinaciones y es imposible torcer los viejos hábitos fortalecidos por la educación y la edad. Entonces Fernanda explicó á su madre, primero mesuradamente y luego con juvenil y provocativo arrebató, sus observaciones: la molestaba aquel hogar silencioso, anegado en sombras, con su ambiente de hospital, su Cristo que parecía ofrecer su pecho ensangrentado á cuantos visitantes iban llegando; sus cuadros místicos, poblados de figuras doloridas y de cadáveres, lienzos trágicos, como las salas de disección; y sus alfombras, que ahogaban los ruidos, y sus sirvientes pálidas, vestidas de negro... Ella, para su madre, quería más aire, más sol, más sinceridad. Doña Petra, furiosa, reprendió á su hija y llegó á profetizarla todo género de vejaciones y malandanzas: concluyeron por reñir y prometieron no volver á saludarse nunca.

En los días que siguieron á este rompimiento, la vizcondesa de San Bartolomé lloró mucho. Una pasión que hasta allí estuvo oculta y como latente en su alma, la pasión del odio, la había mordido cruelmente: este rencor vago y heterogéneo al principio, definióse muy pronto: odiaba á cuantas personas contribuían, más ó menos directamente, á separarla de su madre: á doña Eufemia, siempre enlutada, especie de hormiga mística que llevaba y traía los bonos que las congregaciones religiosas reparten á



los pobres de cada distrito, y que jamás volvía á su casa sin algo entre las uñas; y aborrecía también á don Carmelo, batallador y absorbente como un agiotista yanqui; al padre Melgares, cauto y solapado, invariablemente risueño, con una alegría postiza que resbalaba por las arrugas que la costumbre de reir fué dejando en su semblante anémico y fofo; á don Dionisio Bríngas, alto y grueso, que tomaba rapé y hablaba lentamente, las manos cruzadas sobre el abdomen, y ponía la autoridad de su calva al servicio de sus taimerías; y, finalmente, detestó al arquitecto, hechura de jesuítas, reservón y humilde, que departía en voz baja y siempre con una sonrisita de lacayo en los ojos. La joven buscó el verdadero origen de tan implacable rencor y no lo halló: sólo supo que había en ella algo incorruptible, muy valiente y muy noble, que rechazaba la mentira y cuanto trascendiese á traición, disimulo ó superchería. Fernanda adoraba las situaciones bien definidas, la luz franca, la línea recta. La indiferencia de su hermano Joaquín y de Alba de Torres exacerbaron su odio. Durante dos años la joven y su madre vivieron distanciadas y perfectamente ajenas la una á la otra. Fernanda concluyó por juzgarse muy aislada y fuera del cauce por donde marcha todo el mundo; una energía sobrehumana de protesta discutía en ella hasta los afectos infantiles más íntimos; su espíritu, acrisolado por la noción del deber, revolvíase contra la sociedad que, al robarla á su madre, pisoteó su más santa creencia. Desde aquel momento la vizcondesa de San Bartolomé se

dió á inquirir el carácter de sus relaciones, para apartar lo malo de lo menos corrompido y no tratar íntimamente á ninguna mujer, por noble y encopetada que fuese, sobre cuyo honor la maledicencia hubiese echado el más ligero vaho. Abandonada de todos, Fernanda Montero se retrepó en sí misma. La niña terca de otros tiempos renacía en la joven: adoraba al Dios misericordioso que la consolaba, pero detestaba á los clérigos, sórdidos y astutos, en quienes su fino instinto presentía temibles enemigos; y aunque enamorada de Lorenzo Alba, su espíritu, despertado súbitamente al rudo choque del primer combate y del primer dolor, comprendía que no le amaba con esa pasión ciega, que, como el frío de la fiebre, penetra hasta los tuétanos y nubla el pensamiento, sino reposadamente y habiendo la conciencia plena de su impulso. Sin embargo, Fernanda Montero amaba á Lorenzo infinitamente... tal vez porque Alba de Torres personificaba el honor y el deber.

Cierta noche Fernanda y Joaquín se vieron en el teatro Español, y el joven, con espontáneo y generoso impulso, la abrazó: pero ella, aun agradeciéndoselo, nunca llegó á perdonarle completamente, sabiéndole descastadote y vicioso. Con la esperanza de corregirle le reprochaba sus disipaciones, la indiferencia con que veía la ruina de su madre y el insano anhelo que parecía poner en despilfarrar su hacienda.

Él bromeaba y se encogía de hombros, con el



gesto desenfadado del vividor que se echa todo á la espalda.

—Tú, hermana—decía—, llevas una fiera dentro. El día en que esa fiera despierte... ¡nos vamos á lucir...!

Tendida ahora en su lecho, la vizcondesa de San Bartolomé sentía cruzar por su memoria, á la luz roja de la cólera, todos estos recuerdos. Los momentos de aquella noche interminable iban pasando, pasando... y Alba de Torres no venía. De repente Fernanda se levantó y arropada en una bata, fué á sentarse junto al balcón. Allí, el cuerpo inclinado hacia adelante, la cabeza entre las manos y los codos sobre las rodillas, esperó. Un farol, colocado delante del hotel, iluminaba un trozo de calle y las flores más altas de la enredadera que enverdecía la verja del jardín; la brisa agitaba blandamente los árboles, cuajados de hojas y de brotes nuevos; lejos, bajo el resplandor tímido de las estrellas, se columbraban siluetas de edificios perdidos en la uniforme extensión nocturna. La joven, impaciente, cambió de actitud, volviéndose de espaldas á la calle. Entre las colgaduras del lecho lucía una lamparilla metida en un globo de cristal que vertía un nimbado resplandor de amanecer sobre aquel viejo tálamo, ancho y profundo como una cripta, que presenció dos agonías...

Fernanda Montero acababa de sorprender en sus profundos un movimiento fugaz de aversión hacia su marido; mas la ruin pasioncilla murió instantánea-

mente, cual luz pirotécnica que se apaga. Después recordó á Daniel Carmona: le veía sobrado y membrudo, con sus ojos distraídos y grandes, su nariz corva, testaruda y sensual; y su barba que el trabajo y los años fueron salpicando de hilos plateados. Daniel la quería, estaba ciego por ella; además, parecía conocer algún secreto de Lorenzo... Era, pues, una voluntad que podía ayudarla...

Sonaron las tres de la madrugada, y la péndola del reloj colocado sobre la chimenea del gabinete, entre dos candelabros de mármol, continuó su isócrono y devorador vaivén. Las relojerías, los comercios de pompas fúnebres y las tiendas de objetos de viaje, producen análoga emoción; la emoción depresiva de lo que se va. Fernanda se llevó las manos al pecho; su respiración empezó á ser fatigosa; bajo sus manos, su apasionado corazón latía rítmicamente, envejeciéndola, y se reconoció insignificante ante los siglos y el cielo. ¿Por qué las grandes tribulaciones del alma van ligadas á las borrosas nociones de lo infinito y de lo eterno...? Acaso porque el Destino, burlón y paradógico, nos puso un compás en las piernas para medir el espacio, y para medir el tiempo un reloj en el corazón...

De pronto, la joven se puso de pie y miró por los cristales del balcón. Alba de Torres cruzaba el jardín; luego le oyó hablar con Fortunato y subir la escalera tosiendo y como fatigado de un largo paseo. Al entrar en el gabinete y ver á Fernanda, pareció muy sorprendido.



—¿Cómo?—exclamó—, ¿no te has acostado?

—No tenía sueño; te esperaba.

—¡Qué ocurrencia!

La besó en la frente distraído y después hizo girar la llavecita de la luz eléctrica; el gabinete se iluminó. Entonces Fernanda se levantó, y cogiendo á Lorenzo por los hombros le besó sobre los labios largamente, buscando en ellos algún perfume extraño. Él preguntó:

—¿Qué haces?

Ella, sin responder, examinaba sus vestidos, pidiéndoles una revelación; el chaleco estaba abrochado, la corbata en su sitio. Después, suavemente, dijo con cierto agrio retintín que Lorenzo Alba no advirtió:

—Tenía deseos... muchos deseos, de verte...

Desde aquella noche, la celosa inquietud de Fernanda Montero fué en aumento: eran celos masculinos, furibundos, que no hubiesen retrocedido ante el crimen. Continuamente atormentaba su imaginación la figura del pintor, diciéndola con una sonrisa burlesca: "Lorenzo tampoco sabe quién es usted..." Y aquella sonrisita la parecía humillante y despectiva como un bofetón. Fernanda procuró desmenuzar el empleo que Lorenzo daba á sus días: por las mañanas asistía á una sala de armas; por las tardes iba al casino, de noche al teatro y casi siempre con ella. Unicamente, después del almuerzo, había un intervalo de dos horas que Alba de Torres pasaba nadie sabía dónde... Fernanda quiso averiguarlo; pero las

dos veces que intentó descubrir por sí misma la verdad quedó chasqueada y vencida. Era, pues, indudable que Alba de Torres adoptaba toda clase de precauciones para no ser visto; y cuando tanto se recataba algo temía...

Finaba el mes de Julio. Una tarde Daniel Carmona, al entrar en su estudio, vió una carta que habían echado por debajo de la puerta. Aunque sin fecha, encabezamiento ni firma, el pintor comprendió que la misiva era de Fernanda Montero. Decía:

"Espero mañana viernes, á las cuatro de la tarde, en la capilla de la Pasión de San Francisco el Grande."

Carmona quedóse largo rato perplejo: un sacudimiento frío le recorrió la espalda; aquellos renglones inesperados eran el prólogo de un drama extraordinario, de un duelo á muerte, tal vez, cuyo desenlace Daniel no adivinaba. Después, para no dejar tras sí nada que pudiese comprometer á la mujer amada, abrió la ventana del estudio y arrojó al espacio la carta rota en menudos pedacitos.

Al día siguiente, á la hora indicada por Fernanda Montero, el pintor llegaba al templo de San Francisco: bajo la altísima rotonda, grave y solemne como esos antros que los cataclismos geológicos abren en las entrañas de la tierra, sus pasos retumbaban. Una luz tamizada, blanca y triste, descendía de las siete ventanas sobre cuyos cristales la inspiración de Contreras trazó diversos episodios de la dulce historia de María, y luego derramaba sobre la magnífica am-



plitud de la nave un fresco resplandor de amanecer. Junto á la puerta, una gran concha de mármol sostenida por tres ángeles de Vancells, ofrecía el agua del bautismo. El pintor miró y pasó de largo; él, como decía Belman de los incrédulos que van á misa de tarde en tarde, era ave de paso que sólo casualmente mojaba la punta de sus alas en el lago sereno de la penitencia. Dentro del templo, Carmona sufría esa impresión de ahogo que producen en los amantes del sol los parajes oscuros. Avanzó lentamente y mirando á todas partes, sumido el espíritu en las bellezas que sobre el techo y las paredes del santo edificio—que en otros tiempos guardó las cenizas de doña Juana de Portugal y del sabio marqués de Villena—amontonaron pródigamente los artistas españoles contemporáneos más ilustres. Entre las siete capillas dispuestas simétricamente alrededor de la nave central y colocados sobre altivos pedestales, aparecen los doce apóstoles, tallados en mármol blanco: Santiago el Menor y Santo Tomás, obras meritísimas de Elías Martín; el San Juan de Samsó, de juventud y guapeza apolínicas; el San Andrés amenazador de Bellver, que extiende un brazo como respondiendo al ademán que, desde el lado opuesto del templo, hace San Tadeo; gesto enérgico de naufrago que pide auxilio; y otras cuantas figuras, no menos notables que las citadas por la expresión y augusta severidad de sus semblantes y actitudes.

En el compartimiento principal de la bóveda, sobre el altar mayor, está el magnífico cuadro de Casto

Plasencia, *La Asunción de la Virgen*, al que sirve de base el grupo con que el cincel de Suñol simbolizó la Religión. Todo, en el cuadro de Plasencia, es luz, nieve y carmín: María, envuelta en un manto blanco y azul que flamea el viento, sube al empíreo y, al ver á Jesús, su amor maternal desborda en un gesto exquisito de su cabeza y de sus brazos; la pasión transfigura su rostro; los ojos brillan; una divina sonrisa juega en los labios entreabiertos, amargados por las hieles del supremo sufrir, y echa la cabeza hacia atrás y abre los brazos, ofreciendo de nuevo su seno fecundo al hijo de su amor. Alrededor de María, bajo el trono del Omnipotente, doselado por las alas luminosas del Espíritu Santo, siete angelitos revolotean, desparramados por entre los cortinajes de nubes como las alegres notas de un *piccicato*...

Daniel Carmona bajó la cabeza, cansado de inspeccionar la altiva bóveda, y buscó á Fernanda. Desde lejos, uno de los empleados del edificio le observaba atento. Cerca del altar mayor, en los bancos, dos viejas, cansadas de rezar, se habían dormido; por encima de la barandilla del coro asomaban brillantes las trompetas del órgano, llenas de las notas fervorosas de los cantos litúrgicos.

Queriendo pasar inadvertido, Daniel Carmona empujó una pesada verja y penetró en la sombría capilla de la Pasión. Allí la oscuridad era más intensa. La capilla, obra también de Contreras, es de puro estilo bizantino, y encima del altar mayor aparece *Jesús en el Calvario*, obra de Hernández; un

Cristo flaco, lívido, á quien el sufrimiento dejó exangüe; sobre su cabeza, ceñida de espinas, descende el dolor infinito del Cielo ingrato que permitió su muerte. Atardece; por el espacio vagan nubarrones violáceos, sombras de tormenta. Al pie de la cruz, abrazada al madero del suplicio, Magdalena llora ocultándose el rostro con un brazo, y es la suya una pesadumbre muda, sin gritos coléricos que turben la paz del Calvario desierto; la muerte aletea calladamente dentro del lienzo.

A la izquierda del altar, la inspiración vigorosa de Moreno Carbonero pintó el *Sermón de la Montaña*. Cae la tarde; el paisaje naufraga en la luz dudosa del crepúsculo; por todas partes acuden sombras que empujan hacia occidente al día moribundo: es la hora solemne en que surge la estrella del Pastor, dando á los pobres humanos una noción vaga de la inconmensurable altitud de los cielos: todo dice quietud y flota en el ambiente como una frescura crepuscular. Cristo, de pie, vestido de blanco, anuncia su próxima muerte con el brazo izquierdo extendido; la muchedumbre, sentada en el suelo, le escucha absorta, y la voz del Redentor parece tener la solemnidad augusta y dulce de las campanas...

El último acto de la eterna tragedia aparece en el lienzo titulado *El Santo Sepulcro*, obra de Muñoz Degrain. Jesús yace sobre un catafalco; un sudario le cubre de medio cuerpo abajo, adhiriéndose á sus piernas enjutas; la muerte afló su nariz hebraica y apagó el nimbo glorioso de su cabeza. Magdalena y



la Virgen lloran cerca de él; en el fondo, junto á la entrada de la cripta, una luz pálida como el fosforeo de las luciérnagas, insinúa una figura indecisa. Detrás de María, perdidos en las nebulosas hopalandas nocturnas, los amigos más adictos al sublime Maestro velan su cadáver.

Daniel Carmona meditaba, cruzado de brazos. De pronto volvió á la realidad: Fernanda le contemplaba gravemente, ambas manos apoyadas sobre el puño de una sombrilla roja.

—¡Ah! ¿Estaba usted aquí?—exclamó el pintor—. ¿Hace mucho?

—Más de un minuto. No quise despertarle porque me gusta saber lo que hacen las almas cuando creen estar solas...

Daniel la miró atentamente, con admiración y deseo. Vestía un traje negro muy sencillo, y un sombrero blanco; sobre la frente grande y pálida, los cabellos tenebrosos dibujaban dos ondas simétricas; los ojos, de mirar taladrante, parecían agrandados por el insomnio y el corrosivo trajín de las ideas fijas; el cansancio había descolorido sus labios y sus mejillas. Pero estaba erguida, luciendo su seno alto, su cintura anillada, sus caderas firmes, inmóvil y gallarda sobre el embaldosado del templo, con la inmovilidad solemne de las estatuas.

—¿Qué desea usted de mí?—preguntó el pintor. Ella le miró fríamente.

—¿Recuerda usted—dijo— lo que hablamos la última vez?

—¿En los toros?

—Sí.

—Recuerdo que, al despedirnos, me pidió usted... ó, más exactamente, me exigió usted...

—Esa es la palabra: le exigí á usted una prueba que usted no ha podido... ó no ha querido, llevarme...

—Una prueba—interrumpió el pintor—que no debo buscar.

Callaron, esperando á que unas devotas que pasaban por delante de la capilla se fuesen. Después, Fernanda continuó:

—Esa prueba es una reparación que usted me debe. Usted dijo que Lorenzo no me apreciaba en lo mucho que merezco ser apreciada...

—Es cierto.

—¿A qué obedece ese juicio de usted? ¿Cuál es su fundamento? ¿Por qué pronunci' usted, Daniel, esas palabras fatales que no me dejan dormir...? Esto es lo que necesito saber, y á saberlo he venido.

Carmona repuso evasivo:

—Señora... cada cual tiene su criterio, y yo me guardaré de lastimar el suyo con apreciaciones que tal vez parezcan irrespetuosas. Yo soy un hombre "á la moderna..." ¿Comprende usted...?

La vizcondesa de San Bartolomé hizo con la cabeza un brusco y rápido movimiento negativo.

—Quiero decir—prosiguió el pintor—que mi espíritu fué educado en la tolerancia y se halla horro de prejuicios y de rencores estériles; y lleno, en cambio, de indulgencia y caridad hacia esas mil menu-

das debilidades hijas de nuestra flaqueza. Al afirmar que Lorenzo Alba no la estimaba á usted en todo su valer, dejé traslucir, sin duda, que no estaba loco por usted... que no la adoraba como usted merece serlo...

—¿Qué más?

—Y que, muerto en él ese amor-pasión de los primeros tiempos, era probable... casi seguro... que, á ratos, sus ojos se distrajesen en otras mujeres...

El rostro de la vizcondesa se contrajo con una expresión tal de dolor, que Daniel Carmona tuvo misericordia de ella.

—No creo—agregó piadoso—que su marido tenga un enredo grave, de esos que trastornan el curso honrado de una vida. Pero, ¿quién está libre de un capricho fugaz...? El mundo es un jardín y las mujeres flores puestas, casi siempre, al alcance de nuestro deseo: el hombre coge las que más le gustan; en una inmensa pluralidad de casos ni se molesta en examinarlas para ver si son, realmente, de su agrado, sino que las troncha por el solo gusto de adornarse con ellas; y cuando las ve marchitas las estruja y las tira. ¿Y quién se acordará de ellas? ¿Quién tendrá la crueldad de maldecirlas? ¡Pobres florecillas ingenuas, perdidas entre el polvo de los caminos...! A esas mujeres aludía yo, Fernanda: á las amadas de un momento...

La vizcondesa miraba al pintor con sus grandes ojos endurecidos por la cólera, y sus labios temblaban.

—¡Y usted es un hombre de honor!—murmuró.



—¿Lo duda usted?

—No lo dudo: lo afirmo. ¡El honor...! ¡Usted ignora lo que es éso...!

Daniel Carmona se cruzó de brazos, resuelto á escucharla impasible, adorándola.

—Si á usted le dijese—prosiguió ella—: Daniel, tu mujer te engaña: esa mujer, mientras tú sufres y te afanas y te rompes los brazos para que tenga un hogar y una mesa, ríe entre los brazos de otro; y tu casa es mancebía y tu lecho escaparate donde se exhibe el cuerpo que guardas para ti. Entonces... Daniel... ¿qué haría usted?

Cegada por la cólera, la vizcondesa de San Bartolomé avanzó sobre el pintor, las manos crispadas.

—¿Qué haría usted?—repitió.

—Matarla—repuso Carmona.

—¡Matarla, eso es...! ¡Esa es la respuesta...! ¿Y á él...?

—¿A él...? ¡También...! ¡Antes que á ella...!

—¿Y si todo fuera una calumnia, si quien tal dijo mintió por reirse de las angustias de usted, no mataría usted al impostor?

—Sí.

Fernanda tuvo un corto acceso de risa convulsiva.

—Pues si habla usted de corazón—exclamó—, ¿cómo se maravilla de que yo necesite convencerme de la traición de Lorenzo, ó de la de usted, para hacer otro tanto...?

—¡El caso no es el mismo!—repuso el pintor—,

La situación es muy diferente... ¡Los hombres y las mujeres no son iguales!

—Sí, lo son—exclamó Fernanda Montero con voz profunda—; Lorenzo me pertenece y yo le quiero como á esposo y como á hijo. Mi voluntad, más fuerte que la suya, se acostumbró desde el primer momento á dominarle; soy superior á él; le aventajo en entendimiento y mis brazos son, cuando menos, tan vigorosos como los suyos. Depende, pues, de mí: si le veo triste, le consuelo; si vacila en un negocio, le dirijo; en la mesa, le sirvo; en el lecho, le arropo. Es mi marido y es mi deber..., ¿comprende usted ahora...? Cuidándolo así, cuido y vigilo mi propio honor. Yo repaso sus trajes, yo perfumo su ropa... ¡Ah! ¿Cree usted que había de permitir que el lazo que con su corbata hacen mis manos lo deshaga otra mujer...?

Se contuvo; dos señoras enlutadas acababan de arrodillarse delante del altar. En los ámbitos del templo resonaban ruidos de pasos y de puertas que, abandonadas á sí mismas, se cerraban de golpe.

—Vámonos—dijo Fernanda—; aquí no podemos hablar.

Salieron de la capilla: por la iglesia pululaba gran número de gentes devotas que acudían á los místicos ejercicios de última hora: la mayoría eran mujeres vestidas de negro, que caminaban de prisa, buscando un buen sitio donde rezar cómodamente. Al llegar á la puerta, Fernanda mojó sus dedos en agua bendita y pasó delante. En el atrio se detuvieron,

—No salgamos—dijo ella—; ya comprenderá usted que, si le cité aquí, tan lejos... es por temor á ser vista.

Eran las seis de la tarde; bajo el cielo azul los tejados de las casas más altas reverberaban al sol.

—Daniel—agregó la joven con una voz de irresistible súplica—: Daniel..., ¿puedo contar con usted...?

—¿Para sorprender los secretos de Lorenzo?

—Sí.

El pintor hizo un gesto de repugnancia.

—Señora... eso, que en usted es una genialidad, en mí sería una infamia.

—¡Una infamia!—repitió Fernanda sarcástica—. Halla usted infame no ampararle á él, que delinque, contra mí, que tengo razón; es infame proteger el desamparo de las mujeres abandonadas, poniendo en sus manos medios de lucha y defensa... ¿Y es usted el hombre de honor, el caballero enamorado de mí...?

Acercóse á Carmona y cogiéndole por los brazos:

—Ayúdeme usted—dijo—; sea usted mi amigo..., más aún: mi hermano, mi consejero... Dígame usted cuanto sepa, lo que haya oído... Algo... necesito un indicio. Daniel, si quiere usted acercarse á mí, no sea hipócrita: odio á los hipócritas, porque son cobardes y el hombre cobarde no puede ser bueno. Daniel, sea usted franco, tenga usted el valor de lo que haya visto... No olvide usted que en estos momentos supremos estoy mostrándole el único camino que conduce á mí. ¡Que digan los imparciales si pue-



do hacer más...! Hable usted... hable usted... tiene usted mi vida, toda mi vida, entre sus labios...

Suplicaba febril, enarcadas las cejas, las anchas pupilas llenas de los inquietantes reflejos de la ansiedad, y su voz tenía un timbre extraño, blando, caricioso y vibrante, de poderosa fascinación. Ella jamás había puesto en tela de juicio la fidelidad del vizconde; vivía tranquila, con el contento sencillo de los sordos y de los ciegos: las palabras de Daniel la despertaron y su suspicacia comenzó á entrever un mundo abominable de traiciones; los celos espantaron el sueño de sus ojos y de su corazón la serenidad; la imagen de Lorenzo reposando su cabeza sobre el hombro de otras mujeres la oscurecía el pensamiento. Antes, Alba de Torres, para explicar sus ausencias de dos y tres días, hablaba de amigos enfermos que iban á sufrir una operación quirúrgica que él deseaba ver; hablaba asimismo de partidas de caza, de caballos que le ofrecían en condiciones ventajosas fuera de Madrid, de negocios complejos que Fernanda Montero entreveía vagamente; mas ella nunca creyó que aquellas razones fuesen embustes encubridores de innobles veleidades. Las frases de Daniel la pusieron en la pista de todo; ahora desconfiaba de lo más diáfano y evidente, y avizoraba al traidor paso á paso, sin darle un instante de cuartel.

Sus celos la mantenían siempre alerta: quería saberlo todo, vengarse de todo, de lo presente y de lo pasado... Y su tormento era horrible porque cada

nuevo día traía consigo dos ó tres horas durante las cuales ella ignoraba dónde Lorenzo Alba se hallaba; y estas eran, á no dudar, las horas negras del adulterio.

—Ayúdeme usted—repitió Fernanda—; usted, que me robó la paz, me debe el reposo de las venganzas cumplidas. En mi situación, rechazo los términos medios; quien no está conmigo, está en contra mía: quiero, pues, definir nuestras posiciones respectivas para empezar á guardarme de usted.

Y agregó con acento de desprecio y rencor:

—La traición y la cobardía unen más que el amor; por eso usted, que es traidor y cobarde como Lorenzo, se inclina de su parte.

Calló sofocada; y estaba hermosa, diabólicamente hermosa y deseable, presa de un furor que parecía aumentar su estatura, celosa como Juno, terrible como Isis.

—¡No, Fernanda—exclamó, de pronto, el pintor—; yo siempre estoy con usted...! ¡Siempre...! Yo siento su dolor y comprendo sus celos...; son feroces, son absurdos, pero son sublimes... ¡No, yo no soy cobarde! Cuente usted conmigo.

—¿Para todo?

—Sí, para todo.

Con un repentino presentimiento, tan fugaz y borroso que apenas traspasó las fronteras de su conciencia, añadió, marcando mucho sus palabras:

—¿Y sería usted capaz de vengarme... á costa de todo, por encima de todo...?

—¿Por qué no...?

Contestó violento, sin medir los gravísimos riesgos á que su promesa le exponía. Pero en tal momento, por adueñarse de aquella mujer lo hubiese dado todo: sus glorias de artista, su vida, el honor de todos los suyos... Fernanda Montero le registraba los ojos fijamente, y su rostro seductor repetía la expresión del de Cleopatra aquella noche en que trastornó, bajo sus labios, los destinos del mundo...

—Daniel—murmuró la joven—, yo estoy tan cerca del paraíso como del infierno; desde hace muchos días los ángeles del bien y del mal luchan dentro de mi alma. ¡No lo olvide usted...!

El brillo de sus ojos era afrodisíaco como una caricia, animador como una promesa.

—No... no lo olvido—repuso Carmona.

—¿Cuándo nos veremos?

—Muy pronto; pasados algunos días.

—Y... ¿lo sabrá usted todo...?

—Sí. Yo procuraré, indagaré... Eso, para mí que conozco tanta gente, no es difícil.

—Adiós, pues, Daniel.

Le dió la mano, toda la mano, como hacen los hombres, y aún le retuvo unos instantes, mientras lanzaba una larga y terrible mirada de despedida al incendio, siempre creciente, de aquel deseo.

—La adoro á usted, Fernanda—murmuró el pintor—. La adoro á usted... ¡Oh...! Más que á mi vida..., más que á mi madre... No, no... no hay palabras... ni acentos... ni colores... con que expresar este querer...



Las palabras salían trabajosamente por entre sus dientes apretados. Ella repuso:

—Eso, Daniel, he de comprobarlo muy pronto. Adiós...

Al quedarse solo, Carmona, ya más sereno, comenzó á ir y venir por el pórtico, acompañando el curso de sus meditaciones con el ruido de sus pasos, que resonaban rítmicos sobre el pavimento de mosaicos. El carácter de la vizcondesa lo juzgaba desequilibrado, quimerista y vidrioso. Las supuestas infidelidades de Lorenzo Alba, más que al amor de Fernanda, ofendían á su orgullo de altiva patricia; pero, en realidad, Fernanda no estaba muy enamorada de Lorenzo. Ella lo había dicho: quería y respetaba al vizconde porque aquel hombre simbolizaba su deber, el honor de dos familias ilustres. Daniel comprendió que muy fácilmente aquellos celos llegarían á ser aliados suyos, pues todos los afectos, orientándolos hábilmente, pueden reunirse en una pasión, como todos los caminos, por mucho que se retuerzan y alejen unos de otros, pueden coincidir en un único sitio; y ya procuraría él que ese afecto, término, suma y resolución de los demás, fuese de adhesión y simpatía. Cegado por su impaciente deseo, Daniel sólo veía á Fernanda y sólo del atajo que más derechamente conducía á ella se preocupaba: quería vencerla, sea como fuere; ó por venganza, ó por capricho, ó por duradero y legítimo amor.

—Las mujeres —pensaba satisfecho—, aun las más inabordables y virtuosas, siempre tienen, como

Aquiles, un punto vulnerable; y de éstas puede la sensualidad, de otras la codicia, de muchas el orgullo...

A la mañana siguiente, Daniel Carmona empezó á meter en juego los medios de que disponía para el descubrimiento que á su pericia, amor y buena amistad, la vizcondesa de San Bartolomé había encomendado.

En la calle del Desengaño, cerca de la iglesia de San Martín, vivía Luisita Luján, de quien el marqués de San Juan era amigo íntimo. El anciano don Miguel estaba enamorado de ella hasta la degradación, y amén de permitirle todo género de devaneos y caprichos, pagaba las novecientas pesetas que costaba el alquiler de un landó, más otros cinco mil reales que el día primero de cada mes la enviaba con su administrador.

Luisita Luján era madrileña y apenas contaba diez y ocho años: tenía el semblante rollizo y sonrosado, la boca pequeña, de labios abultaditos y bermejos, los ojos ingenuos y grandes; el pelo castaño y rizado, le enmarcaba graciosamente el rostro; sobre el mento tenía un lunar, pequenín como la cabeza de un alfiler negro. Era de mediana estatura, grácil y delgada, muy delgada, sin pechos, ni muslos, ni caderas, como núbil recién vestida de largo; en todo tiempo usaba poquísima ropa y nunca llevaba pantalones; sus enaguas eran de seda, sus trajes negros y muy ceñidos; cuando en la calle el viento la azotaba, bajo la tela sutil del vestido se modelaban sus piernas

impecables, esbeltas y frágiles, de estatua en formación. Sobre su frente resplandecía el loco y alegre sol de la niñez.

Luisa y Daniel Carmona tuvieron amores; él la retrató desnuda en una puesta de sol, flotando como el espíritu del crepúsculo entre las brumas de un pantano, y ella le concedió cuatro noches de amor; "las cuatro noches más largas de aquel invierno", decía Luisa cuando el pintor la tildaba de roñosa. Daniel solía visitarla á menudo, sin otra intención que la de distraerse oyéndola reir y decir tonterías; y ella, en pago y recompensa de estos ratos de inocente solaz, le obligaba á pintar el parche de una pandereta ó á dejar en el ángulo de un espejo un ramo de flores.

El marqués de San Juan veía á Luisa todas las tardes, de cinco á siete, y si alguna vez volvió de noche, después del teatro, nunca lo hizo sin anunciar oportunamente su visita, para ahorrarse y evitar desagradables sorpresas. En cuanto don Miguel Vélez se marchaba, la casa de Luisita Luján era como un círculo ó casino abierto á todo el mundo. Allí concurrían, casi á diario, Patrocinio Sastre, que tenía relaciones con Tomasito Calleja, barón del Tajo, mientras éste, cuya fortuna había padecido graves quebrantos, arreglaba su enlace con Victoria, la primogénita de los vizcondes de Algorta; y Angeles Arnau, algo jamona ya, pero frescota y apetecible, sin otro defecto que un herpe que condenaba su blanco cogote de rubia á perpetua calvicie. Angeles



no tenía ningún amante fijo; su único capricho era Manolo Morata, á quien el día de su cumpleaños regaló un traje de luces. Para pagarlo, la pobre mujer había empeñado un mantón de Manila.

Luisa Luján vivía con su amiga Sara, á quien llamaban *La Filipina* por haber pasado gran parte de su juventud en aquel archipiélago. Era una cuarentona de tez bronceada y mediana estatura, gruesa, agostada por cinco lustros de orgía; los apetitos voraces de varias generaciones mordieron en ella desfigurando su boca y su cuerpo, resecaando sus labios, empañando el brillo de unos ojos que en sus disipadas mocedades hubieron de ser habladores y hermosos, dejándola, en fin, estrujada y sin zumo. De aquel largo y crapuloso pasado la pobre aventurera sólo guardaba una vaga noción, con paisajes y fechas y nombres de individuos cuyos semblantes no recordaba bien. Esto obedecía al mismo desenfreno que llenó su vida: en ésta no hubo horas de paz ni paréntesis de reposo, sino que las escenas se multiplicaron sin interrupción, en aquellarre vertiginoso. Desde los quince años, Sara iba continuamente de unos brazos en otros, á ratos desnuda y sin casa, otras veces opulenta y alegre, ora en grandes capitales, ya en pueblos costeros, donde sus queridos la dejaron abandonada, saltando siempre de aquí para allá, como pelota. En su memoria las siluetas de sus amantes innumerables formaban una multitud viciosa que blasfemaba y reía á través de una noche sin término: se les representaba en el teatro, muy graves, in-

terpretando ante el público su aburrido papel de hombres juiciosos; y luego, en la intimidad, sentados alrededor de una mesa, discutiendo bulliciosos tras una copa colmada de vino. En aquellos veinticinco años de disipación, Sara, que jamás estuvo enferma, no recordaba haber dormido sola ni una vez... A despecho del trabajo que cuesta vivir, la pobre mujer conservaba su buen humor juvenil, y era inteligente, comunicativa y bonachona; de nada se asustaba, para todo tenía un consejo, para cualquier defecto hallaba disculpa. Su única debilidad era la bebida, especialmente el aguardiente y el ron, por los que sentía afecto entrañable; su vicio la obligaba á tener oculto en cada habitación un frasco lleno de sus bebidas favoritas, y así podía beber continuamente sin tener que molestarse en buscar lo que su previsión ponía siempre al alcance de su sed. Luisita Luján, que la quería mucho, había hecho de ella su mentor, y no adoptaba resolución que Sara previamente no sancionase.

Algunas noches de invierno iban juntas al teatro; otras, *La Filipina*, por no calzarse, se quedaba en casa, arropada en un mantón, leyendo algún folletín, con las piernas abiertas sobre el brasero y la botella de aguardiente en el suelo, al alcance de su mano implacable.

Cuando el pintor llegó á casa de Luisa Luján, ésta dormía aún: Sara estaba en el comedor, jugando con un gato negro: sobre la mesa había copas, botellas y una baraja que atestiguaba las últimas escenas de la

noche anterior. En el ambiente flotaba un fuerte olor á humo.

Por un gesto de la antigua hetera comprendió Damián que Luisita no estaba visible.

—Me es igual—dijo—, pues sólo vengo á hacer una pregunta á la que usted, seguramente mejor que ella, puede contestar.

Sara se incorporó satisfecha; presentía una consulta grave para la que iba á menester de toda su experiencia.

—¿Conoce usted—prosiguió el pintor—al vizconde de San Bartolomé?

—Personalmente, no.

—Pero, ¿ha oído usted hablar de él...?

—¿Cómo no...? Muchas veces. Es amigo de Miguel Vélez.

—Justo.

—Quien le conoce bien es Luisa. ¿Qué deseaba usted saber?

—Necesito averiguar—repuso Carmona, misterioso—si Lorenzo Alba tiene alguna querida.

*La Filipina* sonrió, titubeó la cabeza, encogióse de hombros, como quien se halla ante un hecho axiomático.

—¿Por qué no?—dijo—; no hay hombre rico, soltero ó casado, que no tenga una, cuando menos. Yo se lo preguntaré á Luisa, y si ella lo ignora, el marqués, que es muy amigo de Lorenzo Alba, nos lo dirá.

—Dispénsame usted que no sea más explícito; pero es un asunto así... de cierta índole...



Sara le interrumpió:

—No tiene usted que darme explicaciones. ¡Bueno fuera...! Además, á mí, todo me parece bien.

El pintor se marchó prometiendo volver dos días después y recomendando á su interlocutora mucha prudencia, discreción y sigilo: era necesario que el marqués de San Juan no sospechase nada; las preguntas que le hiciesen acerca de Alba de Torres debían ser formuladas sencillamente, sin misterios, como limpias de toda segunda intención.

—Vaya usted tranquilo—repuso Sara—: esas precauciones corren de mi cuenta. Conozco muy bien el terreno que piso; para mayor seguridad, no diré nada á Luisa...

Aquella tarde, como otras muchas, jugaban á las cartas en el gabinete de su casa, Luisita Luján, su hermano Emilio, y Sara; ésta sufría mucho de la cabeza y se había atado un pañuelo blanco alrededor de la frente. Emilio Luján era un robusto mocetón de veinticinco á veintisiete años; había sido gimnasta y los ejercicios acrobáticos desarrollaron sus brazos y sus manos, que eran grandes y fuertes, y dieron á sus movimientos cierta desenvoltura no exenta de elegancia: usaba bigote y se partía los cabellos á un lado; sus ojos pequeños, aquejados de una inmovilidad extraña, conservaban en los párpados vestigios de una antigua enfermedad sexual. Emilio estaba cesante y comía con su hermana, y para granjearse la voluntad de Sara la ofreció su amor, que ella aceptó; pero se entregaba á él sin gusto, únicamente por satisfacer

los ardores de una lujuria cuyas brasas no concluían de apagarse, y porque había en el cuerpo juvenil del antiguo acróbata algo canallesco y fuerte que la emborrachaba como el alcohol. En el fondo, le despreciaba.

—¿Quién da?—preguntó Emilio.

—Yo—repuso Sara.

Empezó á barajar. Emilio, aburrido, bostezaba en tanto se limpiaba las uñas; su hermana fumaba lentamente, mirando al techo, la barbilla apoyada sobre la palma de una mano.

—¡No vuelvo á ponerme el sombrero negro!—exclamó—; me trae mala sombra.

—Pues, chica... tíralo.

—Eso pienso hacer. ¡Mira que anoche...!

—Ya, ya...

Sara hablaba maquinalmente, absorta en el reparto de los naipes. Luisa volvió á impacientarse bajo la presión de un recuerdo desagradable. Todas las cortesanas tienen ropas interiores y trajes favoritos; ropas y trajes que, según las circunstancias en que fueron estrenados, parecen poseer el don de espantar de sus dueñas la mala suerte. La joven repetía:

—Vengo observando eso desde hace tiempo. ¿Te acuerdas del domingo pasado, al salir de Apolo...?

—Te lo he dicho—repuso Sara sentenciosa—: ese sombrero está endemoniado; debes tirarlo..., cuanto antes mejor...

Luisa arrojó violentamente sobre la mesa los naipes que tenía en la mano.

—¡Contra!—exclamó—, ahora mismo.

Entró corriendo en su alcoba, de donde salió con un gran chambergo adornado de plumas blancas y rojas; sin detenerse atravesó la habitación, abrió la ventana y lo lanzó á la calle, murmurando.

—¡Fuera...! Ya Miguelito pagará otros.

Sara y Emilio Luján permanecieron impasibles, como si hubiesen asistido á un acto muy natural. La *iettatura* debe evitarse. Luisa había recobrado su buen humor.

—¡Ea!—exclamó palmoteando—, daos prisa; echemos un tute antes de que venga nadie. Me juego el aguardiente de todos.

A las cinco de la tarde llegó el marqués de San Juan, ex gobernador de varias provincias, ex senador del Reino, socio del Casino de Madrid, mayor contribuyente y caballero dos veces condecorado... Era un anciano sesentón, pulcro y simpático: tenía el pelo blanco, los ojos grandes, claros y bailadores, y el risueño semblante entre dos patillas de las llamadas de boca de hacha. A ellas se agarró la joven, exclamando:

—¡Adiós, papaíto... adiós...! ¿Cómo has tardado tanto...? Permíteme darte un abrazo *gateao*...

Y levantaba una pierna, como si fuese á trepar por el tronco de un árbol. Don Miguel Vélez sonreía feliz. Luego saludó á los presentes.

—¡Hola, Sarita...! Adiós, Emilio; buenas tardes...

Le dió la mano distraídamente, volviendo la cabeza para librarse de las cosquillas que Luisita Lu-



ján le hacía en la nuca con un rizo de cabellos. Después los cuatro se sentaron alrededor del velador.

—Siga la partida, señoras—exclamó el marqués—; yo también juego; hoy traigo fondos...

Señalaba los bolsillos de su chaleco.

—¡Bravo!—exclamó Luisa—; celebro que vengas tan bien dispuesto, porque... Miguelito... esta Sara es el demonio.

—¿Qué ha hecho, hija mía...?

La miraba oblicuamente, los ojos sensuales, mientras encendía un cigarro puro.

—Anoche—prosiguió la joven compungida—, apenas te fuiste, llegó al comedor á obscuras y derramó, encima de mi sombrero negro, media botella de aceite. ¡No quiero recordarlo...!

—¡Ya comprenderás que lo hice sin querer!—gritó Sara exaltándose.

—No sé por qué—insinuó Vélez—, creo que no has llorado mucho la pérdida de ese sombrero; te era antipático.

Luisita protestó enérgicamente; Sara y Emilio Luján aseguraron, bajo palabra de honor, que aquel accidente había proporcionado á Luisa un gran disgusto. *La Filipina* quiso ir en busca del sombrero: lo había puesto á secar sobre una jaula vacía, delante del ventanuco de la despensa. La joven se opuso.

—No: estate quieta; no necesito que vayas á mancharme también la alfombra.

—Vaya, mujer—interrumpió el marqués pacifica-

dor—, no hablemos más de ese sombrero; ya habrá cien pesetas para otro...

Empezó el juego; Vélez y Emilio Luján iban de compañeros: Luisa reía como loca con las trampas que hacía, cambiando disimuladamente sus cartas malas por los triunfos que ya habían salido. Brusca-mente, Sara preguntó:

—Diga usted, Miguelito: ¿es cierto que Lorenzo Alba tiene una querida muy guapa?

El marqués, sin extrañarse, repuso:

—¿Quién se lo ha dicho á usted?

—El vizconde de Algorta.

—Lo creo; ese pobre Ferrándiz no podría vivir si no cometiese diariamente, por lo menos, dos indiscreciones...

Su acento era distraído y risueño, y hablaba mirando á los naipes, ganoso de acusar veinte en oros. Luego añadió:

—No la conozco.

—Ferrándiz aseguró que era una buena mujer.

—Sin duda; Lorenzo lo merece todo; es joven, es rico, es guapo...

—¿Te apuestas —interrumpió Luisa interesándose de repente en la conversación—, que la querida de Alba es aquella Elena que vimos una noche en Fornos, con la Olivares?

—¿Cuál?

—Una... alta; Elena Santa Cruz... Dicen que es viuda de un payaso... ¡Sí, mujer, sí...! ¿No recuerdas...?

Y golpeaba la alfombra con el pie, impaciente.

—La querida de Lorenzo vive por ahí, por la plaza del Angel...—dijo Vélez—. Pero Alba se reúne con ella en una casa de la calle... no recuerdo el nombre: desemboca en la de Santa Isabel, cerca del Hospital Provincial...

—Se conoce—exclamó Luisa—, que á Lorenzo le aburre su mujer. ¡Será alguna tía...!

—Alguna tía perdida y borracha, como yo—repuso Sara.

Las dos mujeres rompieron á reir.

—¡Eso, eso...!—repetía la joven palmoteando—; ¡en tu vida dijiste cosa mejor! Todos esos aristócratas de estiércol son unos granujas, y sus... señoras, unas... ¡Quién sabe si Fernanda... la mujer de Lorenzo...!

—¡Silencio!—interrumpió el anciano marqués templadamente—; no se debe hablar mal de la familia.

Luego gritó gozoso:

—¡Veinte en oros...! Vaya, no jugáis un pitoche.

La suave reprensión del marqués y los veinte tantos perdidos irritaron á Luisa.

—¿Qué hablas ahí...? Cuando un hombre mantiene una querida es porque se aburre con su mujer. ¿Y por qué se aburre...? Porque vuestras mujeres son imbéciles, rezongonas y puercas..., sobre todo puercas..., tal vez algo peor. Anda..., ¿y la tuya, cómo es...? Tu Carmen..., tu Carmencita... ¡Mal tiro la den donde yo diga...!

No estaba enfadada, y sin embargo experimenta-



bà íntima, acre y consoladora complacencia en lanzar sobre aquellas mujeres, de las que se sabía despreciada, todo el fango del vicio.

—Pues si la quieres tanto—agregó—, ¿cómo vienes á verme...? ¿Y su hermana Teodora, tu cuñadita..., no te gusta...? Me parece que también estás harto de dormir con ella. ¡Vaya, con el señor...! ¡Advertirnos que no vale hablar mal de la familia...!

—¡Déjale ya, chica!—exclamó Sara riendo de buen humor—; estos señores son unos tíos.

—Ni más ni menos; unos tíos. ¡Pero muy grandes...!

—¡Mira que Isidorito Ferrándiz!

—¡Ah, sí..., el muy respetable vizconde de Algorta...! Le saludas en la calle y no te conoce. ¡Tan viejo, tan grave...!

—¿Y Celada?

—¡Otro que tal!

—La borrachera siempre le da por desnudarse. ¿Te acuerdas cuando Patrocinio le dejó en cueros en la escalera...? Aquella noche creí morir de risa.

—¿Y don Raimundo?

—¿Y don Heriberto Medina?

—También.

—¿Y Pepe Gamero, el abogado?

Esta evocación de ridiculeces masculinas las llenaba de alegría porque en cierto modo las vengaba.

—Pero es más notable don Raimundo—exclamó Luisita—. ¡Tú no le conoces como yo! Don Raimun-

do acaricia á las mujeres con el dorso de la mano: dice que esto le proporciona sensaciones enteramente nuevas.

—¡Sí, que es raro...! Y á Risueño, ¿le tratas...?

—¡A Vicente! ¿El sombrerero?

—Ese.

—¿No he de conocerle? Una noche, ya tarde, le encontré en la calle del Príncipe y me dijo: — "Toma un duro y recógete un poco las faldas; yo voy detrás." Me quedé... ¡figúrate...! como quien ve visiones; pero le complací. Cuando llegué á la calle de Peligros dejé caer el vestido: él, entonces, volvió á acercarse y me dió otro duro... Y así nada más. La fiesta le costó veinte pesetas.

—¡Parece mentira!—exclamó Sara pensativa, admirada de que la escuela del vicio ofreciese para ella capítulos nuevos—; ¡es increíble! ¡Un hombre, casi joven...!

Abierta la cloaca, continuó el desfile y revisión de figuras y nombres, cada uno de los cuales iba asociado á un recuerdo obsceno. Era una especie de fuego graneado sostenido con pelotas de barro.

—¡Nada, hija!—exclamó *La Filipina* á modo de epifonema ó reflexión final—; todos los hombres son unos perdidos, degenerados y borrachos.

—Todos.

Emilio Luján se creyó obligado, por cortesía al viejo marqués, á intervenir.

—¿Oye usted, don Miguel, cómo nos tratan?

Vélez se encogió de hombros, beatífico.

—¿Quién hace caso á las mujeres?—dijo—; la más cuerda está loca de remate.

—¡Miradles —exclamó la joven— cómo nos adulan...!

—¡Naturalmente! —exclamó Sara señalando á Emilio con un gesto—; como que ése también es un tío.

—También.

Emilio Luján sonrió inalterable.

—¿Le ves...? Mi hombre, como el tuyo, es de los que practican el socorrido "dame pan y dime tonto..."

—No sé cómo dices eso—repuso Emilio.

—Yo me entiendo.

—Tú, sí; pero los demás...

—Los demás, también. No me hagas hablar.

—No... si... yo...

—¿Tú por qué vienes aquí?—gritó Sara, implacable.

Emilio Luján comenzó á hacer aspavientos de asombro.

—¡Toma...! Porque te quiero. ¿No le parece á usted, don Miguel...? ¡Porque la quiero...!

Emilio buscaba un aliado. El marqués de San Juan no contestó: en sus ojos grandes y claros había aburrimiento y tristeza; sin duda su conciencia le decía que en aquellos instantes se hallaba muy bajo.

—¡Porque me quieres!—repitió *La Filipina*, sarcástica—; pero... ¡hijo de la gran santa...! ¿Tú crees que yo puedo formarme la ilusión de que un muchacho como tú, joven, guapo..., inteligente..., esté ena-



morado de mí, de una vieja fea, pobre, indecente y borracha...? ¡Ca, ya no hay milagros...! Tú vienes porque... porque...

Y reía cínica. Emilio Luján, muy digno, se encogió de hombros.

—¡Nada, chica!—repitió Sara triunfante—; tú y yo tenemos razón. ¡Todos, altos y bajos, son unos tíos...!

Ambas hallaban indecible delectación en vejar al marqués y con él á aquellos individuos ricos, comerciantes ó aristócratas, á quienes habían visto completamente desnudos de alma y de cuerpo, en los dormitorios; esas salas de disección moral donde los hombres, aun los más reservados, lo dicen todo. En las mancebías, como en los confesonarios, lo más secreto, lo más callado, repercute: son el tornavoz de la vida social, los oscuros bastidores del gran teatro humano. Las cortesanas se desprecian á sí mismas y saben que sus hijos no las perdonarán jamás el crimen de haberlas concebido, porque el mayor de los oprobios humanos es proceder de ellas. Por lo mismo este desprecio lo devuelven, refinado y con creces, sobre el mundo que, abominándolas, las tolera, las encumbra y las envidia; sobre las mujeres honestas á quienes arrebatan sus maridos y sus fortunas, y sobre los hipócritas que, aun conociendo todo su avillanamiento y corrupción, las persiguen, ofreciéndolas su dinero, su vida, su honor. Y ellas, sabiéndose insignificantes y miserables, piensan: "¡Cómo serán ellos, cuando mueren por nosotras...!" Los próceres á

quienes sus cargos de jefes de familia ó de hombres públicos obligan á perpetua circunspección y gravedad, si las ven en la calle, las niegan el saludo. ¿Qué importa...? Ellas se vengarán después, en las alcobas, afrentándoles, arrojando sobre sus amantes y sus familias todo el oprobio del lupanar, abusando del ascendiente irresistible de su carne para obligarles á besarlas los pies y sentarse desnudas sobre las calvas cabezas que acaso tienen derecho á permanecer cubiertas delante del rey... Estas humillaciones son para las pobres heteras una reivindicación, el quintaesenciado perfume de una venganza...

A la primera campanada de las siete, el marqués de San Juan se levantó. Parecía fatigado y contento.

—Esta noche—dijo—, voy al teatro de Apolo.

—¿Con quién?

—Con la familia; compadéceme; me toca oficiar de hombre serio. Conque... ya lo sabéis; si queréis ir...

—Envíenos usted un palco—dijo Sara.

—¡Eso es!—exclamó Luisa, arreglándole el lazo de la corbata—; ¡eso es...! Un palco inmediato al tuyo; así podremos vernos de cerca... ¿Quieres...? Prometo ser juiciosa.

Don Miguel Vélez consultó su reloj; vacilaba: era tarde.

—Acaso no tenga tiempo...

—Tome usted un coche.

—Sería lo mejor—replicó el anciano—, porque casualmente hoy tengo convidados... En fin, allá veremos: no prometo nada.

Luisa le acompañó hasta el recibimiento, llevándolo cogido por la cintura: allí se detuvieron, secreteando. Después se despidieron dándose muchos besos.

—Adiós, hasta luego... ¿verdad...?

—Sí, hasta luego...

—¡No me engañes ni con tu mujer...!

Luisita Luján penetró en el gabinete como un torbellino, riendo, brincando y agitando entre sus manos tres billetitos de á cincuenta pesetas.

—¡Mirad! —gritó—, ¡para un sombrero que vamos á comprar ahora mismo y para el palco de esta noche! ¿Qué te parece, Sarita...? ¡Pobre marqués...! En pago de su generosidad he prometido dejarle besar-me el lunar...

Y se tocaba los riñones.

—Ya sabes—concluyó—, ¡es su manía...!

Al día siguiente, por la noche, Luisita Luján y Sara saludaron al vizconde de Algorta en casa de Martina Olivares. Al ver á Ferrándiz, *La Filipina* recordó el encargo que á su discreción y cuidado había hecho Daniel Carmona.

—Oiga usted, amigo Ferrándiz; usted me podría decir...

A las suaves preguntas de Sara, el vizconde contestó divulgando sin empacho cuanto el mismo Lorenzo quiso confiarle: Alba de Torres estaba en relaciones con una mujer á quien veía tres veces por semana, á las dos en punto de la tarde, en cierta casa de la calle del Salitre. Para reunirse adoptaban todo género de precauciones. No sabía más.



—Es una buena querida—añadió—; una casada que no pone precio á sus favores.

Días después, Carmona y Fernanda Montero se saludaron en los "salones rojos" que aquella noche inauguraba el banquero don Ramiro Salinas. Los invitados no bajarían de cuarenta, entre mujeres y hombres: la reunión tenía carácter familiar; cerca del piano bailaban algunas parejas. Dos noticias preocupaban la atención general y se comentaban á media voz en cada grupo: el matrimonio del barón del Tajo, don Tomás Calleja, con Victoria, la primogénita de los vizcondes de Algorta, y la muerte de un inglés arruinado que la víspera se había suicidado por una mujer.

—¿Quién es ella?—preguntaban algunos.

—Blanca Romero.

—¿La bailarina?

—Sí. Es una mujer de mucho talento práctico. Para ella los hombres son como los gabanes: éstos primero sirven para salir á la calle; después, cuando empiezan á deslucirse, se usan solamente en casa; luego se regalan al lacayo... Y aun hay quien, antes de darles este último empleo, los vuelve del revés... Así los individuos, según van desgastándose, pueden utilizarse de distintos modos. Ese pobre inglés era conocido mío; tenía dinero y Blanca saqueó su bolsa hasta arruinarle; luego explotó su posición, su prestigio, lo único que le quedaba, para engalanarse con ello y atraer á los aventureros ricos más fácilmente. Después, cuando vió á su amigo totalmente descon-

ceptuado y en ridículo, le despidió. Creo que él la dijo:—"Si me echas de tu lado me mato." Y ella:—"Pues, mátate; no sirves para otra cosa." Crean ustedes que, desde hoy, "el papel" Blanca Romero ha subido enormemente en la agitada bolsa de los amores cotizables. Ese tiro resonará en todo el mundo...

Las mujeres, mientras envidiaban secretamente la suerte de esas grandes perdidas por las cuales los hombres más expertos se arruinan y se matan, glosaban el próximo enlace de la vizcondesita Victoria.

—Dicen que Calleja está pobre.

—Lo he oído asegurar.

—¡Bah, pobre...! Siempre le quedarán dos casitas en El Escorial y su cortijo de Montilla —repuso Teodorita Flores.

—¿Y qué es eso?—interrumpió su hermana, la marquesa de San Juan—; decid mejor, que los hombres se muestran de año en año más reacios al matrimonio, y que los padres de Victoria comprenden que los buenos maridos deben cazarse aun pagando el triple de su valor. Galanes y mujeres constituyen dos bandos, dos naciones: no olvidemos que los cambios con la nación rival están muy altos.

Los hombres envidiaban la suerte de Calleja.

—Una boda excelente—decían.

—La novia es joven y muy linda.

—Y rica.

—Y buena: Tomás me ha dicho que hasta la edad de diez y ocho años la tuvieron de pensionista en un

colegio de religiosas francesas; después sus padres han continuado educándola con extremado rigor y recato...

Daniel y Fernanda Montero hablaron rápidamente en una de las salas de billar.

—¿Qué hay de mi asunto?—preguntó la joven—; ¿sabe usted algo?

—Todo lo que es absolutamente indispensable saber. Lorenzo, en efecto, si mis informes no mienten, tiene una querida.

Fernanda lanzó una mirada rabiosa al salón.

—¿Quién es?—murmuró.

Sus dientes rechinaban sordamente.

—No lo sé—dijo el pintor—, ni he procurado averiguarlo; pero me han dicho cuándo se ven... cómo... á qué hora...

—¡Oh, gracias, muchas gracias!

Le cogió las manos, apretándoselas hasta lastimarle. En sus pupilas negrísimas, el coraje y la alegría de una venganza inminente batallaban. El pintor refirió cuanto Sara le había dicho.

—Gracias, Daniel...—repetía Fernanda—; gracias, gracias... mil gracias...

—La quiero á usted mucho—balbuceó el pintor; —mucho... cada día un poco más.

—Lo sé... acabo de recibir de ese amor una gran prueba.

—Pero usted quiere á otro hombre, Fernanda... y no se acuerda de mí... de mí, que vivo... y aliento... y muero por usted.



—Sí, sí me acuerdo... y desde ahora más que nunca...

Hubo una pausa durante la cual el odio salvaje de la vizcondesa de San Bartolomé y el deseo del pintor, parecieron fundirse en una misma emoción. Daniel aborrecía á Lorenzo, y Fernanda Montero recibía con secreto y mal definido gozo las ardientes declaraciones de Carmona, porque ellas constituían una represalia, una venganza.

—Fernanda... Fernanda...—musitó el pintor, que se ahogaba—; Fernanda: ¿hasta cuándo?

—El sábado—dijo la joven zafándose de Daniel, que la tenía cogida por las muñecas—; el sábado nos veremos...

—¡Una semana aún...!

—¿Y qué...? Si es cierto cuanto usted me ha dicho... nos veremos, se lo juro; yo iré á su estudio. Espéreme usted toda la tarde.

Daniel Carmona tenía su estudio en el paseo de Santa Engracia, más allá del Circo de Colón. Era un gran salón cuadrado, con un largo ventanal abierto sobre solares vastísimos: á un lado había un pequeño dormitorio, especie de cuartito ropero, donde los modelos se desnudaban; y en el opuesto, una habitación aguardillada que servía de depósito de muebles, armaduras, trajes, lienzos y otros trebejos. Cerca de la ventana, delante del caballete donde Daniel Carmona trabajaba, había un diván turco, bajo y muelle, cubierto de ricos almohadones. Allí era donde el pintor se echaba durante las horas de

reflexión y cansancio mental, para examinar su labor desde lejos y sorprender nuevos detalles interesantes que añadir á los ya trazados.

Dispersos por las paredes y rincones del taller había muchos cuadros, embriones de obras en germinación; y estudios de cabezas y de animales, y caprichos antropomórficos extraños, trazados con amplia visión filosófica y sereno pulso.

El artista, sentado ante su caballete, trabajaba febrilmente esperando á Fernanda. Era aquel un cuadro de grandes dimensiones, y de difícil y originalísimo asunto, que Carmona quería presentar en la próxima Exposición.

Representaba una celda conventual; una horrible celda trapense, fría, austera, con los suelos desnudos y las paredes agrietadas por la humedad. Atravesaba los cristales de un ventanuco una claridad sucia de crepúsculo que dejaba en sombras la parte inferior de la habitación. En primer término y casi de espaldas al espectador, había un fraile, que ya llegaba á los umbrales de la vejez; una de esas vejeces agrias, intemperantes, de los hombres que fueron castos cuando jóvenes. Hallábase sentado y sus hábitos formaban con el respaldo del sillón y la oscuridad de la celda, una masa de hollín; más lejos, de la noche profunda del suelo surgía uno de los pies del religioso: un pie grande, huesudo y crispado. El fraile estaba de perfil, en actitud reflexiva: con su cabeza monda, sus ojos duros, inmovilizados por treinta años de vida contemplativa, y su perfil dan-

tesco, enjuto y aguileño: sobre esas arrugas que el desencanto traza desde la nariz á las comisuras labiales, los pómulos demacrados acentuaban dos sombras profundas; una gran tristeza envolvía el silencio de aquel cráneo inmóvil marchito por el represamiento continuo de todos los deseos; era la melancolía inexpresable de los viejos que dudan, de los mártires á quienes, ya en el suplicio, acometiese el temor de haberse equivocado. El fraile meditaba ante una mesa en la que había una calavera y una *Biblia*, abierta por el *Libro de Job*; y sentada sobre aquellas páginas, donde el dolor humano dejó escrito su mejor poema, aparecía una joven desnuda, que miraba al fraile sonriendo y presentándole un niño dormido, símbolo de los días futuros que no hemos de ver. Este cuadro extraño lo titulaba Daniel Carmona, *El triunfo de la vida*.

Eran las tres de la tarde. Daniel no podía trabajar; la emoción y la impaciencia le alteraban el pensamiento y el pulso. Bruscamente se levantó, arrastró el caballete hasta la pared, dejó la paleta y los pinceles sobre su banquillo de trabajo, y fué á echarse en el diván. Encendió un cigarro habano. El recuerdo de Fernanda llenaba su pensamiento y rechazaba de su espíritu toda otra imagen. Representábasela acechando por las esquinas los torpes pasos de los culpables, y convenciéndose al fin con gravísimo dolor y quebranto de su alma, de que era burlada y de que tantas traiciones la evitaban el sacrificio de ser fiel; y luego, corriendo á verle, desolada, humi-



llada, á pedirle una venganza oscura... Pasó media hora; un calor somnífero caía sobre el estudio; en la habitación inmediata resonaba el cadencioso latir de una máquina de coser: era un ruido desigual, pero rítmico, que prolongándose en el silencio, atraía la pereza y el sueño. Daniel tornó á imaginarse á Fernanda Montero espiando la llegada de aquella mujer alta, con el rostro cubierto por un espeso velo negro, de quien él le había hablado... y se estremecía temeroso de que en la voluptuosa y alegre inquietud de aquella aventura, la venganza echase un borrón rojo.

Cansado de esperar se levantó, descorrió la transparente cortinilla con que modificaba la intensidad de la luz, y abrió la ventana. Bajo el cielo azul resplandecía el bondadoso sol de septiembre, que madura las uvas. El ambiente era tibio: allá abajo extendíanse grandes solares cubiertos de hierba, sobre la cual los vecinos pusieron á secar ropas que la lejía y el jabón dejaron muy blancas; á un lado aparecía la triste mole de un convento de monjas, con sus oscuras paredes de ladrillos, sus ventanas enteramente cerradas á la luz y sus tejados irregulares, extendidos como un manto impenetrable sobre los dolores y el inútil sacrificio de tantas vidas. A lo largo del paseo de Santa Engracia, con su suelo mal empedrado y su doble hilera de raquíticos arbolillos, pasaban algunos transeuntes y los tranvías de Chamberí y Cuatro Caminos, que avanzaban poco á poco arrastrados por dos mulas negras que, vistas desde

tan alto, parecían dos correderas amaestradas unidas á un carrito de cartón. En segundo término y á la izquierda, había varias fábricas con grandes chimeneas de ladrillo que hablaban al pitor de industrias por las cuales su espíritu artístico no sintió entusiasmo jamás; y más lejos, árboles y casas diseminadas en un paisaje confuso.

Dieron las cuatro. La esquila del convento vibró melancólica y profética, llamando á las religiosas al refectorio; las ropas, tendidas sobre la hierba de los solares, reverberaban al sol; las chimeneas pintaban largas franjas de humo en el espacio azul; las mulas de los tranvías caminaban alargando el cuello, apoyándose una contra otra para ayudarse á vencer la cuesta del ingrato camino. Daniel Carmona, absorto en sus pensamientos, lo miraba todo pareciéndole que la vizcondesa de San Bartolomé ya no vendría.

En aquel instante llamaron á la puerta del estudio, y el pintor corrió á abrir: su corazón no le había engañado; era Fernanda. Entró sin saludar y fué á dejarse caer en el diván.

—¿Viene usted muy cansada?—preguntó Daniel.

—¡Oh, sí... mucho...! Ya me ve usted... ¡Apenas puedo hablar...!

Vestía un traje color gris, sencillo y elegante, y un sombrero negro de paja adornado con flores y plumas blancas; en cada zapato de charol fulgía un broche de plata. El pintor entornó la ventana, corrió las cortinas y esperó, cruzado de brazos, á que la joven reposase: á la luz suave de la tarde la an-

cha frente de Daniel Carmona parecía más pálida, su nariz más aguileña, más errabunda la expresión de sus grandes ojos contemplativos: su barba negra, que las pasiones y los años sembraron de hilos blancos, daba á su rostro melancolía y severidad: bajo el techo, un poco bajo, del estudio, su estatura se agigantaba y sus fuertes hombros de montañés parecían más anchos.

—Pues, he venido—exclamó de pronto Fernanda Montero;—porque aquello... era cierto. ¡Sí, era cierto... muy cierto! ¡Siéntalo usted por mí!

—¿Y por mí, vizcondesa?

—Por usted...

Se contuvo. El pintor se inclinó para repetir la pregunta, con el semblante demudado por el temor y la esperanza.

—¿Y por mí...?

—Por usted... no. Pero...

—Siéntese usted... ahí... en esa silla. Hemos de hablar...

Miró á su alrededor, abarcando en una rápida ojeada al fraile que meditaba ante la mujer fecunda vencedora de la muerte y del dolor, y los cuadros llenos de cabezas y de croquis extraños, y las puertas de aquellas dos habitaciones que ella desconocía.

—Estamos solos—repuso el pintor, comprendiendo el interés inquisitivo de tal mirada—, completamente solos; usted manda aquí.

—En estos últimos días —murmuró Fernanda—,



he sufrido mucho... lo indecible; aunque estuviese hablando toda mi vida no llegaría á explicarlo...

—Lo supongo; yo, desde aquí, la he acompañado en su dolor, y he sufrido horriblemente... porque usted sufría.

—¡Pobre Daniel...! Yo también he padecido por usted. La desgracia nos une; déme usted la mano...

Su voz tenía un trémulo extraño; en sus ojos duros, resecaos por la cólera, las lágrimas no habían dejado huellas.

—La tarde siguiente á la noche en que usted y yo hablamos en casa de Ramiro—prosiguió Fernanda—salí de mi casa detrás de Lorenzo y me dirigí, desde luego, á la calle Santa Isabel: allí, escondida en un portal desde donde dominaba un largo trozo de la calle Salitre, esperé... Media hora después pasó mi marido; iba solo... le vi bajar por la acera de los nones... y hundirse en la oscuridad de un zaguán, cuyo aspecto y cuyo número... no olvidaré nunca. Transcurridos pocos minutos un coche se detuvo delante de la misma casa, y de él descendió rápidamente una mujer enlutada, cubierto el semblante por un espeso velo. ¡No sé de donde saqué bríos para represar la desesperación de mi lengua y de mis manos, que pugnaban por insultar y por herir... El coche pasaba cerca de mí y lo detuve, para interrogar al cochero; pero éste se encogió de hombros; la señora á quien acaba de servir le había alquilado en la Plaza del Angel; no sabía más. Comprendí que no me engañaba, y le dejé

marchar. Al otro día se repitió la escena; primero apareció mi marido; su cómplice llegó después... también en coche. Resuelta á conocer á mi rival, interrogué al cochero... quien me dijo lo que el otro: atravesaba la Plaza del Angel, cuando una señora alta, vestida de negro... le llamó.

La vizcondesa se detuvo para cobrar alientos. El pintor, dolorosamente emocionado, repetía:

—¡Pobre Fernanda...!

— Dos días después, á la hora que juzgué oportuna — prosiguió ella —, fuí á la Plaza del Angel y vi á mi rival; su perfil vivía grabado en mi memoria y lo hubiese reconocido entre mil. Apareció por la calle Espoz y Mina; allí, en la esquina, se detuvo á mirar á todas partes, como recelando ser vista ó seguida; luego atravesó la plaza y subió á un coche que echó á rodar por la calle de las Huertas. Aquella tarde, yo, Fernanda Montero, esperé tres largas horas metida en una taberna de la calle Salitre y delante de un vaso de vino, á que los culpables reaparesiesen... Primero salió mi marido; después... ella.

Calló, ahogándose.

—¿Y la siguió usted?— exclamó el pintor.

—¿Cómo...? Si no era para eso, ¿para qué aceché tanto...? La seguí por las calles Santa Isabel, León, Huertas, Echegaray, Fernández y González, Príncipe... Potro... Victoria... ¡En fin! ¿Para qué decirle ahora... ni cómo decírselo... hasta dónde fuí tras ella...? Bástele á usted saber que llegué á su casa y

hablé con la portera: sé quien es... Ayer descubrí otra novedad: Lorenzo, que sin duda me teme, ha cambiado la hora de sus entrevistas. En lo sucesivo los culpables se reunirán á las cuatro de la tarde. Esto quiere decir que, desde hace un momento... estarán juntos... en aquella casa... ¡en aquella horrible casa, que llevo fotografiada aquí dentro...!

La vizcondesa de San Bartolomé se levantó, arrojando al suelo su sombrilla, y el estudio pareció llenarse con las ondulaciones magníficas de su cuerpo.

—Entre arrojarme sobre los traidores y asesinarles—agregó—y venir aquí... he preferido esto. Además... usted ha prometido vengarme, y la pena de Talión es muy dulce...

—¡Oh, Fernanda...! ¡Qué buena... qué compasiva... qué misericordiosa es usted!

Se levantó y dirigió hacia ella sus brazos abiertos.

—¡Qué hace usted! —gritó la vizcondesa.

Fué tan duro su acento, tan autoritario, tan repulsivo, que Daniel Carmona pareció petrificado.

—¡Llegar á mí—prosiguió ella—así... como sobre botín conquistado!... ¿Qué... soy ya árbol caído y sin dueño, del cual puede hacer leña el primero que pase?

—¡Fernanda!

—¿Qué despojo... qué desgarró... qué desvalijamiento es éste...? Una mujer quiso á mi marido... y se le llevó; usted gusta de mí... y extiende la mano. ¡Ah...! Pues si una miserable me quitó el alma y



usted me quita el cuerpo... ¿qué me resta á mí...?

—Fernanda—repuso el pintor desconcertado—, créame que, ni un momento, pensé abusar ni de sus celos ni de su dolor. Pero la idolatro á usted y hay aquí... sobre mis ojos... algo rojo que ciega, y sobre mi pecho, algo muy grande, que asfixia.

Callaron, midiéndose con la vista; y era su silencio el silencio amenazador de los grandes elementos en calma, ó de los cañones cuando apuntan.

—Ellos están allí, abrazados—murmuró la vizcondesa—, y usted quiere que yo me rinda aquí... y ser feliz mientras la desesperación me despedaza el pecho... ¿Verdad...? Pues, sí... seré como usted quiere... ¡se lo juro!... Seré suya; pero luego... después que hablemos un poco más.

Y añadió profética, levantando una mano crispada á la altura de su cabeza:

—¡Ah, Daniel...! Yo reconozco en este instante que hay un Destino que gobierna á los seres, atrayéndoles ó separándoles, según las cábalas de su capricho inexorable, y ese Destino está dejando caer ahora sobre nosotros todo el peso abrumador de su mano de plomo. Usted puso sus apetitos en mí... porque no podía dedicárselos á ninguna otra mujer, por bella que fuese. Había de ser yo, la elegida; yo... yo sola... Usted me necesitaba. Y yo, créalo usted... Daniel; yo, sin saberlo, necesitaba un amante... que era usted. Había de ser usted viejo, repugnante, miserable... ¡y usted siempre sería el galán insustituible...!

Sus ojos, que fulguraban como los de un loco, tenían una expresión mortificante de crueldad.

—Daniel—murmuró la vizcondesa de San Bartolomé acercándose al pintor y cogiéndole por las muñecas fuertemente—: Daniel... ¿usted nunca pensó en quién fuese la querida de Lorenzo Alba... esa mujer, de quien usted sabe que ya se habla por ahí, en las mancebías?

—No, Fernanda—repuso Carmona perplejo.

—Es alta.

—Eso me dijeron.

—Y joven...

—Bien.

—¡Daniel...! ¿No sabe usted quién es? ¿No le dice á usted nada el corazón...?

—Nada... No sospecho...

Hubo un largo silencio.

—El Destino quiso—exclamó Fernanda Montero con calma—: que usted me partiese el corazón... y ahora permite que, rompiéndole yo á usted el suyo, quedemos iguales: ojo por ojo, diente por diente... La querida de Lorenzo Alba... es su esposa, Daniel...

Carmona retrocedió; luego se agachó, como los trígres para saltar.

—¡Fernanda!—gritó—. ¡Fernanda...! ¿Qué ha dicho usted? ¿Qué ha dicho usted...?

—Lo que mis ojos vieron; la querida de Lorenzo Alba, es Isabel Tataván; la mujer de usted.

Carmona, los ojos fuera de las órbitas, habló;

pero sus palabras, confundidas en un rugido, fueron ininteligibles.

—¡Miserable!—gritó al fin avanzando sobre Fernanda Montero—: ¡miserable... traidora,...! ¡Dí que has mentido... dilo...!

—No, no mentí—repuso la joven poniendo sobre los hombros del pintor sus manos robustas y conteniéndole—; no mentí. Yo soy la única mujer que no miente...

Daniel Carmona se había dejado caer sobre el diván, los ojos muy abiertos, clavados en el suelo, cual si viese cuanto tenía, sus glorias artísticas, su amor y su nombre, rodando por un arroyo de fango. Fernanda se acercó á él, cubriéndole bajo una mirada de conmiseración y de afecto: luego se arrodilló á su lado, poniendo ante sus labios entreabiertos el pebetero de sus senos, jóvenes y sanos.

—No me rechaces—murmuró—, pues estamos iguales.

Comenzó á referir lentamente los mil diversos detalles que conocía de aquel lance inaudito. El pintor la escuchaba alelado, pareciéndole que aquellas palabras venían de muy lejos. Luego pensó vagamente que Fernanda le engañaba, que todo ello constituía una represalia estúpida; pero sus nervios estaban tan fatigados y lacios, que no pudo moverse. La vizcondesa, sin variar de actitud, hablaba como esas horribles apariciones de las pesadillas:

—He visto á Isabel—decía—, como ahora estoy



viéndote á ti... ¿oyes...? Así, lo mismo. He hablado con ella.

—Tú...

—Yo... La detuve para preguntarle por una calle: quería conocerla... verla de cerca... para aborrecerla mejor.

Daniel Carmona murmuró:

—¿Qué dice...? Repítelo... habla más alto... más alto... porque no te he oído bien.

Ella así lo hizo, pero el pintor no comprendía. Entonces, mientras la joven hablaba, Carmona empezó á mascullar las mismas palabras que iban diciéndole, para mejor traducir y asimilarse su significado; pero como articulaba torpemente, concluyó por aturdirse. Transcurridos unos minutos, sus nervios reaccionaron: la sangre coloreó sus mejillas; en sus grandes ojos, apagados por el dolor, relampagueó la cólera; los dientes rechinaron: fué una brusca marejada de vida pujante, un desbordamiento repentino de sus facultades y de sus músculos. Se había levantado y dirigíase hacia la puerta. Fernanda Montero corrió tras él.

¿A dónde vas?—gritó.

—¡A presidio...! ¡A la muerte...! No sé...

Ella le detuvo, cerrándole el paso.

—No—dijo—, no sales.

—¡Fernanda...!

—¡No sales...!

—¡Déjame!—repuso el pintor con un rugido—; ¡déjame...! Voy por las vidas de ese hombre y de

esa mujer. ¡Déjame, Fernanda...! No te pongas delante del jabalí cuando va herido.

—¡Ah, miserable egoísta...! Quieres vengarte porque eres hombre, porque eres fuerte, porque tus manos pueden satisfacer á tus celos. ¡Por eso te vas...! Pero... ¿Y á mí...? ¿Quién me venga...?

El pintor se retorció los brazos.

—¡Déjame...!

—¡Y tú me quieres! —agregó Fernanda—; ¡y me tienes aquí... á merced tuya... esperándote... y no me tomas...! ¿Y por qué...? Por recoger tu honor; un honor... que ya es de todo el mundo.

—¡Déjame! —repitió él.

Ella, de un salto, se puso delante de la puerta. Su espíritu bravío acariciaba la visión salvaje de un abrazo supremo, acaso mortal, provocado por la horrible concurrencia de las mayores pasiones del alma: la lujuria y los celos.

—¡Tómame! —gritó.

Rápidamente, como en una convulsión, se desgarró el vestido, ofreciendo su pecho desnudo, alto y blanco: las uñas de sus dedos crispados zarpearon la piel, y la sangre corrió abundante, emborrachando.

—¡Tómame! —repitió—, ¡soy tuya...!

Daniel Carmona, fuera de sí, la acometió.

—¡Déjame... maldita...! ¡Déjame salir...!

Ella, fuerte y gallarda como una walkyria, le echó los brazos al cuello, y fué su ataque tan brusco, violento y decidido, que el pintor cayó de rodillas.

—¡No, no sales!—murmuró Fernanda Montero—,  
no sales...

Su voz era áspera, ronca, autoritaria.

—No sales... te necesito... ¡Vamos á vengarnos...!



## II

Bendecida con toda solemnidad y pompa la primera piedra del Colegio de Nuestra Señora de la Piedad, las obras continuaron activamente bajo la vigilancia infatigable del padre Carmelo.

El terreno elegido para asiento del famoso edificio, era un vasto solar, situado á la izquierda del paseo de la Castellana, cerca del Hipódromo. El colegio, según don Carmelo, de acuerdo con el arquitecto, había decidido, sería un edificio de dos pisos, con un atrio monumental al que darían fácil y elegante acceso cinco peldaños de mármol: los muros, excepción hecha de los dos principales ó de crujía, que se cortaban en cruz dividiendo la obra en cuatro grandes cuerpos, serían de ladrillo, y los suelos de madera, menos los de las habitaciones destinadas á cocinas, enfermería y refectorio. Las clases de

primera enseñanza ocuparían la planta baja, todas espaciosas y en declive y con largas ventanas enrejadas á un jardín. A la derecha del atrio habría dos grandes salones, perfectamente iguales, destinados á clases de dibujo y gimnasia. Esta última era una de las asignaturas que el padre Carmelo pensaba tener bajo su inmediata vigilancia y custodia; era hombre de mediana estatura, joven aún, cuellicorto, con piernas y brazos atléticos: los ejercicios físicos que tan á maravilla completaban su carácter impulsivo, le seducían, y soñaba formar generaciones vigorosas de buenos católicos, ágiles y tenaces como él, que, en caso llegado, supieran defender la religión á puñetazos. Las clases de segunda enseñanza y el hospitalillo ocupaban el resto del primer piso, y los dormitorios el segundo. A la izquierda del convento estaba la capilla, que sería pública y decorada con mucho lujo y magnificencia, y para cuyo mayor ornato, lucimiento y buen gusto, ni se regatearía el precio de los mármoles, ni se pondría coto al trabajo de los artistas, sino que cada cual haría lo mejor que pudiese, cobrando después sin alambicamientos lo que fuese justo. Detrás del convento se ensanchaba la huerta, sembrada de árboles frutales, con conejera, gallinero y cuatro grandes bancales destinados al cultivo de habas, habichuelas, judías, coliflores y otros cereales y legumbres de utilidad y fácil cuido, y de sabroso gusto.

Los trabajos preliminares realizados por el activo padre Carmelo y sus compañeros don Arturo Mel-

gares, don Fernando Almonacid y don Dionisio Bringas, promotores y principales ejes de toda aquella máquina, distaban aún de concluir. Luego de comprar el solar, que costó cerca de las tres cuartas partes del dinero afanado durante dos largos años de incesantes esfuerzos, sólo quedaban en la Asociación, de que don Carmelo Díaz era presidente, poco más de setenta mil pesetas, las cuales no bastaban para llevar á término las obras comenzadas. Aquello, por tanto, había sido una calaverada, un verdadero alarde de osadía y de fe en sí mismos con que don Carmelo y sus satélites pretendieron deslumbrar á los más audaces.

Las zanjas estaban abiertas, los cimientos hechos: treinta peones trabajaban bajo la inmediata dirección y vigilancia de un maestro de obras catalán, en la construcción de las bóvedas que prestarían sólido apoyo á la planta baja. En la cuádruple valla que cerraba el solar, fué puesto por orden del padre Díaz, el letrero: *Obras del Colegio de Nuestra Señora de la Piedad*, que atraía, con sus grandes caracteres negros, destacándose fuertemente de la empalizada revocada de blanco, la atención de los transeuntes devotos. A ambos lados de la puerta había dos cepillos con la inscripción: *Para contribuir á la edificación de esta Santa Casa*, que recababan de la caridad pública muchas monedas de cinco y diez céntimos.

Cerca del atrio, parado sobre una piedra que le elevaba metro y medio del suelo, don Carmelo Díaz,



los manteos recogidos bajo el brazo, las piernas abiertas y el sombrero de teja echado hacia la frente, para quitarse el sol, pásaba gran parte del día inspeccionando el curso de las obras, el acarreo de materiales y todo aquel incesante bullir de hombres y de animales. La tierra, que unos obreros sacaban de las zanjas que otros iban estibando, era llevada inmediatamente hacia la parte del jardín: los ladrillos venían en hondas carretadas arrastradas por bueyes, que penetraban en el solar por la ancha cancella destinada á este uso. Era una operación muy difícil, porque los pesados carromatos debían girar en un muy reducido espacio y las ruedas rompían el suelo húmedo y removido: el carretero aguijoneaba á los animales, que reculaban humillando la atormentada cerviz bajo el peso del yugo, pegando á la tierra sus hocicos babosos: algunos obreros, agarrándose á los radios de las ruedas, ayudaban á la operación. Según las necesidades, aquellos ladrillos eran amontonados ordenadamente, cerca de la valla, ó distribuídos hacia diferentes puntos de la obra: el carretero, de pie sobre su carro, los cogía de seis en seis, entregándoselos á un peón, y éste á otro, y así, de mano en mano, llegaban rápidamente hasta los lugares más distantes: el capataz presenciaba la operación, anotando en un cuaderno el número de ladrillos entregados. Los obreros, armados de palas ó picos, laboraban silenciosos, ofreciendo al cielo sus espaldas encorvadas, sus cogotes curtidos por el frío y el sol: las carretillas, cargadas de arena y cal, iban

y venían incesantemente; los martillos pulían á golpes los anchos sillares; el cepillo de los carpinteros alisaba vigas y tablones; las paredes crecían sin que ninguna obtuviese ventaja sobre las otras, simultáneamente, como las espigas de un mismo campo.

Don Carmelo las veía subir, y contento y orgullo inefables embargaban su ánimo: aquella era su obra, la semilla plantada por su fe, que subía al Cielo en lenta y gloriosa marea; el supremo esfuerzo que había de perpetuar su nombre y hacer que sobre su memoria lloviesen pródigamente las bendiciones de las almas dentro de aquel santo edificio educadas. Y don Carmelo veía el colegio ya concluído, con su capilla, que sería la más frecuentada por la gente noble, y su fachada monumental, irguiéndose sobre dos columnas dóricas; y luego sus solidísimos muros de ladrillo, acribillados de largas series paralelas de ventanas ojivales que darían al edificio esbeltez y ligereza; y sus tejados ondulando alrededor de una bóveda central y muy alta, sobre cuyo remate ó fastigio el arquitecto pondría el busto del fundador...

Discurriendo en esto y en los escasos medios puestos á su alcance, don Carmelo Díaz se desesperaba: era absolutamente necesario allegar á roso y velloso más recursos, hacer otros empréstitos, estimular antes que la caridad, el amor propio de las familias pudientes, organizar funciones teatrales, tómbolas, bailes, corridas de toros; y abrir suscripciones públicas en las revistas y diarios católicos, y apercibir mesas petitorias, y repartir indulgencias á manos

llenas, á fin de exaltar el celo religioso de todos y conseguir que las arcas de la Asociación no estuviesen nunca vacías.

Le ayudaban en la reñida empresa, don Dionisio Bringas, que disfrutaba las simpatías y confianza de gran número de damas principales, y Melgares, cauto y mundano, y experto orillador de situaciones difíciles. La cooperación de don Fernando Almonacid era menos eficaz y, en gran número de casos, inhábil y contraproducente. Almonacid aborrecía los bailes, los teatros y los espectáculos taurinos, y juzgaba despreciable y maldito el dinero ganado por tales caminos. Los toros son fiestas paganas que excitan los malos instintos populares, endurecen los sentimientos con la sangrienta exhibición de animales heridos y de hombres en continuo peligro de muerte, y encanallan el espíritu con las crueles escenas y los votos y blasfemias que allí se presencian y escuchan; los teatros también le repugnaban, considerándolos como centros abominables de inmoralidad y corrupción, donde histriones y mujeres sin recato representan cuadros que más tienden al recreo de los sentidos que á la elevación y mejoramiento de las almas; y de los bailes no quería hablar, hallando que marcan los límites de la hipocresía y perversión humanas esas fiestas donde la costumbre permite que las doncellas se dejen estrechar el talle, y ofrecer sus senos y su vientre al impuro contacto masculino, convirtiéndose así, con beneplácito de sus padres y mengua del general decoro, en



cebo de torpes apetitos y norte de concupiscencias.

Estos puritanismos encolerizaban á don Carmelo. Almonacid era un espíritu retardatario que no quería reconocer las revoluciones hondísimas abiertas en la sociedad por el curso de los siglos: los momentos actuales eran de indiferencia, vacilación y ateísmo; y ya comenzada la pelea y enardecidos los ánimos, todas las armas parecíanle legítimas para vencer. Era imposible hacer de la humanidad un colegio de teólogos, donde cada individuo se aplicase á cumplir deberes religiosos; muy al contrario, el pueblo es indiferente, casquivano y distraído, y si concurre los domingos á la iglesia y acepta la tutela de una religión, lo hace inconscientemente y sin medir los gastos que cuesta la sustentación del culto, cuyo boato y teatral esplendor tanto le divierten y satisfacen. Don Carmelo creía que á la impiedad se la debe combatir con sus mismas armas, y hasta utilizarla en favor del propio medro. La Naturaleza es la gran maestra que mejor emplea esa política tolerante y sincretista que concluye por fusionar en la virtud del mismo fin las fuerzas más opuestas. El cosmos, en todas sus evoluciones, tiende á la vida el hombre especula para allegar dinero, eje y resorte prepotente de la mecánica social; y llegan momentos en que, considerando que pueden comprarse todas las actividades físicas y mentales de un individuo, parece que la existencia y el dinero son cantidades homogéneas, susceptibles de cotejación y suma. La digestión aprovecha cuantos elementos ocupan el

estómago: los estruja, los modifica por la acción química de la saliva, la bilis y otros jugos, separa los principales asimilables de los perjudiciales ó inútiles, los hace penetrar en el torrente circulatorio y produce la vida. En la implacable lucha social el especulador debe hacer otro tanto: se atrae con proposiciones ventajosas á los ricos que desean aumentar su capital; se acepta á los artistas modestos cuyas obras, más adelante, acaso valgan una fortuna; se recibe á los obreros hambrientos que venden, por un trozo de pan y un poco de abrigo, todo su vigor; se retiene también, si preciso es, á las mujeres que simpatizan con la empresa, y cuya belleza puede, en un determinado momento, trastornar un ministerio; y después de acaparar tan diversos elementos, se les precipita en la horrible vorágine del mismo negocio, se les explota obligándoles á competencias mortales, se aprovechan las iniciativas de unos, la laboriosidad de otros, la influencia de los importantes, se separan los adictos y fieles de los malos... y se produce el dinero; objeto y fin único de toda esta monstruosa digestión social.

—¿El pueblo quiere diversiones?— decía don Carmelo—. Pues dadle diversiones: lo indispensable es aprovechar hábilmente esos vicios para que todo el dinero malgastado en teatros, bailes y toros, redunde en beneficio de la religión en cuya defensa y encumbramiento estamos interesados.

Pero don Fernando Almonacid denegaba, con la terquedad del fanático: el dinero ganado por tan

malsanos procedimientos es innoble y maldito á los ojos de Dios.

—Con la lógica de usted—agregaba—, también sería lícito aumentar el tesoro de la Asociación fundando un lupanar...

El padre Díaz le miró de hito en hito, sin responder: aquella era una idea tan loable ó tan mala como otra cualquiera, pues como los billetes de Banco ganados en el vicio ó en la virtud, son perfectamente iguales...

Al fin don Carmelo comenzó á proceder por sí mismo, sin comunicarle á Almonacid sus determinaciones ni pedirle consejo, pareciéndole que don Fernando, aunque gran orador y notable teólogo, era un espíritu especulativo inútil para los momentos de peligro. El enérgico clérigo estaba resuelto á buscar dinero por todos los caminos imaginables: la perspectiva de que las obras del colegio se paralizasen, y de los jaramagos, amarilleando el sol por entre las grietas de los muros á medio concluir, le volvía loco...

Trabada la lucha y sabiendo cuáles eran y dónde estaban los medios seguros de evitar la bancarrota, don Carmelo Díaz y sus amigos Bringas y Melgares, comenzaron á realizar prodigios de influencia y actividad. Don Dionisio habló largamente en el confesionario con la anciana viscondesa de Algorta, cuya hija Victoria se había casado en aquellos días con el barón del Tajo, y su marido don Isidoro Ferrándiz hizo á las obras del colegio de Nuestra Señora



de la Piedad un donativo de quince mil pesetas. La noticia de este generoso rasgo la publicaron varios periódicos católicos, y *La Tolerancia* abrió una suscripción que el marqués de San Juan encabezó con dos mil duros: el rico contribuyente don Ramiro Salinas dió cinco mil pesetas más, mil don Raimundo Ortiz de Marcos, presidente del Supremo, y Celada y el sombrerero don Vicente Risueño, quinientas cada uno... Fué un río de plata que la emulación y el orgulloso prurito de quedar bien hizo correr en pocos días. Por su parte, las Hermanitas de la Sagrada Asociación del Consuelo, postulando por los barrios pobres de la Corte, reunieron muchas ropas y bastante dinero.

El padre Carmelo, que después de pasar el día vigilando las obras, trabajaba en su casa hasta altas horas de la noche, se frotaba las manos alborozado.

—Si la vanidad de los devotos no declina—decía—, el edificio quedará concluido antes de un año.

Unicamente le preocupaba la actitud ambigua de doña Petra de Diego, en quien su ojo sagacísimo de especulador veía una presa excelente. Desde que su hija Fernanda se separó de Alba de Torres, la anciana parecía más triste y decaída. La conducta de los vizcondes de San Bartolomé fué blanco de agrios comentarios: nadie comprendía aquel rompimiento fundado sobre pecadillos insignificantes, de los cuales no hay matrimonio que esté perfectamente limpio; y todo parecía tanto más descabellado, cuanto que hay hogares donde los cónyuges, aunque igual-

mente manchados, disimulan sus odios mutuos por no empañar el lustre de una clase. A juicio de muchos, Lorenzo Alba hubiese podido tener una querida y su mujer un amante: todo se reducía á honrar las apariencias procediendo siempre calladamente y sin escándalos.

Estas censuras contristaban á doña Petra, que recibía la conducta de aquella hija rebelde como un castigo del Cielo. Otro disgusto se añadía en su ánimo á los sufridos. Realizado el divorcio, el vizconde de San Bartolomé restituyó á su esposa todos sus bienes, y Fernanda Montero, á su vez, hizo entrega de ellos á su madre y hermano, diciendo en una carta que no merecía ni quería aquel dinero que no había ganado. En un párrafo se despedía de todo: de doña Petra y de Joaquín, de su pasado, de sus recuerdos más dulces, de los progenitores ilustres que reposaban allá lejos, bajo el techo de la vieja iglesia lugareña...

La pobre doña Petra creyó morir del disgusto y tuvo que guardar cama varios días: sus amigas Eufemia Ajero y doña Benita, no la dejaban sola ni un momento; todas compadecían su desgracia y eran á consolarla, refiriéndola historias vulgares de ingratitudes y pesadumbres. La vida es triste; Dios, para probarnos, suele amargar los últimos años de los ancianos con terribles males...

—Ya ves—decían—, nosotras, por diferentes motivos, sufrimos tanto como tú...

El padre Bringas y don Arturo también iban á

visitarla: todos entraban silenciosos y de puntillas, sin atreverse á interrumpir la fúnebre paz de la casa callada: en el recibimiento, Cristo agonizaba á los resplandores de una lamparilla de aceite; por los pasillos oscuros, las criadas, vestidas de negro y con cofias y delantales blancos, pasaban sin ruido, acogiendo á los visitantes con la fría sonrisa de sus labios pálidos; en el vasto salón, lleno de cuadros y muebles antiguos, resonaba el trabajo devorador de las carcomas...

Doña Petra había vuelto á ocupar su sillón delante de la chimenea, y allí, las piernas abrigadas bajo una piel de oso, recibía á sus amigas, hablándolas con voz debilitada por el dolor.

Joaquín Montero, desde su reconciliación con Fernanda, cuidaba más de su madre y de su hacienda, procurando librarlas de los peligros que por todas partes las acechaban. Esta ingerencia de Joaquín en los asuntos maternos, indispuso al joven con todos los amigos de doña Petra, especialmente con don Dionisio Bringas, su confesor, á quien apenas saludaba.

—Ese hijo —decía don Dionisio—, será para usted, doña Petra, una corona de espinas.

Doña Eufemia y Benita Fernández opinaban lo mismo: tildaban á Joaquín de egoísta y hereje, y le atribuían fines interesados: poco le importaba el eterno reposo de su madre con tal de heredar á su muerte algunos miles de duros más: por eso procuraba aislarla, separándola de la Iglesia, de la salvación...



—La lanzada —decían— que Cristo recibió en el costado, Fernanda te la asestó en el corazón: pues ahora no dudes de que Joaquín, acercando á tus labios el agrio vinagre de su incredulidad, intenta consumir tu sacrificio.

La siniestra figura de aquel hijo que acechaba su muerte, como bandolero apostado en la revuelta de un camino, aterraba á doña Petra, que rompía en sollozos.

El divorcio de Fernanda y la renuncia que hizo de sus bienes descubrieron á Joaquín Montero la llegada inmediata de nuevos peligros, y comprendiendo que su madre no necesitaba aquella herencia, que cedería sin esfuerzo á la rapacidad del padre Bringas, del astuto Melgares y de don Carmelo, resolvió defender á todo trance lo que tan de derecho le pertenecía. Un anciano abogado, condiscípulo de su padre, le guió expertamente, indicándole cuanto debía hacer, y la suerte también trabajó en su favor, concatenando los hechos de modo que cuando don Carmelo quiso intervenir y poner en juego influencias que entorpeciesen el cumplimiento de la ley, ya Joaquín Montero había recobrado la dote de su hermana.

Este fracaso irritó á don Carmelo; era una mala jugada, un golpe funesto que birlaba á las obras del colegio un donativo que no bajaría de cien mil pesetas. Además maliciaba que Joaquín Montero no se satisfaría con aquella hazaña, sino que su voluntad seguiría gravitando sobre la débil condición de doña

Petra, de cuyo dinero y religiosos sentimientos, él y sus compañeros de asociación, tanto esperaban. Joaquín, por tanto, era un obstáculo, un rival temible que importaba vencer antes que su impiedad produjese nuevos agravios y disgustos.

—Necesitamos alejarle de su madre—decía don Carmelo.

—Eso es difícil—repuso Bringas—, muy difícil: doña Petra le quiere mucho... tanto, que vacila entre ese amor y el que le tiene á su alma. La conozco bien; ya hemos hablado de esto: dice que Fernanda ha muerto para ella y que Joaquín es su única ilusión, su hijo único...

—¡No importa!—repetía don Carmelo—, necesitamos deshacernos de él; es un enemigo que nos quita mucho dinero: dejémosle coger la parte de hacienda que le corresponda y luego que se vaya, que se emancipe... Doña Petra, rica y sola, es completamente nuestra.

Estaban en la secretaría de la Asociación; un largo salón rectangular, sin otro mobiliario que cuatro mesas, y varios armarios y sillones de gutapercha: sobre cada mesa lucía una lamparilla eléctrica con pantalla verde: el suelo era de madera; en la chimenea chisporroteaba un buen fuego de encina; los techos eran altos, las paredes de estuco. A un lado había una carta geográfica de Europa, y un mapa extraño que representaba el lugar que ocupan en la Península las diferentes Asociaciones religiosas; era un atlas fatídico donde aparecía Es-

paña bajo las patas de una gigantesca araña negra.

—¿No cree usted —dijo don Carmelo— que habría un medio de hacerles reñir?

—No... Pues la madre no quiere separarse del hijo, y el hijo comprende que ahora no debe abandonar á su madre.

—Entonces...

—Es preciso —agregó don Dionisio— que Joaquín proponga el rompimiento... ó que sea él quien voluntariamente aleje...

Bringas, Almonacid y el padre Melgares se hallaban sentados delante del fuego, los pies apoyados sobre los morillos de la chimenea: don Carmelo iba y venía impaciente, las manos metidas en los bolsillos de la sotana.

—Prescindamos de doña Petra —dijo Almonacid—: es lo cristiano y lo legal.

El padre Díaz se detuvo un instante para dardear sobre su compañero una mirada amenazadora como un relámpago: luego, sin responder, reanudó su nervioso vaivén de tigre enjaulado. Ante el contraste de aquellos dos caracteres violentos y perfectamente antagónicos, el solapado Melgares sonreía.

—Es imposible prescindir de doña Petra —dijo Bringas—; su amistad puede valernos cuando menos, la dote de su hija... y cien mil pesetas no son grano de anís. Para separar á Joaquín Montero de su madre, hay que distraerle... en algo... ¡qué sé yo!... Algo que absorba toda su atención, que le esclavice... reteniéndole fuera de su casa...



—Una mujer, por ejemplo... —Insinuó Melgares suave.

Bringas le miró perplejo, cruzando las manos sobre su abultado abdomen canonjil. Don Carmelo se había detenido bruscamente, deslumbrado como quien, andando entre tinieblas, recibiese de pronto sobre los ojos un rayo de luz.

—Tal vez... —murmuró—, tal vez...

—Todo eso —exclamó don Fernando Almonacid levantándose— es una indecencia. ¡Da asco... asco y tristeza... oír discurrir así! Por mi parte, no quiero mancharme las manos de barro; hagan y concierten ustedes, á solas, lo que bien les plazca; yo me voy.

Bringas quiso detenerle, aplacarle...

—No, don Dionisio —repuso Almonacid—; yo no debo permanecer aquí; déjeme usted marchar...

Cogió su sombrero, requirió el manteo y salió de la secretaría á largos pasos, con la majestad de un viejo rey que abdica. Sus compañeros se encogieron de hombros.

—Lo mejor —repitió Melgares, luego que Almonacid hubo cerrado la puerta—, lo mejor, por no decir lo único, para trastornar el seso de un muchacho joven, es una mujer...

—Sí, indudablemente...

—Pero... ¿habla usted de relaciones formales?— observó don Carmelo desconfiado.

—¡No... ca...! A Joaquín Montero hay que proporcionarle una...

—¡Ah...! Vamos, sí, una...

—Una... cualquiera... que le lleve y le traiga... y le domine...

—Y le arruine... si viene á mano.

—¿Y qué...? Es una desgracia de la cual nosotros ya no seríamos directamente responsables. El es mayor de edad y debemos suponerle criterio suficiente para gastar su vida y su dinero prudentemente.

—¿De quién echaríamos mano?

—En ello pienso desde hace días—repuso Melgares muy ufano de haber sobrepujado á sus amigos en celo y previsión—: y no sé qué aventurera elegir entre las muchas que conozco.

—¿Y si Joaquín no muerde el anzuelo...?

—Eso es difícil cuando el cebo está bien preparado. Meditemos algo raro... que impresione fuertemente,..

—El asunto es delicado—dijo Bringas, á cuyo carácter sencillo interesaban aquellas novelescas maquinaciones.

—Esa pecadora, desde luego—exclamó don Carmelo que de todo y de todos desconfiaba—, ha de ser reservada... ¡muy reservada...! ¡Y muy amiga nuestra!

—¿Para qué?

—¿Cómo...? ¡Para evitar traiciones...!

—Discurre usted como un adolescente, amigo Díaz—repuso el padre Melgares con su eterna sonrisa burlona—; la mujer que utilicemos, no ha de conocernos ni saber qué misterio ocultan sus amores con Joaquín Montero. ¿No comprende usted que la

menor indiscreción podría comprometernos en lo futuro...? Importa, pues, proceder de modo que nuestra conducta no deje huella, ni vestigio, ni rastro...

Los tres religiosos callaron; meditaban fuertemente.

—Debemos elegir— prosiguió Melgares— una de esas cortesanas deslumbrantes, que hoy están en boga.

—¿Cuál?

—¡Diablo...! ¿Oué sé yo...? Para eso estamos aquí; para escogerla.

—Blanca Romero es muy hermosa— dijo Bringas.

—No conviene: está muy solicitada; el suicidio de ese aventurero inglés la ha puesto demasiado alta.

—Martina Olivares...

—En ella pensaba... pues Grau quiere llevarla á París...

—¿Y Luisita Luján?— interrumpió don Dionisio.

—No, jamás. ¡Dios nos libre del fuego...! Esa menos que ninguna otra.

—¿Por qué?

—Por ser querida del marqués de San Juan; y como Vélez es muy amigo de Alba de Torres y de Fernanda... y conoce á Joaquín... Nada; usted acertó, don Carmelo: Martina Olivares es la mejor; la gustan los viajes y puede llevarse á Montero muy lejos.

—¿Usted la conoce?

—Nunca hablé con ella, pero Beatriz, mi ama de



llaves, que me sirve desde hace treinta años, y de cuya fidelidad y varonil proceder no puedo dudar, dirá á la Olivares cuanto ésta, á juicio nuestro, deba saber; y lo dirá dejando nuestras personalidades perfectamente resguardadas y en la sombra.

Discutieron largo rato, componiendo un suceso extraño que, hiriendo fuertemente la imaginación de Joaquín Montero, esclavizase su voluntad; atando cabos y revisando los nudos de aquella complicada red, corrigiendo pormenores, tapando cuantos resquicios y suturas pudieran servir de paso á la sospecha. Martina Olivares habitaba un piso segundo de la calle del Príncipe, donde vivía con su madre, Leonor Jimeno, el negro Pancho y una andaluza, jamona y alegre, á quien llamaban *la Pérez* y á la que estaba ligada por una muy firme y antigua amistad.

La Olivares nació en un pueblecillo de Cáceres, la provincia más pobre y atrasada de las dos que forman el antiguo reino extremeño. Su padre era herrero, su madre trabajaba en la fragua y en el campo, segando por agosto, vendimiando después, acarreando haces de leña, que hurtaba del bosque y luego vendía, lavando en los arroyos las ropas de algunas vecinas; y todo no bastaba, porque su marido ganaba poco y perdía en la taberna la mitad de su salario. Martina acompañaba á su madre en aquellas faenas, y aprendió á segar y á pisar la uva y á dejar la ropa, á fuerza de puños, más blanca que el armiño. En invierno los haberes disminuían, las necesi-

dades aumentaban, y la pobre niña solía andar desnudita de pie y pierna pidiendo limosna por los caminos que endureció la escarcha. A los diez y seis años fué á servir á unos hacendados que vivían en un pueblo inmediato al suyo: entonces Martina era una zagalona alta y alegre, con turgencias que comenzaban á ondular suavemente bajo sus trajecillos de percal, y anunciaban en plazo no lejano una gran belleza. Al año siguiente su amo, que había quedado viudo, la persiguió vorazmente y no sosegó hasta hacerla suya: fué una posesión oscura y salvaje que no trascendió fuera del pajar donde fué perpetrada. Pasaron los meses y el padre de Martina murió, y su madre se fué á vivir con Vicenta, la mayor de sus hijas: la joven servía á la sazón en otro lugar más distante; y así continuó, como avecilla que revolotea de árbol en árbol, probando la fuerza de sus alas, hasta que un día se supo que Martina Olivares estaba en Madrid.

Leonor, al principio, lloró mucho, juzgando á su hija irremisiblemente perdida, aterrada por la vagabundía de la gran ciudad, especie de pantano donde naufragan y perecen tantas virtudes provincianas: después recibió una carta donde la fugitiva decía hallarse al servicio de un matrimonio que la quería y respetaba mucho; y desde entonces la anciana comenzó á recibir, á principios de cada mes, con una carta de su hija, un lindo billete de veinticinco pesetas. Martina explicaba estos envíos diciendo que sus amos, apreciándola mucho, buscaban continua-

mente pretextos para favorecerla; y ya era la fiesta onomástica de la señora, lo que se celebraba, ya el cumpleaños del señor, ó la festividad de los Reyes Magos, ó cualquiera otra de esas alegres festividades en que la costumbre obliga á los ricos á mostrarse benévolos y generosos con sus sirvientes.

No faltaron, sin embargo, almas discretas y bien intencionadas, que advirtiesen á la anciana el peligro que había en dejar á Martina sola tanto tiempo, y que, pues nada la retenía en el pueblo, su obligación era velar de cerca por su hija y defenderla, si enferma con sus cuidados, si enamorada y propicia á caer, con sus consejos. Y Leonor Jimeno, animada por aquellas razones que venían á medrar un deseo que ha tiempo la rondaba, lió sus ropas en un pañuelo, se despidió con lágrimas y abundantes promesas de inmediato regreso de sus hijos y parientes, subió al tren que pasaba á las nueve de la mañana por Talavera de la Reina, y á las cinco de la tarde de aquel mismo día llegó á Madrid, sin más recursos ni otro oriente que las señas de su hija apuntadas en la margen de un periódico.

Preguntando á muchos y guiada por algunos que compadecieron la vejez y soledad de la lugareña, pudo Leonor Jimeno llegar al número de la calle que iba buscando; desfallecida atravesó el portal, que era amplio y claro, y empezó á subir una suave escalera de mármol que caracoleaba alrededor de la caja del ascensor: una especie de jaula con un espejo y un asiento afelpado, cuyo uso Leonor Jimeno



desconocía. La anciana se detuvo en el piso segundo, ante una puerta, á la cual llamó con la mano. Momentos después oyó los pasos de una mujer que avanzaba sin ruido por el suelo alfombrado.

—Es mi Martina—pensó Leonor.

Y su apasionado corazón maternal la dió un vuelco en el pecho. Abrieron: no era Martina. La anciana preguntó, bulbuceando:

—¿Está sirviendo aquí... una muchacha extremeña... que se llama Martina... Olivares?...

—¡Martina Olivares...!—repitió su interlocutora estupefacta.

Pasado un momento, ya vuelta de su sorpresa, añadió, sonriendo:

—Vamos, sí... usted será paisana suya...

—Soy su madre.

—¡Ah! mejor; entre usted y espérala: la señorita ha salido, pero no puede tardar.

—¡La... señorita!—repitió Leonor Jimeno, cuyas débiles piernas flaqueaban.

—Sí, la señorita Martina es la dueña de esta casa.

Hablando así rodeó el talle de la anciana con un brazo, y, empujándola suavemente, la condujo á un saloncito tapizado de blanco y azul. Leonor se dejó caer sobre un sillón, sintiendo que la alfombra cedía bajo sus recios zapatones de campesina: sus ojos se llenaban de lágrimas.

—¿Qué quiere usted?—agregó la doncella afalemente—, son lances de la vida... La que usted

creía hallar sirviendo... es señora. ¡Consuélese usted! Esto es lo menos malo que podía haber sucedido.

Era una de esas camareras elegantes y jóvenes, en quienes las cortesanas depositan toda su confianza. Para consolar á la anciana la aseguró que la señorita estaba muy bien, y que el marquesito de Casa-Soler la quería mucho. Leonor Jimeno escuchaba sin comprender, alentando penosamente bajo el recio mantón de cuadros amarillos y negros que cubría sus hombros: había dejado en el suelo el pañuelo que contenía su exiguo equipaje, y sus ojos paseaban miradas turbias sobre los muebles de terciopelo, los espejos, los entredoses cargados de figuritas y chucherías, el dormitorio con su lecho de caoba, muelle y fastuoso como el de un rey...

—El señorito Ramón—decía la camarera—no duerme aquí, porque es menor de edad y vive con sus padres. Y, aunque durmiese, no habría obstáculos para que pasase usted las noches en mi cuarto: el señorito Ramón es muy bueno...

De pronto oyeron el ruido de un coche que se detenía delante del portal.

—Ahí están—exclamó la joven, y salió al balcón.

Después entró precipitadamente y corrió hacia el recibimiento, murmurando:

—Sí... son ellos.

Leonor Jimeno permaneció inmóvil, muda, sin fuerzas en el pensamiento ni en los músculos; luego oyó abrir la puerta de la escalera y un corto cuchicheo y reconoció la voz de su hija que lanzaba un

grito de alegría frenética. Martina penetró en el salón corriendo, arrojando al suelo su gran sombrero de cortesana, y arremetió á su madre, levantándola entre sus brazos, cegándola con sus besos.

—¡Madre, madre...! ¡Usted aquí... oh, qué felicidad! Ya estamos juntas... y para toda la vida. A mi lado ya no trabajará usted, ni tendrá usted frío... como allá en el pueblo... ni hambre... ¡Madre, madre, de mi alma...! Béseme usted, perdóneme usted... Yo no me atrevía á llamarla temiendo sus riñas... Pero... en fin, eso pasó. ¿Ve usted? Todo esto es mío, todo cuanto nos rodea es mío... de usted. Los muebles, para que usted se siente; los espejos, para que usted se mire... ande usted sin cuidado, madre mía, pise usted recio, más recio... la alfombra no se rompe. Aquí está la alcoba... la mía... Aquí dormirá usted desde esta noche.

La llevaba, la traía, arrastrándola entre sus brazos, oprimiéndola contra su pecho, desbordante de amor filial, queriendo ponerla inmediatamente en posesión de todo.

El marquesito de Casa-Soler, las manos metidas en los bolsillos del pantalón, contemplaba la escena; era un joven aniñado, sin pelo de barba; sus largos cabellos, partidos simétricamente y mojados de aceite, caían sobre su frente como los cabellos de un hombre que sale del mar.

Martina Olivares hablaba atropelladamente, llevando á su madre alrededor del salón, enseñándola lo más pequeño.



—Esta concha la compré en San Sebastián, un puerto de mar... Pero... ¡es verdad, usted no ha visto el mar...! ¡Qué desgracia...! Bueno, no importa; lo verá usted este verano, iremos juntas: el mar es lo más hermoso que Dios inventó después de hacer el cielo... ¿Conoce usted á la mujer de este retrato...? Soy yo, disfrada de gitana. Cuando necesite usted llamar á las criadas, oprima usted este timbre. ¡Ah, mire usted! ¿Ve usted este botoncito blanco...? Es el de la luz eléctrica.

Dió media vuelta y las lamparillas eléctricas colocadas en los brazos de una araña de bronce, se encendieron; los cuatro espejos de los testers multiplicaron las luces. Y Martina preguntó acariciadora, cual si hablase con un niño:

—¿Ve usted qué bonito?

Pero la anciana, que hasta entonces no pudo hablar, la rechazó colérica:

—¡Déjame; apestas á esencias!

Después rompió á llorar; Martina se hincó de rodillas delante de ella, queriendo consolarla: concluyeron por abrazarse estrechamente y llorar juntas.

Martina Olivares ya no quiso separarse de su madre, y unas veces con amenazas y otras con ruegos y lágrimas, le arrancó de la voluntad el deseo de volverse al pueblo.

—No quiero—decía—que usted, de vieja, pida limosna, como yo la mendigaba cuando niña.

Así pasaron varios meses; luego, bruscamente, todo cambió: el marquesito de Casa-Soler, obliga-

do por su padre, que quería hacerle ingresar en el cuerpo diplomático, dejó á Martina, y llegaron para ésta y su madre los días tristes en que todo se empena. Del hermoso piso de la calle de Jorge Juan, donde estaban, pasaron á un cuarto tercero de la calle del León, y después á una boardilla de la calle Cedaceros; Martina había vendido los muebles que el marquesito la dejó y pignorado sus trajes y sus mantones; la mala sombra la perseguía, Leonor Jimeno, valerosa ante la desgracia, sufría en silencio y ayudaba á su hija en cuanto al alcance de su mano estaba; iba al mercado, guisaba, barría la casa: la joven se levantaba tarde y después de almorzar, sentada ante una botella de aguardiente, fumaba cuatro ó cinco cigarrillos; luego se peinaba mirándose en un espejo roto, renegando de las horquillas y de las tenacillas que se enfriaban; á ratos quería pintarse el pelo de negro, por ver si así espantaba la mala suerte; otras veces hablaba de cortárselo. Después salía á la calle. La anciana cenaba sola, acurrucándose luego en una sillita baja, con un gato sobre el regazo, esperando á que Martina volviese. Esta regresaba muy tarde; unas noches traía dinero, que arrojaba despreciativamente sobre la mesa; otras venía furiosa, blasfemando, dando puntapiés á los muebles y con el corsé en la mano.

En casa de una amiga conoció á Pedro Argelés, un estudiante provinciano, guapo y simpático, de quien se enamoró con una de esas pasiones castas, ricas en abnegaciones maternas, que suelen inspi-

rar á las prostitutas los hombres pobres: le idolatrabá, no quería disgustarle entregándose á nadie, y le llevó á vivir consigo para formarse la ilusión de tener un hogar y un esposo.

Estos amores improductivos agravaron su situación; más tarde Pedro tuvo que ir á su pueblo y ella le acompañó. Cuando regresó á Madrid supo que, desde el día antes, su madre estaba en el hospital.

Una noche Martina Olivares tropezó en la calle con un anciano bondadoso y discreto, hombre de vastísimo mundo, llamado don Pablo Ardémiz, á quien conocía por haberle visto diferentes veces con el marquesito de Casa-Soler. Martina le detuvo, le refirió sus cuitas á grandes rasgos, dijo que estaba desesperada, habló de suicidarse... Ardémiz supo consolarla y convencerla de la línea de conducta que debía seguir; por el pronto dejaría á su madre en el hospital, y cohonestando sus amores con esas necesidades ineludibles que son la vida misma, procuraría levantarse y reconquistar una posición alta, desahogada, semejante á la que antes tuvo.

—Aunque sólo sea por cariño á tu madre —concluyó don Pablo—, debes hacerlo así.

Al día siguiente, Ardémiz visitó á la joven y la dió dos cartas de recomendación: una para cierta modista, amiga suya, que vestía á muchas damas principales, y otra para la dueña de una tienda de sombreros.

—Las he hablado de ti y esperan tu visita—dijo



el anciano —; ve á verlas hoy mismo; ellas te atenderán y equiparán con todo esmero.

La joven obedeció á don Pablo; el mismo Ardémiz la presentó después á varios amigos suyos, diputados, bolsistas y socios del Casino y La Peña, y allí comenzó para Martina Olivares una nueva era de bonanza y encumbramiento. Primero fué querida de un brasileño millonario, y después, sin reyertas, celos ni ninguna otra mala raza de disgustos, pasó de los brazos del nabab americano á los del anciano don Carlos Grau, barón de San Lucas, que la quería como á hija y pagaba magníficamente todos sus gastos.

Las prodigalidades de San Lucas acreditaron el nombre de Martina Olivares: los aventureros elegantes frecuentaban su trato y conocían el número de sus palcos; el botellazo que dió una noche de máscaras el marquesito de Casa-Soler, concluyó de popularizarla. Tales locuras disgustaban y halagaban simultáneamente al viejo don Carlos. Entonces Martina Olivares llegaba á los espléndidos albores de su segunda juventud: tenía veinticuatro años, la nariz recta, los ojos apicarados; sus labios rojos no conservaban la mueca triste de las horas dolorosas; sobre su frente los cabellos castaños se dividían en dos ondas simétricas; su cuerpo alto y grácil tenía movimientos llenos de gracia y majestad; sus sombreros eran grandes y llamativos; sus trajes, ceñidos y limpios de caderas, arrastraban por el suelo más de medio metro.

Según los triunfos y prosperidades de Martina Olivares crecían, la anciana Leonor procuraba eclipsarse y quedar inadvertida para cuantos individuos pasaban por su casa: siempre estaba en la cocina, cerca de una despensa que la servía de seguro escondite, jugando con el viejo gato compañero de los malos tiempos. Martina la había comprado un traje-cito negro que ella, por demasiado bueno, no quería ponerse. Cuando iba al paseo ó al teatro, un hombre, á quien la joven pagaba con este único objeto, la acompañaba. Martina Olivares, adorando en su madre, se reconocía indigna de andar con ella...

—No quiero —decía — que la vean conmigo; no merezco yo tanto.

Entre Leonor, *la Pérez* y una criada, desempeñaban todas las faenas y quehaceres domésticos, El negro Panchito, vestido de calzón corto y smoking rojo, pasaba los días y las noches, hasta muy tarde, en un banco del recibimiento; su misión reducíase á abrir la puerta y poner el gabán á los caballeros que se marchaban.

Después de almorzar, Martina y Carmen Pérez se encerraban en el gabinete: una habitación rectangular, tapizada de amarillo y azul: sobre la chimenea, delante del espejo, una Venus Callepige echada la cabeza hacia atrás, mirándose las nalgas en una contorsión de fuga; en un ángulo, sobre un veladorcito maqueado, había libros y periódicos con llamativas portadas en colores; por las paredes aparecían diseminados muchos retratos: toreros, artistas, militares

con el pecho lleno de cruces, marinos, señores graves, cuyos rostros la luz y el polvo empalidecían. Aquellos retratos sin nombre, de aventureros, de violadores, de maridos, tal vez... sugerían el presentimiento de viejas historias, de lances olvidados. Martina no conocía á casi ninguno de ellos, ni sabía cómo fueron á parar allí: unos eran regalos de sus amigas, otros de don Carlos, que se los daba para adornar los muros; y ella concluyó por aceptarlos como suyos, acostumbrándose á desnudarse bajo la mirada de sus ojos impasibles.

Carmen y la joven charlaban perezosamente, mientras fumaban.

—¿Dónde irás esta noche?

—No sé.

—¿Al teatro?

—Sí... probablemente... ¿Dónde diablos he de ir...?

Y luego, bostezando:

—¿Reparaste...? Anoche... Luisa... no llevaba la diadema... ¡La habrá empeñado!

—Probablemente.

—Ella asegura que recibe todos los meses del marqués dos mil pesetas, sin contar las novecientas del landó.

—¡Dí que es mentira...!

Pancho apareció en la puerta para anunciar al barón de San Lucas. Martina Olivares tiró el cigarrito, enjuagándose precipitadamente la boca con un sorbo de agua perfumada; después cogió un bastidor olvidado sobre una silla desde la víspera.



—Hazle pasar — dijo.

Don Carlos Grau era un hombre de cincuenta años, risueño y afable, envejecido prematuramente por una afección incurable de estómago: las malas digestiones dejaron en sus mejillas arrugas profundas de sufrimiento y tedio: tenía la barba y los cabellos blancos, y ni sus labios ni sus ojos azules reían nunca: la única forma ó manifestación del contento en aquel espíritu abatido, era la bondad; una bondad serena y paternal emanada de la tolerancia y perdón de todas las faltas. El barón de San Lucas, que estaba verdaderamente enamorado de la joven, y sabía y apreciaba sus buenas cualidades, procuraba hacer de su querida una mujer de mérito: elegante, ilustrada y sin vicios: no quería verla fumar, ni beber. Cuando estaba con amigos de toda su confianza, el anciano don Carlos solía decir, sacando su pañuelo:

—¡Es una muchacha extraordinaria...! Miren ustedes qué iniciales y qué corona de barón ha bordado aquí...

Y sonreía ufano, hecho todo babas; porque San Lucas ignoraba que Martina, que jamás tuvo paciencia para enebrrar una aguja, le había engañado regalándole, como suya, la labor de una bordadora...

Al ver á don Carlos Martina Olivares dejó el bastidor y salió á recibirle, presentándole la frente, según él se lo tenía ordenado.

—Adiós, Bichito; ¿cómo estás...? ¿Has sido buena?

—Sí, señor; Bichito ha sido buena.

—Me alegro.

Tomó asiento, saludando á Carmen con ademán cariñoso y cortés.

—¿Has fumado?

—No... ¡puf...! Ya no me gusta el tabaco.

—¿Qué hacías ahora?

—Pues... mira, ahí lo tienes; bordar...

Charlaron acariciando largamente los preliminares del viaje que aquel verano pensaban hacer á París.

—Quiero que aprendas francés—decía don Carlos.

Luego se marchó porque le esperaban en Bolsa y los negocios no admiten aplazamientos: iba contento, felicitándose de sembrar sus paternales afanes en tan buena tierra.

—¡Pobre barón!—exclamó Carmen—, oyéndole hablar dan ganas de quererle...

Después llegaron Luisita Luján y Angeles Arnau, que habían ido á retratarse juntas; y tras ellas Nieves Labarte, querida del Embajador de Bélgica, elegante y relamida de caderas y de senos como una amazona inglesa.

Empezaron á charlar alegremente, todas al mismo tiempo, con ese regocijo infantil que suele apoderarse de las mujeres públicas cuando están solas, sin hombres molestos á quien agradar.

—Este verano—dijo Martina—, iré á París.

—Yo, á mi pueblo—repuso Nieves—; á no ser que "el amo" disponga otra cosa.

—Y yo, al mío—agregó Angeles.

—Yo, también, si pudiese... —exclamó Martina Olivares pensativa—, visitaría mi pueblo. ¡Qué hermosura...! Pasar dos meses allí, correteando los campos, durmiendo en la era.

Estas reflexiones sencillas despertaron en las cinco mujeres el poético recuerdo de la aldea, dormida allá lejos, á la sombra de un cerro, al borde de un camino polvoriento, cerca también de un arroyo que los bueyes, cuando vuelven por las tardes del trabajo, nunca atraviesan sin pararse á beber. Y todas se interrumpían á cada momento, para repetir:

—Sí; ¡quién pudiera descansar dos ó tres meses... lejos de todo...!

Veían la ermita, blanca sobre la cresta de una montaña sembrada de pinos; y abajo, en el valle, el pueblecito, con sus casitas arracimadas alrededor de la iglesia. El pasado, ese monstruo que aun los hombres más valientes no pueden invocar sin temor, es el gran consuelo, la alegría más grande y más pura, de las cortesanas: entonces eran niñas y buenas, y sus labios no tenían ponzoña porque nadie había mordido sobre ellos: los hombres las respetaban, las mujeres casadas las besaban en las mejillas y las permitía jugar al corro con sus hijas; el señor cura las absolvía en el confesionario. Los recuerdos de aquel ayer las divinizaba, con el resplandor fresco de una niñez que no había desaparecido aún completamente. En el campo todo es fraternidad y unión; las generaciones envejecen tranquilas, ahondando los hijos el surco que veinte años antes abrieron sus pa-



dres; las enredaderas, pasando de unas huertas á otras, parecen esforzarse en tejer entre los vecinos relaciones de amistad: nadie se va; las madres conciertan, al borde de las cunas, los matrimonios de sus hijos; los mozos que fueron al servicio del Rey, vuelven no bien obtienen la licencia y toman por mujer á la moza objeto de su primero y único amor; y luego todos descansan juntos, bajo una cruz de madera, entre las paredes del cementerio cubierto de hierba, defendido por una puerta sin llave...

Como todos los pueblos se parecen, las narraciones de cada una de las cinco amigas eran escuchadas con gusto por las demás: recordaban el miedo que las acometió cierta noche de Animas: la luna, grande y clara, inundaba los campos de luz; los olivos dibujaban sombras prolongadas: el viento dormía: de pronto cantó un galló... Hablaban de los viejos caserones llenos de crujidos extraños; de las gallinas que enseñan á comer á sus pollitos sobre montones de basura; del burro que montaban cuando iban por agua á la fuente: todas habían andado descalzas... Eran cuentos sencillos que siempre empezaban así:

— "Una vez iba yo..."

Estas memorias despertaban ideas de economía: debían ser metódicas y ahorrar para retirarse del mundo antes de ser completamente viejas: deseaban una ancianidad de arrepentimiento, tranquila y suave, pasada, como su niñez, en el silencio de los campos; todas querían morir oyendo el rumor

de la fuente donde aplacaban su sed siendo niñas...

Carmen habló de Guadalupe Herrero, que vivía retirada en su pueblo.

—Me han dicho — agregó —, que ha levantado á sus expensas una ermita.

—Yo, si pudiese — contestó Martina —, haría lo mismo.

—¡Y yo: la iglesia de mi pueblo es muy vieja! Dí: ¿eso costará mucho...?

Se exaltaban, acariciando aquella idea piadosa, queriendo emplear santamente el dinero que el vicio ponía entre sus manos, aconsejadas por ese mismo sentimiento de contrición que mueve á las dueñas de casas de prostitución provincianas, á educar á sus hijas en un convento cortesano.

—Pues... como la suerte siga ayudándome — exclamó Nieves Labarte —, haré una ermita donde los restos de mi madre reposen en paz.

Habló de la pobre muerta y de un rinconcito asturiano que llaman Vesullo. Nieves se enternecía. ¡Qué existencia tan admirable la de su madre!

Fué hija de pastores: cuando aún no había cumplido diez y siete años, su padre quiso reclamarla ese "pan" que, según el dicho popular, "traen todos los niños bajo el brazo", y su codicia presintió en la moza, gallarda y fuerte, una buena nodriza. Y María, en efecto, se entregó á un cabrero que á otras muchachas del lugar dispensó igual merced, y fué madre... y salió de Vesullo para ir á Oviedo y más tarde á Madrid. Durante treinta años vivió sin pla-

ceres ni sosiego, consagrada á los duros afanes de la maternidad. Periódicamente regresaba al pueblo en busca de nuevos hijos que devolviesen á sus pechos el jugo que su ingrata profesión de nodriza necesitaba. ¿Qué remedio? Era necesario sufrir y prostituirse para que á los padres, ya inútiles, no les faltase pan. Y María sufría y se entregaba: primero á un pastor, luego á un arriero, después... ¿quién sabe...? Sin interrupción tuvo veintidós hijos de otros tantos amantes; amantes de una hora, que pasaban por su lecho sin dejar un recuerdo agradable. Pero ella no pensaba querer, sino embarazarse pronto, para seguir criando: aquello era un suicidio lento, un desgarró continuo de sus entrañas fecundas, consumado por hombres á quienes no amaba y en beneficio de niños que no eran suyos... Cuando se retiró ya era vieja; fué preciso que la esterilidad de sus entrañas garantizasen su reposo, para que los suyos, insaciables y egoístas, la permitiesen morir en paz. Las generaciones de aristócratas canijos que bebieron su leche, no la recordaban...

—¡Pobre madre! —repitió Nieves suspirando.

—Yo he vuelto á mi pueblo dos veces —dijo Angeles Arnau.

—Yo también, y siempre me recibieron bien.

Angeles refirió que el médico de su lugar, viéndola tan hermosa, se enamoró de ella y la siguió hasta Madrid.

—Estaba loco —añadió—; quería vivir conmigo y abandonar á su mujer y á sus hijos.



Carmen dijo que don Damián, el cura de su aldea, fué amante suyo, y por complacerla, á pesar de las protestas de todo el vecindario, decía á las doce la misa que siempre celebró á las siete de la mañana.

—¡Por mí! —agregó— empezó á bajar Dios sobre mi pueblo, desde aquel día, cinco horas más tarde...

Estos recuerdos impuros del pasado, fueron volviendo sus espíritus hacia la realidad presente, innoble y ruin: y hablaron de sus amantes, de sus amigos, revolviendo con un doble sentimiento de curiosidad y de rabia, todo aquel fango aristocrático. Ello constituía un desquite, una venganza.

—Los queridos... por capricho —decía Martina—, son como las botas de charol: gustan, pero lastiman. Por eso no tengo ninguno; prefiero un viejo rico... rico y bueno, como Carlos, que paga largamente caricias que apenas pide...

Repasando el catálogo, casi interminable, de los desequilibrios amorosos, Angeles habló de un individuo que celebró con ella unas bodas trágicas. Al salir del teatro subieron á un coche y la vendó los ojos; después la llevó á un gran salón tapizado de negro, alumbrado por cuatro blandones colocados simétricamente alrededor de un ataúd, donde ella tuvo que acostarse vestida con un traje de novia que él la ofreció...

—¡Es posible! —exclamó Martina Olivares aterrada.

—Como lo oyes; he de ensañártele; es socio del

casino, tendrá cincuenta años... De vista le conoces seguramente: va al teatro muchas noches...

Todas las mujeres comentaron cínicamente aquel capricho fúnebre, rastro, tal vez, de una gran tragedia. Carmen recordó el nombre de don Heriberto Medina, fiscal de la Audiencia, que gustaba de ser tenido en brazos, disfrazado de niño...

Luisita Luján reía, apretándose los costados con los puños.

—¡Hacedme el favor de no decir más disparates — gritaba —; voy á reventar...!

Carmen y Angela Arnau se despicaban, implacables. Ellas conocían un viejo ricachón que excitaba su sensualidad dejando que las mujeres anduviesen por la habitación completamente vestidas, con el sombrero y los guantes puestos, cual si fueran por la calle: otro, en cambio, las colocaba desnudas sobre una silla, obligándolas á permanecer inmóviles y guardando la actitud de alguna estatua célebre...

—De tantas enormidades que estáis diciendo deduzco y concluyo — interrumpió Luisa —, que mi marqués es bueno como el pan. El pobrecillo me besa aquí, en un lunar que tengo sobre los riñones, y nada más...

—¿Y en la boca? — preguntó Olivares.

—¡También...! ¡Contra, bueno fuera!

—Ni muerta... — repuso Martina haciendo un gesto de asco —, permitía yo que ninguno de esos tíos asquerosos me besasen en los labios... ¡El único sitio donde puede besarme mi madre...!

Y añadió doctoral, invocando ante su joven amiga sus siete ú ocho años de vida aventurera:

—Cuidate la boca: con la boca se come, y se jura... y se reza.

El agudo repiqueteo del timbre de la escalera las sorprendió.

—Alguien viene — murmuró Martina Olivares, dando un puñetazo sobre el brazo del sillón —; ¡maldita sea la suerte...!

Panchito anunció la visita de una señora.

—¿Quién es? — preguntó Martina levantándose.

—No ha querido decir su nombre; dice que usted no la conoce... que necesita hablar con usted á solas...

Y sonreía con expresión sumisa y estúpida, luciendo sus dientes grandes, parejos y blancos, sobre su cara negra, de un ébano brillante, como el charol.

Martina murmuró:

—Es raro...

Salió del salón. De pie, en el recibimiento, había una mujer jamona y plebeya, abrigada en un mantón negro: era de mediana estatura; por sus viejas manos serpenteaban gruesas venas; bajo su frente bombeada y pálida brillaban los ojos cariñosos y astutos.

—¿La señorita Olivares? — preguntó ruborizándose.

—Yo soy.

La condujo al comedor, y, sin invitarla á sentarse, cerró la puerta, diciendo:

—¿Qué deseaba usted...?



—Me envía un señor elegante y rico... que está enamorado de usted.

—¡Es notable la noticia! — exclamó Martina Olivares jovial.

—Yo he venido por servirle, porque le quiero mucho. Ya comprenderá usted que este no es mi oficio. Es un joven rubio, pálido, muy guapo... con bigote...

—Bien, bien... ¿Y, quién es?

—No debo decir su nombre.

La desconocida miraba á todas partes, con evidente desasosiego y embarazo.

—¿Puede usted — dijo —, ir mañana por la noche al Teatro de la Comedia?

—Sí.

—¿Seguramente?

Martina vaciló, recordando sus compromisos; luego dijo:

—Sí, seguramente.

—Entonces... tome usted este palco: es el palco principal, número... no recuerdo; ahí lo dice.

Martina Olivares cogió el billete, haciéndolo girar entre sus dedos, asombrada.

—En mi vida — murmuró —, me ha sucedido nada igual.

La desconocida sonreía.

—Ese señor — dijo —, también me entregó este recuerdo para usted.

Y sacó del pecho un sobre plegado en dos dobles.

—Con esto —agregó—, mi misión queda cumplida. Unicamente he de recomendar á usted, hija mía, que no falte á la cita. Crea usted que, lances como éste, no se presentan todos los días.

Salió caminando listamente, con ese andar tácito y menudo de las devotas acostumbradas á deslizarse sin ruido bajo las bóvedas sonoras de los templos.

Cuando Martina Olivares volvió al gabinete, todas sus amigas, que presentían algo insólito, la interrogaron ávidamente. La joven refirió lo ocurrido y enseñó el billete del palco.

—¡Es curioso! —decían.

—¿Qué hay mañana en la Comedia? —preguntó Carmen.

—Creo que una función á beneficio de... ¡no recuerdo; un periódico lo dirá!

—¡Veamos la carta! —exclamó Luisa—; será alguna cartita cursi y sentimental.

Martina Olivares rasgó el sobre y sacó dos mil pesetas en billetes: no había otra cosa.

Las cinco mujeres callaron, sintiendo vagamente el temor de lo nunca previsto y sobrenatural; después se miraron, reconociéndose algo humilladas ante la Olivares triunfante, y envidiando su suerte.

—Yo, en tu lugar —dijo Angeles—, no iba al teatro; me quedaba con los cuatrocientos duros y... ¡hasta otro día! Ese individuo, á juzgarle por el modo que tiene de conducirse, será un maniático peor y más caprichoso que todos los tíos estúpidos ó locos que conocemos.

Carmen Pérez se indignó.

—¡Calla necia! —gritó—; Martina debe ir al teatro mañana por la noche, según ha prometido. Ese hombre no es un pelafustán y... sobre todo: 'quien tan generosamente procede, no merece ser engañado ¿Qué dejamos para las malas tías del arroyo?

—Sí, chica, ve... —dijo Nieves Labarte—; en nuestro mundo hay lances muy raros y muy productivos. Yo, que he viajado mucho por el extranjero, ¡he visto tantos...! Hace dos años estuve en Tolosa pocos días después de llegar allí un inglés millonario á quien ya habían comenzado á dar caza las mejores mujeres de la ciudad; y como algunas creyeron que yo iba persiguiéndole, la noticia cundió y llenó á todas de desaliento. La misma mañana del día en que yo pensaba marcharme, fueron á verme dos señoras que, luego de saludarme cortésmente, me preguntaron sin preámbulos: "Usted, indudablemente, viene á ventilar aquí asuntos importantes, amores, tal vez..." Fuí discreta y repuse: —Sí, precisamente—. ¿Quiere usted doscientos francos y se marcha usted? — Es poco. — ¿Quinientos? — Bueno. Las desconocidas me entregaron el dinero y me acompañaron á la estación.

—¿Y te fuiste? — exclamó Luisita Luján, admirada.

—Naturalmente — repuso Nieves —; ¿Qué iba á hacer allí...? Lo que sentí es no conocer al inglesito que, sin saberlo, me hizo ganar esos dos mil reales, porque ¡seguramente...! me lo hubiese llevado también.



Aquella noche don Carmelo Díaz, Melgares y el Padre Bringas la pasaron en la Secretaría de la Asociación, distribuyendo los últimos palcos y butacas que aún quedaban por vender para la función teatral del día siguiente; todas las localidades eran repartidas por invitación y los billetes no tenían precio, para mejor comprometer la generosidad de los señores invitados. Cada uno de aquéllos iba acompañado de un atento B. L. M., firmado por el presidente de la Asociación que dirigía las obras del Colegio y Capilla de Nuestra Señora de la Piedad, y en donde se pedía contribuyese cada cual, según la medida de sus fuerzas, á la función que había de celebrarse en el teatro de la Comedia el día 6 de mayo, á las nueve de la noche, con tan noble y cristiano objeto.

Hacía más de quince días que don Carmelo y sus amigos discutían el reparto de entradas, y que los ordenanzas de la Asociación pateaban las calles, llevando billetes y trayendo dinero. Los vizcondes de Algorta, cuyo celo religioso no declinaba ante ningún sacrificio, dieron quinientas pesetas por el palco que don Carmelo, á todo trance y como fina atención á los favores que de ellos había recibido, quiso regalarles; y su hija Victoria, baronesita del Tajo, dió por el suyo otros dos mil reales; algunas butacas se vendieron á veinte duros, otras á diez; á veinticinco pesetas la mayor parte.

—El marqués de San Juan—dijo don Carmelo—, ha dado por su palco doscientas pesetas.

—Poco es.

—¡Muy poco!

—¿Y don Ramiro Salinas? —preguntó Melgares.

—Veinte duros.

—¡Menos aún; lo indispensable para no quedar mal!

—Gómez Urquijo ha devuelto las dos butacas que le enviamos — dijo Bringas.

—Estaba previsto; no debimos nunca pensar en él: ha sido una especie de condescendencia ó de humillación que nos ridiculiza. ¡Y menos mal si no escribe alguna croniquilla acerca de ésto...! En fin, Díaz se empeñó...

—De todos modos —repuso don Carmelo—, el producto de la función supera ya, con mucho, todos mis cálculos. Los actores, aunque son gente descreída y díscola, regalan su trabajo. ¡Jamás hubiese creído que quedaba en España tanta fe...!

—¿Y á Luisa Luján? —preguntó de pronto Melgares—: ¿por qué no la enviamos también un palco?

—¡No! —exclamó don Dionisio asustado— ¡Sería escandaloso...! Además, no iría.

—Sí, iría —repuso Melgares—; iría, porque el marqués de San Juan está chiflado por ella y no la regatea ningún capricho.

—Pero el público comprendería que éramos nosotros..., la Asociación, quien la invitó.

—No sé por qué: cuando lo más verosímil, lo más lógico y recto es suponer que quien la lleva es el marqués.

—Y... ¿qué dirá don Miguel...?—preguntó Bringas.

Melgares se encogió de hombros sonriendo con su cínica sonrisita de hipócrita.

—Don Miguel — dijo — puede pensar lo que guste; pero estemos ciertos de que no pensará en voz alta.

Don Carmelo reflexionaba, frunciendo su autoritario sobrecejo bajo su gorro bordado, y murmurando, como hacía siempre que escuchaba un proyecto atrevido:

—Es una idea..., es una idea...

La opinión de Melgares prevaleció, y los tres curas comenzaron á recordar nombres de heteras en boga.

—Tan pecadoras son unas como otras —decía el padre Carmelo—; y el deber nos exige echar mano de todos y de todas..., buenas y malas, sin excepción de nadie. Veamos...

Melgares iba citando nombres que don Dionisio apuntaba con el lápiz sobre una cuartilla de papel. Díaz indicaba la localidad que debía enviarse á cada interesada, según su importancia y posición.

—Luisa Luján — dijo don Arturo.

—Un palco.

—Blanca Romero.

—¡Otro palco...! ¡Vaya...! Ha tenido usted, querido Arturo, una inspiración divina.

—Nieves Labarte.

—¿Quién es? No recuerdo...



—La favorita del embajador de Bélgica. Vive aquí, en la carrera de San Jerónimo; tiene coche...

—¿Cree usted que vendrá...?

—Ella, sí; el embajador, probablemente, no. Los motivos se adivinan fácilmente.

—Pues, adelante; otro palco.

—Patrocinio... no sé el apellido. Es amiga de Tomás Calleja.

—Pero... el barón va al teatro con su mujer; ha dado quinientas pesetas por un palco.

—¿Y qué...? El puede estar en un palco con su esposa, y su querida en una butaca.

—Es cierto —repuso don Carmelo, cuyos ojos la codicia brillantaba—: apunte usted, don Dionisio; Patrocinio, una butaca.

—No —interrumpió Melgares—; una butaca, no; dos... Suponemos que no irá sola.

—Otras dos butacas para Elena Santa-Cruz— agregó Melgares.

—¿La amiga de don Heriberto Medina?

—La misma. Una pobre muchacha, hija mía de confesión, muy devota y muy buena, cuya triste historia conozco íntimamente.

—Don Heriberto ha comprado, para él y sus dos hijas, cuatro butacas de la segunda ó tercera fila— observó Bringas.

—¡No importa...! —repuso Melgares sonriendo—, no importa que mañana por la noche se reúnan en el teatro gentes de todas calañas y profesiones, ya que la función es á beneficio de Nuestra Señora de la

Piedad, y la religión predica el olvido de todos los errores...

Y agregó:

—Otras dos butacas para Angeles Arnau, plaza de Antón Martín, núm. 4.

—¿De quién es amiga?

—No sé; pero... no faltará quien la lleve.

Don Carmelo y Bringas miraron á Melgares sonrientes, juntamente alarmados por la ambigüedad de la respuesta. Melgares, que tradujo la pregunta reflejada en los ojos de sus amigos, sonrió también.

Prosiguieron tenazmente el curioso escrutinio de nombres y de enredos, aprovechando cuanto habían visto y oído en el mundo, y lo que la contricción deslizó por la rejilla de los confesonarios.

—Queda un palco—dijo Carmelo—; ¿á quién se lo damos?

Todos callaron, mientras ponían su memoria en tortura: no recordaban ningún nuevo apellido.

—¿Quieren ustedes que lo enviemos á Daniel Carmona, el pintor?—preguntó Bringas.

—¿Y si va Fernanda Montero?

—No importa; doña Petra, como está tan achacosa y llena de goteras, no puede ir al teatro.

—Pero irá su hijo Joaquín.

—¿Cree usted?—dijo Díaz, siempre desconfiado.

—¡Oh, seguramente!—repuso Melgares—; yo respondo de que no falta.

—Bien, pues que vaya Fernanda... Claro es que los dos hermanos se verán... ¡Ellos allá!

A la noche siguiente, un largo rosario de coches particulares pasaba bajo los dos grandes arcos voltaicos que iluminaban la fachada del teatro de la Comedia; los vehículos se detenían un instante y luego continuaban en lento desfile hacia la plaza de Santa Ana. Según iban llegando los espectadores, atravesaban el pórtico y el salón de espera, desparramándose luego por las escaleras y pasillos de los palcos; otros se agrupaban á ambos lados de la puerta, para ver á las mujeres: unas lucían sombreros y elegantes abrigos varoniles que las cubrían hasta los pies, otras llevaban largas capas de colores claros y los cabellos descubiertos, sembrados de brillantes; pasaban lentamente, apoyadas en el brazo de sus maridos, con el emperreamiento que produce una vida demasiado feliz: ellos, graves, preocupados bajo sus sombreros de copa, con la preocupación distraída que inmoviliza el rostro de los hombres en las ceremonias públicas.

Momentos antes de las nueve, la sala ofrecía el aspecto deslumbrante de las grandes solemnidades teatrales. Desde el patio, algunos individuos vestidos de frac observaban, á través de sus gemelos, el aspecto de la sala, volviendo la espalda al escenario: sobre la blancura nívea de sus camisas, sus botonaduras de brillantes titilaban como puntitos luminosos. Otros espectadores avanzaban por el pasillo de butacas poco á poco, las manos metidas en los bolsillos del pantalón, dando á los faldones de sus fracs un ritmo aristocrático y pausado; algunos lleva-



ban en el ojal de la solapa izquierda una flor blanca. Los palcos iban coronándose de bellezas; algunas vestían de negro, muchas de claro; casi todas llevaban la parte superior del seno y los brazos cubiertos por una gasa sutil; las más descotadas atraían las miradas y los apetitos de los concurrentes al anfiteatro; algunas tenían lunares pintados en la espalda y en el cuello.

Las butacas iban llenándose de espectadores que hablaban alegremente, cual si todos se conociesen; cerca de la orquesta, charlaban y reían cogidos del tallo, tres elegantes barbilindos de cabellos pulcramente peinados y alisados sobre las sienes, y semblantes tersos, donde las desdibujadas pasiones de la adolescencia no habían pintado aún ninguna arruga. Las mujeres miraban á los palcos; algunos señores graves permanecían inmóviles delante de un periódico, extraños á todo, abismados en la lectura de los telegramas.

En una platea estaban los vizcondes de Algorta, con sus dos hijas Teresa y Pilar, vestidas de blanco; y en el palco inmediato, Victoria, baronesa del Tajo, con su esposo Tomasito Calleja. Los palcos fronteros los ocupaban don Miguel Vélez, marqués de San Juan, con su mujer y su cuñada; don Javier Celada, que acompañaba á su esposa Jacinta Lloréns y á su hermana Matilde; Jacinta lucía un traje negro que precisaba la esbeltez de su tallo y la palidez enfermiza de su rostro; ese rostro blanco y triste de las mujeres enfermas de la matriz.

Matilde, acodada sobre la barandilla, dirigía sus gemelos de un punto á otro, cambiando sonrisas con sus amigas y mostrando á los hombres, entre dos labios abultaditos y rojos, una hilera de dientes muy blancos. El palco de don Ramiro Salinas estaba vacío.

Don Heriberto Medina, fiscal de la Audiencia, y don Bernardo Ontígola, se saludaron en el pasillo de butacas.

—Adiós, doctor... ¿Qué tal...? Yo, rabiando y como sobre ascuas. He venido con la familia; la tengo allí, cerca de la orquesta... ¡Eso tal vez me evite un gran disgusto...! ¿Sabe usted quién está aquí...? Elena... ¡No le digo á usted más...!

Era un hombre alto y enjuto, cuyos nervios siempre estaban en aguda tensión. Ontígola, pausado y dueño de sí mismo, sonreía; un regocijo truhanesco y discreto dilatava su boca afeitada de noble inglés.

—¿Por qué la trajo usted? —preguntó.

—Porque... ¡no sé quién...! la envió dos butacas para la función de esta noche.

Don Bernardo inspeccionaba los palcos.

—Allí está Vélez —dijo—, y aquí Luisita Luján, vestida de negro. ¡Qué chiquilla tan interesante...! Tiene un cuello blanco y perfecto como el de las viejas diosas de mármol. También veo á don Raimundo y á Nieves... ¡Vaya, don Heriberto; hay varios amigos colocados en idéntico aprieto; consuélese usted...!

Calló al ver acercarse á Patrocinio con una fran-

cesita bailarina del Teatro Japonés: al pasar la heta-  
ra cambió con los dos hombres una mirada imper-  
ceptible y siguió adelante, moviendo rítmicamente  
las largas plumas de su sombrero.

—Ya tiene Tomasito Calleja lo que necesitaba—  
murmuró Ontígola.

—En efecto; diríase que todas y todos se han ci-  
tado aquí.

—¡Oh! —repuso don Bernardo—; creausted, amigo  
Medina, que don Carmelo y los suyos son hombres  
inteligentes que saben hacer bien las cosas...

Blanca Romero acababa de aparecer en un palco  
principal acompañada de un caballero desconocido.  
Vestía de azul y llevaba los hombros completamente  
desnudos; sentóse de cara al escenario, con una len-  
titud que hizo ondular sobre sus caderas magníficas  
de gozadora su talle flexible, orgullosa bajo el polvi-  
llo de oro del pecado que divinizaba su belleza; su  
terrible belleza de mujer por quien los aventureros  
arruinados se suicidaban.

Luisita Luján había visto á Nieves y la saludó  
con su pañuelo de encajes: Nieves Labarte sonreía;  
de pronto descubrió á Angeles Arnau que se abu-  
rría en una de las últimas filas de butacas y la llamó:  
en la penumbra del antepalco, bajo el pabellón de  
las cortinas, se insinuaba la silueta del embajador de  
Bélgica, que no se decidía á mostrarse en público.  
Angeles y Nieves hablaron un momento de pie:  
luego se sentaron, mirando al salón, para mostrar á  
los espectadores sus frescas bocas sonrientes, llenas



de piedad. El palco inmediato al suyo estaba vacío: en el otro había un joven de veintiocho á treinta años, que las miraba atentamente: tenía el bigote rubio y la tez pálida; sus ojos azules eran grandes, cansados y tristes.

—¿Quién es?—preguntó Nieves en voz baja—; le conozco de vista.

—Yo también. Creo que es Joaquín Montero.

—¡Ah, sí... justo...! El cuñado de Lorenzo Alba. Le he visto en Fornos muchas veces... ¿A quién buscará aquí...?

—Martina no ha venido aún—dijo Angeles.

—No; ese palco desocupado es el suyo. ¿Quieres apostar á que Joaquín es el misterioso caballero de las dos mil pesetas?

Angeles Arnau se echó á reir, levantando la voz de repente se contuvo avergonzada.

—¡Tendría gracia!—exclamó—; confieso que el muchacho me gusta...

—Mira; allí va Ontígola con el pobre Ardémiz. ¡Qué bueno es don Pablo...! Le quiero como si fuese padre mío. ¿No sabes...? Don Pablo me enseñó á escribir.

—Ahora entra Vicente Risueño, el sombrerero. ¿Conoces el origen de su fortuna?

—No.

—Eres la única; en Madrid, y creo que hasta en provincias, lo sabe todo el mundo. Hace cuatro ó cinco años, la mujer de Risueño y Ontígola tenían relaciones, y Vicente, que entonces era un pelagatos,

lo sabía y callaba... Hasta que un día sorprendió en el baño á su mujer y á don Bernardo, y poniéndole á éste una pistola al pecho le obligó á firmar una letra por valor de diez mil duros.

—¿Y qué hizo Ontígola?—preguntó Nieves cautivada por lo dramático del lance.

—¿Qué iba á hacer, tonta?—repuso Angeles riendo—; firmar, vestirse y marcharse. Después Vicente puso la sombrerería que hoy tiene y ahí le ves, hombreándose con lo mejorcito de Madrid.

—¡Como que es el sombrerero que más vende!

—Todos mis amigos llevan sombreros de Vicente Risueño.

—Y los míos.

—Yo les quito la cruz.

—Yo, también; dicen que eso trae buena sombra...

La deslumbrante fastuosidad del salón iba en aumento; la vista no descubría ya ninguna localidad desocupada, y, no obstante, los espectadores continuaban entrando por racimos y acomodándose aquí y allá, ordenadamente. Los palcos, coronados de mujeres semidesnudas, parecían escaparates de tentaciones. No había dos rostros iguales, ni dos cabezas vaciadas en el mismo molde. Los focos eléctricos vertían sobre aquella Humanidad femenina raudales de luz clara, que recortaba fuertemente con carnes blancas, suaves, lamidas por la seda, de fondo oscuro de los palcos. El pobre público de los anfiteatros las contemplaba con envidia y pasión: los hombres pensaban que queridas así, bien

merecen una vida, y las mujeres, que tantas riquezas bien valen una honra...

Daniel y Fernanda Montero estaban en un antepalco, quitándose los abrigos. Durante ocho meses vivieron reclusos en su casa, lejos del mundo donde tanto sufrieron, y hasta olvidados de aquella sociedad que ya no quería reconocerles. La invitación del Padre Carmelo les pareció un armisticio que venía á suavizar antiguas asperezas, un puente de plata entre ellos y un mundo del que se juzgaban definitivamente despedidos, y aceptaron con júbilo la mano que sus enemigos, por conducto de la religión tolerante y conciliadora, parecía tenderles. Sin embargo, al llegar al teatro y sentirse ante la muchedumbre hipócrita que sabía su historia, padecieron repentinamente el frío terror de ser juzgados. Carmona miró á Fernanda, buscando en los ojos de aquella mujer superior una respuesta tranquilizadora. La joven comprendió:

—¿Por qué no?—dijo—. Ya sabes que siempre tuve el valor de mis convicciones y de mis actos.

El pintor, que había lanzado una ojeada al salón, murmuró.

—Allí está tu hermano Joaquín.

—¿Solo?

—Sí, solo.

—Menos mal. Únicamente retrocedería ante mi madre; me acobarda el temor de ofenderla, de que viese en mi presencia un descoco de cortesana, un reto á sus canas... Pero mi hermano no me importa:



es egoísta, frío... ¡Déjale sufrir las consecuencias de no haberme matado cuando debió hacerlo...!

Salió del antepalco y avanzó serena bajo la luz; Daniel Carmona la siguió; después esperaron impasibles y mudos el fallo de la multitud que iba á juzgarles. Un leve cuchicheo, el susurro apagado de la brisa que murmura en los bosques de álamos, saludó su aparición: algunos hombres dirigieron sobre ellos sus gemelos; las mujeres cohonestaron su curiosidad y su hipocresía con una mirada rápida...

Jacinta Llordéns y su hermana cambiaron impresiones.

—Ahí está Fernanda Montero.

—La he visto; habla callando: está más pálida que antes; más pálida y más delgada... Y no trae joyas.

—¡Pobrecilla...! ¡Cuánto habrá sufrido...!

Don Javier Celada y el marqués de San Juan también hablaron por encima del barandal que separaba sus palcos.

—¿Qué opina usted de esto, marqués? Creo que es imposible tener menos vergüenza...; es un bofetón..., ¿no le parece á usted...?, un verdadero bofetón, el que esos dos... sinvergüenzas acaban de darnos.

—Tiene usted razón.

—¡Son unos cínicos!

—Sí, señor; unos cínicos que los acomodadores debían echar de aquí á patadas. ¡Traer la querida al teatro... en una noche como ésta...!

un timbre, y la mayoría de los espectadores

se sentaron; otros continuaron charlando, en voz baja, apoyados contra el antepecho de las plateas, codiciosos insaciables de ver desde cerca las morbideces aterciopeladas de los senos desnudos. El director de orquesta dió algunos golpecitos sobre su atril, para llamar la atención de los músicos; el violón permanecía en pie, inclinado respetuosamente ante su instrumento, cuyas cuerdas guardan los ronquidos del dolor y de la tormenta; los violines atacaron los primeros compases de un vals y una granizada de notas vibró en el espacio; la multitud, espontáneamente, fué enmudeciendo y aquietándose, cual entristecida por la voz de la música, que atrae los recuerdos.

Vicente Risueño y el abogado Pepe Gamero miraban á Fernanda.

—Creo que esta noche vamos á tener aquí toros y cañas.

—¡Me alegraría!—repuso el sombrerero—; yo, hermano de esa mujer, la cogía del pelo y la sacaba del teatro á rastras.

Acababan de levantar el telón cuando Martina Olivares apareció en su palco, lanzando al patio una mirada displicente: después se quitó su larga capa blanca y al sentarse abandonó sobre la barandilla un brazo enguantado: vestía falda negra y un cuerpo de seda color azul pálido; entre sus cabellos nogalinos refulgía una media luna de brillantes. Angeles y Nieves Labarte cambiaron con ella una sonrisa amable de bienvenida. Cerca de la Olivares, algo de-

trás, se sentó Carmen Pérez, pequeña y gruesa, el mento apoyado sobre el pecho, demasiado alto: al fondo y de pie, bajo el pabellón de las cortinas del antepalco, estaba Panchito, metido en su smoking rojo, azorado de ver tanta gente.

Joaquín Montero saludó á la joven sonriendo: luego, adelantando un poco el busto, preguntó:

—¿Usted es la señorita Martina Olivares?

—Servidora de usted.

—Servidora no; pero sí dueña y reina mía.

Ella agradeció y pagó su fineza con un gesto de acatamiento; él prosiguió:

—Es usted muy amable..., muy generosa conmigo...

—¿Muy generosa...? ¿Por qué...? ¿Por haber venido?

—No; por haber reparado en mí.

—¿Por haber reparado...?

—Sí.

—¿Cuándo...?

—¡Ah, no sé..., qué día ó qué noche merecí tanto honor...!

Hubo una pausa que Martina Olivares llenó con un gesto de admiración muda. Joaquín Montero, algo desconcertado, la miró perplejo.

—Ayer—dijo—, después de cenar, me entregaron su carta: á no ser por usted, yo no estaría aquí: me habían enviado un palco, pero no pensaba venir... porque usted que me conoce sabe hay en el eatro personas que no debo ver.



—¡Mi carta!—repitió la joven.

—Sí...; ¿á qué esa sorpresa? Una carta de usted, firmada por usted..., por Martina Olivares..., diciendo que deseaba conocerme personalmente y hablar conmigo.

Martina sofocó un borbollón de risa.

—Caballero—dijo—, aquí hay algo; un misterio ó una equivocación; no sé...

—¿Usted no me ha escrito?—insistió Joaquín Montero, cuyas mejillas, la vergüenza de haberse creído solicitado por una mujer, arrebolaba.

—No, señor.

—¿Ni sabe usted quién soy...?

—Tampoco; le conozco á usted de vista... nada más.

Montero se devanaba los sesos, sin descubrir el hilo de tan intrincado ovillo.

—¿Y la coincidencia—dijo— de que usted ocupe el palco que en su carta me dice ser suyo?

—No hay tal coincidencia—repuso la Olivares—, pues yo sabía que un joven como usted, elegante, con ojos azules y bigote rubio, me esperaba esta noche ahí, donde usted está. Por eso he venido. La persona que habló conmigo me dió, no en nombre de usted, sino en el de un caballero de sus señas, este palco y dos mil pesetas metidas en un sobre.

Joaquín Montero creía soñar. Martina añadió:

—¿Quién le llevó á usted esta carta firmada por mí?

—Una mujer.

—¿Recuerda usted sus señas?

—No la conozco; yo no estaba en casa cuando ella fué.

El interés extraordinario de aquella aventura en que comenzaban á sentirse enredados y presos, les había obligado inconscientemente á levantar la voz; algunos espectadores, molestados por el rumor de su conversación, les miraban airados.

—Estamos llamando la atención.

—Creo que sí.

—Es preferible que hablemos en mi antepalco. Venga usted.

Joaquín Montero se levantó, cogió su sombrero y salió. Martina Olivares se levantó también, desapareciendo tras los cortinajes. Aquellos dos palcos, casi vacíos, atraían la curiosidad. Vicente Risueño se sintió indignado.

—¿Les ha visto usted, Gamero? —murmuró al oído del abogado—; tan falto anda de vergüenza Joaquín Montero como su hermana.

—Según parece—dijo Angeles Arnau á Nieves—, el generoso caballero de los cuatrocientos duros era Joaquín. ¡Tiene suerte Martina! Ese muchacho no es feo.

Después agregó:

—Esta noche tampoco trae Luisita Luján su diadema. Seguramente la ha empeñado.

Había terminado el primer acto, y el público de los anfiteatros se levantaba atronando los pasillos entarimados con un rumor inacabable; las butacas empezaban á desocuparse; los hombres salían á fumar,

las mujeres quedaban solas, algo aburridas, bostezando detrás de sus abanicos abiertos; sobre los palcos, adornados de damas honestas y también de cortesanas infecundas, inútiles y hermosas como flores, las lámparas eléctricas derramaban torrentes de luz fría y lechosa, que bruñía las cabelleras; el calor del ambiente congestionaba los rostros femeninos, embeleciéndolos: los ojos parecían más brillantes; los semblantes más gruesos, las nuca y los hombros más blancos. En los antepalcos se columbraban siluetas de mujeres y de hombres sentados sobre largos divanes oscuros; tras una cortina, Nieves Labarte, puesta de puntillas, enlazaba sus brazos al cuello del embajador de Bélgica, vuelto de espaldas hacia el salón. Fernanda y Daniel Carmona permanecieron donde estaban: un gesto de emoción y de cólera endurecía las facciones de la joven, cuyo rostro parecía más pálido, con lividez eucarística, bajo el casco de sus cabellos negrísimos: el pintor la miraba, apretados los dientes.

—¿Qué tienes? —preguntó la joven—. Tiemblos... ¿estás enfermo?

—No; estoy bien... muy bien... Tengo ganas de reñir...

Ella le cogió una mano, oprimiéndosela con solicitud maternal; él se mordía los labios. El dolor de sus humillaciones daba á sus facciones esa fuerza con que la muerte acentúa el perfil de los cadáveres; las entradas de su frente parecían más grandes, la nariz más aguileña; sus ojos distraídos de artista ex-



ploraban extensiones lejanas; su barba negra, sembrada de hilos plateados, añadía á su rostro aguileño de moro una expresión triste y caballeresca.

—Nadie nos ha saludado aún—dijo Fernanda.

—Nadie; ya lo he advertido.

Luego murmuró, sordamente, cual mordiendo las sílabas de aquel insulto:

—¡Canallas...!

Sentían que algo magnético, duro, frío y cortante, como las aristas del granizo, flagelaba sus rostros.

—No quieren mirar hacia aquí.

—No... no se atreven.

—Hace un momento, antes de que bajase el telón, el marqués de San Juan nos observaba con sus gemelos; cuando volví la cabeza hacia él, miró á otra parte. Lo mismo ha hecho Ferrándiz... ¡Miserables...! Dan ganas de escupir.

Los ojos de don Bernardo Ontígola, que iba por el pasillo de butacas, tropezaron con los del pintor. Ontígola saludó quitándose el sombrero; Ardémiz, que le acompañaba, también se descubrió.

—¡Por fin!—dijo Fernanda.

—Sí, por fin—repitió el pintor—; ya era tiempo.

Aquella aislada muestra de simpatía fué para ellos rayo de divina luz, gota de agua bienhechora que sus corazones, sedientos de reconciliación y de paz, embebieron ansiosos. Fernanda Montero miró á Matilde, la cuñada de Javier Celada, á quien había invitado á comer tantas veces, y la joven esquivó e alu y lo hizo naturalmente, sin que la menor emo-

ción contrajese los músculos de su lindo semblante, tan sabio ya en las artes del disimulo; Fernanda sintió que sus mejillas se llenaban de sangre y sus ojos de lágrimas, pero no se movió y continuó observando, deseando persuadirse de que nadie quería conocerla. Las vizcondesitas de Algorta, Teresa y Pilar, á quienes trató desde niñas, también evitaban sus miradas. Victoria, con ademán inocente, se había sentado de espaldas á ella. Hubo un instante en que los ojos de Fernanda Montero y los de su antigua amiga, Carmen Flores, marquesa de San Juan, se encontraron: la marquesa sostuvo la mirada largo rato; la joven, deslumbrada, saludó; pero Carmen, como si no la conociese, volvió la cabeza.

Fernanda Montero, fuera de sí, se levantó bruscamente y corrió al antepalco, sofocada por las lágrimas; necesitaba llorar mucho, á cántaros para no ahogarse. Carmona la siguió. Ella se había arrojado de bruces sobre un diván, mordiéndose las manos, con un sombrío furor de impotencia.

—¡Miserables—repetía—, miserables...!

Se incorporó, levantando los brazos, el hermoso rostro inundado en lágrimas vuelto hacia el cielo.

—¡Dame fuerzas y valor contra todos, Dios mío!

Se restregaba las manos, cual si entre ellas tuviera la escoria de aquella ruin Humanidad que hubiese querido despedazar; y estaba gallarda, con gallardía terrible como la de Judith, al esgrimir sobre la cabeza de Holofernes el puñal libertador. Da-

niel Carmona la contemplaba, avergonzado y conmovido.

—¿Quieres marcharte?—preguntó.

—¡No..., jamás!—repuso la joven levantándose—.

En esta situación, más que en otra ninguna, debemos permanecer aquí. Quien huye ante una turba de miserables, es el más miserable de todos.

Rápidamente se enjugó los ojos, alisó sus cabellos ante un espejo y volvió al palco, avanzando impasible bajo la luz.

Comenzaba el segundo acto. Daniel Carmona se había sentado, lanzando sobre la concurrencia una mirada insultante de desafío.

—¡Ah!—murmuró rechinando los dientes—, ¡si todo esto pudiera arreglarse á estocadas...!

Luisita Luján oyó que llamaban suavemente en la puerta de su palco y salió á abrir. Era don Pablo.

—No he querido irme—murmuró— sin decirte adios. ¿Y Sara?

—En casa quedó; renunció á la función de esta noche, por lo que renuncia á otras muchas.

—Por amor al aguardiente.

—Y por no calzarse.

—Ya he visto á tu marqués.

—El muy cochino sólo me ha mirado dos veces.

Ardémiz quiso marcharse; ella le retuvo, dócil y lagotera.

—No se vaya usted; estoy sola y aburrida; quédese usted y murmuraremos.

Don Pablo accedió; se colocaron de espaldas a



escenario, indiferentes á una comedia que habían visto muchas veces.

—¿Y Salinas?—musitó Luisa.

—Anoche le vi y me dijo que había dado cien pesetas por un palco, pero que no vendría. Aquel palco vacío es el suyo. Ramiro es hombre que sabe cumplir con su conciencia sin disgustar á nadie..., lo que es muy difícil.

Hablaron de Martina Olivares y del extraordinario regalo que recibió el día antes: el galán era joven y guapo, tenía bigote rubio; en toda la noche habían salido del antepalco,

—Parece—añadió Luisa Luján—que eso ya es pan comido.

Indicaba con un gesto el palco de la Olivares, donde Pancho continuaba inmóvil, negro y pintoresco como una figura de Tanagra.

Charlaron largo rato y salieron á relucir ocultas historias escandalosas.

Ya el telón bajaba entre grandes aplausos cuando Ardémiz se levantó.

—Me voy—dijo—; allí veo á Ontígola; me marcho con él.

Luisita Luján le estrechó cálidamente las manos.

—Mañana le espero á usted en casa—exclamó—; hace ocho días que no damos lección de piano.

Acodado sobre la barandilla del palco, Daniel Carmona abismaba sus ojos distraídos en la amplitud iluminada del salón, con sus centenares de mujeres y hombres ligados por miserables y extraños en-

redos; y todo ello le parecía una sentina, un gran pudridero humano cuyos miasmas subían hasta él asfixiándole; una especie de olla enorme bajo la cual ardía el fuego infernal de todos los vicios. Allí había diputados que traían consigo las esperanzas y el porvenir de una región, comerciantes opulentos que trastornaban con sus millones el alza y baja de los aranceles; príncipes de la Bolsa... Y entre todos componían una Humanidad bien oliente, impecable como la blancura de sus camisas, deslumbrante como las joyas que adornaban los cabellos y las gargantas de sus mujeres, pero bajo la cual Daniel Carmona sabía muy bien que palpitaba una noche impenetrable de oprobios, de vergüenzas, de crímenes, tal vez... que de cuando en cuando salían á la superficie, como lepra odiosa ó excreción purulenta de un mundo artificioso que necesitaba, para purificarse, de una enorme sangría social. ¡Le negaban el saludo...! ¿Y quiénes...? Vicente Risueño, que vendió su honor con el cuerpo de su mujer por cincuenta mil pesetas; el marqués de San Juan, caballero dos veces condecorado, que no tenía empacho en llevar la misma noche al teatro á su mujer y á su querida, limitándose á poner entre ambas, y sólo por el buen parecer, que no por delicado impulso de su conciencia, algunos metros de distancia; Celada, á quien sus amigos hallaban borracho y desnudo en las escaleras de las mancebías; el vizconde de Algorta, alegre, crapuloso y hablando con sus hijas mientras desnudaba con los ojos á sus queridas diseminadas por el patio; don Raimundo Ortiz,

que acariciaba á las mujeres con el dorso de sus manos trémulas; Pepe Gamero, degenerado y neurótico... y tantos otros que sólo de vista conocía y formaban una sociedad desequilibrada y triste, trágica y ridícula á la vez. El pintor meditaba vagamente en el horrible porvenir reservado á los hijos de tales hombres, si por acaso en aquellas medulas desgarradas por el alcohol y los deleites obscenos, y sobre aquellas matrices emponzoñadas por el veneno que los maridos recogieron en el lupanar, las leyes implacables de la herencia se cumplían; y vió aquellos millares de seres no formados, amenazados por todas las mayores miserias del cuerpo y del alma: el priapismo riendo con su bocaza desquijarada de sátiro, espumosa y glotona; la tisis, segando existencias á los últimos resplandores de los crepúsculos otoñales; la avaricia y el egoísmo, cruzados de brazos ante la agonía y ruina inopia del mendigo que pide pan; la idiotez jugando con el hilo de babas que cae de sus labios entreabiertos; la anemia, apagando en los cráneos la luz pensante... Y le pareció que todo aquel vasto salón, atestado de luces, de joyas y de carnes vestidas de seda, cuyo aliento de cloaca envenenaba sus pulmones, era un inmenso cementerio de niños...

Después, desparramando la vista por los palcos, recordó á las mujeres de todo el Mundo, á las cortesanas aupadas por el vicio y la fortuna, que son como el ramillete ponzoñoso y perfumado de las ciudades populosas; ramillete de flores fatales en cuyos cálices se bebe la muerte. Ellas son los rojos claveles de la



venganza, las rosas que embriagan y dan empereza-  
miento letífero á los músculos; las campánulas vio-  
láceas como las orejas de los agonizantès; los lirios  
del mal, que crecen en los parajes húmedos al pie  
de las tapias cubiertas de hiedra. Del pueblo salie-  
ron: este origen humilde suele descubrirse en la cos-  
tumbre que muchas tienen de llamar "señor" á sus  
amantes de una noche: siendo plebeyas, no fraterni-  
zan con la plebe, que es pobre, ni con la aristocra-  
cia, de la que se reconocen definitivamente separa-  
das por leyes de raza; la convicción de que siempre  
vivirán despreciadas, de que nadie las quiere para  
esposas y de que jamás tendrán hijos, mata en sus  
pobres almas toda idea de previsión, fortaleciendo  
sus malos instintos y exagerando el orgullo que las  
infunde la convicción de ser deseadas; sabiéndose  
despreciables, se reconocen, no obstante, más dignas  
que los hombres ricos y, al parecer, intachables, que  
el vicio desnuda de alma y cuerpo en las mancebías,  
y hallan delectación subidísima en decirlo, humi-  
llándoles, vejándoles á cada momento con el insul-  
tante remoquete que la costumbre aplica á los mari-  
dos engañados...

Por eso las grandes heteras que encumbraron los  
caprichos de un millonario ó el suicidio de un loco,  
son á guisa de máquinas apisonadoras que todo lo  
nivelan, ó de terribles aparatos disolventes, tritura-  
dores de millones y de existencias inútiles, que en  
todos los siglos y en todos los países, lo mismo en  
Atenas, bajo la dictadura de Aspacia, que en Chipre,

sobre los mármoles de los templos consagrados á Venus, que en los palacios de Versalles, lucharon, inconscientes, en deleitosos torneos, por la difusión de las riquezas y la nivelación social. El escandaloso renombre de las grandes aventureras parisinas, su fausto y sus lances con príncipes y banqueros, hacen converger sobre la capital francesa más millonarios, que las bellezas conservadas en los salones del Louvre, ó el gusto de admirar las torres de Nuestra Señora. La acción revulsiva de esas mujeres es terrible y moral á la vez, como la de los cuerpos disolventes que estudia la química; por eso repugnan y atraen, hieren y acarician; por eso son terribles: porque la Vida y la Muerte pasan indistintamente por sus manos.

Bien considerada, su misión es buena...

Un hombre, un verdadero macho, inteligente, trabajador, ambicioso y audaz, muere dejando á un hijo medio tonto el cuantioso capital que sus esfuerzos reunieron en cuarenta años de trabajo. El heredero único del incansable luchador nació rico, y como se crió enfermo y canijo, estudió poco; los servidores del padre se desvivían por halagarle; sus menores deseos, apenas iniciados, quedaban satisfechos, y aun su nodriza le indicaba lo que debía hacer, evitándole el trabajo de desear. Puesto al margen del implacable combate por la vida, no aprendió oficio ni carrera. A los veinte años, inútil para el trabajo y la virtud, su corazón era duro; su padre había muerto y como ya nadie podía gobernarle ni ejercer

presión sobre él, trataba á sus criados á puntapiés. Nunca pensó en trabajar: ¿para qué... cuando, por mucho que comiese, no podría devorar las rentas pingües de su capital repartido en cortijos y acciones de Compañías poderosas...?

Aquella fortuna, inmovilizada por la indiferencia y estultez de su dueño, constituye una inmoralidad, un estancamiento pernicioso para el organismo social, un coágulo funesto como los formados por la sangre en la bifurcación de las arterias, una negación de las leyes naturales que hacen del movimiento la condición indeclinable de la vida; todo anda, todo se transforma: la sangre, los ríos, las nubes, los astros... Pero el rico heredero siente retozar por sus carnes ociosas los malos apetitos, y como gusta de llamar la atención pone sus ojos en una cortesana y se enamora de ella, neciamente, estúpidamente, con el abandono vil del hombre que nunca supo dominarse á sí mismo. Ni siquiera sabe lo que hay de espontáneo ó de vendido en las caricias.

Ellas, las vengadoras instintivas de los parias y de los humildes, le abren sus brazos, le aduermen sobre sus senos perfumados, le dan á beber en sus labios la locura y la muerte; y como le desprecian, porque le conocen necio, egoísta, concupiscente y frío, le odian, y como le aborrecen, le explotan. Sus bocas adorables son tan exigentes cual pródigas en caricias sus manos, y como nada niegan, exigen que todo, aun lo más superfluo, les sea concedido: hoy es un



traje, mañana dos jarrones orgullo de Sevres, después un hotel...

Animada por esa fe en sí misma que hace imprevisores y manirroto á los artistas, la cortesana disipa sin tasa: sus camareras se apropian sus trajes á medio estrenar, los sombreros con broches de brillantes desaparecen, los zapatos se rompen como por ensalmo, sus amiguitas la piden joyas que luego nadie piensa en reclamar: y merced á esta disipación constante los tesoros del heredero imbécil circulan, repartiéndose entre el tapicero, que aumentó con sus cuidados el voluptuoso bienestar del dormitorio; el mueblista, que proporciona trabajo á muchas familias; la modista, que, gracias, tal vez, á aquel dinero fácilmente cobrado, pudo comprar de sopetón y con el debido descuento la máquina de coser que iba pagando á plazos.

Pero otras veces el espíritu disolvente de la cortesana no se aplaca ni sacia con ésto, sino que, fingiéndose enamorada y celosa de su amante, tritura y deslíe su hogar, divorciándole de su mujer, separándole de sus hijos, aislándole de toda salvación, para mejor matarle bajo sus labios de vampiro: y ya teniéndole á su lado, usa de su nombre para adquirir deudas, y abusa de su crédito y de su firma para emplear á los amantes y á los hermanos de sus amigas pobres. Aquel hombre es para ella un arca de caudales siempre abierta; reparte su dinero y su prestigio, le escarnece, le humilla, y cuando más dócil y sumiso le ve, más le odia, y mayor prisa tiene

en destruirle. Sin motivo inventa viajes, sus nervios desequilibrados se enamoran de todo y de todo se hastían y quieren brillar en los teatros con sus joyas, y llamar la atención en el Hipódromo con sus caballos. Hasta que el amante no puede más; su cartera está vacía, sus cortijos en manos de usureros, su crédito agotado... Entonces la cortesana se indigna y le despide, echándole lejos de sí como bagazo mascullado, inútil y sin zumo, que se tira.

La obra fecunda se ha consumado.

El dinero paralizado entre las manos de un hombre inhábil y vicioso penetró en el torrente de la riqueza social, y el coágulo de oro quedó deshecho en beneficio de muchos seres trabajadores y necesitados: ¿quién podrá negar las consecuencias moralizadoras de ese despojo...?

Y Daniel Carmona, abstraído en tales pensamientos, miraba á los palcos, pareciéndole que aquellas lindas cortesanas, acicates y azotes de la carne, eran algo necesario que todos debían conservar; algo útil, de una utilidad higiénica ó puramente artística, como los jardines públicos y los museos...

De pronto se levantó y desapareció en el antepalco: habían llamado; eran Ontígola y Ardémiz. El pintor les recibió con efusión vivísima.

—Gracias por su visita—repetía—; muchas gracias.

Ante aquellos dos buenos amigos, libres de preocupaciones y con los cuales, por su demasiada ex-

perencia, era inútil y ridículo fingir, Daniel manifestaba sin rebozo sus sentimientos.

—¿Qué dice el mundo de nosotros? — preguntó Fernanda.

Ontígola se encogió de hombros, significando ser aquel un asunto despreciable del que más valía no hablar. Luego dijo:

—¿Qué les parece á ustedes el aspecto del teatro?

— Deslumbrante.

—En las funciones á beneficio de algo —repuso don Bernardo—, debe cuidarse, más que de la escena y de los actores, del decorado del patio, buscando caras bonitas y cuerpos elegantes y mujeres para todos los gustos. En la ocasión presente es imposible negar que las invitaciones fueron expertamente repartidas, y no dudo que el Padre Carmelo, inspirado por su mismo celo religioso, meditó en todo esto...

Iba á empezar el tercer acto, había vibrado un timbre y los espectadores regresaban á sus asientos. Nieves Labarte llamó la atención á Angeles pellizcándola en un brazo...

—Fíjate en ese individuo que va por el pasillo de butacas..., aquí..., á la derecha.

—¿El que ahora saca el pañuelo?

—Sí.

—¿Y qué?

—¿Le conoces?

—De vista.

—¡Como todas...! ¡Hija, qué desgracia...! Nadie ha sabido decirme quién es ese tío.



—¿Ha estado en tu casa?

—Una noche. Es un hombre muy agradable, y que, sin embargo, causa miedo: tiene los ojos negríssimos, con una luz dentro... muy dentro... no sé cómo explicarme... ¡Cual si tuviese dos cerillas encendidas bajo el cráneo! Sus dientes son blancos y apretados; cuando ríe parece que va á morder. Me habían referido que era un loco que mataba á las mujeres con quienes dormía. Yo se lo pregunté y me contestó: — "A todas..."

—¡Qué bárbaro!—exclamó Angeles aterrada—, ¿Y no tuviste miedo?

—Un miedo horrible—repuso Nieves palideciendo ante el frío recuerdo de aquella escena—; de buena gana hubiese salido al balcón á pedir socorro; pero el temor de irritar á aquel demonio, me detuvo. El, que andar por la habitación lo hacía á reculones, burlándose tal vez de mí, sonreía siempre, amenazándome con sus dientes de tigre. Después me cogió entre sus brazos; yo temblaba como una virgen...

Añadió pensativa:

—Lo cierto es que aquellas caricias lúgubres, tras las cuales parecía acecharme la muerte, me dejaron una impresión inolvidable...

Angeles Arnau repuso, pasado un momento de reflexión:

—Eso me hace recordar lo que refieren de Guadalupe Herrero.

—¿Quién es?

—No la conoces; fué querida del picador Juan Francisco el *Mochón*; ya está vieja y retirada.

—¿Qué hacía?

—Aseguran que ponía sobre el mármol de su mesilla de noche un ratón muerto á martillazos: parece que el aspecto de aquellas carnes magulladas y la sangre, la excitaban...

—¿Sabes lo que digo?—concluyó Nieves Labarte, filosófica—. Que todas nosotras, de tanto dormir con locos, concluiremos por perder la cabeza.

Desde el palco de Tomás Calleja, el marquesito de Casa-Soler y otros dos jóvenes miraban descaradamente á Fernando, con sus gemelos.

—¡Es buena mujer!—murmuró uno de ellos, chasqueando la lengua.

—Pero... debe de ser cara.

—¿Qué importa?

—¡Oh, naturalmente!

—Si estuviese sola la enviaría un ramo de flores.

Siguieron contemplándola; Daniel Carmona les observaba disimuladamente. Bajo los gemelos que el marquesito de Casa-Soler tenía puestos sobre sus ojos, su boca desvergonzada sonreía: aquella sonrisa era un saludo, una invitación... Fernanda Montero se había quedado intensamente pálida; Ontígola y Ardémiz, sentados un poco tras ella, se miraron, comprendiendo que algo insólito iba á ocurrir; las vizcondesitas de Algorta, que habían escuchado la conversación de los tres jóvenes, avizoraban sus ademanes astutamente; el barón del Tajo y su mu-

jer, cuchicheaban; desde las butacas, algunos espectadores, indiferentes á la función, atisbaban también á Fernanda. Transcurrieron minutos penosísimos.

El marquesito de Casa-Soler, comprendiendo su éxito, tornó á sonreir, llevándose una mano al bolsillo izquierdo de su chaleco blanco; sus amigos se volvieron de espaldas bruscamente, sofocando sus risas. Como movido por un resorte, Daniel Carmona, ciego de cólera, se puso en pie, gritando:

—¡Canalla!

Fué un grito que al principio nadie supo de dónde salió; después todos miraron hacia el palco de Carmona; los que antes reían, quedáronse muy serios; Ardémiz y Ontígola forcejeaban por llevarse á Daniel hacia el fondo del palco; Fernanda Montero también se había levantado. Pero el pintor, asido convulsivamente al barandal, podía más que todos.

—¡Canallas!—repitió avanzando el busto.

Fué una indicación, certera como una estocada, á la que el marquesito de Casa-Soler se creyó obligado á contestar.

—¿Es á mí?—dijo.

—Sí—gritó Daniel—, sí; ¡á usted...; á usted y á todos! ¡¡Canallas!!

Agitaba el brazo, describiendo un círculo, significando que su insulto alcanzaba á cuantos espectadores pululaban en aquel inmenso pudridero humano. Muchos hombres se levantaron, gesticulando y



prorrumpiendo en denuestos, á la vez que un griterío furioso bajaba desde las altas galerías sobre el patio. La representación quedó interrumpida; todos vociferaban, pidiendo el auxilio de la policía:

—¡¡A la calle...!! ¡¡Echarle á la calle!!

Empujado violentamente por don Bernardo y Fernanda, Daniel Carmona llegó al antepalco.

La joven se había puesto su capa rápidamente.

—Vámonos, Daniel... — repetía —. Vámonos... Ontígola, don Pablo... yo ruego á ustedes que no nos dejen solos...

—Todo pasó ya—decía el médico—. Daniel, serénese usted...

El pintor tosía, arañándose con los dedos la garganta, como para quitarse algo que le asfixiaba. Llamaron á la puertecilla del antepalco. Fernanda insistía, acongojada:

—¡Vámonos, vámonos...!

En la sala el trueno de la indignación pública resonaba más fuerte, más colérico que antes, agitando, con un soplo de huracán, las cortinas del palco. Hostigado por aquella provocación, Daniel Carmona reapareció otra vez: bajo la luz, su semblante tenía la lividez siniestra de la tragedia. Al verle, la multitud, enfurecida, se levantó, amenazándole con los puños:

—¡Fuera ése! ¡Fuera...! ¡¡A la calle...!!

El pintor alzó el brazo, aquel brazo poderoso que batallaba desde hacía veinte años por conquistar la gloria, y gritó:

—¡Canallas...! ¡Todos...!

Su voz metálica dominaba el tumulto. Y escupió al patio de butacas, sobre aquel estiércol en fermentación. Sus amigos volvieron á llevarle hacia dentro; sobre la puertecilla, siempre cerrada, del antepalco, los golpes de los que querían entrar redoblaban. Daniel abrió: eran dos acomodadores.

—¿Qué hay?—preguntó el pintor.

Hubo tanta autoridad y tan acerbo dolor en su rostro, que los interpelados no respondieron.

—Vámonos—dijo Ontígola.

—Sí, pronto—repuso Ardémiz.

Echó delante, caminando de prisa para evitar con aquella hábil fuga un nuevo disgusto. Tras una puerta entornada vió á Martina Olivares y á Joaquín Montero, que se despedían.

—Sí, hasta mañana.

Y se besaron.

—Tuya... ¿verdad?

—Mía, sí... ¡para toda la vida...!

—¡Oh... qué bonito es eso...!

El salió precipitadamente, atusándose el bigote, y caminaba tan preocupado que pasó junto á su hermana sin reconocerla. La Olivares se echó á reír y cerró la puertecilla del palco; y era su risa alegre y fría como el tintineo de las monedas de oro...

Se había reanudado la representación; la multitud parecía aquietada; cada cual ocupaba su sitio; únicamente los palcos del vizconde de Algorta y de

Calleja estaban vacíos. La fiera actitud de Daniel Carmona había encendido la admiración de las mujeres, idólatras del valor y de la fuerza.

—Se ha portado muy bien—dijo Angeles Arnau—y tiene mucha razón en cuanto ha dicho: todos son unos tíos.

—¿Te fijaste en ella, en Fernanda?—repuso Nieves—. ¡Cómo le defendía, cómo le cuidaba...!

—Debe de quererle mucho.

—¡Es natural...! Por un hombre así, tú y yo... y cualquiera mujer es capaz de volverse loca.

Al día siguiente, por la tarde, la curiosidad guió á Angeles y á Nieves Labarte á casa de Martina Olivares; Luisita Luján llegó después: querían informarse minuciosamente de lo acaecido entre ella y Joaquín Montero. La joven lo refirió todo circunstanciadamente. Un misterio, al parecer impenetrable, rodeaba aquel encuentro; Joaquín no solamente no la había enviado dinero, sino que apenas la conocía, y si acudió al teatro, fué cediendo á la curiosidad que en él puso una carta que alguien le escribió con la firma de Martina Olivares. La letra era de mujer. La existencia, por tanto, de una tercera persona interesada en unirles era indiscutible, y su interés debía de ser grande cuando con tanta esplendidez y anticipación pagaba.

—¿Quién será?—murmuraba Luisa.

Todas torturaban su imaginación, ganosas de descubrir la incógnita; pero sus esfuerzos fracasaron. Aquello parecía el primer número de esos folletines



donde los acontecimientos, para mayor interés de la narración, aparecen invertidos.

—¿Será Carlos Grau?—preguntó Angeles.

—No—repuso Martina—: anoche, después del teatro, vino á verme y hablamos. Yo, temiendo una emboscada, empecé á sondearle suavemente ¡Nada! El pobrecillo está inocente de todo...

—Sea como fuere—dijo Carmen—, aunque sólo sea por curiosidad, debes seguir la aventura.

—¡Y la seguiré...! ¡Bueno fuera! En esto adivino un lío muy grande... ¡pero muy grande...! Bastante mayor de lo que vosotras imagináis.

—Además, Joaquín Montero es muy rico.

—Sí—repuso Martina pensativa—; es rico y guapo... Dice que este verano iremos á París. ¡Qué sé yo...! Creo que el pobre Carlitos durará poco en esta casa.

Renovaron sus investigaciones, escudriñando porfiadamente todos los detalles, queriendo comprender á fuerza de tesón lo que, por su propia complexión, era perfectamente ininteligible. Luego Martina preguntó qué había ocurrido entre el marquesito de Casa-Soler y Daniel Carmona.

—Yo—dijo—estaba despidiéndome de Joaquín, y no pude enterarme.

Todas comenzaron á hablar, arrebatándose de los labios las palabras, creyéndose cada cual en posesión de algún detalle que nadie había sorprendido.

—Y los hombres, ¿qué hacían?—preguntó la Olivares,

—Los hombres gritaban y apretaban los puños... y llamaban á los guardias. Pero no hubo quien se levantase para decirle á Daniel: "¡Aquí estoy yo...!"

—Y, cuenta—añadió Luisita Luján—que les llamó ¡canallas, canallas, canallas...! Lo menos cinco ó seis veces.

Lanzó una alegre carcajada infantil, y agregó:

—¡Qué ganas tengo de que vaya á casa mi ilustre marqués de San Juan...! En cuanto le vea ya sé qué decirle; "¡Canalla...!" Y á cuantos tíos vayan á verme lo mismo.

—Y yo...

—Y yo...

Reían, sintiéndose vengadas. Cuando Nieves y Angeles se levantaban para marcharse, llegó Patrocinio, que venía de dar su lección de baile. Al ver que sus amigas se iban, lamentó su mala suerte; ella también necesitaba informarse de lo sucedido la víspera entre Martina y Joaquín Montero, y murmurar un poco.

—En todo el día—dijo—no he podido hablar mal de nadie; es increíble.

—Pues si deseas noticias—contestó Nieves —, vente con nosotras y hablaremos; ahora yo tengo que hacer; el amo espera.

—Y el mío también aguarda—dijo Luisa displicente.

Se habían levantado con gestos de aburrimiento y mal humor, como obreros que oyesen la campana que

les llama al trabajo: algunas se estiraban lentamente, quebrando la cintura, arqueando las caderas, dando elasticidad á sus talles felinos. De repente, Patrocinio exclamó:

—¡No, no permito que os vayáis sin leer una carta que le he robado al baroncito del Tajo, á Tomasito...!

—¿Una carta, de quién...?

—Una carta escandalosa dirigida á su mujer.

—¡A su mujer...! ¿A Victoria...?

—Sí, sí... á Victoria; es de una condiscípula suya de colegio.

La curiosidad pesó en el ánimo de Nieves Labarte y de sus amigas más que la obligación, y volvieron todas á sentarse en apretado círculo delante de la ventana, bajo el pabellón de los cortinajes amarillos y azules. Patrocinio había sacado del pecho un gran trozo de papel: era una de esas largas cartas, llenas de confesiones, que los íntimos amigos suelen escribirse de tarde en tarde sobre anchos pliegos de papel comercial.

—¡Ay...!—exclamaron todas—, ¡qué lástima; está rota, falta un pedazo...!

—La rompimos entre Tomás y yo; él, luchando por guardarla; yo, por quitársela: al fin cedí. Pero esta mañana, mientras dormía, le registré los bolsillos y se la robé.

Según hablaba, estiraba el papel pasando sobre él las manos.

—Anoche—prosiguió—, á Tomasito se le podía



ahogar con un cabello. En parte me alegro, ¿sabéis...?, pero mucho; es un miserable que, desde que se ha casado, no quiere darme dinero. Jura estar aburrido de Victoria. — "Por una casualidad—decía—, leí lo que la escribe una condiscípula suya. ¡Ay, Patrocinio; qué vergüenza, qué vergüenza...!" ¡Chiquillas, lo que reí...! Parece que su mujer aprendió, en ese colegio de religiosas donde estuvo, mucho más de lo que necesitaba saber.

—Tiene gracia; contártelo á ti...

—Ya veis...

Aquel fragmento de carta de mujer era la aurora de un hogar recién formado; un cuadro íntimo, un momento psicológico, lamentable y tristísimo, de una generación que empezaba.

Patro leyó:

"... nosotras el amor no tiene secretos; pero mi marido ignora estas picardihuelas, por cuanto me trató con mesura y puritanismo superiores á todo encarecimiento.

"Los invitados se habían marchado, mis padres también se retiraron y, ¡al fin...!, quedé á solas con mi esposo. Estábamos en el gabinete, de pie ante el gran espejo de la chimenea. Los brazos de Arcadio estrechaban mi cintura; sobre mi pecho palpitaba presuroso su corazón emocionado, y sus empingorotados bigotes de conquistador rozaban mi mejilla. Fué una escena solemne cuyas revueltas impresiones renuncio á describir y que tú ya conoces: él estaba suspenso, sin saber qué decirme; yo le miraba emo-

cionadísima de poseer lo que tan ardientemente había codiciado. Arcadio me besó varias veces con ternura paternal; luego murmuró:—"¿Nos acostamos...?" No pude contestarle; tan medrosilla y vergonzosa estaba; él agregó:—"Tú, primero". Esto me reanimó y, huyendo de sus brazos, corrí á la alcoba. Te juro, querida Victoria, que tenía miedo, muchísimo miedo: ante mí se abría la puerta del dormitorio, imponente y recogido como un santuario: allí estaba el sacrificio, el potro del dulce tormento nupcial, las primeras páginas de ese capítulo inolvidable que todas las mujeres escriben con lágrimas.

"Arcadio permanecía en pie y cruzado de brazos como arrobado: achacaba mis vacilaciones á vergüenza, á ignorancia... y se congratulaba de mi candidez. ¡Si hubiese adivinado que yo temblaba, precisamente, porque lo conocía todo...!

"Ya dentro del dormitorio, me desnudé rápidamente y me metí entre sábanas, acurrucándome con las piernas encogidas y los brazos sobre el pecho, como los niños miedosos. Arcadio había apagado la luz y oí que se acercaba lentamente: yo no me atrevía á hablar; él tampoco: mas á pesar de la oscuridad y de mi turbación, me parecía verle y escuchar sus pensamientos. Cuando se aproximó al lecho, en el reloj del gabinete daban las tres.

"Creo sinceramente, querida Victoria, que el papel de *iniciador* ofrece á los hombres inconvenientes y dificultades que nosotras no comprendemos, pues Arcadio parecía casi tan preocupado y medroso

como yo. Estas apariencias me reanimaron y esperé. Pasados algunos momentos mi marido acortó la honesta distancia que nos separaba y deslizó un brazo bajo mi cuello. Entonces comenzamos á hablar: él, ya más repuesto, utilizó sus facultades inagotables de conversador, y tanto dijo y con tal gracejo, que me obligó á reír. Ahora que recapacito y aprecio los incidentes de aquella noche, comprendo que mi marido procedió diestramente. Después de divertirme cual si tuviese que habérselas con una niña, empezó á formalizarse, hablando de nuestro amor, evocando los episodios más picantes de nuestro noviazgo... y entretanto me besaba la frente, los ojos, los labios, con besos muy largos cuyo recuerdo aún entorna mis párpados... Y su respiración iba tornándose acelerada y penosa como un jadeo. Yo le oía distraída, pensando en mi niñez...

"Después comprendí que el pobre Arcadio no sabía cómo revelarme mis deberes de mujer casada. ¿Qué te parece...? Declaro que, al principio, me holgué mucho de verle tan acaramelado y prudente; después llegó á parecerme un poco ridículo. Luego me ha confesado que me hallaba demasiado inocente, demasiado infantil... y me guardé bien de apearle de su error.

"De todos modos, sus tentativas de iniciador tímido me divertieron mucho: iba á darme un beso excesivamente expresivo y se contenía, temiendo, sin duda, que su pasión se desbocase; sus manos invasoras intentaban una caricia y, de súbito, se reprimía



para no escandalizarme; y no puedes imaginarte cuánto me regocijaban aquellas terribles escaramuzas entre su prudencia y su deseo. Tan noble me pareció su conducta, y su comedimiento tan caballeresco, que padecí el vago remordimiento de haberle engañado. ¡Oh...! ¡Si él supiese que antes de salir del colegio yo era una especie de esposa teórica que conocía minuciosamente los misterios del amor y hasta las vergüenzas del amor, y que tú y yo..."

### III

Los reflejos del crepúsculo anegaban el estudio en suave claridad leonada... La inmensa y varia labor ejecutada durante aquellos últimos meses fué convirtiendo el taller de Carmona en una especie de sala de disección ó de abigarrado bazar de figuras desnudas: apoyados contra la pared ó colgados sin concierto ni plan, había cabezas ciclópeas, de ojos grandes y frentes enérgicas, trazadas con pulso firme y certera intención: la Envidia, representada por una vieja retorciéndose entre los anillos de una serpiente que depositaba entre los labios de su víctima el veneno de su lengüecilla roja; el Remordimiento, personificado en un hombre, con el cabello erizado de terror, que quiere retroceder y no puede, rodeado como se halla por varias figuras funerarias, que repiten igual actitud, cual si le recordasen el

mismo crimen; torsos femeninos, caderas con ampu-  
losidades de jarrón antiguo, cabelleras venecianas,  
espléndidas, con la brillante tonalidad de un rayo de  
sol visto á través de una botella de manzanilla...

Sobre el cuadro, ya completamente concluído,  
que Carmona tituló *El triunfo de la vida*, el genio  
poderoso del artista resplandecía.

Fernanda Montero, echada sobre un diván, los  
brazos cruzados bajo la cabeza, miraba á Daniel  
sentado cerca de ella, una pipa entre los dientes y  
la frente ensombrecida por cinco horas de trabajo  
mental. Acababa de concluir para el comedor de  
don Ramiro Salinas un paisaje que el secretario del  
rico banquero fué á recoger momentos antes, acom-  
pañado de un lacayo, y las mil pesetas en que el  
lienzo fué vendido estaban aún sobre una silla, cer-  
ca de la puerta, según el secretario las dejó.

Las horas de aquella enervante tarde vernal pa-  
saban lentamente; Fernanda había cerrado los pár-  
pados; Daniel la contemplaba fijamente, porque  
aquel rostro vigoroso, entristecido por los alboros  
del embarazo, merecía un gran cuadro que tradujese  
el poema glorioso de la maternidad. ¿Cómo pintar  
los rebullos primeros de aquellas entrañas? ¿Cómo  
expresar ese amor vago que las mujeres sienten ha-  
cia sus hijos mucho antes de nacer...? Y Daniel re-  
conocía que todos los artistas, á despecho de sus  
decantadas genialidades, son dignos, á ratos, de  
compasión y desdén profundos, pues por mucho que  
se esfuercen y batallen nunca logran que sus obras



emulen la palpitante belleza ni el espíritu que divinizan á la mujer copiada.

El escultor, para determinar la emoción estética, pasa días interminables, suavizando y puliendo con sangre de sus manos las desnudeces de una Venus; el músico aspira al mismo objeto, persiguiendo la emoción intrépida, al suspiro que huye ó la lágrima que se evapora en la mejilla, por las regiones inapreciables de la melodía; el escritor desgarrá su alma en una constante y suicida autodisección, para luego describir las máquinas prodigiosas del corazón y del cerebro. ¡Pobres trovadores de la belleza! Todos los volúmenes quemados por Omar en Alejandría no bastan á fotografiar las abnegaciones, los heroísmos, las inconsecuencias, las crueldades con que las mujeres adornan sus frívolas almitas de mariposa; ni notas como las notas, felices ó tristes, arrancadas por la pasión á la lira de su garganta; ni matices que copien el estremecimiento fecundo de su carne: ¡pobres artistas de todos los países...! El tremar sobrehumano que ellos no consiguieron fijar en muchos siglos de trabajo, lo produce instantáneamente una mujer poniéndose desnuda. Balzac dijo que "ninguna noche de amor vale una página"; Daniel Carmona, que era artista de corazón, creía, por el contrario, que la mejor obra de arte no vale una mujer...

El pintor reconocía que algo indomable germi-  
naba en él; el espíritu heroico de Fernanda Montero  
era como jugo analéptico que prestaba á su mente,

desgastada por muchos años de trabajo, ilusiones y energías no sentidas: ella le animaba al combate, encumbrándole á regiones donde por sí solo jamás hubiera trepado, ni aun con las alas aquilíferas de la ambición; y lo que empezó siendo capricho y locura sensual, fué muy pronto pura y fortísima pasión que no adormecía su cerebro, ni aflojaba sus músculos, ni doblaba las inflexibles líneas paralelas en que todo honor y toda caballerosidad deben moverse, sino que enardecía su conciencia moral y le daba de sus obligaciones y del prestigio de su nombre ideas más claras. Junto á Fernanda, Daniel Carmona no padecía desmayos, ni pereza, ni desilusiones; muy al contrario, procuraba sobrepujarse, alzándose intrépidamente ante el peligro, aceptando lo inevitable por duro que fuese, mostrándose á todo evento digno de la mujer superior, abnegada y valiente que le arrastró para siempre consigo la tarde en que le echó los brazos al cuello, con un abrazo terrible y mortal como el de los náufragos que se ahogan juntos.

Ligados por el amor y el crimen de su doble adulterio, sentíanse satisfechos de pertenecerse completamente y á todas horas: comían y dormían juntos; cuando él trabajaba ella cosía á su lado, distrayéndole con conversaciones sencillas que podían seguirse fácilmente, y de cuando en cuando lanzaba sobre el cuadro una mirada inteligente de examen y censura, y este reproche de la mujer, para orgullo y vanagloria de la cual hubiese querido unir al estro

de Dante la visión artística de Vinci, era para Daniel Carmona un agudo espolazo.

Desde el día trágico en que el odio y el deseo permitieron la conjunción de sus destinos, ni Fernanda Montero volvió á su hotel de la calle Rosales, ni Daniel á su casa: el pasado fangoso, lleno de ignominias hipócritas, había muerto para ambos, y los rencores concitados por su franca conducta contribuyeron á robustecer su amor. Aquel año fué para ellos prólogo de una existencia erizada de disgustos, de escaseces, de alegrías también.

Habitaban en el taller; la alcobita que hasta allí sirvió para que los modelos se desnudasen, convirtiéronla en dormitorio; los objetos diseminados por la cocina fueron amontonados de modo que ocupasen el menor espacio posible, y así el fogón quedó libre y hábil: los vasares se adornaron con papeles de colores gayos y se coronaron de botellas y cazuelas; guardóse la vajilla en un viejo estante, y el vino en un gran barril colocado en la parte más baja y oscura del techo aguardillado: la mesa de comer se improvisaba fácilmente colocando un tablero sobre los respaldos de dos sillas. El escándalo de aquella aventura había espantado á los amigos de Carmona; nadie iba á verle: únicamente de tarde en tarde, Ontígola y Ardémiz solían llamar á la puerta del estudio, y esta soledad, dejándole en completa independencia, constituía su bien más grande y positivo.

Los pintores son madrugadores: apenas Daniel



saltaba del lecho, Fernanda le seguía y, los brazos desnudos hasta el codo, comenzaba á preparar el desayuno, barrer la cocina y mullir los colchones, y después arreglaba la mesa, aquella frágil mesa que más de una vez derribaron con sus juegos. Al principio, estas escenas fueron algo tristes: Daniel veía cómo la antigua vizcondesa de San Bartolomé fregaba los platos y encendía la lumbre, y el martirio de aquellas manos aristocráticas oprimían su ánimo, humillándole; por ella hubiera querido ser rico y tener también, como Lorenzo Alba, un hotel y muchos criados. Entonces recordaba su antigua posición, las relaciones perdidas, las enemistades que se había granjeado, su prestigio vacilante, y todo aquel incierto porvenir de artista, que por haber renunciado á todo lo que fué, vuelve á la lucha demasiado tarde. Pero, al fin, la costumbre completó la obra sosegadora que comenzó la reflexión, y Daniel y Fernanda concluyeron por sentirse felices en aquel aislamiento bohemio que pintaba sobre el estío, algo grave, de su vida, una riente alborada de juventud.

Fernanda Montero había llegado allí sin otra ropa que la puesta: aquellas prendas interiores, lavadas y recosidas con cuidado incansable, duraron mucho tiempo. Una tarde trajo Carmona al estudio, metidos en un maletín, varios pantalones, camisas, blusas, medias, enaguas, unas ligas, un corsé y otros menudos objetos de indumentaria femenina.

—Luego—dijo el pintor á la joven—vendrá una modista, á quien encargarás dos trajes. Quiero verte

con vestidos completamente míos, comprados por mí; vestidos que nadie haya visto y así no despierten en nosotros ningún impuro recuerdo.

Llegada la noche, una de las más felices de aquel hogar, todas las viejas prendas de la vizcondesa de San Bartolomé ardían ante la ventana del estudio amontonadas sobre una plancha de cinc; las espirales de humo ganaban el espacio describiendo remolinos violentos. Fernanda y Daniel, sentados sobre el diván, reían poseídos de infantil contento: aquel fuego parecía purificarles y se abrazaban, creyendo pertenecerse más hondamente que otras veces.

Pasaba el tiempo y los desprecios de la fortuna, siempre adversa, demostraron á los amantes que no se afronta la hipocresía humana impunemente, y que no bien su pasión y su despecho pisotearon todos los respetos mundanos, la sociedad les excluyó de su seno, obligándoles á aceptar un desesperado duelo á muerte.

Daniel Carmona esperaba obtener con *El triunfo de la vida* una gran victoria; en él había puesto toda la fuerza de sus nervios, toda la habilidad de su mano experta, toda la agudeza de su intención: la composición era sobria, el colorido rembranesco, con atrevidos contrastes de sombra y de luz: porque ésta era, cabalmente, la orientación, filosofía ó espíritu del lienzo: la lucha entre la vida y la muerte, la desilusión y la esperanza, la alegre juventud que llega y la vejez desencantada que se despide. En primer término, apoltronado contra el sólido respaldo

de un sillón conventual, el fraile meditaba, el mento dantesco apoyado sobre una mano flaca y exangüe: del fondo oscuro de la celda emergía el seguro perfil de la cabeza, con su semblante riberesco, largo y pálido, su nariz corva, sus pómulos angulosos, sus ojos grandes y negros, endurecidos por la castidad. Como respondiendo al íntimo trajín de la fiera pelea librada entre la carne y la fe, uno de sus pies descalzos del religioso aparecía contraído violentamente. Ante él, sentada sobre la Biblia que el fraile leía, una joven desnuda sonreía, ofreciendo al levita un niño dormido sobre un ramo de mieses y flores. Era una figura boticellesca, cándida y riente: los cabellos, bajo la luz indecisa que tamizaban los sucios cristales del ventanuco, recordaban la tonalidad cálida del oro viejo: tenía la frente pequeña, instintiva, refractaria á la reflexión; las cejas tranquilas, los ojos inquietos, preguntones, de niña curiosa que nada sabe; los labios acarminados y gruesos, y las caderas y los senos, sabiamente apuntados, eran nuncios ó promesas de gran belleza y de vigorosa maternidad. Candor angelical purificaba las redondeces insinuantes de aquel capullo de mujer, que desconocía aún el misterio de los nidos, y lo que se dicen las golondrinas bajo el alero de los tejados, y la ingenuidad de aquella virgen, que hacía de su ignorancia su gran ciencia y sonreía al misterio como quien todo lo sabe y conoce, contrastaba fuertemente con la figura del fraile, ignorante también, aunque envejecido por el estudio de ciencias abstrusas, tris-



temente ridículas, que nada humano enseñan. Entre ambas figuras parecía deslizarse un diálogo extraño.

El viejo preguntaba:

— "¿De dónde vienes, niña...? Me aseguraron  
"que el mundo era muy triste, y el camino de la vida  
"muy agrio, y la noche del porvenir muy fría. Por  
"eso renuncié á todo y me parapeté, aquí, entre los  
"muros de esta celda, á esperar á la muerte; y para  
"no olvidar que soy mísero y flaco y deleznable, y  
"vencer mejor mis pasiones por la contrición y la  
"melancolía, duermo en el suelo, con un cilicio alre-  
"dedor de la cintura..."

La aparición respondía:

— "No sé quién eres, anciano, ni entiendo lo que  
"dices, ni conozco esa noche sin fin, ni ese ingrato  
"camino de que hablas... Pero, si quieres seguirme,  
"podrás descansar en un jardín muy hermoso  
"donde cantan los pájaros, y las abejas zumban so-  
"bre las flores, y ríen los niños..."

Y el viejo miraba á su interlocutora titubeando, reconociéndose ridículo, como aquel sabio geógrafo que, después de encanecer estudiando desde su gabinete una región, se decide, por fin, á visitarla, y, ya en ella, se confunde y extravía y concluye por rogar á un analfabeto cualquiera que le guíe y le conduzca á seguro puerto.

La mujer en quien Daniel Carmona simbolizó el triunfo de la vida aparecía sentada sobre el Libro de Job, abierto por el capítulo XIV, y la be-

lleza y subido contento de su expresión, y la limpieza carnal de su cuerpo, simbolizaban la refutación rotunda y triunfante de cuanto escribió el patriarca de Hus en el funesto poema de sus dolores.

El fraile leía:

"El hombre nacido de mujer, viviendo breve tiempo está relleno de muchas miserias. Que como flor sale y es ajado, y huye como sombra, y jamás permanece en un mismo estado."

Y después:

"¿Quién puede hacer limpio al que de inmunda simiente fué concebido...?"

Ante sus ojos, sin embargo, los deseos mal reprimidos y las dudas fingían visiones seductoras de juventud que repetían enérgicamente: --"¡No, no...!" En la vida todo está prudentemente equilibrado: no envejece quien antes no fué mozo, por la axiomática razón de que no puede haber cenizas donde no hubo fuego, ni desilusiones en el corazón que no tuvo esperanzas: la noche sigue al día, el cansancio al esfuerzo, la desgana al apetito satisfecho. ¿Quién, que no haya amado, puede abominar de las mujeres...? Y si amó y haciéndolo sufrió graves males, ¿cómo negará que aquel mismo desdichado cariño en más de una ocasión hubo de proporcionarle horas de subidísimo regocijo...? Cada edad tiene sus alegrías y divertimientos: la niñez sus juguetes, la juventud sus amores, la ancianidad sus meditaciones y su quietud. Si la vida es un viaje y el Mundo algo

efímero, mudable y de tránsito, ¿por qué esforzarse en padecer, desde la estación de partida, el amargo desabrimiento que necesariamente ha de acometer-nos mucho antes de arribar á la estación de llegada? ¿Por qué no amenizar las horas de la peregrinación en la contemplación de los paisajes que pasan? ¿Por qué vivir la vida de cara á la muerte, en vez de esperar á la muerte mirando á la vida...? Los poetas ponderan el abandono y horrible soledad de los difuntos, de los pobres difuntos que descansan á la sombra de los cipreses donde no murmura la brisa. ¿Por qué...? La muerte es tanto más dulce cuanto más borrascosa fué la vida, por la razón de que el agua parece tanto mejor cuanto mayor es la sed: la noche es melancólica y, no obstante, los fatigados la reciben alegremente, porque la noche, si es sombra y silencio, también es descanso y liberación: así los viejos, obreros fatigados de la vida, esperan la muerte...

Contemplando aquella mujer, tabernáculo santo donde el Destino puso la hostia milagrosa de la vida, el fraile consideraba que no podía ser inmunda la simiente de que él y su madre nacieron. Todo es admirable en el cosmos: los mares que el calor convierte en nubes, la lluvia que nutre las plantas, el Océano que, pasada la tormenta, se humilla y con lengüeteo interminable acaricia el dique que ponen á su ambición las playas de movable arena; la luna, cuya luz espectral preside el misterioso vaivén de las mareas; la Tierra alrededor del sol produce la suce-



sión de los días y las estaciones; y los mundos todos de todos los sistemas, voltigeando siempre como acróbatas incansables que hiciesen de la eternidad un circo sin fin... Y, no obstante, nada hay tan prodigioso, tan impenetrable, metafísico y superior á todo humano discurso, como el milagro de la concepción. Si asombran las metamorfosis porque va pasando la semilla que el labrador dejó en el surco, ¿cómo no pasmarán las diferentes fases que ofrece el feto en las entrañas fecundas de la mujer...? Sobre el protoplasma, inmóvil y dormido hasta allí resbala, como un estremecimiento ardiente, la primera convulsión vital, y ya iniciado el movimiento evolutivo, nada podrá atajarlo: en la mancha informe del óvulo comienzan á bosquejarse los borrosos contornos del embrión: una línea acusa la espalda; otra la cabeza; allá surgen los hombros y los brazos; aquí las piernas... Y el milagro parece mayor si advertimos que dentro de estos órganos pequeñísimos, inapreciables al tacto, los gnomos milagrosos de la vida fabrican otros infinitamente más pequeños. El alma es color, sonido, impulso; es vibración impalpable que nada concreto produce y parece resultante de todo; es el cociente arrojado por la concurrencia y acoplamiento de cuanto hay de más excelente en los elementos de la química orgánica. El alma es fuego que abrasa, es cámara oscura que todo lo refleja y cinematógrafo que reproduce cuanto una vez vió. Ese espíritu, vaho ó emanación de la materia cerebral, va elaborándose secretamente según las cir-

cunvoluciones encefálicas se acentúan; y ora se manifiesta en las extremidades del feto, que se rebulle y pernea; ora en su corazón, que empieza á latir. Y para alojamiento de esa alma que es luz, sonido, pensamiento y oración, el Destino eligió la matriz de la mujer, á quien concedió, para que pudiese llamar al Deseo que perpetúa la Vida, todas las seducciones de la bondad y de la línea. ¿Habrá quien, sabiendo ésto, tache de inmundo el cáliz donde la Humanidad bebe la vida...?

El fraile de Carmona meditaba, y un dolor sobrehumano demacraba sus pómulos y daba á sus labios el esguince amargo de la agonía: él nunca comprendió el arrullo de los pájaros, ni supo por qué los tigres amamantan á sus hijos, ni oyó el himno silencioso que durante las tardes estivales entonaban las flores en la huerta del convento; su vida, toda su pobre vida estéril, naufragaba bajo la noche impenetrable que formaron treinta años de ascetismo.

Más adelante, en el versículo séptimo, Job decía:

"Un árbol tiene esperanza: si fuere cortado, de nuevo reverdece y brotan sus ramos. Si se enveje-  
"ciere en la tierra su raíz y muriere su tronco en el  
"polvo, al olor del agua retoñará y hará copa como  
"de primero cuando fué plantado.

"Mas el hombre, después que haya muerto y  
"despojado que sea y consumido, dime, ¿dónde  
"está...?"

A la pregunta trágica del fraile, la aparición res-

pondía presentándole un niño dormido sobre mieses y flores: allí está, en la memoria de sus descendientes, que heredarán su sangre y su apellido y venerarán su recuerdo: ellas colocarán sus restos bajo la cripta del viejo templo, é irán á poner todos los años sobre su tumba una corona de laurel. Pero del hombre que vivió solo y no dejó hijos; del egoísta que, por custodiar la salvación de su alma, no atendió á formar ninguna otra alma; del que no quiso á nadie, porque el amor á sí mismo le arrancaba del corazón todo otro afecto, ¿quién se acordará...? En las pestañas del fraile pensativo temblaban dos lágrimas.

Este lienzo atrevido y extraño era todo el espíritu de Daniel Carmona, su misma historia retratada con violentísimos cambiazos de sombra y de luz.

La Exposición de pinturas se inauguró el día 2 de mayo, y la obra de Carmona, colocada en lugar preferente, llamó la atención y pronto fué hito de rudas controversias. Al principio, los críticos se abstuvieron de censurarlo por respetos á su autor, y el público desfiló ante el cuadro sin comprenderlo, creyendo que la alucinación del religioso no guardaba ningún oculto sentido. Pero el escándalo acaecido noches después en el teatro de la Comedia, y las ruidosas aventuras que enlazaban los nombres del pintor y de Fernanda, desencadenaron contra Carmona un implacable huracán de odios y bajas pasiones. La prensa nea le condenó: unos, los peores,



los más hipócritas, le compadecían, asegurando que aquel cuadro era una equivocación, un irreparable paso atrás, y le invitaban al arrepentimiento; otros, los intransigentes, le atacaron rudamente, tildándole de disoluto y de impío; un crítico para quien los artistas no deben tener vida privada, llegó á decir que las malas costumbres del pintor, enemigo práctico del matrimonio y del hogar, se retrataban en la brutal inmoralidad de sus obras. Por su parte, don Carmelo Díaz y sus amigos, que recordaban las hostilidades pretéritas de Fernanda y se reconocían mordidos y humillados particularmente por la conducta desbocada de Carmona, echaron á la formidable hoguera de tantos rencores todo el combustible que hallaron á mano: un diputado de la derecha interpelló en un discurso varias alusiones mortificantes para el pintor: ni Melgares, ni don Arturo Bringas, le perdonaron tampoco desde el púlpito.

Daniel Carmona estaba anonadado: insistentemente varios periódicos neos publicaron contra *El triunfo de la vida* y otros cuadros de su laya artículos crueles; entretanto, la prensa de gran circulación callaba, formando alrededor de la obra tan sañudamente combatida un vacío fatal. Daniel no sabía qué pensar; á ratos se desesperaba, creyendo haber cometido realmente un gran disparate. Fernanda, aunque torturada por el dolor de tan cobardes vejaciones, procuraba consolarle.

—Tu cuadro es hermoso—decía—; si lo atacan

es porque nadie te perdona el crimen de haberme querido.

Pasaron los días, y cuando aquella cuestión parecía ya olvidada, una violenta crónica publicada en *La República* por don Pedro Gómez Urquijo, en defensa de la obra de Carmona, tornó á encender con redoblado brío la hoguera de la discusión y de los odios mal dormidos. El poderoso creador de *Eva* y de *Cabeza de mujer* no conocía á Daniel; pero le apadrinaba, porque su pluma independiente estaba siempre pronta á luchar por la belleza: para Gómez Urquijo, *El triunfo de la vida* era un cuadro admirable que merecía figurar en el refectorio de todos los conventos... Esta opinión obtuvo pronta respuesta por parte de muchos críticos que, ganosos de prestigio, se apercibían osadamente á discutir con el célebre autor; y ello fué una granizada de proyectiles que, no pudiendo herir á Gómez Urquijo por hallarse demasiado alto, cayeron sobre Carmona como lluvia de fuego. Varios periódicos satíricos publicaron su caricatura: en uno de ellos aparecía vestido de fraile y abrazando á Fernanda disfrazada de Cibeles; otro le retrataba con cabeza de burro, y á Fernanda Montero, completamente desnuda, abrazándole; la caricatura llevaba el epígrafe: *La locura de Titania*. Esto concluyó de abatir al pintor; no podía más; la idea de que el retrato de la mujer que era su único amor andaba de mano en mano, le ponía sobre las sienes un casco de plomo.

La réplica de Gómez Urquijo no se hizo esperar;

el autor de *Eva* no particularizaba sus ataques, sino que contra todos arremetía revolviéndoles en la misma furiosa tolvana, tildando á los unos de retrógrados, de hipócritas y solapados á los más; su verbo tronaba impetuoso, amenazador, desbordante. El furor del novelista se dirigía principalmente contra el clero; la presión que "el abono" ejerce sobre los empresarios de teatros obligándoles á no representar ciertas obras, es un eco de lo que se habla en el confesonario: el sacerdote condena lo que, con arreglo al criterio ortodoxo, merece prohibirse, y el dinero y alta posición de las personas que le son adictas, da luego á sus palabras decisivo poder; la esposa señala al marido las obras que ella y sus hijas deben ver; el esposo, á su vez, influye en el empresario, éste sobre los autores, los autores en el público... y así el círculo negro de los hipócritas convencionalismos sociales queda cerrado. Idénticos resultados alcanzan en todas las esferas y manifestaciones del arte; ellos laboran como las gotas de agua en el fondo de las cavernas; eternamente y en la sombra; es un enemigo formidable, cuya perseverancia no tiene desmayos y cuya unión ante el peligro no ofrece suturas...

Todo esto lo dijo Gómez Urquijo en dos artículos magníficos que habían de cerrarle, para siempre, las puertas de la Academia.

*El triunfo de la vida* obtuvo una Mención Honorífica que Daniel Carmona no quiso admitir, y terminada la Exposición, el pintor volvió á su estudio



el lienzo con que había esperado recobrase de tantos desastres como cayeron sobre su prestigio durante aquel año terrible.

Después del paisaje pintado para el comedor de don Ramiro Salinas, Daniel no había vuelto á hacer nada. Los cuadros de otros artistas que concurrieron á la Exposición fueron vendidos ventajosamente; el marqués de San Juan adquirió por doce mil pesetas una *Noche de invierno* premiado por el Jurado con medalla de segunda clase; y el vizconde de Algorta dió cuatro mil por un *Efecto de luna*, original de un pintor novel á quien la crítica auguraba un mañana brillante; únicamente *El triunfo de la vida* quedó oscurecido y olvidado de todos.

Pasaron los meses de julio y agosto, y el estado económico de Carmona empeoró; su situación llegó á ser de las más falsas. Mientras su reciente derrota y sus enemistades iban sumiéndole en uno de esos abismos de silencio que matan al artista, sus triunfos pretéritos le prohibían solicitar trabajo; de suerte que, hallándose tan desvalido y falto de recursos como los que empiezan, necesitaba demostrar el retraimiento y sereno reposo de los afortunados que llegaron. En un momento de cobardía Daniel habló de emigrar á Buenos Aires, Méjico ó cualquier otro apartado país donde no hubiese llegado el eco escandaloso de sus descalabros. Fernanda se rebeló indomable contra aquella fuga.

—¡Cuánto reirían tus enemigos—exclamó—, si huyeses! ¡Tu prestigio y mi amor exigen de tu bi-

zarría que permanezcas aquí, para vencer donde fuiste vencido!

—Bien, lucharé; lo que tú quieras...—murmuraba Daniel abatido—. No dudes de que al fin lograré componer algo extraordinario, que nos asegure el triunfo y la paz; pero... ¿y entretanto, qué será de nosotros, si la ingratitud de éstos y el rencor de aquéllos nos dejan morir solos...?

Más que su situación, le inquietaba la de su compañera, tan abnegada, á quien pronto no podría ofrecer lo indispensable.

—No pases cuidado por mí—respondía Fernanda—; si no hay cuadros que pintar, habrá ropa blanca que coser: lo importante es resistir hasta que el tiempo abonance. Con tal de llegar adonde la victoria resplandece, ¿qué importan las heridas, de la envidia y el odio...? Yo lo soporto todo y á todo me atrevo por verte triunfante y respetado, como yo te conocí, como mereces estar...

Una pasión heroica la estrechaba contra el hombre que todo lo aventuró por ella, y esta pasión la movía á defenderle con su cuerpo si le amenazaban, con su trabajo, si llegase el desesperado momento en que lo más necesario faltase.

Entre el ancho y fácil camino por donde las mujeres honestas marchan rodeadas de consideraciones y con beneplácito de la religión y de la ley, y el retorcido vericuelo abierto entre zarzas de ignominia y de desprecio que siguen las cortesanas, hay una especie de delta formado por esos dos grandes bra-

zos en que el inmenso río de los destinos femeninos, antes de llegar al océano de la muerte, se divide ó bifurca. En esa delta, refugio muchas veces de la virtud y del verdadero amor, era donde la antigua vizcondesa de San Bartolomé se sabía colocada. Fernanda despreciaba y compadecía á las heteras que hacen de su lecho mesa siempre aderezada al festín, y desdeñaba también, pero sin que en esta aversión hubiera pizca de conmiseración ni disculpa, á las mujeres que para disimular su abyección ponen sobre la sentina de sus adulterios, y á guisa de máscara, sus azahares de desposada; porque la hetera no promete fidelidad, y quien nada promete nunca engaña; y aunque lo hiciera, necios y dignos de burla son cuantos en juramentos de mancebas ponen fe; además, que ellas hacen del amor un oficio lleno de desabrimientos, como todo lo que se practica por necesidad y trabajo, mientras que para las adúlteras es ocupación deliciosa, que ofrece á su carne, como á su espíritu, grato regocijo y aquietamiento. Nada tiene de extraño que las cortesanas se muestren complacientes con unos y otros, ya que su casa y sus trajes son lujos que entre todos costean; pero sí es criminal y digno de las mayores penas lo que hacen las adúlteras, que ponen á merced de muchos hombres el regalo y las sedas que de uno solo reciben, y permitiendo que lleven el apellido del esposo á quien desdeñan, los hijos que en ellas engendró el amante.

Por eso Fernanda prefirió á la violación lenta, ca-



llada y tal vez impune, de sus deberes, el franco escándalo del divorcio. A no haberla enseñado Lorenzo Alba el camino del mal, ella, aun sin quererle mucho, le hubiera sido fiel; pero la casualidad ordenó los hechos de otra manera, y la joven dedicóse en cuerpo y pensamiento á Carmona, como para demostrarle que, aunque llegada á él por dudosos y revueltos caminos, era tan honesta, dulce, discreta y abnegada, como la más excelente de las mujeres, y que nada podía oscurecer aquella pasión, ya que sus deberes todos formaban con su cariño un solo principio de acción, reconcentración y defensa. La estrechez en que vivía la estimó oportuna expiación que acrisolaba su cariño. Con objeto de restringir los gastos lo más posible, no quiso tener criada, y desde el primer día experimentó notable satisfacción en hacerlo todo: por las mañanas, mientras hacía el chocolate, barría el taller, quitaba el polvo á los muebles y mullía la cama; terminado el desayuno, empezaba á lavar lo sucio en una artesa, ante el angosto ventanuco de la cocina; trabajaba activamente, arqueando las caderas, ayudando con todo el cuerpo el esfuerzo de sus brazos desnudos hasta cerca de las axilas; bajo la fina tela de sus blusillas de percal, los senos que los primeros síntomas de la maternidad contribuían á redondear, vibraban á cada nuevo impulso; sobre su rostro arrebolado por la fatiga, los cabellos negríssimos se desplomaban; y era de admirar cómo la embellecía aquel rudo trabajo, entreabriendo sus labios y bañándola el rostro en un

fresco y saludable mador de juventud. Luego de almorzar, ya limpia y bien peinada, volvía al estudio á sentarse junto al caballete donde Daniel iba concluyendo el cuadro que había de ganar el pan de los dos. Por las tardes, cuando ya no había luz, los amantes charlaban del porvenir: él solía mostrarse desanimado; su inspiración flaqueaba, la pasión de la gloria, que tantos triunfos le conquistó, agonizaba en él; el público olvidaba su firma... Fernanda Montero le consolaba: ella creía en su genio y estaba más orgullosa que nunca de haberle querido.

—Tú triunfarás—decía—; me lo anuncian esas voces del corazón que nunca nos engañan.

—Sí, debo triunfar—replicaba el pintor—, porque venciendo yo, vences tú conmigo; es una reparación, un desquite, que el Destino nos debe. Yo también deseo verte como te conocí: envidiada y respetada de todos.

También hablaban de aquel hijo que iba acercándose y ya había extendido sobre el semblante de Fernanda Montero un velo blanco.

—Le inscribiremos en el Registro Civil—decía Daniel Carmona—, como hijo de mi hermano Juan; que está casado; y así, en la pila bautismal tú y yo figuraremos como padrinos del niño, lo que no impedirá que éste nos quiera como á padres.

Se enternecía, y sus grandes ojos distraídos se arrasaban en lágrimas. Fernanda, llena de unción y de fe, murmuraba:

—Dios está con nosotros; he recibido en las entrañas su bendición...

—¡Por eso—exclamaba entonces Carmona exaltándose—, quiero derrotar á mis enemigos y vengarte; però... ¡pronto...!, para que esa criatura nunca se avergüence de haber nacido entre nosotros...!

Una de las últimas tardes de septiembre, Fernanda Montero volvió de la calle llorando: había visto á la marquesa de San Juan y á su hermana Teodora, y ninguna de ellas quiso saludarla. Como la joven no lloraba nunca, sus lágrimas acollonaron al pintor. Luego tuvo un arrebato loco de ira.

—¡Canallas! —gritaba —, ¡canallas...! ¡Ah...! ¡Si yo pudiera poner todas esas cabezas bajo la suela de mis botas...!

Otro día Fernanda se tropezó en un tranvía con don Dionisio Bringas, que apenas la saludó con una inclinación de cabeza. Daniel Carmona se mordía los labios, sus mejillas echaban fuego, la indignación nublaba sus ojos con un velo rojo. Traspasado de dolor, abrazó á su amada y comenzó á besarla.

—¡Pobre mía... pobre mía!—balbuceaba, la garganta llena de suspiros—; ¡yo quisiera vengarte...! Necesito que todos los que ahora te insultan, se arrodillen delante de ti y te pidan perdón... ¡Mi amor y mi orgullo no se satisfacen con menos...!

Callaba vencido, reconociéndose muy solo, muy pequeño, muy inútil, ante la sociedad que asistía á su martirio encogiéndose de hombros. Aquel mes, para pagar el alquiler de la casa, Daniel Carmona



tuvo que empeñar, en cien pesetas, su gabán de pieles...

—No te apures —dijo Fernanda—, la vecina del cuarto inmediato cose en ropa blanca y me ha ofrecido labor: á principios de otoño el trabajo aumenta, y, por lo visto, ella no puede con tanto.

El pintor, desesperado, pateaba y miraba al suelo.

Una mañana Daniel Carmona recibió la visita de Ontígola que iba á encargarle cuatro retratos para su Gabinete clínico: eran los retratos de Servet, de Javier Bichat, de Claudio Bernard y de Charcot.

—Puedo dar por cada uno de ellos—dijo don Bernardo—hasta quinientas pesetas; los quiero de tamaño natural. En cuanto á la ejecución, nada digo: usted, con su firma, responde de todo...

El pintor abrazó á Ontígola emocionadísimo; no sabía cómo agradecer aquel generoso rasgo de bondad, tanto más notable cuanto que el médico era hombre que, generalmente, se mostraba frío y reservado. Después hablaron de todo un poco, y don Bernardo se despidió, obligándose á volver por el estudio más á menudo.

—Mañana —agregó — enviaré las fotografías de esos cuatro retratos.

La Clínica de Ontígola ocupaba un piso principal de la plaza de Santa Ana. En el recibimiento, espléndidamente iluminado por lamparillas eléctricas metidas en lirios de cristal, un criado vestido de frac anunciaba á los visitantes. El salón era una vasta

pieza con tres balcones; el color oscuro de la alfombra y de los cortinajes parecía asociarse á la tristeza de los enfermos. En el gabinete inmediato estaba el despacho donde Ontígola recibía las consultas, y había allí, además de una mesa ministro y de varios armarios atiborrados de libros, dos sillones de extraño y complicado mecanismo, que infundían á los pacientes más respeto que curiosidad. Asimismo había armaduras y cascos imantados, y otros aparatos necesarios al tratamiento de las enfermedades nerviosas.

En aquella clínica fué donde don Bernardo Ontígola adquirió el vastísimo saber que, sin ser viejo, poseía de los hombres y de la vida. Las criadas, los curas y los médicos, son las personas que pueden conocer mejor el mundo. Las sirvientes sorprenden en las toallas y en las sábanas de los lechos las vergüenzas físicas de sus amos, que luego desnudan sus conciencias miserables ante el sacerdote; pero al cura se le puede engañar, por ser la redención del espíritu cuestión remota y problemática, mientras para salvar la vida necesitan decírselo todo al médico, y así descubren los instintos torpes, las aberraciones y desquiciamientos sexuales que llenan de lepra las almas. Las clínicas son á modo de remansos donde fermentan pasajeramente las inmundicias que arrastran hacia la muerte las aguas nauseabundas del río de la vida, llena de seres que mucho antes de morir, ya están podridos. En esos confesionarios de la Ciencia, mujeres y hombres deponen

todo pudor, ganosos de recobrar la salud perdida: unos hablan de la enfermedad heredada que corre por sus venas y se recrudece á cada año con la llegada de la primavera; otros se acusan del veneno que transmitieron á sus hijos: aquellos niños tullidos, imbéciles ó escrofulosos, que nunca ríen, son para los autores de su existencia miserable una implacable maldición: el eco agónico de su tos, el ruido acompasado de sus muletas, les parte el alma... La aristocracia y el pueblo, unidos por la concupiscencia y el interés, se devuelven veneno por veneno, perpetuando una Humanidad precita que agoniza entre sedas: la ponzoña que el esposo recogió en el lupanar, corre luego en el lecho patricio, vengando á la miseria: á veces también la esposa adúltera venga, sin saberlo, á su marido, ayudándole á repartir la muerte.

Escuchando á unos y otros, Ontígola llegó á creer que no debían fundarse gabinetes clínicos para curar á una Humanidad así...

El criado había anunciado á don Javier Celada.

—Que pase—repuso Ontígola, extrañando la noticia.

Celada entró risueño, el busto algo inclinado hacia adelante, mostrando bajo el gabán desabrochado su cuerpo esbelto de antiguo galán acostumbrado á vestir de frac todas las noches: entre sus labios marchitos blanqueaban sus largos dientes de lobo viejo; la palidez de sus facciones y el cansancio, aflaban su nariz.



—Adiós, Bernardito...; ¿cómo estás, hijo...? ¡Vengo muerto...! Es la primera vez que me levanto antes de almorzar.

Se sentó, jadeante, conteniendo con su pañuelo violento ataque de tos; mientras pateaba tosía.

—Esto es... horrible... —murmuraba —, horrible.

Ontígola, de pie, apoyado contra la mesa, le miraba en tanto se acariciaba suavemente sus largas patillas blancas de noble inglés.

—¿Cómo acabó la fiesta de anoche? —preguntó.

—Bien; unos se quedaron dormidos, sobre los divanes; otros se fueron á gatas.

—¿Y tú...?

—Yo no me quedé, ni me fuí, sino que me llevaron á casa de Luisita Luján. Una vez allí... ya sabes por lo que me dan las borracheras; por desnudarme...

—¿Y te saliste con la tuya...?

—¡Como siempre...!

—Y ellas, como siempre, darían gusto al Diablo dejándote dormir en la escalera...

Celada se encogió de hombros con la manse-dumbre de quien acepta un hecho inevitable y evidente.

—Pues, ya sé á qué vienes —agregó Ontígola—; á tomar la ducha eléctrica de reglamento. ¿Llamo...?

—No, espera...

Javier Celada se atusaba el bigote con impaciencia nerviosa: sus ojos desvergonzados traicionaban

una grave inquietud; se puso de pie. Don Bernardo callaba, desnudándole el pensamiento bajo su mirada buída, implacable, de médico.

—De aquello—dijo Celada—, estoy peor.

—Naturalmente.

—Algunas noches no puedo dormir y necesito hacer esfuerzos inimaginables para que Jacinta no advierta mis dolores.

—Y, á mí... ¿qué me cuentas...?—interrumpió Ontígola—; cuéntaselo á tus queridas. Estoy cansado de predicar en desierto.

—Sí, hombre, sí... lo sé, lo sé; tienes razón..., mucha razón...; pero... ¿qué quieres...? Uno es así, débil; y luego, los amigos..., los malditos amigos... y el vino...

Balbuzeaba y no sabía cómo exponer el objeto de su visita.

—¿Pero tú, á qué has venido?—dijo Ontígola para abreviar preámbulos—; porque tú vienes á algo..., tú necesitas decirme algo... y algo muy serio.

Javier Celada suspiró.

—Jacinta..., mi pobre Jacinta, está enferma..., muy enferma...

Un ligero carmín coloreó sus mejillas; su dolor era sincero, su voz temblaba.

—¿De qué?—interrumpió Ontígola.

Sus ojos sagaces estudiaban aquel dolor de remordimiento.

—De... ¿comprendes...? Fué una locura de la

que juro ser irresponsable. Cuando ello sucedió, yo nada sabía; ¡nada... nada... nada...! Ya supondrás que no lo digo á humo de pajas..., por engañarte... ¡Ah! Estoy desesperado; ponte en mi situación... Algunas veces, reconociéndome criminal, me pregunto: ¿para qué sirvo...?

—¡Y no sabes qué responderte...! ¡Lo creo...!

Celada volvió á sentarse, aniquilado por el esfuerzo que necesitó hacer para hablar. Ontígola había comenzado á pasearse, los brazos cruzados á la espalda. De pronto se detuvo:

—Querido Javier—exclamó—, eres un miserable; un perfecto miserable...

Reanudó su vaivén, las manos atrás, la vista fija en el suelo. Por su memoria había pasado el recuerdo de Manolo Morata, el *Sanluqueño*, y esto arrancó á sus labios una sonrisa cruel. Luego dijo, mirando á Celada:

—¿Crees que su estado es grave?

—Sí; muy grave... A mí... ¿qué sé yo...? me lo parece.

—¿Desde cuándo está así?

—Hará... quince días.

—No mientas.

—Hombre... me haces dudar.

—No; tú no dudas; tú mientes. ¡No es lo mismo! Habla; necesito saberlo todo..., ¿oyes...? Todo.

—Bien—repuso. Celada frunciendo las cejas, como quien recuerda—; pongamos... un mes.

—Este verano, allá á mediados de agosto—dijo



Ontígola—, saludé á Jacinta en los Jardines; estaba muy pálida; yo me llevé la impresión de que la pobre cilla sufría de la matriz.

Convencido de que sus recuerdos estaban bien coordinados, gritó:

—¿Ves cómo mientes...?

Javier Celada palidecía; se resistía á confesar todo su crimen.

—No sé—murmuró—; no sé..., no recuerdo... Probablemente aciertas; Jacinta, en efecto..., está enferma desde principios de julio...

—¿Cómo tiene el vientre?

—Hinchado; bastante hinchado.

Ontígola no respondió.

—¿Qué...? ¿Es mal síntoma ése?—interrogó Celada.

—Muy malo; en ciertos casos, fatal.

Don Bernardo averiguó lo más preciso. Luego se despidieron; Ontígola salió hasta el recibimiento.

—Iré á tu casa antes de cenar—dijo.

—¿A qué hora?

—Alrededor de las cinco.

Celada puso sus dos manos sobre los hombros de Ontígola.

—Bernardo..., te ruego, por cuanto haya de más sagrado para ti...

—¿Qué?

—Que no reveles á Jacinta lo que sucede.

—Ve tranquilo: le hablaré de un descenso de

matriz... ó de un enfriamiento... Es la fórmula que, en estos casos, pone la Ciencia al servicio de los maridos respetables.

Celada se despidió; llegaban dos señoras jóvenes; sus largas faldas frufuteaban en la sonoridad de la escalera sobre los peldaños alfombrados.

—Adiós, Ontígola.

—A sus pies, baronesa. Pasen ustedes...

Las condujo al despacho: ellas se sentaron; sus ojos examinaban indiferentes la habitación.

—¿Y esos nervios? —preguntó don Bernardo.

—Peor.

—¿No ha experimentado usted mejoría con las duchas?

—No.

—Ya dije á usted que ese estado no cedería mientras no curásemos la matriz.

—¡Oh, doctor, eso nunca...! Ya me conoce usted; soy mujer que se atreve á todo, que se expone á todo... menos á la posibilidad de ser madre...

Por la tarde Ontígola fué á casa de Celada. Matilde había salido á presidir en la iglesia de San Luis una mesa petitoria á beneficio de las obras de Nuestra Señora de la Piedad. Jacinta Llordéns estaba en cama desde la víspera: sus rubios cabellos se esparcían por la almohada; una palidez intensa cubría su rostro; sus brazos reposaban desfallecidos sobre las mantas. Al oír entrar á su marido y al médico la joven volvió la cabeza y sus grandes ojos azules dedicaron á Ontígola esa mirada grave y

triste de los enfermos que presienten la proximidad del gran viaje sin regreso.

—¿Qué tal, Jacinta?

—¡Ay, don Bernardo...! No sé qué tengo... Sufro mucho desde ayer...

—Esas son pampiroladas que las mujeres perezosas alegan para no levantarse temprano.

Se sentó al borde del lecho familiarmente; su respiración sonora de hombre saludable y contento de la vida espantaba el silencio triste de la habitación. Celada, en pie delante de él, le miraba curioso, con la emoción anhelante del reo que espera, del tribunal ya constituido, un fallo inapelable.

—Necesito—dijo Ontígola—un poco de vaselina y una palangana con agua caliente.

Celada apoyó un timbre y seguidamente antes de que nadie acudiese abrió impaciente la puerta del dormitorio, repitiendo á una camarera la orden del médico.

—¿Tiene usted pantalones?—preguntó Ontígola.

—No, señor—repuso Jacinta.

—Póngaselos usted.

La joven buscó con los ojos sus ropas, que había dejado no sabía dónde... Al fin las vió, amontonadas sobre una silla, cerca del balcón.

—Mira, Javier..., allí están...

Celada cogió los pantalones y se los dió á su mujer: eran unos pantaloncitos negros, de seda, con lazos y encajes blancos: estaba pensativo y avergonzado, consciente de cuánta humillación había para él en la



exhibición de aquellas prendas íntimas; exhibición que implicaba una especie de adulterio. Ontígola permanecía callado, impasible ante aquella escena de mancebía, perfectamente análoga á las que presenciaban en los lupanares los inspectores de la higiene. Cuando la camarera trajo la vaselina y el agua caliente, el médico se levantó.

—Ahora—dijo—, se acuesta usted aquí, al borde del lecho; necesito reconocerla.

Jacinta Llordéns hizo un gesto de repugnancia.

—¡Ah, no hay otro remedio!—exclamó don Bernardo, con su voz autoritaria de viejo profesor—: sin este requisito previo, nada puedo hacer; yo no sé curar lo desconocido.

Don Javier Celada balbuceó:

—Si... te parece... cubriremos á Jacinta con una sábana.

—¿Para qué...?

—Para...

—Los médicos, en estos casos, no somos hombres, somos médicos... En fin; como quieras: será preciso romper la sábana.

—No importa.

Prestamente sacó de un armario una sábana que, al ser desdoblada, esparció un perfume á violetas. La enseñanza escandalosa de lo más íntimo, de lo que nadie debía ver, continuaba.

—¿Por dónde la rompemos?—interrogó Celada.

—Por aquí, por el centro.

Sirviéndose de unas tijeras, Celada practicó un desgarro de cuatro dedos de longitud.

—¿Te parece bien así?—dijo.

—Es pequeño.

—¿Y ahora...?

—Es pequeño aún; rompe más...

—Entonces...—repuso el marido contrariado—, mi precaución resultará inútil.

—No importa; necesito ver y maniobrar libremente.

Celada bajó la cabeza, resignándose, y obedeció. Sus miramientos traían á la memoria del médico el recuerdo del amante, del torero Manolo Morata, para quien el lindo cuerpo de Jacinta Llordéns no tenía misterios; aquel cuerpo que su dueño legítimo no quería enseñar por el agujero de una sábana...

La joven quedó acostada sobre la cama transversalmente con una almohada bajo las caderas, á fin de levantar bien el pubis, los talones apoyados en el travesaño del "sommier", y los muslos abiertos y en semiflexión. Permanecía avergonzada y quieta bajo la sábana que su marido extendió sobre ella. El lecho, según la costumbre inglesa, se hallaba en medio del gabinete, frente á la ventana: Ontígola había descorrido los cortinajes y levantado los visillos, para aprovechar la luz del día, que declinaba. En la habitación, colgada de azul, la tarde agonizaba lánguidamente. El médico sacó del bolsillo un espéculo, que dejó en el agua caliente de la palangana para que fuera templándose, y procedió al tanteo ó pal-

pación abdominal, explorando las fosas ilíacas con suaves presiones á derecha é izquierda que desviaban las masas intestinales que entorpecían el reconocimiento. Celada, las manos metidas en los bolsillos del pantalón, lo miraba todo, abriendo los labios, estirando el cuello: la conciencia de su inutilidad y ridiculez extendía sobre su rostro flaco una expresión irritante de alelamiento. Jacinta Llordéns temblaba á cada nuevo palpeo.

—¿Duele aquí?—preguntó Ontígola.

—Sí... sí, señor.

—¿Y aquí...?

—Tam... también...; más aún...

El dolor entrecortaba sus palabras. Ontígola, disgustado, comenzó á explorar suavemente la región hipogástrica, dirigiendo sus investigaciones hacia la pelvis: bajo sus dedos expertos acababa de sentir el útero; la joven lanzó un grito.

—No me toque usted ahí—suplicó.

Sus ojos se habían arrasado en lágrimas.

—¿Duele mucho?—repuso Ontígola.

—Mucho... ¡oh, muchísimo...! Apenas puedo... tolerar la presión... de la ropa.

Terminada esta exploración preliminar, don Bernardo se incorporó; la inmovilidad de su mirada acusaba en él una grave preocupación.

—¿Y bien?—interrogó Celada impaciente.

—Ahora veremos.

Untóse cuidadosamente de vaselina el dedo índice de la mano derecha, y por el agujero de la sá-



bana dió principio á un segundo reconocimiento, más severo y más íntimo. Jacinta lanzó un grito, y volvió á gritar con mayor fuerza cuando Ontígola tropezó el cuello uterino.

—¡Déjeme usted! —balbuceaba sollozando—. ¡Déjeme usted...! No... no puedo sufrir más...

Don Bernardo la ordenó no moverse, y continuó adelantando sus dedos exploradores hacia la parte posterior de la vagina, en tanto que su mano izquierda, colocada sobre el pubis, apreciaba en el fondo de la matriz tumefacciones siniestras. Jacinta Llordéns, desesperada, repetía:

—¡Dejadme... dejadme...! ¡No puedo más...!

Ontígola, aterrado por aquella hinchazón monstruosa cuyo verdadero origen desconocía, retiró la mano suavemente; por la abertura de la sábana, las entrañas de Jacinta exhalaban un olor nauseabundo, á carne podrida. Ontígola lo aspiró curiosamente; luego examinó su dedo índice, cubierto de sustancias viscosas, blancas y rojas de un rojo negruzco. Don Javier Celada, á despecho de su inquietud, callaba, presintiendo algo terrible. Ontígola titubeaba la cabeza, en señal de duda. En seguida, para comprobar la certidumbre de una espantosa sospecha que acababa de asaltarle, practicó la exploración rectal; quería examinar mejor la pared posterior de la matriz, apreciar bien aquella tumefacción misteriosa que auguraba á la enfermedad de Jacinta Llordéns un desenlace horrible. La joven lanzó sobre Ontígola una mirada suplicante.

—¿Cómo estoy?—balbuceó doliente—; ¿me halla usted muy mal...?

—No sé—repuso el médico, perplejo—. Todavía no puedo diagnosticar nada; ahora veremos... Tenga usted paciencia y valor; es la última prueba.

Cogió el espéculo, un espéculo de Fergusson, limpio y brillante como la hoja de una espada, y deprimiendo fuertemente la horquilla con la mano izquierda, lo introdujo siguiendo el eje de la vagina, hacia el cuello; después sus ojos, acostumbrados á buscar á la muerte, reconocieron la matriz, reflejada en el bruñido interior del aparato; pero no veía bien: por todas partes había filamentos blancuzcos que ocultaban el mal.

—Enciende una cerilla, Javier—dijo el médico—, y ponla aquí, á mi izquierda.

Obedeció Celada: la luz rojiza del fósforo desparramaba un resplandor sangriento sobre las paredes del espéculo; Ontígola quiso limpiar la matriz introduciendo en ella, con auxilio de unas pinzas, un poco de algodón; pero aquel flujo blanco y fétido corría abundante, imposibilitando todo examen. Don Bernardo retiró el espéculo suavemente.

—Bien—dijo—; hemos concluído.

Se dirigió al balcón, para que Jacinta Llordéns pudiera acostarse con más libertad. Celada la ayudó, levantándola entre sus brazos como á una pobre niña enferma; y la miraba triste, significando con aquella mirada mansa que había sufrido tanto como ella. Jacint preguntó:

—¿Cómo estoy, don Bernardo?

El médico se volvió.

—Bien, señora. Usted tiene veintidós años... ¡A esa edad nunca estamos completamente mal...!

—Y... ¿qué será ésto?

—¡Oh...! Un enfriamiento de matriz..., un fuerte catarro...

—Muchas señoras padecen de catarro á la matriz, ¿no es cierto...?

—Sí... sí..., muchas...; casi todas.

Celada escuchaba la conversación sin atreverse á levantar la mirada. La joven había palidecido; los dolores del reconocimiento la enflaquecían; enmarcado por sus cabellos rubios, esparcidos, sobre la almohada reposaba su semblante ojeroso, lívido, como el rostro de una cabeza trunca. De pronto, el recuerdo de aquellas mujeres que padecieron males análogos al suyo y no tardaron en curarse, la reanimó.

—Carmen, la marquesa de San Juan—dijo—, tuvo hace dos años un enfriamiento vaginal. ¿Se acuerda usted?

—Sí...—repuso Ontígola—; tenía un catarro, idéntico al que usted padece.

Sonreía de un modo extraño, con risa amarga y cruel. Al despedirse recomendó á Jacinta mucha limpieza y el uso de unas pastillas desinfectantes, que ella misma, con la sola ayuda de los dedos, podía introducirse en la vagina. Celada le acompañó hasta el recibimiento, temblando.



—¿Qué te parece?—dijo.

—Creo—contestó don Bernardo—que la blenorragia se ha extendido por las trompas de Falópio hasta los ovarios; es lo peor que podía suceder; tenemos, pues, que habérmolas con una ovaritis de carácter gravísimo.

—¡Una ovaritis!—repitió Celada, sin comprender.

—Y si el mal invade el peritoneo—agregó Ontígola, sombrío—, no respondo del desenlace. En fin..., esto, con ser horrible, no es lo peor: temo algo..., algo de que no quiero hablar hasta mañana.

Celada, que era cobarde, se sintió desfallecer. Ontígola se fué preocupado, casi convencido de que aquella tumefacción monstruosa que deformaba la matriz de Jacinta Llordéns era obra de un cáncer; el aliado más formidable, tal vez, que tiene la muerte.

Al día siguiente don Bernardo volvió á visitar á Jacinta; la joven había pasado la noche muy mal. Tenía sed y unos deseos inagotables de orinar; sus muslos estaban doloridos; su vientre no podía soportar ni aun el levísimo roce de la camisa.

—Además—prosiguió—, siento aquí un calor tan grande, tan raro..., como si me acercasen á la piel una brasa...; sólo que ese calor proviene de dentro; es aquí..., aquí...

Y señalaba las fosas ilíacas. Ontígola volvió á reconocerla minuciosamente: el vientre estaba inflamado; en la parte superior de la matriz se insinuaba un pequeño tumor ovoideo; en el cuello del útero el

espéculo permitió apreciar varias protuberancias violáceas, cuyo origen ofrecía á la sagaz penetración de Ontígola un carácter ambiguo y terrible. Ante la extremada gravedad del daño, don Bernardo resolvió proceder con energía.

—Es indispensable—dijo—favorecer las emisiones sanguíneas; esta misma noche ordenará usted que la apliquen en el bajo vientre una buena cataplasma de linaza y una veintena de sanguijuelas, repartidas entre las ingles.

En visitas sucesivas don Bernardo apreció nuevos síntomas, y obtuvo de la paciente confesiones terribles: á cada momento las paredes de la vulva segregaban un líquido viscoso, á veces blanco, á ratos sanguinolento, semejante á las heces de vino; y aquel líquido tenía el olor indefinible del cáncer. Esta inesperada complicación anonadó las energías del médico; la blenorragia, adueñándose de la matriz y llevando á los ovarios la podredumbre de la muerte, provocó la ovaritis y despertó el sueño del cáncer, que acaso dormía en Jacinta desde mucho antes, y estos dos enemigos formidables de la vida, al coaligarse formaron una alianza invencible, devoradora, que corrompía á sus víctimas, sumiéndolas en un vaho fétido, simpático á las moscas... A través de las carnes desgarradas, los insaciables microbios de la muerte treparían audaces, derramando el veneno que pudre: el pus acumulado en los ovarios se derramaría por el peritoneo y al gangrenar la vejiga de la orina y los intestinos, determinaría una fer-

mentación espantosa de gases. Mientras los microbios del cáncer avanzarían ulcerándolo todo y destruyendo las paredes del recto, con lo cual los excrementos, revueltos á los orines, las secreciones menstruales, saldrían por la vulva arrastrando en un flujo purulento, de insoportable hedor, pedazos informes de entrañas deshechas...

Don Javier Celada acompañó á Ontígola hasta el rellano de la escalera, y adrede dejó la puerta del recibimiento abierta para impedir que Matilde ó los criados sorprendiesen su conversación.

—Recurriste á mí demasiado tarde—dijo el médico.

—Pero... ¿esperas salir triunfante?

—Creo—repuso Ontígola fríamente—que la pobre Jacinta no vive dos meses.

Celada cerró los ojos y se llevó las manos á la cabeza con ademán trágico. Don Bernardo sintió hacia aquel hombre un gran desprecio: el dolor de su amigo le parecía más repugnante que sus desenfrenos, pues en el fondo de aquella desesperación había un sentimiento bastardo, ruin, como una ponzoña disimulada en un ramo de violetas: la pena de no tener hijos, de renunciar á los bienes de Jacinta; una herencia cuantiosa en tierras y acciones ferroviarias que se iban con la muerta.

Una tarde, Ontígola subió al estudio de Daniel Carmona; Fernanda Montero estaba en la cocina, cantando mientras trabajaba: su voz, clara y fuerte, llenaba el taller con un estremecimiento pujante de



salud. Al oír al médico, la olvidada vizcondesa de San Bartolomé dejó su faena y acudió bajándose las mangas; tenía las mejillas encendidas por el cansancio. Sobre su frente, bañada en sudor, los cabellos negros se desplomaban. Daniel también se levantó; los dos tenían deseos de saber noticias. Ontígola tomó asiento entre ellos, admirando el desbordamiento de juventud y de energías de aquella pareja.

—Con ustedes—dijo—puedo hablar de todo. Además..., lo que voy á referir es, para ustedes, una especie de venganza, de reparación..., y eso, por muy nobles que seamos, siempre consuela.

Refirió la visita de Celada y la enfermedad de Jacinta Llordéns. Fernanda y Daniel Carmona le escuchaban apretando los dientes, aterrados, seguros de que el Destino, aunque ciego, ejecuta de cuando en cuando justicias terribles.

—Pero, aun hay más—agregó Ontígola con elegantet tranquilidad—: el veneno que Celada recogió en el lupanar y transmitió á su mujer, ésta se lo comunicó á Manolo Morata, que anoche fué á verme; lo que del pueblo salió, vuelve al pueblo; el círculo negro de la muerte, por tanto, se ha cerrado...

La noticia de la enfermedad de Jacinta Llordéns repercutió en todas partes; las mujeres, especialmente, deploraban su desgracia y compadecían á Javier.

—Yo también he padecido de la matriz—decía la marquesa de San Juan—; es inverosímil que un simple catarro haga sufrir tanto.

La anciana vizcondesa de Algorta y sus hijas Teresa y Pilar visitaron á Jacinta: la joven permanecía acostada pecho arriba y con los muslos en flexión, inmóvil, porque el menor vaivén la producía en el abdomen calambres dolorosos. Sus ojos se agrandaban, su perfil iba tornándose más delgado y cortante, como el perfil de esos viejos Cristos que se desgarran en las cruces medioevales; un hedor repugnante flotaba en el ambiente del gabinete tapizado de azul; sobre las mesillas de noche había botellas y frascos etiquetados, y una copa con refresco de grosella. Las tres mujeres se acercaron al lecho, tapándose las narices con sus pañuelos perfumados.

—Adiós, Jacinta..., ¿cómo te sientes...? Vaya... ¡si estás muy bien...!

Teresa se inclinó á besar á la enferma; pero se contuvo, rechazada por el olor que salía de entre las sábanas; fué una tufarada insoportable, como el eructo de los ataúdes al ser destapados.

—No..., no estoy bien—repuso Jacinta—; me duele todo el cuerpo...

—Tonta..., no hagas caso...

La enferma suspiró: la llegada de sus amigas no la había producido emoción; ya en los umbrales de lo ignorado, sus ojos miraban con indiferencia y menosprecio hacia la vida, sembrada de falsedades y de fórmulas inicuas. Permaneció quieta, desdeñosa, reconociendo que sus dolores la hacían acreedora á ser mimada y la evitaban el fatigante trabajo de mostrarse amable.

—¿Y Javier...? ¿Y Matilde?

—Salieron; pronto vendrán. Los pobres trabajan conmigo casi todo el día... Javier también anda enfermo.

—¿De qué?

—No sé... Tal vez sea yo responsable de su mal; como esta enfermedad se ha declarado en mí tan de repente...

—¡Es cierto...! ¡Qué atrocidad...! ¡Pobre Javier...! Las tres mujeres se miraron, compadecidas del esposo.

Jacinta preguntó:

—¿Es cierto que hay aquí mal olor...?

—No..., nosotras... nada hemos notado.

—Bueno..., es que no queréis ser francas conmigo: pues yo siento un olor extraño..., odioso; un olor que me desvela...

Calló, porque el esfuerzo de la conversación acababa de producirla en las entrañas un dolor. Sus amigas se miraban, preguntándose con los ojos cuándo sería coyuntura ó momento oportuno de marcharse; el irrigador de cristal suspendido de la pared, á la cabecera del lecho y lleno de un líquido encarnado, preocupaba la atención de las tres: sobre la alfombra, bajo la cama, había trapos con manchas amarillas y rojizas que excitaban la voracidad de las moscas. Después, las tres mujeres se despidieron sin osar poner sus labios, ni aun á través del velo de sus sombreros, sobre la frente de Jacinta. Unicamente la anciana vizcondesa de Algorta cogió entre



sus manos enguantadas las manos frías y húmedas de la enferma; ella, como vieja, estaba más cerca del suelo, de lo que muere, de lo que se pudre... Su saludo fué tierno, vago y solemne, como una despedida:

—Adiós, hija mía; tenga usted valor... El mundo es así; adiós... ¡Ya nos veremos alguna vez...!

Al siguiente día Jacinta recibió la visita de Victoria y del barón del Tajo; la marquesa de San Juan y su hermana Teodora también fueron á verla; otras amigas se contentaron con dejar sus tarjetas en la portería, sobre un veladorcillo donde había un tintero y unos pliegos de papel para que en ellos escribieran su firma los que quisiesen acreditar su interés por la enferma. Pero aquellos visiteos fueron escaseando, hasta cesar del todo; las mujeres que estuvieron en casa de Jacinta espantaron con el relato de lo que vieron á las que no habían ido aún: la pobre muchacha moría podrida bajo un enjambre de moscas zumbadoras, y era repugnante y peligroso penetrar en aquel dormitorio donde se respiraba la muerte. Todas, entonces, limitaron su afecto á compadecerla desde lejos y á rezar por ella; la marquesa de San Juan prometió dos velas á la Virgen de Montserrat si salvaba los días de Jacinta, y doña Petra de Diego encendió, con el mismo piadoso objeto, una lámpara al Cristo que tenía en el recibimiento de la casa.

—El Cielo pagará estas bondades derramando sobre usted copiosos dones—decía don Dionisio

Bringas—; porque ante la eternidad, la caridad cristiana nos pide el olvido de todos los rencores, el perdón de todas las culpas...

Doña Petra bajaba su blanca cabeza con la resignación del mártir, pasivo y débil, en quien el sufrimiento llegó á ser un hábito. Estaba triste, se creía olvidada de Dios y sólo esperaba de la vida nuevos dolores: su hija Fernanda había muerto para ella, y Joaquín, según personas bien informadas la aseguraron, viajaba por el Extranjero con una mujer perdida que le conduciría, como de la mano, en derechura al infierno y al olvido de todos los deberes. Joaquín escribía á su madre de tarde en tarde y siempre para pedirla dinero; doña Petra, más que sus despilfarros, deploraba su ingratitud; el desvío de aquel hijo era su dolor más reciente y más grande. Bringas la consolaba asegurando que el alejamiento del joven Montero provenía de amor inconsiderado á los placeres, que no de egoísmo y tacañería de corazón, y que tal conducta, imperdonable en un hombre casado y de maduro juicio, era perfectamente excusable en quien, hallándose mozo y libre, sabe que sus locuras no redundan en perjuicio de nadie.

Por aquellos días volvían á frecuentar la casa de doña Petra sus amigas Benita y Eufemia, socias fundadoras de las Hermanitas de la Sagrada Asociación del Consuelo y los Padres don Carmelo Díaz, Melgares y Almonacid. El salón de doña Petra era como centro ó ateneo católico, donde todo se discutía. Desde las once de la mañana, comenzaba el tim-

bre de la escalera á anunciar la visita de hombres ensotanados y de mujeres vestidas de negro, que hablaban en voz baja y se deslizaban por los pasillos oscuros; después aquellas sombras se sentaban bajo el cuadro de Moisés, ó delante de la chimenea, y su conversación uniforme, monótona como un rosario rezado entre dientes, iba á sumarse al ruido de las carcomas que devoraban las galerías de los viejos cortinajes polvorientos: unas veces comentaban los donativos hechos á la Asociación por señoras pudientes; otras, los gastos originados con tal ó cual motivo, enderezado siempre al mayor esplendor y provecho de la Comunidad. Don Carmelo hablaba de su colegio, cuyas obras iban muy adelantadas, y dolíase continuamente de los cuantiosos desembolsos que á cada momento era necesario hacer: los contratistas de la piedra le habían engañado: se comprometieron á entregarle para primeros de abril todos los materiales que pidió el arquitecto, y no lo hicieron; luego le suplicaron recabase de la Junta directiva un nuevo plazo, que nunca se extendería más allá de los últimos días de julio; y él, siempre bondadoso y confiado, solicitó y obtuvo lo que los contratistas pedían. Sucedió, finalmente, que las canteras, ya muy explotadas, no tenían piedra suficiente, y fué necesario dirigirse á los propietarios de otras canterías, quienes explotaron la situación por que atravesaba la Junta, para hacer ventajosos contratos; todo ello, amén de originar gastos y pesadumbres sin tasa, entorpeció considerablemente el curso de las



obras, que, según los cálculos poco optimistas de don Carmelo, no quedarían concluídas antes de un año. Esta lentitud desesperaba al padre Díaz, siempre impaciente y enardecido; los albañiles, los carpinteros, los dueños de las fábricas de ladrillos y demás individuos que cooperaban al desenvolvimiento de las obras, eran gentes descreídas que no se movían sin antes discutir el precio y asegurar el cobro de su trabajo, y el dinero de las almas caritativas era á modo de campo fecundo y bien regado, del cual la Asociación no quería, por el momento, obtener más beneficios que los ya cosechados.

El Padre Carmelo, que era gran conversador, exaltábase enumerando los males que caerían sobre la sociedad pobre de Madrid si el colegio de Nuestra Señora de la Piedad no llegase á quedar concluído; desconfiaba de la actividad de sus compañeros y temía morir sin hallar quien pudiese reemplazarle sin desventaja para la religión: aunque joven, á veces se reconocía exhausto, agotado, por veinte años de luchas contra los enemigos de la fe. Hábil improvisador de sentimientos, se enterneceía recordando á los niños abandonados por sus madres en el torno de una Inclusa, donde los infelices huerfanitos dan con nodrizas mal alimentadas, y la aglomeración de asilados perjudica á su educación y á la higiene de sus costumbres. Estos defectos los evitaba la Junta directiva del colegio dando amplitud y pródiga luz á los dormitorios, al servicio de cada uno de los cuales habría, por lo menos, tres religiosas, y prohi-

biendo á las nodrizas, previamente reconocidas por el médico del establecimiento, amamantasen más de dos chiquillos. Luego describía las aulas de primera y de segunda enseñanza, la biblioteca, repleta de libros sanos; la clase de gimnasia, que proporcionaría á la religión muchas generaciones de fervorosos y robustos creyentes; y la huerta con largas calles de frutales, donde los niños se aficionarían al estudio de la agricultura. Don Carmelo sentía, como don Joaquín Costa, "el culto al árbol..."

—¿Y la capilla?—interrogaba doña Petra.

—¡Ah, la capilla...!

El clérigo cruzaba sus manos sobre el pecho y levantaba los ojos al Cielo, como en éxtasis. La capilla era la flor, la joya del colegio, la divina perla de aquella enorme concha. Sería grande, con largos ventanales policromos que arrojarían luz abundante sobre el suelo de mosaico; la base ó zócalo de las seis columnas que aparecerían empotradas en el muro serían de mármol, con fustes y chapiteles espléndidamente ornamentados; sobre la puerta y enfrente del altar, estarían el coro y el órgano, erizado de relucientes trompetas capaces de desencadenar un terremoto de armonías que desquiciase el templo. La capilla, según los cálculos de don Carmelo, consumiría la mitad del dinero invertido en la erección de todo el colegio.

—Para eso—decía la anciana—, yo le ruego haga presente á los señores de la Junta que cuenten conmigo. Y pues me restan pocos años de vida, y

todos los seres en quienes puse afección van abandonándose, ¿cómo emplearé mi fortuna mejor que ayudando á esa fundación que usted con tanto celo y fortuna dirige...?

—Ello es, según usted lo dice—replicaba don Carmelo, sinceramente conmovido—, y Dios, que es infinitamente misterioso y no deja de pesarlo todo en la balanza de su inagotable justicia, tendrá en cuenta las buenas acciones de usted y ellas servirán de alivio y disculpa á los yerros en que sus hijos van incurriendo.

Desde que Joaquín Montero se marchó, advertíase en casa de doña Petra un movimiento desusado, y hasta la misma anciana parecía expresarse con más desembarazo y libertad, cual si el alejamiento del hijo que, según doña Benita y doña Eufemia, esperaba impaciente la hora de poder heredarla, la permitiese respirar mejor. Estos diferentes momentos de su carácter los apreciaba claramente su confesor, el Padre Bringas, como los marinos estiman por el barómetro las oscilaciones de la presión atmosférica. Para él, como para Melgares, doña Petra hallábase enteramente á merced suya y de sus compañeros de Asociación, y bastaba una indicación para que renunciase las cien mil pesetas que constituyeron la dote de su hija, á beneficio del colegio de Nuestra Señora de la Piedad. Sin embargo, don Carmelo se oponía resueltamente á dar ningún paso en este sentido; su astucia reservaba aquel dinero para más tarde, cuando la capilla, cuya munificencia y fausto



eran la obsesión de sus noches, necesitase el concurso de todos los artistas y el dinero de todos los devotos.

--Entonces--decía el cura -- será llegada la ocasión de hacer un enérgico llamamiento á la munífica caridad de nuestra amiga, y estemos ciertos de que quien da cien mil pesetas, que, si somos veraces y ponemos los puntos sobre las íes, no son suyas, bien puede dar de su propio peculio otras cincuenta mil...

El mismo don Carmelo invitó una tarde á la anciana á ver las obras del colegio; quería encariñarla con su proyecto y examinar de cerca la impresión que en ella produjese el vasto edificio, con sus paredes reverberando al sol y sus cuadrillas de obreros yendo y viniendo bajo la exigente inspección del capataz. Doña Petra accedió. Salieron los dos á pie, dirigiéndose por la calle de Goya hacia el paseo de la Castellana. El sol de octubre templaba el ambiente. Don Carmelo Díaz avanzaba lentamente, erguido y sólido bajo sus manteos; doña Petra le seguía con paso inseguro y menudo, arrastrando un poco los tacones de sus botas de paño: vestida de negro; sobre sus cabellos blancos llevaba un modesto sombrerito, con golpes de azabache; en su nariz las gafas habían dejado dos pequeñas huellas oscuras. La anciana hablaba de sus hijos: Fernanda se parecía á su padre: tenía sus mismos ojos negros, el mismo corte de cara y el mismo carácter dominador, testarudo, refractario á la persuasión...

—Y no debemos ser así— decía—; porque en la

obediencia está el sufrimiento, y la humillación de ser mandados...

Después recordó su llegada á Madrid.

—Entonces, apenas si había por aquí media docena de hoteles...

Don Carmelo la escuchaba distraído, cual si doña Petra, que le seguía con vacilantes y tímidos pasos, no hablase con él. Ya cerca del Hipódromo torcieron á la izquierda por una ancha calle abierta entre dos hileras de jardines. Cuando llegaron al lugar donde el colegio iba levantándose, vieron á Almonacid, que observaba las obras; debía de hallarse subido en la piedra que á don Carmelo servía de mirador porque su negra silueta, larga y enjuta, sobresalía de la valla, recortándose del cielo azul, como un símbolo siniestro del pasado. Don Fernando recibió á sus amigos afectuosamente y ofreció á doña Petra un hueco en su observatorio. Las obras iban muy adelantadas y la actividad de los albañiles parecía crecer con la altura de los muros; las ventanas de la planta baja estaban concluídas y varios obreros procedían á colocar las viguetas que servirían de apoyo al primer piso.

—Eso es lo más difícil—decía Almonacid, extendiendo su largo brazo derecho, cuyo índice rígido parecía trazar un desgarro en el azul celeste—; porque hay que medir resistencias y dejar que los primeros materiales vayan acostumbrándose á soportar el peso de los otros. En cuanto á las paredes, que se hacen á plomada, suben como la espuma.

A través de una ventana y protegido por un andamiaje extraño, veíase el hueco destinado para alojamiento de la escalera; aquí y allá rompían el muro huecos irregulares, especie de puertas provisionales que facilitaban el acceso á los compartimientos posteriores del edificio. Delante de la fachada, diseminados sobre la hierba que ya comenzaba á faltar, había grandes sillares que entre ocho ó diez obreros iban puliendo lentamente á golpe de martillo: estos materiales se destinaban al pórtico del colegio y de la capilla. Don Carmelo lanzó sobre el edificio una penetrante mirada de águila, orgulloso de sí mismo, iniciador y eje principal de todo aquel complicado laberinto que parecía chorrear sangre y dinero. Después exclamó:

—Venga usted, doña Petra, sígame usted; veamos algunas habitaciones por dentro.

La anciana protestaba; no tenía confianza en sus ojos ni en sus piernas; podía caerse...

—No haya miedo—repuso don Carmelo—; apóyese usted en mí; tengo los puños sólidos.

La ayudó á bajar de la piedra que les servía de mirador, conduciéndola luego por la mano hacia el pórtico. Doña Petra no se atrevía á caminar sobre los tablones tendidos sobre el foso abierto en el zaguán.

—Venga usted, venga usted—repetía don Carmelo.

Avanzaba entusiasmado, feliz de sentirse en las entrañas de su obra: la anciana, viéndose sola y sin



arrimo, le siguió. Cruzaron los salones destinados á salas de dibujo y gimnasia: toda la tierra estaba removida y húmeda; en los ángulos había grandes montones de arena. Un peón, de pie sobre un muro, izaba, con ayuda de una cuerda, un cubo lleno de mezcla: otros obreros cargaban un andamio de ladrillos, que pasaban de mano en mano, esparciendo por el aire un polvillo rojo. Doña Petra, asustada, no sabía dónde colocarse.

—Sígame usted—dijo don Carmelo—; cuidado con mancharse; vaya usted colocando los pies donde yo piso.

Visitaron varios compartimientos, en cuyos suelos, á pesar del incesante trajín, aún había hierba. En otra habitación muy espaciosa, que el capataz habilitara momentáneamente en taller de carpintería, se alisaban vigas y tablones. Don Carmelo Díaz lo escrutaba todo, con ojos calenturientos de ambición.

—Para no perder tiempo—dijo—, albañiles y carpinteros trabajan simultáneamente. Cuando el edificio esté concluído, si queda, como espero, en cada una de estas habitaciones habremos enterrado una fortuna. ¡Ay, doña Petra, querida amiga...! ¡Y pensar que aún hemos de gastar otro tanto...!

Ella hacía con la cabeza signos afirmativos, hallándose débil y perdida ante tanta fortaleza y amplitud. Llegaron después á un gran espacio, casi cuadrado, donde había gran número de sillares, y montones de viguetas y prolongas destinadas á la techumbre del edificio.

—Aquí estará la capilla—exclamó don Carmelo—; y aunque nuevecita, su bóveda tendrá, según el arquitecto ha prometido, toda la majestad reposada y solemne, y todas las resonancias de las catedrales antiguas.

Hablando así miraba al cielo, como temeroso de que la orgullosa cúpula del templete no cupiese bajo él. Iba y volvía nervioso, inspeccionando los muros, cuyo gran espesor garantizaba la romana solidez y duración de la fábrica, palpando los sillares, apreciando su dureza, acariciándolos, como para infundirles el deseo de estar pronto juntos. Don Carmelo imaginaba las escenas que, transcurrido un año, ocurrirían entre aquellas paredes: la aristocracia llegando en coche, atravesando con paso grave la puerta de la capilla y arrodillándose después ante las gradas del altar, sobre el suelo de mosaico extendidos sobre todo aquel espacio que ahora veía cubierto de hierba; los alumnos paseando por el ancho corredor que dividía el edificio en dos alas iguales, y leyendo sus libros de texto, mientras la hora de clase llegaba; y á los parvulitos, saliendo de sus aulas con una algarabía de pájaros; más allá, la cocina, el vientre del colegio, con su solado de baldosa, sus altos zócalos de mármol salpicados de bruñidas cerolas, sus hornillos, sus enormes vasares repletos de loza; todo limpísimo, reluciendo bajo la acción desinfectante de la lejía. Y en los pisos superiores, el hospital, con sus angostos lechos vestidos de rojo, y sus ventanas abiertas ante los árboles del jardín, y

sus dormitorios entarimados, abrigando entre sus fuertes paredones estucados la orfandad y desvalimiento de tantos niños, que reposarían bajo la protección de la torre del convento, bañada en luz astral.

—¿Cree usted que en un año podrá quedar concluído todo esto?—preguntó doña Petra.

—Seguramente..., acaso antes. Yo, por mi parte, no descanso ni permito reposar á mis compañeros; estas empresas exigen de sus fundadores actividad infatigable y mucha unión.

—No olvide usted lo que tantas veces le he dicho; estoy pronta á secundar con todo mi esfuerzo los proyectos de la Junta.

—Lo sé, doña Petra, y su cristiana oferta baña en júbilo mi alma. Por ahora no tenga usted prisa en luchar, que á usted y á otras personas de su generoso temple recurriremos cuando sea preciso.

Habló de las mesas petitorias que había hecho colocar en las iglesias de San Luis, Las Calatravas y San José, á beneficio de las obras de Nuestra Señora de la Piedad, y de las sumas respetables que la caridad pública vertía diariamente en las bandejas de las lindas señoritas peticionarias.

—La respetable vizcondesa de Algorta y sus hijas Teresa y Pilar están en Las Calatravas; Victoria y Matildita Llordéns, la cuñada de Celada, en San Luis... Todas trabajan con nosotros, todas luchan por nuestra causa, y merced á ese esfuerzo unánime, que sólo Dios puede premiar, los muros de este santo edificio van levantándose.



Habían llegado á la parte del solar destinada á huerta, y por un angosto callejón regresaron adonde Almonacid les esperaba, discutiendo con el arquitecto. Después se encaminaron pausadamente hacia el paseo del Obelisco. Don Carmelo explicaba á doña Petra las últimas gestiones de la Junta. La corrida de toros organizada por la Asociación produjo un beneficio líquido de trece mil doscientas veintiocho pesetas, y esperaban que la tómbola que pensaban inaugurar en los Jardines del Buen Retiro recabase otro tanto. Pero esto aún no estaba resuelto; en el Ayuntamiento corrían vientos de fronda levantados por algunos concejales liberales, y todos los esfuerzos de la Junta desfallecían ante la pasividad y cobardía del alcalde. Don Carmelo se desesperaba y apretaba los puños. La tómbola podía ser magnífica; el presidente del Tribunal Supremo, don Raimundo Ortiz de Marcos, que era hombre rico y de mucha fe, había ofrecido regalar un piano; el marqués de San Juan, cuyo hotel era un verdadero museo, daría muebles y tapices de inestimable valor; don Isidoro Ferrándiz y su yerno, el barón del Tajo, también estaban apercibidos á nuevos sacrificios; los artistas, por su parte, contribuirían eficazmente al lucido éxito de la fiesta.

—Pero... ¿qué quiere usted?—agregó—; todo parece, todo se estrella, ante el ruin apocamiento de ese alcalde...

De pronto calló; acababa de recordar una advertencia que la noche antes le sirvió el Padre Melga-

res, velada en una sonrisa: el alcalde, que era sexagenario, tenía una querida, y á esa edad los labios de una mujer pueden más que la mano de Dios...

La tómbola que la Asociación del Colegio de Nuestra Señora de la Piedad trataba de organizar, durante tres días, en los Jardines del Buen Retiro, había despertado gran interés en los salones patrióticos: todas las muchachas deseaban concurrir al festival, que les ofrecía un pretexto excelente de libertad, coqueteo y exhibición, y únicamente sentían que ello no fuese en primavera, para realzar sus gracias juveniles con trajes claros y puñados de flores.

—La pobre Jacinta—dijo Teresita Ferrándiz—, no podrá ir.

—Creo que no.

—Anoche le dijo don Bernardo á papá que no tenía esperanzas de salvarla. Está podrida.

La situación de Jacinta Llordéns era, efectivamente, desesperada. Al principio Ontígola, no sabiendo cómo rechazar aquella terrible invasión de causas destructoras que quitaban á su ciencia toda defensa y á la salud de la enferma todo refugio, intentó la cauterización del cáncer por el gas. Como esto no le fuera posible, quiso extirpar el cuello de la matriz, con la esperanza de poder aislar las partes ulceradas; mas ya era tarde; la podredumbre había invadido los ganglios linfáticos y devoraba el peritoneo. La muerte, por tanto, era inevitable. Entonces Ontígola, ya que no podía salvar la vida de la

enferma, procuró mitigar los horribles dolores de sus últimos momentos, con inyecciones vaginales de opio y de beleño.

El cloroformo y el ácido carbónico dieron también resultados excelentes. Dentro de un aparato insolador, compuesto de una cánula y de una ampolla de goma, colocaba una esponjita empapada en cloroformo, y suavemente metía la cánula por la vulva lo mejor posible. Jacinta, echada pecho arriba y con las piernas en flexión, permanecía inmóvil en tanto sus dedos amarillentos, que el dolor crispaba, arañaban las colchas. Don Javier la oprimía la cabeza contra su pecho, acariciándosela paternal, mientras Ontígola maniobraba bajo las sábanas. Los vapores clorofórmicos producían en la paciente una sensación de calor, que en determinados momentos era inaguantable; entonces Jacinta botaba sobre sus caderas, exponiéndose á herirse.

—¡No puedo más...! —gritaba—. ¡Por caridad, por caridad... matadme de una vez...!

Transcurridos unos minutos iba serenándose, según los dolores de la región pubiana y de los riñones disminuían; y entonces se amodorraba, jadeante, abandonando sobre el lecho, durante horas, sus pobres brazos desfallecidos. Después las punzadas volvían y era necesario repetir la operación.

Los remordimientos de su crimen prohibían á Javier Celada dejar sola á la enferma: pasaba los días y las noches en un sillón, cerca del lecho, respirando la pestilencia de aquella habitación, donde



flotaba la muerte, y con sus pies, algo hinchados, de gotoso, metidos en cómodas zapatillas. Por las mañanas, no bien despuntaba la aurora, abría las persianas del balcón y mataba la lucecilla de aceite que durante la noche ardió dentro de un vaso: luego se aproximaba á la enferma. Jacinta, aunque despierta, siempre tenía los ojos cerrados y respiraba trabajosamente, cohibida por los dolores de sus entrañas: la suave claridad matutina llenaba el gabinete, tapizado de azul, de una luz blanca que aumentaba la palidez eucarística de la agonizante: la piel se estiraba sobre los pómulos; los labios, contraídos por el sufrimiento, dibujaban una línea casi imperceptible; los ojos se hundían bajo la frente, que parecía más grande; por la nariz y las mejillas vagaban sombras violáceas...

De repente, Jacinta Llordéns abría los ojos.

—Tengo sed—murmuraba.

Su voz era débil y opaca, como la de Jesús expirante. Celada le daba agua azucarada con jarabe de grosella, que la joven bebía á grandes sorbos. Javier Celada, de puntillas, se dirigía al balcón, y, levantando los visillos, miraba á la calle, por donde pasaban gentes pobremente vestidas, que iban á su trabajo; sobre el cielo abromado de diciembre las casas erguían sus chimeneas renegridas. En el silencio del dormitorio volvía á resonar débilmente la voz de Jacinta, pidiendo agua. Pasado un cuarto de hora, quería más.

—Tengo sed—balbuceaba—, mucha sed...

Celada se oponía á que bebiese, temiendo un cólico.

—No importa—respondía ella, abriendo y cerrando los labios, como quien se ahoga—; no importa...; me... muero...; dame... agua...

Y bebía, sin conseguir aplacar la fiebre de su sangre envenenada. Más tarde llegaba Matilde: al abrir la puerta de la habitación, permanecía indecisa, apretando los dientes; apenas podía resistir el aire fétido de la estancia: luego avanzaba, llevándose á la nariz, disimuladamente, un pañuelo perfumado.

—Hermana... ¿cómo estás?

Se inclinaba sobre el lecho, respirando heroicamente aquel olor pestífero de las sábanas, que las inyecciones de cloruro disminuían apenas. Jacinta entreabría sus párpados, cargados de sombras violáceas.

—Estoy lo mismo—suspiraba.

Después añadía dulcemente, con ese afecto maternal que las mujeres reservan para sus hermanas menores.

—Vete: no necesito nada... Hay muy mal olor aquí.

Entre Matilde y una camarera limpiaban la habitación, quitando los paños manchados que Celada fué echando bajo la cama durante la noche; trayendo ropas limpias, barriendo suavemente, para no levantar polvo, sacando de la mesilla de noche los orinales llenos de detritus corrompidos, que pasaban

bajo la nariz de Javier cual pebeteros donde la muerte aderezase sus mixturas de carne podrida. También abrían la ventana para mejorar el aire; pero la enferma empezaba á tiritar y era preciso cerrar en seguida. Matilde volvía á acercarse al lecho.

—¡Ea..., esto queda arreglado! Victoria me aguarda en San Luis, y me voy. ¿Te sientes mejor...? ¿Quieres algo...?

—Quiero agua—respondía Jacinta—, agua bien fresca... Estas malditas tisanas... no me quitan la sed.

Bebía á sorbos largos, y aquellos buches producían en su estómago el sonoro glú-glú del agua al precipitarse en una tinaja vacía. Tranquilizada momentáneamente, cerraba los ojos y procuraba colocarse en posición decúbita; de este modo separaba las colchas de su vientre ardiente... Matilde Llordéns se iba, y Celada quedaba solo; su encierro no le afligía, antes parecía que aquella reclusión y aquel no dormir eran un castigo que disminuía la gravedad de su mala acción. De repente, Jacinta se estremecía, balbuceando:

—Agua...

Volvía á aletargarse; los miasmas desprendidos de sus carnes en descomposición formaban sobre el lecho un aire denso, casi visible, como un palio de muerte.

Una noche, el estado de la paciente se agravó tanto, que Celada ordenó llamasen á Ontígola en



seguida. Don Bernardo llegó á la madrugada; había recibido el aviso muy tarde. Jacinta, fuera de sí, rodaba por la cama, mordiéndose las rodillas, que doblaba sobre el pecho: tenía sed y su vientre ardía cual si le aplicasen un hierro candente; sus riñones se desgarraban.

Javier Celada miró al médico.

—No, todavía no—murmuró Ontígola, comprendiendo la horrible duda de aquella mirada—; mañana, tal vez...

Matilde Llordéns, metida en un rincón, ahogaba sus sollozos entre los pliegues de su bata. Don Bernardo cogió el aparato inhalador, y maniobrando diestramente aplicó á la paciente una larga inhalación de ácido carbónico, cuyo efecto calmante fué instantáneo. Jacinta comenzó á aquietarse; el calor de su vientre cesaba; los dolores de los riñones y del pubis disminuyeron. Ontígola aprovechó aquel intervalo de paz para reconocerla ligeramente: tenía el vientre muy hinchado, y esta tumefacción, que fatalmente había de ir en aumento, ocultaba todas las vísceras: bajo la piel se apreciaba una vibración insólita y leve, una especie de hervor siniestro...

—¿Qué opinas?—preguntó Celada.

—No sé—repuso el médico—; esperemos.

Los tres pasaron la noche allí, en semicírculo á los pies del lecho; Jacinta respiraba suavemente, entreabriendo los labios; Matilde, amodorrada bajo aquella atmósfera pestilente, se rendía al sueño; en la penumbra los ojos de Celada, enrojecidos por el

insomnio, fulguraban. Jacinta Llordéns había movido la cabeza.

—Agua—dijo.

Ontígola se levantó.

—¿Qué tal, Jacinta?—preguntó—: no se aflija usted; aquí estamos todos.

Hubo una larga pausa.

Javier y Matilde aumentaban la macabra emoción de la escena con sus semblantes pálidos y rígidos. La enferma, sin ver la tisana de grosella que don Bernardo la ofrecía, repitió:

—Agua.

—Beba usted.

Suavemente aplicó á sus labios el borde del vaso. Después Jacinta volvió la cara á otro lado.

—No—murmuró—, no quiero ir á los toros..., no quiero hablar de toros... Tengo sed...; el toro también tiene sed...; dadme agua... de esa... fresca... que oigo caer... en la fuente... de mármol...

Deliraba y su voz adquiría una modulación siniestra, que parecía venir de muy hondo. Luego bebió y, al tranquilizarse, dejó rodar la cabeza sobre sus cabellos despeinados. En un reloj lejano dieron las cinco: Matilde volvía á adormecerse, arrebujaada en un abrigo de pieles. Celada y Ontígola cruzaron algunas palabras.

—Su vida—agregó el médico—puede contarse por horas.

La enferma repitió:

—Agua...

Aquella vez sus ojos turbios reconocieron á Ontígola.

—Don Bernardo—dijo—, tengo fríos los pies. ¿No lo sabía usted...? Pues sí... Tengo fríos los pies...

Ontígola deslizó una mano bajo las mantas y cogió uno de los pies de la joven; pie de niña, pequeño y delgado.

—Sí—repuso—, están fríos.

—¡Cómo se conoce que caminan á la muerte...!

Fué una contestación extraña que calofrió á los dos hombres. Hubo un silencio fatídico; Jacinta dijo:

—Don Bernardo..., ¿sabe usted una cosa...?

—¿Cuál?

—Que me voy á morir...

Aunque avezado á reñir con la muerte, el temprano fin de Jacinta desesperaba á Ontígola, quien, mirándola á los ojos, preguntábase cómo se apaga y si tiene destino, la luz pensante que arde bajo el cráneo.

—Sí..., me muero—añadió la joven—; me consta; siento por mis miembros... algo... que se va..., que se marcha, se marcha así..., muy lejos..., dejándome sin movimiento... y boca arriba...

Prodújose otro silencio; los dos hombres habían vuelto á sentarse; Matilde, rendida al cansancio, dormía profundamente, con dos lágrimas entre los párpados: alboreaba, y por las rendijas de la ventana penetraban tenues hilos de luz. Bajo las sábanas, el vientre de Jacinta, monstruosamente hinchado, es-



tremecía anunciando los horribles desquiciamientos de las entrañas: el pus acumulado en los ovarios inflamaba el peritoneo y corrompía la sangre que luego transportaba al corazón todo aquel veneno; los gases rompían las membranas de los intestinos; los microbios del cáncer devoraron las paredes de la vejiga y del recto, y los orines y las sustancias fecales inundaban la matriz, generando una fermentación de sentina que no tardaría en hacer estallar todos los vasos: el vientre se estremecía cual un líquido en ebullición, como la superficie terrestre en los grandes cataclismos plutónicos, y bajo aquellas carnes en descomposición presentíase una germinación horrible de gusanos...

La joven había despertado y bebió más agua, como para favorecer con este riego incesante el crecimiento monstruoso de las larvas que iban naciendo en sus profundos. Luego dijo, tranquilamente:

—Me muero.

Su hermana, deshecha en lágrimas, la abrazó.

—¡No..., no digas eso...! ¡Tú no puedes morir así... tan de repente...!

—Sí, sí..., me... muero—repitió Jacinta—; llamad al cura..., al cura... pronto..., al cura...

Y añadió:

—Don Bernando... no se vaya usted todavía...

A media mañana recibió los Santos Sacramentos, que la fueron administrados por el capellán de la parroquia más próxima. Terminó la fúnebre ceremo-

nia; todos los allí presentes lloraban, y únicamente la enferma parecía tranquila. En la amplitud de la calle resonaba la campanilla del Viático, que iba alejándose... Algo oscuro quedó flotando en los ámbitos del gabinete, tapizado de azul.

—Agua—murmuró Jacinta.

Luego dijo:

—Dejadnos solos... á don Bernardo y á mí...; necesito hablarle.

Matilde y Celada salieron sin protestar, dóciles ante la autoridad de la muerte.

—Acérquese usted, don Bernardo—murmuró la joven—; lo que voy á decir no debe oirlo nadie... Como ve usted, mi verdadera confesión empieza ahora...

Hablaba lentamente, conmoviendo al médico, con la expresión penetrante de sus ojos, agrandados por la visión vaga de lo definitivo.

—Tengo un secreto, don Bernardo..., un horrible secreto... que sólo á usted... confío. ¿Usted sabrá guardarlo..., no es cierto?

—Sí, Jacinta.

—Usted no se lo dirá á nadie..., ni aun á Javier...

—No, lo juro; yo no la engaño á usted. Es de cobardes engañar á los que no vuelven...

Jacinta Llordéns sacó de la almohada un rizo de cabellos envueltos en un papel.

—Tome usted, don Bernardo—suspiró—; es un recuerdo...; perdóneme usted..., pero yo adoro á un hombre.

Ontígola repuso, la voz trémula.

—Sé quién es.

—¡Ah... usted... lo sabía!

—Sí.

—Perdón, perdón..., don Bernardo; cumpla usted... mi última voluntad..., y aunque fuí mala, desfiéndame usted de los que me acusen...

Mientras hablaba oprimía entre sus manos una mano del médico cual si quisiese dejar en él la impresión de aquel último contacto.

—Adios—murmuró.

—Sí, adiós..., Jacinta, adiós... Hoy mismo cumpliré su encargo.

Ontígola pensaba que ante la inmensidad de lo eterno, la torre que se hunde, el sol que se apaga, el mechón de cabellos que el enamorado conserva de la querida muerta, tienen igual importancia.

La joven falleció aquel mismo día por la noche, y para cerrar el ataúd donde la depositaron hubieron de comprimir el vientre enorme, que sobresalía de la caja más de medio metro. La operación fué espantosa: los ojos del cadáver se entornaban, ahuecándose, cual si fueran á saltar cediendo á la fuerza expansiva de los gases interiores; la nariz y los oídos chorreaban sangre; de pronto los labios dieron paso á un vómito negro que extendió sobre el rostro una máscara horrible: un último esfuerzo de los carpinteros cerró el féretro, baúl siniestro preparado ya para el gran viaje, con su repugnante bagaje de carnes podridas y prensadas. El entierro se verificó al



día siguiente: era un día de invierno, claro y tibio, que invitaba á pasear por el campo; aunque el duelo se despedía en la Puerta de Alcalá, muchos invitados llegaron á Pardiñas y otros continuaron hasta las Ventas, curioseando desde las ventanillas de sus coches aquellos apartados barrios por donde no iban nunca: fué una tarde agradable, bañada en sol, que llevó al entierro de Jacinta Llordéns mucha gente...

Daniel y Fernanda Montero supieron por los periódicos la muerte de su antigua amiga, y la noticia les impresionó dolorosamente.

Caía la tarde; los dos amantes, sentados sobre el diván, hablaban con un emperezamiento indeciso y triste que copiaba la vaga melancolía del crepúsculo; el ancho ventanal, sin cortinas, del estudio, parecía abrirse sobre una inmensidad gris adonde los murmullos callejeros no llegaban: en el comedio del taller, sobre una plancha de cinc, había un pequeño hornillo cuyo cañón metálico, en forma de codo, atravesaba el muro: el fuego tiñó el hierro de rojo; un rojo brillante, como el de los rubíes; un ambiente cálido y somnífero pesaba sobre los muebles.

Fernanda, rodeada de cojines, descansaba su espalda contra la pared: el paño de la maternidad magnificaba la enérgica belleza de su rostro, ahondando la noche de sus ojos, y poniendo en sus labios una expresión atrayente de resignación y mansedumbre; los cabellos negros, partidos simétricamente, daban á su frente pálida el encanto místico de las Vírgenes que rézan en los viejos trípticos

holandeses: respiraba trabajosamente, sofocada por la presión de su vientre, que la vida iba hinchando.

—¡Pobre Jacinta!—murmuró.

El parto que la amenazaba rendía las altiveces de su condición, sugiriéndola ideas de cordialidad que aminoraban en ella el rencor lancinante de las antiguas ofensas recibidas. Jacinta y ella estudiaron juntas y fueron buenas amigas muchos años; en la muerte de Jacinta, por tanto, Fernanda lloraba la desaparición de su niñez y de su primera juventud, que se iban con ella. El eco de aquella exclamación estremeció al pintor.

—¿Qué importa—dijo—que mueran los que merecen morir? La sociedad es un organismo del que debemos extirpar lo gangrenado.

—Sin embargo, ella ya no existe..., y á los muertos, Daniel, se les debe paz y respeto...

—Sí—repuso Carmona—, se les debe paz y respeto...; pero sólo cuando santifica sus tumbas la virtud...

Sus palabras tenían el acento agrio y cortante de los que sufrieron humillaciones y devoran sus odios mientras suena la hora roja de las represalias. Hablaron mucho, explicándose los violentos contrastes de luz de la vida, donde no es raro pasar sin transiciones, graduación, ni matiz, del negro hollín al blanco deslumbrante. La sociedad, como los individuos, ofrece siempre dos caras, dos aspectos perfectamente distintos. El caballero respetable que pasó el día metido en una levita, grave, planchado,

sin sonreír, cual si llevase en el sobrecejo el porvenir de sus hijos y de la patria, corre llegada la noche á casa de su amante, para la cual suele ser motivo de hazmereir.

Su querida le insulta y él ríe; ella le pega y él se lo agradece porque aquel dolor desentumece su vieja carne. Tartufo no muere. El aristócrata busca á su manceba en el pueblo hambriento y desnudo que se vende: le agradan sus modales bruscos, su lenguaje soez, sus labios desvergonzados que blasfeman y fuman; pero nada valen sus gustos ante el buen parecer, y si en la calle tropieza con la mujer á quien en la mancebía besa todo el cuerpo, pasa sin saludarla. Estos mismos individuos saben que sus esposas explotan su influencia para vender empleos, ó que les engañan; pero se fingen ignorantes de todo, unas veces por miserias del cuerpo, porque ellos poseen una caricia exquisita á la cual no podrían renunciar y que ninguna mujer conoce; otras, porque el amante es hombre prestigioso y rico, que puede restituirle en influencia y dinero el honor que le quita. Esta desmoralización, relajamiento y quebranto interior trasciende á la vida pública, que es de la privada eco y trasunto.

Fernanda Montero languidecía en la dulce y reparadora quietud de todos sus músculos; á ligeros intervalos, algo muy grande se estremecía en su vientre, bajo la piel.

—¿Le sientes?—preguntó Carmona.

—Sí, mucho; sobre todo aquí...



Señalaba la parte superior de su abdomen. Daniel miraba enternecido.

—Algunas noches—prosiguió ella—sus impaciencias son tan vigorosas que me despiertan.

Hablaban gozosamente del ser que se anunciaba por tan extraños modos, y que antes de nacer ya les acompañaba; aquel hijo tan suyo, fruto de su carne y de su pensamiento, pues desde que sus destinos derivaban juntos ninguno de ellos tuvo una idea impura, un deseo malsano, que ofendiese á su amor. Aquel hijo fué engendrado en el recogimiento total de sus cuerpos y de sus almas: desde mucho tiempo atrás vivían los dos unidos así en el dolor y austeridad del trabajo, como en la dulce quietud del reposo, y esta unión, semejante á un islote de salud colocado en la impúra corriente del río de la Vida, descubrió á Daniel Carmona los goces dilectos de la fidelidad, que pocos hombres conocen, y son una especie de renuncia constante de la personalidad, en beneficio de la persona amada, á quien se hace partícipe aun de lo más nimio y oculto.

—A ti debo conocer tanto bien—decía el pintor—; á ti, dulce compañera, que colmas con tu hermosura, tu talento y tu virtud todas las ambiciones de mi corazón y de mi pensamiento...

—Yo también—repuso Fernanda sin abrir los párpados—soy dichosa contigo...; tan dichosa, que hasta la voz de los recuerdos calla en mí.

—Este hijo es más nuestro y nos pertenece más que pertenecen á sus padres todos los hijos.

—Se parecerá á ti.

—Y á ti.

—Quiero—repuso ella animándose—, que tenga tu genio y tu figura; sobre todo, tu frente..., donde parece que la luz del espíritu no ha de apagarse nunca.

—Suponiendo que eso último sea cierto—murmuró Daniel conmovido—, ¿podrás, Fernanda de mi alma, medir mi cariño cuando esta frente capaz, según tú, de pensar infinitamente, sólo piense en ti...?

La había descalzado y la acariciaba los pies; aquellos buenos pies que la llevaban y traían continuamente á su alrededor. Después evocaron su pasado sin vergüenza ni enojo; aquel ayer de oprobio y miserias, ya no les mortificaba. Daniel no había vuelto á saber de su esposa, por quien no sentía ni el colérico resquemor que dejan las venganzas incumplidas; por la memoria de Fernanda, el nombre de Lorenzo Alba no pasaba nunca; el último recuerdo del vizconde había desaparecido con las cenizas de las ropas que Carmona quemó una noche, delante del ventanal abierto... Y mirando hacia atrás les parecía que su historia comenzaba allí, entre las cuatro paredes de aquel taller, una tarde en que el deseo de vengarse, más que el amor, les obligó á buscarse en un vértigo de sangre y de tormenta.

También hablaron del porvenir. *El triunfo de la vida* no tuvo comprador; después de los cuatro retratos que la excelente amistad de Ontígola le pidió, Carmona no había recibido ningún nuevo encargo:

el mañana, por tanto, se les presentaba impenetrable y ceñudo, como obligándoles á elegir entre la derrota y el destierro.

—¡El destierro, no!—exclamó Fernanda—; ahora, al menos. Más adelante, cuando hayas logrado rehabilitarte, tal vez...

Daniel Carmona tampoco quería marcharse de España sin vencer á los que de ella querían arrojarle; y esto, antes que por orgullo y vanagloria artística, lo pretendía por amor á Fernanda, de cuya ruina y eclipsamiento se juzgaba responsable.

Esta idea torcedora se aferraba á él tenazmente. Por culpa suya veía á Fernanda empobrecida, rebajada de su natural posición, sin familia, sin amigas, pedía una rehabilitación, una venganza...

—No sé cuál—repetía Carmona—, no sé...; pero yo sabré dar con ella; siempre ando buscándola...

Miraba á la joven, pidiéndola una respuesta; y sus ojos tenían el mirar indefinible de los torreros que envejecieron oteando la inmensidad del mar.

—¿Qué haces?—interrogó Fernanda.

—Mirarte.

—¿Y qué hay en mi cara?

—No lo sé. La palidez de tu semblante..., la noche de tus ojos..., la alegría de ese niño que va llegando..., todo acicatea mi inspiración; pero sin orientarla. He ahí lo que ha de proporcionarme tu belleza: una orientación, una luz guiadora...

Habló apasionado de sus recientes derrotas, de la humillación que ella y él sufrieron en el teatro de



la Comedia, y de lo cual su desastre artístico era resultante lógica y esperada. El vacío social va formándose poco á poco; hoy es una mirada, mañana un saludo, lo que se niega. En todo ello, Daniel veía la obra nefanda de la hipocresía y del fanatismo, que nunca perdona, que sabe odiar más allá de la muerte.

La noche había cerrado, y fué necesario encender las luces: dos lamparillas eléctricas suspendidas en medio del taller, bajo lirios azules: el carbón chisporroteaba alegre en el hogar; el viento gemía en el cañón de la chimenea; en la penumbra se insinuaban las figuras de los cuadros; cabezas y escorzos extraños que la atropellada fantasía ó las impaciencias del pintor dejaron sin concluir.

—No comprendo—dijo Fernanda—qué puedo yo influir en esas represalias de que hablas.

Se había incorporado y miraba á Daniel sorprendida de oírle. El pintor la contempló suspenso: perseguía una idea remota, indefinible, que escapaba. Ella preguntó:

—¿Qué tienes?

Carmona no respondió: su frente, ensanchada por el trabajo, parecía más grande y como orlada de un nimbo febril; miraba sin pestañear, los dientes apretados, mientras su cuerpo aparecía inmóvil y vibrante.

—¿Qué tienes...? ¿En qué piensas?—repitió Fernanda.

Se acercó á él y le rodeó al cuello los brazos,

clavando en los ojos del pintor los suyos, rebosante de pasión, de ansiedad y de interrogaciones.

—Pienso—repuso Carmona en voz baja, cual si monologuese—que muchos artistas supieron inmortalizar á la mujer de sus amores: Tiziano salvó del olvido á la marquesa de Ferrara... Rafael, á Fornarina... ¡Y yo, quisiera salvarte también... y salvarme contigo...! Entre esa inmortalidad y mi venganza... vislumbro un puente, un lazo...

—¿Qué le pides á mi cara?—exclamó Fernanda sonriendo.

—Lo ignoro.

—¿Pero, estará en mí?

—Sí, seguramente...

—¿En mis ojos?

—No.

—En mi cuerpo, quizá...

—Tampoco. Ni en tu frente... ni en tu boca, sedienta y noble. Lo que busco, depende de todo eso, y de algo más...; de algo que no tienes... ó que no veo...

Hubo una larga pausa; Daniel acercó sus labios á los cabellos de la amada.

—Tu carne limpia—dijo—huele á juventud... Es un aroma extraño, sano y pujante, que emborracha...

La miraba fijamente, con el desesperado anhelo con que los antiguos alquimistas escudriñaban la entraña de sus marmitas.

—¡No sé..., no sé!—murmuró—. Y, sin embargo...

#### IV

Fernanda Montero parió á fines de diciembre un robusto muchacho, muy callado y muy rubio.

—Es el único chiquillo, tal vez—decía Ontígola—, que ha nacido sin protestar.

La convalecencia de la madre fué larga, á causa de la fuerte hemorragia producida por el alumbramiento.

Una claridad suave bruñía las paredes estucadas del dormitorio. Al pie del lecho, bajo el ventanuco que daba aire y luz á la habitación, *El triunfo de la vida* acompañaba y fortalecía á la paciente con el simbolismo de sus dos figuras. Desde el lecho, los ojos de la convaleciente abarcaban todo el estudio, con su suelo entarimado y sus muros vestidos de lienzos sin concluir. Daniel, que holgaba todo el día, desempeñaba activamente las faenas caseras, preparaba el desayuno y la comida, fregaba la loza,



ponía á secar alrededor del hornillo la ropa que, por no venir á tiempo la lavandera, tuvo que enjabonar él mismo en la artesa, como mejor supo; mondando patatas, cuidaba de que no faltase el caldo para la enferma, barría las habitaciones pulcramente, y cumplía, en fin, otros menudos quehaceres tanto más celebrados y reídos por Fernanda, cuanto con más fatigas y torpeza los ejecutaba Carmona.

—¿Qué quieres?—exclamaba el pintor jovial—. La historia no habla de ningún gran hombre que no haya fregado platos alguna vez...

Las tardes las pasaba cerca del lecho, leyendo en alta voz algún libro ó ideando conversaciones de sabroso pasatiempo: Fernanda le escuchaba pareciéndole que era imposible ambicionar una felicidad mayor, y sobre el embozo abandonaba una mano que Daniel acariciaba y besaba largamente. Bajo la negra cimera de sus cabellos, el rostro de la enferma parecía más blanco; el dolor ensanchó el misterio de sus ojos con una expresión majestuosa de quietud; las colchas modelaban el fugitivo perfil de las piernas y de los pies inmóviles: toda la vida se había agolpado en sus senos, turgentes y blancos, que la maternidad hinchó al convertirlos, de objeto de recreo, en fuentes de vida. Sobre el amplio pechazo de la madre, Juanito Carmona, el chiquillo rollizo y rubicundo, dormía profundamente, con la frentecilla bañada en sudor y un pezón en los labios...

Mirando al niño, tan hijo de su carne y de su

alma, los rencores de Daniel Carmona se enardecían, y otra vez se acusaba de la ruina de Fernanda. El pintor no comprendía por qué les rechazaba una sociedad que tantos elementos putrefactos y corrosivos entraña; ni por qué las pecadoras, dos veces adúlteras, que burlaban al esposo con el amante y viceversa, negaban su saludo á la mujer que, como Fernanda, antes de engañar cobardemente á su marido prefirió separarse de él. ¿Y era posible que esas mismas adúlteras, que no merecían tener hijos porque su leche estaba empobrecida ó envenenada, y las infecundas que, por no estropear su talle, recurrían, para ser estériles, á procedimientos monstruosos, desdeñasen la amistad de quien podía servir como impecable dechado de madres...? Luego recordaba su propio aislamiento, sus derrotas, el estiércol acumulado sobre su mejor obra por la envidia y el espantoso vacío que un demonio inhallable iba formando á su alrededor: reconocíase excluído de todas partes; algo misterioso tiraba de sus pies, arrastrándole con succión de vorágine hacia un abismo donde necesariamente le esperaba la asfixia y la muerte; se veía exonerado, empobrecido, caminando hacia el hospital en busca de un rincón donde expiar el tremendo delito de no haber sido hipócrita... ¿Por qué el hombre perdía al artista? ¿Por qué sus errores, si alguno cometió, falseaban el oro de su talento? ¿Por qué estalló contra él aquella formidable tempestad de odios que parecían condenarle á irreparable anonadamiento...?

—En todo esto—decía Carmona—hay algo tenebroso, que no comprendemos; envidias que celebran mi bancarrota, solaperías que condenan mi franqueza, fanatismos que no perdonan los anhelos libertarios de mi espíritu.

Fernanda procuraba calmarle.

—Nosotros—decía—también hemos rechazado la fuerza con la fuerza, y lanzado sobre nuestros enemigos todo el fuego posible.

—Pero siempre estuvimos á la defensiva, y si alguna vez acometimos fué únicamente cuando la fatalidad nos puso en callejones sin salida. Recuerda lo sucedido en el teatro de la Comedia; aquello constituyó una emboscada, una felonía imperdonables. ¡Invitarnos á una función... á beneficio de Nuestra Señora de la Piedad, los que nunca tuvieron compasión de nosotros...! Y yo había visto en aquella invitación una amnistía, una reconciliación, un saldo de inútiles rencillas... ¡Siempre soy así...! Olvidé que los cobardes no perdonan: recuerda sus actitudes, el cuidado con que evitaban nuestras miradas; recuerda el desplante rufianesco de Casa-Soler, al que respondí con un salivazo... Aquello, como mi derrota en la Exposición, es obra, no lo dudes, de un poder rencoroso, que trabaja en la sombra, quitándonos la honra, mermándonos el pan...

Fernanda preguntó:

—¿Y Joaquín? ¿Qué sabes de él?

—Tu hermano, según Ardémiz, regresó de Parísá mediados de este mes, y vive con Martina Olivares.



—¿Estás cierto de eso último?

—Sí; don Pablo es hombre sincero y bien informado.

—¡Pobre madre...!

La joven se enternecía calculando la soledad de a anciana, por quien no sentía, á despecho de sus intransigencias, rencor ninguno; y según esta noble conmiseración aumentaba, crecía el desprecio que siempre la inspiró su hermano.

—Es frío—dijo—, frío y malo; tiene la frialdad de los verdugos.

—Ya sé—interrumpió Carmona—á quiénes favorece el desamparo de tu madre.

—Lo supongo; al Padre Bringas...

—Tú lo dijiste: Bringas y sus compañeros de Junta sabrán aprovecharse de todo esto.

Las maniobras de la Junta que presidía las obras del colegio de Nuestra Señora de la Piedad seguían próspero y lucrativo curso. La magnífica tómbola que reunió durante tres días á toda la sociedad elegante en los Jardines del Buen Retiro cosechó ópimos beneficios: las señoritas más distinguidas ofrecieron el eficaz concurso de sus simpatías y de su belleza; nadie faltó á la piadosa fiesta; muchos objetos de los pujados alcanzaron precios inverosímiles; algunos caballeros dieron hasta quinientas pesetas por la dalia ó el clavel con que unas manos amadas de mujer adornaron el ojal de sus levitas.

Don Carmelo Díaz, Melgares y el Padre Bringas hablaban sentados en semicírculo ante la chimenea

de la Secretaría; bajo la fimbria de sus sotanas y apoyados sobre los morillos, aparecían sus zapatos de charol con hebillas plateadas; las pantallas verdes de las lamparillas colocadas encima de las mesas irradiaban una luz blanca, tranquila, que bruñía las escribanías y los pisapapeles de bronce ó vidrio; los reflejos purpúreos del tronco que ardía en el hogar resbalaban por la cristalería de los estantes y llegaban al techo, alto y de resonancias convencionales; en la penumbra se bocetaban las tersas panzas de los sillones de gutapercha, y aquel mapa siniestro de las Asociaciones religiosas, donde España desaparecía bajo los tentáculos de una colosal araña negra.

—No creí—dijo don Dionisio Bringas—que los artistas secundasen tan bien y con tanto celo nuestro esfuerzo. Los pintores se han portado bien; concurrieron las primeras firmas. La pandereta de Claudio Antúnez se vendió en trescientas cuarenta pesetas, creo...

—Pues los escultores no han querido quedarse á la zaga...

—¿Y Daniel Carmona—preguntó Melgares suavemente—, regaló algo?

—No..., y su ausencia ha sido comentada.

—Me parece que no le enviamos invitación...

—¡Claro que no!—interrumpió don Carmelo—.

¿No sabemos ya que es nuestro enemigo...?

Hablaron de las mesas petitorias.

—La que preside en las Calatravas la vizcon-

desa de Algorta, va produciendo bastante—dijo Bringas.

—Más gana la baronesa del Tajo—exclamó Melgares—. No sabía yo que Matildita Llordéns tuviese tantas simpatías.

—¿Y qué me decís de la Mesa de San Antonio?—dijo don Carmelo.

—Eso..., querido compañero, me parece una temeridad.

—Una temeridad que da mucho dinero.

—Convenidos.

—Además..., lo quiso el conde del Charco, y Blanca Romero es ahora el ojito derecho del conde. Ultimamente... el público que no conoce á Blanca, nada puede sospechar, porque se trata de una mujer de porte irreprochable; los que van allí porque ella les citó..., ¡qué diablos...!, ya pagan á buen precio su pecado. En fin..., sus amigos son hombres de mundo, que nada extrañan y saben dar á cada momento de la vida su justo valor.

—Según he visto—dijo Melgares—, la mesa de la Romero ha recaudado bastante.

—¡Oh...! Más que todas juntas.

—Lo más admirable de Blanca —exclamó el Padre Bringas—son las relaciones que tiene; aseguro á ustedes que todos los días, de cinco á siete de la tarde, desfila ante su mesa lo mejor de Madrid. El único billete de quinientas pesetas que se ha recaudado, ¡el único...!, hay que considerarlo bien, estaba en su bandeja.



El criterio holgachón y especulador de don Carmelo aceptaba todo lo que mejorase los intereses de la Asociación. ¿Qué importan los cimientos de un edificio, la quilla sobre la que el buque se balancea, ó el abono que fertiliza el subsuelo, si del palacio sólo admiramos la solidez majestuosa de los muros, del navío la gallardía de su arboladura, y de los campos su inmenso manto verde...? Así, en una empresa, ¿á qué discutir la moralidad ó rectitud de los caminos que convergen al fin anhelado, si el triunfo, con sus fulgores deslumbrantes de apoteosis, sabrá trocar después las arenas en perlas, lo jiboso ó raquítico en gallardo y cumplido, y el cobre de las acciones en oro de muchos quilates...?

Don Carmelo creía que, según todo esfuerzo puede producir dinero, así todas las voluntades, aun las más diferentes y antagónicas, sabiamente dirigidas, pueden concurrir á la realización del mismo bien: la táctica del organizador debe reducirse á aprovechar sagazmente los elementos útiles y descartar los malos, que son las resistencias pasivas de la difícil y nunca bastante estudiada mecánica de las almas, y hacer oportunamente con las personas lo que los escritores hacen con las plumas, que se sirven de ellas y luego, conforme van estropeándose, las tiran.

En las obras del Colegio, la miseria de los obreros—mal que don Carmelo no hubiera sido el último en compadecer—se trocaba en bien, por cuanto permitiría levantar, relativamente con poco dinero, el edificio destinado á ofrecer educación, alimento

y refugio á muchos pequeños seres indefensos. En las tómbolas hermanaban maravillosamente los sentimientos más diversos: mientras unos pujaban por amor á la piadosa fundación, otros pujaban por halagar la vanidad de una mujer á quien á todo trance querían dejar triunfante y complacida; ó por orgullo, celosos de que alguien les aventajase públicamente en esplendidez y bizarría; y así, el cariño—acaso vituperable—profesado á una mujer, y la alación, que la cristiana mansedumbre condena, y la fe purísima de los buenos devotos, al disputarse la posesión del mismo objeto fraternizaban en un solo y todopoderoso impulso que precipitaba ríos de plata en las arcas insaciables de la Asociación. Otro tanto podría decirse de lo demás; en dinero se convierten el esfuerzo de los artistas que regalan objetos; la belleza de las señoritas que concurren á las tómbolas y con palabras insinuantes comprometen la galantería masculina; la vanidad de las cortesanas que citan en sus mesas petitorias á ciertos caballeros conspicuos que aparentan dar por devoción lo que ceden por afición y cariño á las lindas peticionarias; y las funciones teatrales y los bailes, y las fiestas taurinas, donde la ostentación, la lujuria y los sanguinarios instintos de la muchedumbre exprimen los bolsillos en provecho de la caridad. Y exagerando más aún sus conclusiones, el Padre Carmelo creía que aquellos mismos hijos que sus madres abandonaban en el torno de las inclusas, pobres flores de la miseria y del mal, cooperaban derechamente á su obra, ya

que su crianza, educación y porvenir, era el fin principal á que la fundación del Colegio de Nuestra Señora de la Piedad obedecía.

—Todo es aprovechable, todo tiende hacia el bien—decía don Carmelo—; sin el vicio, el dolor y la muerte, la misma religión sería inútil.

Nada, por tanto, entorpecía los complicados trabajos de la Junta. Don Carmelo y Melgares, sin embargo, advirtieron un nuevo é inesperado peligro en los amores de Joaquín Montero, cuyas disipaciones iban dando lamentable remate á su hacienda, y poniendo en grave peligro el capital de doña Petra. Joaquín jugaba y perdía; en medio año derrochó por los casinos de Niza y Monte-Carlo muchos miles de duros; pero las esperanzas de desquitarse no le abandonaban, y con este propósito indicó sobriamente á su madre la utilidad de vender las tierras sembradas de fresnos, alcornoques y encinares, que la anciana poseía en Badajoz, y valían bastante. Estas exigencias alarmaron á doña Petra, quien recurrió á Bringas en demanda de apoyo y consejo. Don Dionisio se mostró reservón, prometió ocuparse de aquella delicada cuestión con sus compañeros de Junta y limitóse á decir que la conducta del joven Montero era inexcusable y que doña Petra debía tratarle severamente, entregándole lo que le correspondiese de su herencia y cerrándole definitivamente las puertas de su casa.

—Ese hombre—concluyó don Dionisio—sin freno ni respeto á nadie, es un peligro para usted.



La anciana se affigía, y, los ojos en el cielo, cruzaba las manos sobre su semblante lloroso, como impetrando clemencia de aquel ser invisible y cruel que tan rudamente y por tan diferentes caminos la castigaba.

—¿Qué hice yo—decía—para que Dios así me martirice? ¿Qué mal, qué daño, que no recuerdo?

Bringas respondía:

—Paciencia, doña Petra; olvida usted que el Hacedor gusta de probar frecuentemente nuestra resignación, y la confianza que tenemos en sus designios, y que estas probaturas, para nosotros, que nacimos flacos de espíritu y de cuerpo, son dolorosas. Acaso, también, no vaya nada con usted y sí contra su hijo, aunque usted de soslayo quede herida. Sea como fuere, debemos humillar nuestro ánimo y acatar los reveses de la fortuna cual bienes que sólo tienden á la purificación y mejoramiento de nuestra alma.

—¡Pobre hijo, pobre hijo mío!—sollozaba doña Petra—. Yo quisiera conocer qué malas compañías le han despeñado en ese abismo por donde rueda...

Joaquín Montero visitaba á su madre de tarde en tarde, y sólo en sus grandes conflictos económicos. Al volver de París, Martina Olivares, despidió á su antiguo amante, el anciano barón de San Lucas, y marchóse á vivir con su madre, su amiga Carmen y Panchito, al cuarto que Montero amuebló, con gusto y riqueza, en un piso segundo de la calle de Alcalá.

Una competencia ruinosa surgió entre la Olivares y Luisita Luján, á quien el viejo marqués de San Juan continuaba asistiendo con mano pródiga. Martina traía del Extranjero modas y gustos refinados que la inspiraban un mal disimulado desdén hacia sus antiguas amigas: las hallaba cursis, emplebeyecidas y amaneradas; eran pobres muchachas que no habían aprendido á perfumarse, ni conocían el arte de desnudarse, ni de distribuir los espejos; aborrecía á los hombres con capa y á las mujeres de mantón, y olvidó los bailes andaluces á que siempre fué aficionada, viendo bailar en los salones cosmopolitas de Molino Rojo, el loco cancán que permite á las mujeres enseñar las piernas. Sus trajes ceñidos llamaron la atención en Recoletos, donde se exhibía guiando un ligero tílburí y acompañada de Panchito, metido en un frac rojo; al teatro, llevaba grandes chambergos negros que ponían á su atrayente belleza rubia un nimbo de azabache; sus joyas eran tantas y de tal mérito, que muchos las creyeron alquiladas; sus capas de pieles, triunfaban en el vestíbulo del teatro Real; hablaba lentamente y fruncía los párpados con la laxitud de mujer inteligente que se aburre; en su conversación interpolaba palabras exóticas... Estos repentinos humos de fastuosidad y encumbramiento irritaban á sus amigas, cuyas lenguas, convertidas por el odio en disciplinas y desuellacaras, recordaron los tiempos en que Martina Olivares anduvo descalza y pidiendo limosna, por los andurriales de su pueblo. Estos comentarios crue-

les, solían practicarse en casa de Luisita Luján.

—Anoche vi á Martina en la carrera—decía Luisa—, y apenas me saludó. Diríase que des-  
ciende de reyes.

—Cuando saluda, cree hacer un favor...

—Está realmente insoportable—agregaba Nieves Labarte—; antes no era así.

Sara, la filipina, también solía meter en el diálogo el crédito respetable de sus cuarenta años largos de crápula.

—Esa necia—exclamaba—piensa que el buen palmito es eterno; lo mismo decía yo, y... ¡ya veis...! Y, sin eso: cualquier día Joaquín se cansa de ella, ó se arruina, ó se muere... y ¡adiós coches y trajes y sombreros y humos...! ¡Al arroyo otra vez...!

Martina Olivares, en pie ante un espejo, estaba concluyendo de vestirse para ir al baile de máscaras: Carmen la cosía rápidamente un encaje de la falda: la joven, en corsé, procuraba prenderse, inmediatamente detrás de una oreja, un ramito de hermosos claveles rojos; Joaquín Montero, apoyado contra la pared, la contemplaba, deseándola ardientemente. Un individuo, mal vestido y humilde, presenciaba la escena desde la puerta, con un mantón de Manila en la mano.

—Esta maldita peinadora—exclamó la Olivares, colérica—, me ha hecho un moño horrible; alto, grande, torcido...

Pateó el suelo.

—¡Estaba por cortarme el pelo...!



Carmen se enfureció.

—¡No seas animal!—dijo.

—Seré lo que quieras...; pero ya lo dije, y milagro será que no lo haga.

Entre sus brazos levantados y el corsé, aparecían los sobacos cubiertos de ligero bello. Montero se acercó y sus labios se apretaron contra aquella carne aterciopelada, que olía á violetas. Martina se irritaba.

—¡Vete!—gritó—. ¿No comprendes que estorbas...?

En los momentos de cólera olvidaba su postiza afabilidad exótica y era la hembra de siempre, irascible, terca y soez, que comenzó su profesión de cortesana en los pajares de los cortijos. Joaquín miró á Carmen, y ésta sonrió; fueron una mirada y una sonrisa que se completaron. Martina vibraba de ira: la oprímían los zapatos, el corsé la mordía en las caderas, las horquillas la pinchaban... Un reloj dió la campanada de las once y media...

Joaquín Montero, las manos metidas en los bolsillos del pantalón, fué á sentarse en un diván; sobre el fondo del gabinete tapizado de rojo, su semblante, marchito por los placeres, palidecía; sus grandes ojos azules, cargados de cansancio, contemplaban á la joven cuyo cuerpo surgía del espejo, rutilante, lleno de luz; rendido al hechizo de aquella carne afrodisíaca como los bebedizos que los epicúreos mezclaban con el Falerno de sus festines, Joaquín Montero, que heredó la condición obediente y pa-

siva de doña Petra, se hallaba bien bajo la férula de aquella mujer dominadora y bendecía la dulzura de su esclavitud. La novelesca casualidad que preparó sus relaciones con la Olivares, sirvió á su pasión de eficaz estímulo: los primeros días anduvo intranquilo, temeroso de ver llegar al caballero que envió á Martina Olivares al palco de la Comedia; pero sus temores poco á poco fueron declinando, y al fin creyó que el misterioso galán había renunciado á su empresa antes de comenzarla.

Martina gritó:

—Venga un alfiler.

Después dió media vuelta sobre sí misma, pasándose las manos por las caderas, quebrando la cintura y poniendo la barba sobre un hombro para verse por detrás.

—¿Qué tal estoy, Joaquín?

—Muy guapísima.

—¿Cae bien la falda?

—Perfectamente.

Era un soberbio traje de seda negra, brillante y suave. La Olivares pidió el mantón: el hombre que hasta allí parecía no atreverse á entrar, avanzó á ofrecérselo respetuosamente.

Era un mantón carmesí, con prolijos bordados amarillos representando chinos, castillos y pájaros, desparramados sobre un plantel de flores. Martina se lo echó por los hombros con notable desenvoltura y gallardía: bajo la luz, los bordados formaban cuajarones de oro.

—No me gusta—dijo la Olivares volteando impaciente delante del espejo.

—¿Qué le encuentras?—preguntó Carmen.

—No sé... ¡No me gusta...!

—¡Bah...! Pues... á mí sí, ¡y mucho!

El individuo desconocido agregó con un engreimiento orgulloso de propietario:

—Este mantón lo llevó el año pasado al baile del Círculo de Bellas Artes una señora muy principal; es el mejor que tengo.

La observación lastimó á Martina.

—¡Ea...! ¡Pues eso basta para que no me lo ponga!—exclamó—. Puede usted llevárselo á esa señora principal.

—¡Oh...! Ruego á la señorita que disimule; ya comprenderá la señorita que no he querido ofenderla...

—¡Naturalmente...! Si no lo creyese así, salía usted de esta casa por el balcón.

Hubo una pausa embarazosa y hostil. La joven se quitó el mantón y lo arrojó al suelo despreciativamente.

—No lo quiero—insistió.

El hombre, sin inmutarse, cogió la prenda.

—¡La señorita hace bien...!—dijo sonriendo servil—. Para ir á disgusto...

—Pero... ¿qué es esto...? ¿Qué se ha figurado usted...? ¿Usted va á enseñarme lo que son mantones de Manila?

—Señorita, yo no me figuro nada... ni puedo enseñar á usted nada...



Según la joven se enfurecía con ese orgullo peculiar á los mal educados que pasaron de la miseria á la opulencia sin transiciones, su interlocutor se humillaba, decidido á no perder el alquiler del mantón. Martina se había sentado y sus pies redoblaban nerviosamente el suelo; Carmen esperaba, para hablar, á que los levantados nervios de su amiga se serenasen. Joaquín intervino.

—¿Vamos á pasarnos la noche aquí?

—Yo, sí—gritó Martina—; yo no salgo á la calle disfrazada de mamarracho. Te dije que no me gustan los mantones..., que me revientan los mantones..., ¡y, nada...! Te empeñaste... ¡Pues, toma mantones!

—Lo que dije—repuso Montero—fué que te pusieses uno de los que tienes ahí; el azul, por ejemplo, que es precioso.

—Está muy visto.

—¿Qué importa?

—Yo también lo prefiero al encarnado—apoyó Carmen.

—No es que sea mejor ni más bonito que el de este hombre—dijo Joaquín—; pero lo parece porque un mantón carmesí no luce en una habitación forrada de rojo. ¡Eso es de sentido común...!

El mercader afirmaba complaciente:

—El señor tiene mucha razón; mire usted..., yo tampoco había caído en ello...

—Quisiste un mantón de color de sangre—prosiguió Joaquín—, y ahí tienes el resultado: sólo al

Diablo y á ti se os ocurre alquilar lo que hay en casa.

Discutieron largamente aquella fruslería de que parecía depender la felicidad de todos; Martina, aunque á regañadientes y tropezones, iba cediendo. Al fin...

—Bueno—dijo—, voy á complacerte; siempre al postre, eres tú quien ha de quedar vencedor...

Y sonreía, satisfecha de que la hubiesen rogado tanto. Joaquín Montero interrogó al mercader.

—¿Cuánto le debo?

—Ya ve usted; aunque la señorita no lleve el mantón... la molestia de traerlo... Además... he perdido la noche; ya no es hora... de alquilárselo á nadie...

—¿Y bien?

—Cuarenta pesetas.

Pagó Joaquín sin regatear y agregó:

—Carmen; acompaña al señor...

Martina probó á colocarse el mantón de distintos modos, y al fin acertó con una forma muy graciosa y picante. La Olivares giraba ufana, mimbreado el gallardo cuerpo, reconociéndose hermosa con su busto estatuario, largo y esbelto, y sus undosos cabellos castaños adornados con claveles rojos. Sobre el fondo bermejo del gabinete, bajo el suave resplandor lechoso de las lamparillas eléctricas, el mantón azul y blanco tenía el glácis brillante y alegre de la porcelana. Martina había cogido su antifaz.

—¿Vámonos?—preguntó.

—Vamos.

Al pasar ante una habitacioncita contigua al gabinete, la joven entreabrió la puerta.

—Madre, voy al baile; ¿quiere usted verme...?

Se oyó una voz débil y gangosa, que hablaba entre dientes. Martina miró á Joaquín conmovida, y cerró la puerta.

—¡Pobrevieja!—murmuró—. Me recomienda que no haga locuras...

Y agregó en una explosión de amor filial, poniendo una de sus manos enguantadas sobre el hombro de Montero:

—Cuando considero que la das de comer, te quiero más...

Llegaron al recibimiento y Panchito ayudó á Joaquín Montero á vestirse el gabán. De pronto Martina exclamó:

—¡Ahora me acuerdo...! Yo tenía hambre; hambre de ostras.

—Vamos á comerlas á Fornos.

—No; habrá mucha gente y no quiero que me vean así. Iremos á la calle de Arlabán.

—Me habéis abierto el apetito—interrumpió Carmen chasqueando la lengua—; yo también comería ostras; pero como estoy sin vestir...

—Pancho te las traerá—contestó Martina—; vámonos.

La Olivares, Joaquín y el negro echaron escaleras abajo; el coche les esperaba delante del portal:



atravesaron la espaciosa acera, de prisa, esquivando la curiosidad de los transeuntes: Panchito se había quedado detrás; Martina abrió la portezuela del vehículo y saltó en él ágilmente, recogiendo las faldas; Joaquín, que la seguía, se detuvo.

—¿Qué haces? —preguntó ella asomando la cabeza por la ventanilla.

Tres ó cuatro desocupados que pasaban en aquel momento, al ver á Panchito, vestido de frac, comenzaron á embromarle; uno de ellos era Emilio Luján.

—Mira... ese granuja —murmuró Martina.

—Calla —repuso Montero, sin apartar los ojos del grupo.

—Ganas me dan de apearme y de empezar á bofetadas con todos.

En el silencio de la calle resonó la voz de Emilio, que decía:

—Este es el perro de la Olivares.

Y empezó á silbar, llamándole:

—¡Pancho, ven aquí!

El negro, irritado, se volvió para contestar, los puños apretados; Luján, riendo, se abalanzó sobre él, y con la mano abierta le administró una bofetada tan bulliciosa que hizo reír á todos. Martina gritó:

—¡Ladrón!

Abrió la portezuela para apearse; el cochero también había saltado del pescante, el látigo en alto. Pero ya Joaquín Montero se había acercado al grupo.

—Ese negro —dijo—, tiene amo.

Emilio Luján le salió é interrumpió:

—¿Y qué...?

Joaquín iba á contestarle con un bofetón, pero Luján dió dos pasos atrás, sonó un tiro y Joaquín Montero cayó de espaldas: nadie pudo impedir aquel drama que tardó segundos en desarrollarse. El ruido de la detonación atrajo á los transeuntes y dispersó á los promovedores del escándalo, que huyeron en direcciones distintas; unos por la calle de Sevilla, otros hacia la Puerta del Sol. Martina Olivares se había arrojado sobre su amante, incorporándole en un esfuerzo titánico de sus brazos crispados.

—¡Joaquín, mi Joaquín!—repetía—. ¡Mi Joaquín...!

Pero el herido no podía hablar; había recibido el balazo en la boca; la pechera de su camisa y el gabán estaban empapados en sangre. La joven le besaba, enloquecida, llamándole. Varias personas trataron de calmarla; ella, fuera de sí, se llevaba las manos á la cabeza, manchándose el rostro y los cabellos de sangre; sobre su mantón azul había un enorme coágulo rojo.

—¡Le ha matado!—decía.

—¿Quién?

—¿Quién...?

—¡Un chulo...! ¡Asesino!

—¿Usted le conoce?

—¿No he de conocerle...? ¡Un chulo! ¡Le ha matado un chulo...!

Desplomóse desvanecida, los brazos hacia adelante, indicando con un gesto impreciso la calle por donde Emilio Luján había huído.

La noticia de la trágica muerte de Joaquín Montero se difundió por Madrid rápidamente; doña Petra la recibió hallándose en su casa de sobremesa con el Padre Bringas, que había llegado á la hora del café. Precisamente la anciana se lamentaba de las ingratitudes de Joaquín.

—Pronto hará quince días—dijo—que no viene á verme. En pocos meses ha envejecido; tiene una palidez..., un modo de mirar... ¡Parece otro hombre...! ¿Y todo por quién...? Por una perdida. Yo quisiera saber, don Dionisio de mi alma, lo que hacen esas mujeres para trastornar á los hombres y arrancarles del corazón hasta el cariño de su madre.

—El Diablo, doña Petra—repuso Bringas, filósofico y en tanto se servía una copita de anís doble—, tiene cara de mujer bonita. Yo también fui joven y hube de resistir el furioso ataque de las pasiones; crea usted que se necesita el heroísmo de los mártires, que es el mayor y más admirable de los heroísmos, para no perderse entre las mil añagazas tentadoras de que el mundo está sembrado. Joaquín carece de ese valor; el hijo de usted es... no diré un mal corazón, pero sí una cabeza loca.

El comedor era una habitación espaciosa, adornada con viejos cuadros ensombrecidos lastimosamente por la pátina de los años; alrededor de la



mesa, dos criadas voltigeaban, sin ruido, llevando y trayendo platos; de refilón cruzaban palabras en voz baja. De pronto irrumpió en el comedor doña Benita; alta, gruesa, jadeante bajo su grasiento cor-pachón.

—¡Vengo muerta—exclamó—: muerta... ¡agua...!

Dejóse caer sobre una silla, que crugió al peso de aquella masa enorme de carne devota; después, alzados los ojos al Cielo, cruzadas sobre su pechazo inútil de vieja solterona sus manos cuajadas de sor-tijas, comenzó á decir:

—¡Ay, Petra mía, Petra de mi alma...! ¡Ay, don Dionisio de mi corazón y de mi alma...! ¡Qué des-gracia tan horrible...!

Su dolor, en el que había algo teatral, la ahoga-ba; su paraguas resbaló de sus rodillas y cayó al suelo; aquello era simultáneamente dramático y ri-dículo. Bringas y doña Petra la rodearon solícitos: ella entonces se levantó y echándoles los brazos al cuello, les atrajo contra su seno.

—Petra, hermana mía..., no sé cómo decirlo...

—Habla... por Dios... habla...

—No sé... no sé... es un deber de amistad que ninguna de nuestras compañeras de Asociación se atrevió á cumplir...

Las dos camareras se habían acercado con aire contrito, vestidas de negro, cruzadas las manos sobre los petos blancos de sus delantales.

—¡Qué desgracia—repetía Benita—, qué des-gracia...!

Don Dionisio Bringas la ciñó un brazo por la cintura, porque sintió que el cuerpo de doña Benita temblaba bajo su larga capa de paño, cual si fuera á desplomarse: era un talle macizo, sin ondulaciones, deformado por la grasa de la castidad.

—Serénese usted y hable...—dijo el cura—; sepamos de qué se trata.

—Pues bien; Joaquín... el pobre Joaquín...

No pudo seguir; grandes suspiros hinchaban su garganta: pero doña Petra arremetió contra ella, y la obligó á hablar.

—¿Qué...? ¿Qué?—gritó—. ¿Qué desgracia le ha sucedido á mi hijo?

Las criadas se aproximaron á doña Petra, adivinando un desmayo. Doña Benita repuso.

—El pobre Joaquín...

—¿Qué tiene...? ¿Ha muerto...?

Fué un grito inaudito, un desgarró horrible, un trueno de dolor que estremeció las paredes; la protesta instintiva de la maternidad, revolviéndose herética y bravía contra el Dios que se lleva los hijos.

—Sí—repuso doña Benita asustada por el ímpetu de aquel sentimiento que ella desconocía—: ha muerto..., ha muerto..., le han matado...

Doña Petra perdió el conocimiento y cayó entre los brazos que la rodeaban, moviendo sus labios lívidos, buscando una frase que no halló. Un criado corrió en busca del médico más cercano, mientras la enferma era conducida á su dormitorio. La operación fué laboriosa: la anciana pesaba más que en

su estado normal, como si la tierra la atrajase, codiciosa de devorar su cuerpo casi inerte. Después Bringas, que ardía en deseos de conocer detalles del suceso, llamó á doña Benita aparte.

—Cuenta usted, querida amiga. ¿Es posible? ¡Cuenta usted...! ¡Yo estoy aterrado...!

Ella refirió cuanto sabía: lo que leyó en los periódicos y lo que en la Sagrada Asociación del Consuelo la habían dicho. La noche antes, entre doce y una de la madrugada, Joaquín Montero atravesaba la calle de Alcalá en compañía de una mujer de vida alegre: iban al baile. De pronto cruzáronse con varios individuos, uno de los cuales, según dijeron, había sido amante de la muchacha: ella, al verle, quiso retroceder, para evitar una cuestión; pero Joaquín, que conocía al otro, se precipitó sobre él, dándole una bofetada, á la que el agredido respondió con un tiro. Según parece, Joaquín Montero estaba borracho.

—El desdichado recibió el balazo en la boca—agregó doña Benita—y falleció media hora después. Esto, sin embargo, dicho sea aquí que no nos oye su madre, es lo menos malo que podía haberle sucedido; peor fuera que ahora estuviese en la cárcel por estafador. ¿No opina usted lo mismo, don Dionisio...? Es lo que dice *La Tradición*, en un pequeño comentario á propósito de los jóvenes ricos que olvidan sus deberes religiosos.

Doña Petra recobró el conocimiento suavemente, sin rebullos, mientras paseaba sobre los objetos y



personas que la rodeaban una mirada dulce y estúpida. Estas primeras sensaciones no despertaron en su cerebro ninguna emoción, ninguna imagen; no podía hablar; los ruidos llegaban á su conciencia infinitamente debilitados y borrosos; bajo su cráneo el dolor dejó un vacío inmenso; se reconocía débil, incapaz de todo movimiento, entre las paredes de una habitación que no recordaba; los semblantes de doña Benita y don Dionisio carecían á sus ojos de expresión y relieve; eran rostros planos como la cara de los macacos japoneses. Luego, bruscamente, reconoció el dormitorio, con sus cortinajes oscuros y sus viejos sillones descoloridos. Estas ideas trajeron otras: su personalidad resurgía de un abismo tenebroso y parecía avanzar calladamente, como de puntillas: recordó su nombre, vió á Bringas y á doña Benita, en pie delante del lecho, mirándola cariñosamente... Otras imágenes se asociaron á las primeras; recompuso las escenas de aquel día, el almuerzo, la visita de don Dionisio, la llegada de doña Benita... y lanzó un grito.

—¡Joaquín...!

Volvió á desvanecerse, y fué necesario recurrir nuevamente al frasco de sales y á los pediluvios de agua caliente. Este segundo desmayo duró menos. En los días sucesivos, la anciana se mostró embrutecida; no lloraba ni hablaba, y los alimentos, que eran todos líquidos, los bebía maquinalmente; después comenzaba á hipar, como queriendo echar fuera aquel dolor inmenso que transía su alma.

La muerte de Joaquín Montero también halló eco y sirvió de comidilla en los salones, tanto más cuanto que los periódicos la relataron de muy diferente manera: *La República*, por respetos, sin duda, á la antigua vizcondesa de San Bartolomé y á Daniel Carmona, sólo publicaba las iniciales del muerto y refería el hecho sumariamente; *La Tolerancia*, *La Tradición* y otros periódicos reaccionarios, en cambio, narraron la muerte de Montero con lujo de pormenores y necias glosas acerca de los crímenes acarreados por el desenfreno de las pasiones, las campañas heterodoxas y el fatal desmayo y eclipsamiento de los ideales religiosos.

El trágico fin de Joaquín Montero despertó en la Secretaría de la Asociación de Nuestra Señora de la Piedad un eco cruel.

—¿Conque... nos le han quitado de en medio?— preguntó don Carmelo.

—Sí—repuso Bringas—: anoche. ¡Es lástima...!

—¡Pobre muchacho...! Realmente era una bala perdida; debía acabar así.

—Crea usted, don Carmelo—repuso Melgares sentencioso—; hay tiros milagrosos que parece ser Dios mismo quien los da...

A Fernanda Montero, la muerte de su hermano no la hizo llorar: su primera emoción fué dolorosa; luego, comprendiendo el partido que la prensa ortodoxa procuraba sacar del hecho, y las alusiones á ella dirigidas, su dolor se trocó en frialdad. Daniel Carmona, leyendo entre líneas, también reconoció que,

á pesar del tiempo, las desgracias de la vizcondesa de San Bartolomé no habían sido perdonadas aún.

El taller había recobrado su aspecto habitual: el pintor pasaba los días distrayéndose en concluir algunos cuadros de los muchos que, en otras épocas mejores, había dejado sin terminar; Fernanda desempeñaba los menesteres caseros, como antes; estaba más delgada, pero saludable, y la juventud volvía á resplandecer en sus ojos con su habitual expresión de serenidad y valentía; mientras ella trabajaba, Juanín dormía en su cuna de mimbres: otras veces, cuando se sentaba á coser cerca del caballete, cogía al chiquillo, le colocaba sobre el regazo y le daba el pecho; un pecho duro y blanco, más grande que la cabeza de Juanín. Entonces Daniel Carmona interrumpía su pintar y, cruzado de brazos, observaba con triste embelesamiento ese momento admirable en que la madre da á sus hijos su sangre, y pensando en la posibilidad de que un día, ni para él ni para los suyos, hubiese pan. A ratos el pintor cogía á Juanín y le acercaba á la lámpara; el chiquillo lloraba deslumbrado; Fernanda se enfurecía.

—Déjale, mujer—decía Carmona—; éste será pintor, como yo, y es necesario que, desde chiquitín, se aficione á la luz.

Los días pasaban uniformes, y su silencio parecía aumentar las inquietudes del porvenir. Bajo la ventana del estudio se extendía un vasto paisaje entristecido por el invierno; el frío deshojó los árboles del paseo de Santa Engracia; el convento de monjas



dormía bajo sus tejados irregulares, semejante á un animal muerto; las chimeneas de las fábricas próximas lanzaban sus penachos de negro humo sobre el inmenso horizonte gris; muy lejos, la sierra de Guadarrama dibujaba una línea azulosa ondulante. Sobre aquel paisaje aterido los crepúsculos vertían la melancolía inexpresable de las grandes cosas muertas. Daniel y Fernanda solían pasar largos ratos meditando ante la ventana; era una meditación incolora que quebrantaba su ánimo, y les excitaba á envidiar la sabiduría de los faquires indios, que esperan la muerte sin sentir.

—Esto es hermoso—decía la joven—; triste y hermoso. ¡Qué pequeños somos, qué grande el Mundo... y cuán separados vivimos de él...!

Volví la cabeza hacia Juanín, dormido en su cuna de mimbres.

—Él también será hombre—agregaba—y luchará como nosotros, y como nosotros envejecerá y morirá... ¡Es triste nacer...!

Estas reflexiones sencillas, dichas en voz baja, tenían la vulgaridad sublime de la muerte.

—¡Cuántas horas—murmuraba Daniel—he pasado con la frente apoyada sobre estos cristales y pensando en ti...!

Ella le abrazaba enternecida, admirando su cabeza dolorida y noble.

—¿Me has querido mucho?

—Mucho... Desde que te conocí, te quise con toda mi alma.

Y mientras la estrechaba contra su corazón, miraba al espacio, al tiempo sin límites, por donde su ambición de artista no se resignaba á pasar sin dejar su nombre... Entonces volvía á recordar su miseria; aquella estrechez humillante, que desde hacía muchos meses iba conjurando con tablitas y ligeros apuntes vendidos á bajo precio y sin firma á un corredor de cuadros. Esta lucha mezquina aniquilaba sus fuerzas; era el horrible hundimiento del artista célebre que cayó en desgracia y habrá de apelar al anónimo cobarde para poder vivir.

Aquella mañana, el correo llevó á Daniel Carmona una carta de don Ramiro Salinas, convidán- doles, á él y á Fernanda, al baile de máscaras que había de celebrar en su casa dos días después. La galante invitación de Salinas estremeció el estudio, y llenó de júbilo á los dos desterrados.

—¿Qué te parece?—preguntó Carmona.

—Me parece muy bien; es una noticia excelente..., un rasgo inverosímil de amistad para nosotros y de independencia hacia el mundo.

—¿Iremos...?

La joven vaciló; en sus grandes ojos negros había la movilidad febril que tiene la mirada de los buenos tiradores de armas.

—Sí, iremos—decidió resuelta—; debemos hacer cuanto esté de nuestra parte para no morir solos.

Luego agregó:

—O ve tú solo.

—Nunca...! O los dos, ó ninguno—interrumpió Daniel—; juntos nos perdimos..., juntos hemos de salvarnos.

Fernanda reflexionó.

—Bien—dijo—, como quieras...

Pero el pintor receló una traición.

—Tengo miedo—murmuró—; el ridículo me asusta. Si te parece, hablaré con Ontígola; es un buen amigo, que sabrá aconsejarnos.

Daniel Carmona visitó al médico, y le expuso claramente las dudas que allí le llevaban; don Bernardo celebró mucho la noticia, y su opinión apoyó, sin vacilaciones, la de Fernanda. Salinas era un excelente caballero, de noble y tolerante criterio, é incapaz de hipocresías, amañes ni dobleces. Vivía con una hermana viuda y mayor que él, y esta circunstancia y su mucho dinero, le proporcionaban absoluta independencia; conocía á mucha gente y tenía el raro tacto de tratar á cada cual según sus merecimientos, lo que le permitía ser respetado y bien quisto de todos. Ecléctico por temperamento y filósofo á su modo, don Ramiro Salinas creía que todas las teorías distan igualmente de la verdad absoluta, y como este criterio siempre armoniza algo con las opiniones, por opuestas que fuesen, no había hombre honrado que le fuese perfectamente antipático. Ello daba á sus reuniones un carácter encantador de cordialidad y buen tono; los banqueros, príncipes como él de la Bolsa, y las personalidades más importantes de la política concurrían allí, y



como don Ramiro y su hermana eran muy aficionados á las bellas artes, los escritores y los artistas, buenos ó medianos, no faltaban jamás.

—Vaya usted—añadió Ontígola—; yo también iré, y sé que pasaremos todos una buena noche. A usted, por su profesión, no le conviene aislarse. El mundo es malo, pero olvida pronto... Y, aunque así no fuese: Salinas es tan amigo de usted como de los demás, y su neutralidad equipara las fuerzas y no permite á nadie la menor ventaja. ¿Qué más puede pedírsele...?

De vuelta á su estudio, Daniel y Fernanda procedieron al examen de sus trajes, y era cómico y triste ver cómo aquellos dos antiguos elegantes, expulsados del mundo durante tanto tiempo, renacían á la vida hablándose como muchachos que fuesen al baile por primera vez. Carmona se probó el frac delante del espejo; estaba intacto, aunque muy arrugado.

—No te importe—dijo Fernanda—; yo lo plancharé; quítatelo.

—Espera; dame ahora el gustazo de verme así.

Iba y venía, balanceando el cuerpo, palpándose los faldones, inspeccionando los guantes, familiarizándose de nuevo con toda aquella ropa que olía á gran mundo.

—Este frac llevaba yo cuando te conocí; ¿recuerdas dónde?

—¡No he de acordarme...! En casa de Algorta.

—Precisamente.

Juanín, que dormía en su cuna de mimbres, hizo un movimiento y, al abrir los ojos, rompió á llorar.

—¿Ves?—exclamó el pintor jovialmente—. La costumbre de verme mal vestido; el chiquillo me desconoce.

Las botas de charol estaban nuevecitas; únicamente el sombrero de copa, por anticuado, parecía inservible.

—Compras otro—dijo Fernanda.

—¡Diablo..., gastar veinte ó veinticinco pesetas...! Sería preciso vender ó empeñar algo...

—¿Y qué...? Se vende ó se empeña; no vas á presentarte hecho un elegante en mal uso...

Bromeaba, aceptando su pobreza con la inconsciencia heroica de las almas bohemias, eternamente jóvenes. Lo importante era ir á la reunión; aquel baile les parecía el primer paso que el Destino, cansado de atormentarles, les permitía dar hacia la sociedad, que era para ellos el triunfo. La joven repasaba los talones de sus medias, buscando las mejores.

—¿Y tú?—preguntó Carmona.

—Yo, de cualquier modo estoy bien; voy disfrazada...

—¿Y las joyas?—exclamó de pronto Daniel.

—Eso... eso es lo malo... ¡las joyas...!

Recordaron sus amistades más íntimas: la vecina del cuarto inmediato, la dueña del almacén de vinos de la esquina...

Y se echaron á reir.

—¡Aún no he podido comprarte ni una sortija!—  
suspiró el pintor—. ¡Cómo ha de ser...!

—Y aunque la hubieses comprado, tonto—repuso  
Fernanda—, sería igual...: no la tendríamos aquí...

—También es cierto.

Se abrazaron riendo, admirados de ser tan felices siendo tan pobres. Cuanto más reflexionaban en el baile, más útil á sus intereses les parecía.

—Tengo ganas de echarme á la cara á todos esos imbéciles—decía Daniel.

—Y yo, cuando vea á la marquesa de San Juan ó á la vizcondesa de Algorta, con sus interesantes hijas..., ya sé qué he de hacer: mirarlas atentamente, y en seguida... mirar á otra parte.

Después de mucho discutir, acordaron reducir los gastos á la compra del sombrero de copa y al alquiler de un traje, que podría ser de pasiega ó de gitana, por avenirse mejor con la falta de joyas. El sarao comenzaba á las diez y media, mas ellos no irían hasta las doce. Durante su ausencia, que sería breve, Juanín quedaría al cuidado de la vecina, á quien Fernanda había ayudado varias noches á coser y les demostraba excelente amistad. Llegada que fué la noche, se acostaron, temprano; pero Daniel Carmona no pudo sosegar: el porvenir le desvelaba; su situación iba á quedar resuelta definitivamente dentro de algunas horas; el desenlace de aquel furibundo duelo á muerte en que comprometía su nombre y su vida, llegaba ya...

A las once de la noche, los grandes Salones Ro-



jos de don Ramiro Salinas comenzaron á animarse. Las mujeres charlaban formando grupos cerca de los balcones, bajo el pabellón de los cortinajes; otras habían convertido los ángulos, adornados con palmeras y otras plantas de vista y lucimiento, en atalaya y mentidero: las máscaras estaban en mayoría; abundaban las princesitas de Watteau; tampoco faltaban czarinas y japonesas, con diademas deslumbrantes, ni disfraces caprichosos, representando flores y pájaros de entre trópicos, policromos y raros.

En aquel confuso galimatías de colorines, los trajes masculinos pintaban brochazos severos que aumentaban, por el contraste, el vigor pintoresco del cuadro: los espejos centuplicaban las luces y su refracción llenaba la amplitud de los salones de un vivísimo resplandor blanco: bajo aquella luz cruda y sobre el fondo bermejo de las paredes, las máscaras componían un barroco conjunto de cabezas empolvadas, de trajes multicolores y de nuca desnudas; baturrillo agradable y frívolo como el de las figuritas palatinas que pueblan los jardines de los viejos abanicos de nácar. La orquesta comenzaba á preludiar *La invitación al vals*, de Weber; en el ambiente cálido flotaba el aroma enervador de todas aquellas carnes juveniles, y el murmullo polífono de risas y conversaciones sostenidas al paño ó en alta voz. En los corrillos femeninos abundaban los fracs, adornados con gardenias ó rosas de té; las levitas huían del bullicio, refugiándose en los gabinetes de tresillo y en los billares.

Comenzaba el rigodón: los bailarines iban y venían, saludándose ceremoniosamente mientras componían trenzados y caprichosos dibujos bajo la luz; ellos, graves, moviendo acompasadamente los faldones de sus fracs; ellas rientes, algo irónicas, luciendo por igual las perlas de sus aderezos y de sus bocas. Salinas enseñaba á varios invitados las bellezas con que engalanó aquella parte de su hotel: los frescos del gabinete de tresillo eran de Carmona, y representaban escenas de juego, interpretadas con superior maestría y aguda intuición cómica: Claudio Antúnez había pintado para el comedor una *Cena de bacantes* que ya iba siendo célebre; los dos gladiadores del recibimiento y la *Venus dormida* de la escalera, eran obras de Bernardo Montoya...

Nuevos invitados iban llegando: Ramiro y su hermana acudían á recibirles y sabían tener atenciones para todos. Victoria Ferrándiz, baronesa del Tajo, y la marquesita de Górgoles, entraron juntas: Victoria llevaba traje de tul negro con bordados argentinos: el vestido de la marquesa de Górgoles, una de las figuras más raras y encantadoras del gran mundo, era de gasa azul, y el aderezo de perlas negras: tras ella iba Tomasito Calleja, estirándose los puños de la camisa, y poniendo al andar, los ojos, en el brillante charol de sus zapatos. Después llegaron el marqués de San Juan con su mujer y su linda cuñadita Teodora, disfrazadas de tulipanes: el marqués parecía ahogarse tras la pechera blanca y rígida de su camisa. Salinas corrió á saludarle.

—Bienvenido, marqués; le echábamos á usted de menos.

—Muchas gracias... Las niñas me trajeron á remolque; ya voy siendo viejo para estos trotes.

Los dos tulipanes le habían dejado bruscamente y atravesaban los salones en busca de amigas que embromar. Vélez se volvió; Salinas hablaba con un señor, alto y rubio, que parecía extranjero.

—Conste—dijo Vélez—que no perdono la paliza de ayer tarde; en los billares espero.

Y se fué, repartiendo saludos y apretones de manos, mientras detenía la mirada concupiscente y retozona de sus ojos claros en los escotes de las mujeres.

Ontígola y don Pablo Ardémiz estaban en el gabinete del tresillo, contemplando desde la puerta el rigodón que bailaban unas pastorcitas de Watteau bajo la dirección del veterano vizconde de Algorta. En el salón contiguo, ocultas tras unas palmeras, Victoria y Carmen Flores y la marquesa viuda de Górgoles, se despicaban desollando crueles á sus amigos.

—¡Allí veo á Ontígola!—exclamó Victoria.

—Llámale; don Bernardo sabe muchos cuentos.

Carmen Flores miró al médico, atrayéndole con leves movimientos afirmativos de cabeza.

—La marquesita de San Juan me llama—dijo Ontígola—; veamos qué quiere.

—Vaya usted—repuso Ardémiz.

Achacó su retraimiento al mediano estado de su frac. Don Bernardo sonrió.



—Como usted guste; luego improvisaremos con Pepe Gamero una partida de tresillo.

En un pasadizo encontró al marquesito de Casa-Soler, con varios amigos, jóvenes como él, relamidos, impecables, con los cabellos celosamente alisados por el cepillo y el cosmético. Todos rodearon á Ontígola. Casa-Soler preguntó:

—Don Bernardo... ¿Quiere usted apearnos de una duda?

—Según...

—¡Quiá, no...! ¡Aquí no sirve buscar la tangente...!

Le puso las manos sobre los hombros, como para demostrar á sus compañeros con estos pegajosos alardes de franqueza lo mucho que Ontígola le apreciaba y distinguía.

—Según—insistió el médico—; á la gente moza suele ocurrírsele unas dudas...

—¿Es cierto que la marquesa de San Juan tiene muchos lunares en las piernas...?

Todos rieron: don Bernardo sonrió también, y aquella risa era en sus labios una absolución; la indulgencia con que los ancianos muy vividos suelen juzgar las faltas de la mocedad mal educada.

—Si fuese de una mujer soltera—dijo—, le contestaría á usted; de las casadas no debemos hablar. Es peligroso...

Sorteando á los bailarines, llegó Ontígola adonde Carmen y sus amigas le esperaban.

—Venga usted, don Bernardo, venga usted—

dijo la marquesa de San Juan —, aquí tiene usted una silla que Victoria ha podido robar no sé dónde.

Todas se levantaron y volvieron á sentarse, dejándole en mediõ, y un poco detrás.

—¿Qué novedades hay?—preguntó Victoria—. Ande usted, don Bernardo; cuéntenos usted algo...

—¿De qué... ó de quién...?

—De... de Fermina Liñán.

—No la he visto.

—Mírela usted allí..., cerca del piano.

El médico siguió el movimiento de la joven, poniéndose sus quevedos de oro con movimiento pausado.

—¡Ah, sí...!

—¿Es cierto que tiene relaciones con Paco Vergara, el director de *La República*?

—Eso dicen...

—No comprendo—exclamó Carmen—que nadie elija á sus amantes entre los hombres casados, habiendo solteros tan buenos mozos.

—Es que Paco Vergara—interrumpió la marquesita de Górgoles—es un muchacho de talento encantador, ligero y agudo. He leído crónicas y versos suyos muy bonitos.

—Sí, tendrá talento; mas no sé de qué le sirve, porque, según Tomás dice, nunca tiene dinero.

—Victoria acierta—dijo Ontígola—; los pobres poetas marchan de capa caída; los tiempos heroicos pasaron; hoy no comprendemos cómo los atenienses prisioneros en Siracusa pudieron recobrar

la libertad recitando á sus carceleros versos de Eurípides.

En el saloncito japonés, Teodora, la cuñada del marqués de San Juan, cansada de dar vaya á sus amigos, se había sentado, dejando el antifaz sobre su falda, formada por cuatro pétalos enormes. Las vizcondesitas de Algorta, Teresa y Pilar, se acercaron; vestían de circasianas, y sus abundantes cabellos negros, sembrados de brillantes, velaban á medias sus hombros desnudos.

—¿Te aburres, Teodora?—preguntaron.

—No, descanso; he charlado hasta por las uñas. Ahora parece que la lengua se me duerme dentro de la boca.

Sentadas tras un transparente poblado de macacos ridículos, hilvanaron un diálogo rápido, frívolo como un vals. Pilar dedicó un ligero recuerdo á Jacinta.

—¡Pobrecilla...! ¡Cuánto hubiese reído esta noche...!

Sus ojos se arrasaron en lágrimas y la pena empañó su voz; pero sus amigas no dieron importancia á aquel dolor, informadas por íntima y personal experiencia, de que todas las mujeres nerviosas lloran siempre que quieren.

De repente Teodora exclamó, palmoteando:

—¡Ah...! ¿Queréis saber el chasco que le dieron ayer al de Casa-Soler?

—¿A Fernandito...? ¡Cuánto me alegro!

—Y yo... ¡por idiota...! El muy cuco nada quería



decirme; pero empecé á sonsacarle, y al fin..., dejándome pellizcar un brazo, logré mi objeto. Le he dejado fuera de sí; quiere casarse conmigo... ¡Qué se yo! Conque, veréis...

La brusca aparición de cuatro enmascaradas interrumpió el diálogo.

—¡Adiós, Pilarcita...! Teresita, mujer..., ¿qué haces aquí...? ¿Y tú, Teodora, no dices nada...? ¿Cómo tienes el pico tan cerrado...?

Las obligaron á levantarse, pellizcándolas, empujándolas, haciendo carambolas de reunión con las tres.

—¡No nos conocéis, no nos conocéis...!—repetían.

Y se las llevaron, arrastrándolas á través del gabinete de tresillo, donde el humo de los fumadores empezaba á ser visible.

En los billares don Raimundo Ortiz y el fiscal de la Audiencia, don Heriberto Medina, jugaban contra Salinas un partido á palos. El vizconde de Algorta y el marqués de San Juan presenciaban el duelo apoyados sobre sus tacos.

—Has cometido una torpeza—murmuraba el vizconde—; una gran torpeza, que puede perjudicarnos á todos.

—Lo sé demasiado; no dejo de pensar en ello...; pero se empeñó en venir, y ya sabes quién es Luisa... Creo, sin embargo, que no vendrá. Ella sólo quería arrancarme las invitaciones que Ramiro me había dado, y salirse, como siempre, con su voluntad; lo grado este objeto, el baile no la importa...

En el comedor, la vizcondesa de Algorta hablaba gravemente con varias amigas: el negro brillante de su traje realzaba la blancura de sus hombros y de sus brazos opulentos, cubiertos por una gasa sutil; entre sus cabellos nevados refulgía una doble hilera de brillantes. La anciana vizcondesa comentaba la muerte de Joaquín Montero, compadeciendo á doña Petra y asegurando que aquel asesinato era un nuevo remordimiento para Fernanda, autora principal, por no decir única, de cuantas desgracias abrumaban á su familia. Aquella conversación interesaba á las damas allí reunidas, pues así como las aventuras aristocráticas despiertan la curiosidad del bajo pueblo, de igual modo hallan eco en las esferas del gran mundo los lances escandalosos ó criminales de las mancebías. Para la esposa de don Raimundo Ortiz, como para la vizcondesa de Algorta, el ejemplo pernicioso de Fernanda había concitado contra ella y los suyos el desprecio de los hombres y la ira del Cielo. Fernanda era responsable del abandono en que se hallaba doña Petra, de la muerte de Joaquín, que parecía haberse entregado á la bebida y á otras disipaciones para aturdirse y no pensar en el deshonor y avillanamiento de su hermana; y responsable, también, de cuantos desastres llovieron sobre el hogar de Daniel Carmona, cuya rehabilitación juzgaba imposible...

—¿Y la mujer de Carmona?—preguntó la vizcondesa.

—Nadie ha vuelto á saber de ella; creo que Lo-

renzo Alba la dejó poco después de ocurrir el escándalo que todas conocemos. De quien el conde anda enamoradísimo es de la viuda de Górgoles: me lo ha dicho el Padre Melgares....

La conversación rodó por otros derroteros. La vizcondesa de Algorta había pasado el día en la capilla del Cristo de San Ginés, donde hubo misa por la mañana, y por la tarde completas y reserva. La esposa de don Raimundo dijo que á la mañana siguiente iría á la iglesia de Nuestra Señora del Buen Suceso, donde había vísperas solemnes, con asistencia de todos los curas párrocos, y después estación, rosario y sermón...

—¿Quién predica?—interrogó la vizcondesa de Algorta.

—El Padre Carmelo; es buen orador, un verdadero apóstol, lleno de fe, conciso y violento. Sin su esfuerzo y su valor, que son inmensos, las obras del Colegio de Nuestra Señora de la Piedad no habrían comenzado nunca.

Alguien recordó lo mucho que los vizcondes de Algorta hicieron en provecho de la piadosa fundación, y todas alabaron su celo y acendrado fervor. La anciana explicaba su conducta modestamente; sus generosidades no entrañaban mérito alguno, pues ella, á fuer de cristiana rancia, se creía obligada á velar por los intereses del culto, y quien cumple sus obligaciones no merece elogios...

Pasó un joven, que saludó ligeramente.

—¿Es el novio de Matildita Llordéns?



—Sí; no sé á qué habrá venido...

Dedicaron un recuerdo á la pobre Jacinta, tan guapa, tan fiel y tan desgraciada; comprendían que don Javier Celada estuviese inconsolable.

—¡Si le hubieran ustedes visto cuando enterraron á su mujer...!

—Yo le vi; estaba pálido...

—Lívido como un muerto; su dolor daba ganas de llorar. ¡Qué pocos hombres tienen su corazón...!

La esposa de don Raimundo recordó un detalle conmovedor.

—¿Recuerdan ustedes lo que hizo cuando los empleados de la Funeraria cogieron el féretro?

—Sí; volverse de espaldas para no ver que se lo llevaban.

—Jacinta murió podrida, ¿verdad?

—Sí; ¡Dios la haya perdonado...!

—Parece que Celada tampoco anda bien de salud. ¡Como la quería tanto...!

—¡Qué horror!—exclamó la vizcondesa de Algorta—. ¿Ustedes saben si el cáncer es contagioso?

Lejos, dominando el mareante murmullo de las conversaciones, vibraban las notas voluptuosas y tristes del sagrado Waldteufel, el gran músico de los amores juveniles.

—Es el vals de *Los Adioses*—exclamó la marquesa de San Juan, alborozada—. ¿Lo bailamos, doctor?

Ontígola se levantó sonriente, saludable y macizo, dentro de su frac; sus grandes ojos habladores pare-

cían reir á carcajadas; Carmen se irguió ágil y gallarda entre los pétalos de su disfraz, y empezaron á valsar; el rápido movimiento giratorio de las parejas les aturdía, arrastrándoles; el espíritu de Waldteufel gemía seductor en las cuerdas quejumbrosas de los violines:

*Il est un air, à la fois vif et tendre,  
dont j'ai garde le touchant souvenir...*

Tres máscaras disfrazadas con elegantes capuchones de seda carmesí recorrían los salones, despertando gran curiosidad y confusión; iban enguantada y no llevaban joyas ni descubrían detalle alguno que permitiese reconocerlas; luego huyeron, dejando tras sí un reguero de alegría y locura. En el saloncito del tresillo vieron á Ardémiz, que se aburría hablando de política con Gamero.

—Adiós, Pepe..., adiós...; cuando pases por la Puerta del Sol, no vayas metiéndote el dedo en la nariz. No es correcto.

—¿Yo...? ¿Un dedo en la nariz...? ¿Por la Puerta del Sol...?

Se desconcertaba. Las enmascaradas la emprendieron con Ardémiz.

—¡Pablo..., Pablito..., no nos conoces!

Cogidas de las manos, danzaron en loco aquellarre alrededor del anciano, que sonreía imperturbable. Una de ellas se acercó á don Pablo, murmurando á su oído algo que Pepe Gamero no pudo escuchar. En seguida se fueron.

Los tres capuchones atravesaban el salón, deslizando entre las parejas.

—Adiós, Ontígola.

—Adiós, vizconde..., adiós.

—Adiós, mascarita.

Al ver á la baronesa del Tajo, corrieron hacia ella.

—¿Cómo estás, Victoria?

—Bien...; ¿y vosotras?

La joven se levantó; ellas la besaron, examinaron su magnífico traje de tul negro con bordados de plata, acariciaron suavemente sus hombros desnudos.

—¡Qué guapa y qué elegante estás...! ¿Y Tomasito?

—Aquí le tengo...

—Me alegro. ¡Todo se sabe!

—¿Qué sabéis?

—Cosas tuyas.

—¿Mías...? ¡Qué inocentes serán!

Vacilaba, mordida por la emoción que infunde á los nerviosos el misterio de los antifaces, con sus ojos brillantes y movibles, como un burbujeo de almas...

—Sabemos que una amiga tuya se ha casado...

—¿Una amiga mía? ¿Quién...?

—Sí, la conoces muy bien.

—¡Oh! Si no me dais otros pormenores...

—Su marido se llama Arcadio. Adiós... ¡Hemos leído la carta que ella te escribió...! Adiós...



—¡Oye, máscara...!

Quiso detenerlas; pero los capuchones escaparon, despidiéndose con la mano y repitiendo su eterno:

—¡No me conoces... no me conoces...!

Victoria había vuelto á sentarse; sus mejillas echaban fuego. La marquesita de Górgoles extrañó aquella profunda y repentina turbación.

—¿No las conoce usted?—preguntó.

—No.

—Ni sospecha quiénes pueden ser...

—Tampoco...

Permaneció absorta, pensando en el oscuro paradero de aquella carta íntima, demasiado íntima, cuya desaparición fué siempre para ella un misterio inexplicable...

Los tres capuchones llegaron al comedor, que cruzaron rápidos buscando la salida; al llegar al recibimiento, vieron al marqués de San Juan arreglándose el bigote delante de un espejo. Una de las máscaras se acercó al anciano, y murmuró, pellizcándole en un brazo fuertemente:

—Eres un viejo chulo. Adiós...

El marqués se volvió, furioso; mas ellas huyeron hacia la calle, bajando las escaleras en tropel. Cuando regresaba al salón, le detuvo el vizconde de Algorta.

—Salinas—dijo—está disgustado; acaban de marcharse tres máscaras que no han querido descubrirse; Salinas teme que alguien haya dado mal empleo á las "invitaciones de señora..."

—Bien, calla y no seas indiscreto—repuso el marqués de San Juan, mirando desconfiadamente á su alrededor—; el peligro pasó ya...

Iban á bailarse nuevos rigodones. La marquesita de Górgoles, Victoria y la marquesa de San Juan habían vuelto á su observatorio, que ofrecía á sus espíritus inquietos ancho y fértil campo de murmuración; Ontígola las acompañaba.

—El conde del Charco va á bailar—dijo Carmen—; milagro será que no se equivoque:

—Y se equivocará, no lo duden ustedes.

Las distracciones del veterano don Fernando Lázaro, eran proverbiales. Dos años antes, Lázaro tuvo relaciones con una mujer casada. Una mañana el seductor se levantó á la hora de costumbre, y se marchó á la calle sin advertir que no se había puesto el chaleco. Aquel chaleco lo encontraba el burlado esposo poco después. Fué una distracción que le valió al conde del Charco una buena estocada.

De pronto, Victoria se echó á reir; el conde acababa de desorganizar con una torpeza el concierto de las parejas.

—¿No lo dije?—exclamó Carmen—. Está loco. A mí me han dicho...

Refirió una anécdota inverosímil; Victoria contó otra.

—Yo conozco un episodio más gracioso aún que esos—dijo Ontígola.

—¿Sí...? ¡Venga el episodio!

—Muy sencillo: que Fernando Lázaro ha llegado

á seducir dos veces, en dos épocas distintas, á la misma señora...

Ya era muy tarde, y aún resonaba bajo los balcones del hotel ruido de coches que traían nuevos invitados. Ontígola, á quien la tardanza del pintor y de Fernanda Montero inquietaba, paseaba por el recibimiento, esperándoles para suavizar con su presencia la sorpresa y probables protestas que ocasionase su aparición. Don Ramiro Salinas y Ardémiz, guiados por el mismo noble pensamiento, también estaban allí: todos sentían deseos de proteger á Carmona y á la desgraciada vizcondesa de San Bartolomé, desde el primer momento, para que el mundo, que su madura experiencia sabía egoísta y asquerosamente manchado, no les rechazase. Esta reconciliación, que había de facilitar á un insigne artista oscurecido nuevos elementos de combate y de vida, era una obra de caridad y una gran justicia.

Ya Fernanda y Daniel Carmona subían los últimos peldaños de la escalera: la joven vestía un elegante traje de pasiega con falda de seda azul y roja, y chaquetilla de terciopelo negro; el sombrero de paja, adornado con un ramo de espigas y amapolas, era grande y caía sobre un hombro, como los clásicos chambergos castellanos. Bajo el antifaz, los ojos de Fernanda parpadeaban febriles, y había en su mirar un titileo indefinible de miedo y desafío. Don Ramiro Salinas, Ardémiz y Ontígola acudieron á recibirla. Ella les dió la mano á todos con efusión marcadísima y noble, que avasalló sus corazones.



Comprendió que estaban allí por ella y por Daniel, y tan intrépido rasgo de amistad enterneció su alma: sin duda había peligros y obstáculos en que nadie pensó, y ellos se apresuraban voluntariamente á colocarse cerca de ellos, para defenderles. Mientras Carmona se desembarazaba de su gabán, Fernanda interrogó á Ontígola rápidamente.

—¿Qué hay, don Bernardo? ¿Teme usted algo...?

—No, nada... Coja usted mi brazo.

Cruzaron el recibimiento y el primer salón, donde el vals levantaba remolinos de cabelleras flotantes y de encajes.

—Tengo miedo, doctor—murmuraba Fernanda.

—Lo comprendo.

—Pero quiero mucho á Daniel, y por eso he venido. Hace tiempo que mi cariño no exigía de mi valor un sacrificio tan enorme... Y lo peor vendrá más tarde, al descubrirme...

—Ahora iremos adonde están mi hermana y sus cuñadas: ellas le servirán á usted de refugio y de distracción.

Daniel Carmona, Salinas y don Pablo Ardémiz, se habían rezagado para dar tiempo á que Fernanda y Ontígola se alejasen. Después se dirigieron al salón. La llegada del pintor produjo viva sorpresa; todas las miradas convergieron hacia él, las conversaciones cesaron y durante unos segundos cayó sobre los salones un silencio imponente; después los murmullos se reanudaron, y había en ellos algo insólito de reproche y amenaza. Carmona sufrió impasible

aquella dura prueba y continuó avanzando con paso firme; Salinas y Ardémiz, más que acompañarle, parecían seguirle: fué una exhibición heroica, una especie de guante arrojado por el desterrado en medio del salón. Tras él, aunque sofocados por el recelo y el buen tono, renacían los comentarios ofensivos. Evidentemente la impresión de aquella noche en que Daniel Carmona insultó al público del teatro de la Comedia no se había olvidado.

Sobre aquella concurrencia, en la que no había ningún semblante que le fuese desconocido, el pintor paseaba una mirada indiferente, que devolvía desprecio por desprecio. La emoción empalideció su rostro; su frente parecía más grande, sus ojos tenían una expresión vaga que alcanzaba muy lejos; bajo la luz las numerosas hebras plateadas de su barba brillaban, dando al rostro una expresión de experiencia triste y cansada. Las mujeres reconocieron la hermosura de aquella cabeza.

—Ha hecho muy bien en venir solo —murmuró Victoria.

La marquesita de Górgoles dedicó al pintor una larga mirada indefinible.

—El año pasado—dijo—, vi su cuadro *El triunfo de la vida*, y declaro que me admiró. Es la obra de un gran artista.

En el saloncillo japonés estaban las vizcondesitas de Algorta y Teodora hablando con el marqués de Casa-Soler cuando pasó Daniel. El marquesito palideció.

—¿Qué tiene usted, Fernando?—preguntó Teodora—. ¿Miedo, tal vez...?

—¿Miedo yo...? ¿A qué...?

—A que las bromitas de la Comedia traigan malas consecuencias. Se ha puesto usted lívido.

—Nosotras le protegeremos á usted... Si es necesario nos dejaremos matar por usted—agregó Pilar.

—Si palidecí—repuso el joven mohino—, es de indignación. Irrita considerar que Daniel Carmona tenga la desvergüenza de presentarse aquí después de los desprecios que le hemos hecho. Otros, por motivos más leves, se han pegado un tiro.

Ardémiz y el pintor atravesaban el gabinete del tresillo, y los jugadores, al ver al recién llegado, le acogían con un gesto de sorpresa que en vano procuraban disimular. Los ojos expertos del marqués de San Juan y del vizconde de Algorta miraron á Daniel sin parpadear. En los billares el pintor vió á don Raimundo Ortiz y á otros conocidos, á quienes saludó ligeramente. Luego siguió hacia donde la familia de Ontígola y Fernanda le esperaban.

—Temía—murmuró don Pablo Ardémiz, sonriendo—que no hallase usted á quien estrechar la mano.

Don Bernardo había vuelto al salón y hablaba con la marquesa de San Juan y Victoria.

—¿Pero cómo ha tenido Carmona valor para venir?

—¿Por qué no?—respondía el médico ecléctico—. Aquí le queremos todos...



—Sí, pero...

—¿Lo dice usted por el escándalo de la Comedia?

—Naturalmente.

—¡Bah! Aquello pasó. Repito que á Daniel, que es un noble corazón y un gran artista, le queremos todos.

Carmona había reaparecido en una puerta hablando con el conde de Charco, que reía poniéndole las manos sobre los hombros.

—Miren ustedes con qué afectuosidad le saluda Lángara—dijo Ontígola.

Las tres jóvenes se echaron á reir.

—¡Naturalmente!—exclamó una de ellas—. ¡Le trata así porque no recuerda quién es!

La noticia de que Daniel Carmona estaba en el baile circuló rápidamente, repercutiendo hasta en el apartado saloncillo donde la anciana vizcondesa de Algorta y sus amigas iban pasando la velada. Luego fueron llegando allí nuevas noticias que no tardaron en obtener pavorosa confirmación. Fernanda Montero también se hallaba en el baile; la habían reconocido varias personas, y además Ontígola andaba diciéndolo de corrillo en tertulia con bonachonería irritante. La vizcondesa se indignó.

—Eso es increíble—decía—; es venir á provocarnos á nuestra misma casa.

La cólera se propalaba de unos invitados á otros, estallando en denuestos contenidos.

—¡Atreverse á venir aquí esa mujer...!

—Y estando tan reciente la muerte de su hermano...

—Si no fuera por consideraciones á Salinas—exclamó la vizcondesa de Algorta—, yo, con mi marido y mis hijas, me marchaba ahora mismo.

Las mujeres eran las más intransigentes y coléricas. En un grupo de cabecitas, unas morenas, otras rubias y todas crueles, don Bernardo Ontígola defendía á la antigua vizcondesa de San Bartolomé.

—No rompa usted lanzas por ella, doctor—decía una pastorcilla de Watteau—; es inútil; demasiado sabemos que la historia de esa desdichada está llena de borrones. Si Fernando hubiese sabido guardar las apariencias, el mundo, que es tolerante, la hubiese perdonado... Yo, la verdad, creo que hace usted mal en permitir que su familia hable con ella.

Esta indicación molestó á Ontígola, el cual, con a puntería certera del médico viejo para quien el cuerpo de sus enfermas no tiene misterios, repuso:

—Yo sé que hay aquí muy pocas mujeres más limpias del pensamiento y de conducta que Fernanda Montero.

Se había reanudado el baile, y la música apaciguaba los ánimos. En los billares, el marqués de San Juan, Pepe Gamero y el vizconde de Algorta censuraban agriamente la conducta estúpidamente bondadosa de Salinas. Después llegó Ardémiz.

—A Ramiro—decía el marqués de San Juan—no es posible conocerle: á veces parece un despre-

ocupado que se ríe de todo lo humano y lo divino; á ratos, un hipócrita...

Don Pablo intervino en favor de Salinas.

—No, no le defienda usted—interrumpió violento el vizconde de Algorta—; Ramiro debía comprender que esto no es un baile público, ni una reunión de hombres solos, sino una fiesta íntima, adonde vienen nuestras mujeres, nuestras hijas... Es decir, lo que hay de más respetable y sagrado para los hombres de honor.

—Es que á Salinas—agregó el marqués—, como no tiene familia, todo le parece bien.

—Yo vengo solo—apoyó Gamero—, y por eso no me quejo; pero reconozco que lo que Ramiro ha hecho con ustedes es una indecencia.

—Una verdadera indecencia, sí, señor—repitió el marqués de San Juan—; esa es la palabra.

Entonces don Pablo Ardémiz se enfureció.

—¡Y es usted quien lo dice, marqués—exclamó—, siendo usted quien facilitó á Luisita Luján y á sus amigas la entrada aquí...! ¡Señores, vale más que no hablemos...!

Fernanda Montero no había querido moverse de donde Ontígola la dejó; junto á la familia de don Bernardo se sentía bien. Daniel habló con ella un momento.

—Tranquilízate—dijo—; mucha gente me saluda. Baila; debemos mostrarnos superiores á todo...

Y se fué, arrastrado por el anciano barón de San Lucas, que quería oírle explicar las actitudes



de los frescos del salón del tresillo. Después llegó Ardémiz.

—¿Por qué no baila usted, Fernanda?

Se sentó cerca de ella, pero detrás, cuidadoso siempre de que la vejez de su frac pasase inadvertida. La joven repuso:

—No me atrevo, don Pablo. Sería preciso que Salinas me invitase...

Ardémiz movió la cabeza en señal de duda.

—No—interrumpió Fernanda—; comprendo que eso es absurdo; Ramiro no ha podido hacer más por nosotros...

A pesar de su valor, se reconocía vencida, acorralada por tantos enemigos, y sólo deseaba para Daniel y para ella un poco de paz.

—Tenga usted ánimos—dijo don Pablo—; ésta es una comedia, y cada actor procura bordar su papel: usted debe representar una de las figuras capitales; no desmaye usted ante el coro.

Consultó su reloj: iban á dar las tres.

—Consolémonos—agregó el anciano—; la representación terminará pronto.

Había llegado el momento de pasar á los comedores, donde la magnificencia y perfecto sibaritismo de don Raimundo Salinas prometía á sus invitados una cena exquisita. Galanes y máscaras confluían por diversos caminos hacia las profundidades del hotel, y los salones iban quedando vacíos, con sus altas paredes rojas, sus alfombras cubiertas de flores marchitas y de cintas y encajes rotos, perdidos en el

rápido voltigeo del vals. En el saloncillo japonés, la locura de los bailarines había derribado abanicos y biombos; en el gabinete del tresillo, el humo de los fumadores velaba los frescos del estuco; por la oscuridad de las habitaciones, bajo los altos techos, el alma de Stradivarius parecía revivir en las cuerdas de los violines, que lanzaban al aire las notas elegantes, ceremoniosas y tristes de una gaveta.

El marquesito de Casa-Soler daba el brazo á Teodora.

—¿En qué quedamos? — insistía.

—Calle usted, Fernandito; no sea usted impaciente.

—Esta duda horrible me impedirá comer.

—¿De veras?

—De veras.

—Pues... ya le contestaré luego; á los postres. Ahora no; el dulce quita el apetito.

—¿El dulce...? ¡Ah, gracias, gracias...!

Tras ellos don Ramiro Salinas daba su brazo á la marquesa de San Juan, y Tomás Calleja ofrecía el suyo á la de Górgoles. El marqués de San Juan y Gamero procuraban llevar á la vizcondesa de Algorta hacia el comedor. Ella denegaba.

—No voy—repetía—, no voy.

—Pero, María..., transija usted; hacer lo contrario, es llamar la atención.

—Si voy y la mala suerte permite que esa mujer se siente á mi lado, soy capaz de levantarme; me conozco bien... Estoy excitadísima; Salinas y su her-

mana han cometido una infamia con nosotras: infamia que ha de pesarles mucho, mucho... Por lo pronto, ni mis hijas ni yo volveremos á poner los pies aquí.

La esposa de don Raimundo Ortiz y otras amigas la rodeaban; todas reconocían que la anciana vizcondesa tenía razón; pero al mismo tiempo aseguraban que la sociedad impone abnegaciones y sacrificios que es necesario aceptar. Ella, con el incienso de tantos ruegos, se enorgullecía, y por ellos tasaba la importancia y alto prestigio de su nombre.

—Yo no puedo emparejarme con una mujer que vive como ella vive—decía.

—Bien, sí...; á nosotras también nos molesta esa igualdad; pero... ¿qué hacer...? Marchándonos en este momento nos significaríamos demasiado; aquí hay varios periodistas, y podrían decir algo...

—¿Y qué...? Así sabría el mundo que hay señoras incorruptibles, como el diamante, que no transigen con el vicio.

Gamero y el marqués de San Juan también suplicaban.

—Por favor, María; considere usted que esa hermosa altivez, que tanto la honra, podría originarle al vizconde un disgusto serio.

—Lo comprendo; es la única razón que me hace vacilar...

Ellos continuaron rogando, explotando aquel punto vulnerable. Al fin, la anciana vizcondesa se levantó, gallarda y fanática, temblando de orgullo y de ira bajo el casco blanco de sus cabellos.



—Bien—dijo—, vamos; como no domine mis nervios, ustedes serán responsables de cuanto malo puede suceder. Unicamente advierto que procuren colocarme lejos de esa mujer.

—Pierda usted cuidado...

Aceptó el brazo del marqués y avanzó hacia la puerta; bajo las gasas negras del escote, la canal de su espalda aparecía blanca y mórbida. En el comedor los invitados iban instalándose alrededor de las largas mesas. Varios búcaros rebosantes de flores rompían el blanco crudo y uniforme de los manteles y aromaban el aire; los apetitosos entremeses despertaban la gula desde sus bandejillas de fina porcelana; la luz centelleaba en el limpio cristal de las copas; la sillería, estilo Enrique IV, invitaba al descanso con sus asientos muelles y sus respaldos anchos y sólidos. Adornaba el techo la *Cena de bacantes*, pintada por Antúnez: era un cuadro enorme, de compleja y vigorosa composición, donde varias mujeres semidesnudas, acostadas sobre divanes de púrpura, bebían los vinos sagrados de la alegría en ánforas de oro. En las puertas del comedor, bajo el doble pabellón de los cortinajes, los criados, vestidos de frac, esperaban.

Los invitados comenzaron á sentarse, repartiéndose según su gusto, y llevando á todas partes el buen humor de su impaciencia y de su apetito. Sobre el fondo oscuro del comedor se recortaban vigorosos los semblantes de aquella abigarrada multitud: ancianos pálidos, con los ojos y la frente tristes,

y los labios amargados por el recuerdo de los millares de viejos besos que recibieron; jóvenes animosos, que movían bajo la luz sus cuerpos enérgicos, sacudidos por el íntimo, fiero y desbordante hervor de las pasiones; siluetas femeninas, con hombros y escotes nacarinos y cabecitas frívolas, que valían fortunas; ojos interrogadores, entrecejos expertos, gargantas que parecían ofrecer al deseo hambriento el suave alimento de su piel satinada; bocas ávidas, entreabiertas por la sed de lo prohibido..., todo hacinado y como perdido en la algarabía churrigueresca de los disfraces.

Salinas atendía infatigable á sus amigos. A la derecha de la vizcondesa de Algorta estaba el marqués de San Juan, muy risueño ante la perspectiva de una cena que su vigoroso estómago de gastrónomo esperaba con impaciencia; sus ojos claros relucían de gula. Más allá se habían sentado su cuñada Teodora y el marquesito de Casa-Soler, con sus largos cabellos partidos simétricamente sobre su cráneo microcéfalo. Don Pablo Ardémiz reía entre dos Pompadour muy lindas. La marquesa de San Juan echaba el busto hacia atrás para mejor festejar los chistes con que Pepe Gamero zahería al conde de Charco por su última distracción; el pobre Lángara, al ir á sentarse, lo hizo sobre las rodillas de una señora.

—Ello ha ocurrido—decía el abogado—ahora mismo, en el otro comedor; es la nota bufa de la noche...

Enfrente de Gamero, Daniel Carmona y la marquesa de Górgoles hablaban de arte.

—Como lo bueno y lo bello—decía la joven—suelen confundirse frecuentemente en mi pensamiento, puedo decir lo que Eloisa, ya vieja y dejada del mundo, escribía á Abelardo: «No soy yo quien va á Dios; es el Arte quien me lleva...»

Ontígola reapareció en el comedor del brazo de Fernanda Montero: Daniel, al verles y percibir á su alrededor un leve murmullo de mal agüero, perdió el color.

—Adivino su zozobra—murmuró la marquesita de Górgoles, compadecida—; yo sufro también...

Todas las cabezas se habían vuelto hacia la antigua vizcondesa de San Bartolomé, que avanzaba lívida y triste bajo su sombrero pastoril cargado de mieses y amapolas. Al llegar al comedor, la joven experimentó un leve vahído, que la obligó á agarrarse fuertemente al brazo del médico; Pero Ontígola la sostuvo y avanzó tranquilo, resuelto á conseguir, de una vez, la rehabilitación de su noble amiga. Ella miraba también, y cuando vió á don Pablo Ardémiz que sonreía, animándola, ya no supo apartar de él los ojos, forzada por ese miedo que obliga á los oradores bisoños á buscar entre sus oyentes, hostiles ó indiferentes, un rostro amigo. Fernanda se aproximó á una mesa; desde lejos, los grandes ojos pardos de la marquesita de Górgoles la acogían afectuosos; después, con un movimiento casi automático fué á sentarse...



En tal momento, la anciana vizcondesa de Algorta se levantó, arrojando su servilleta sobre el plato, en una explosión violenta y fanática de todos sus músculos. Prodújose instantáneamente un silencio absoluto; la emoción había extendido sobre los rostros un paño blanco...

Daniel Carmona se levantó también y corrió hacia la puerta por donde la vizcondesa de Algorta iba á pasar.

—¡No permito—gritó— que nadie salga de aquí...!

Bajo los cortinajes su cuerpo alto de luchador, se agigantaba; su voz tenía un trémolo siniestro: era la misma voz dura, fría, que vibró insultadora una noche en el teatro de la Comedia. Todos los invitados se pusieron de pie; las personas que andaban por los salones inmediatos, adivinando algo insólito en el silencio que siguió á unas frases que no habían comprendido, pero que eran de amenaza, invadieron las puertas, componiendo una multitud extraña y atónita.

—¡Atrás!—repitió el pintor, extendiendo hacia los concurrentes una mano desesperada.

La vizcondesa de Algorta, á pesar de sus varoniles energías y de su orgullo, retrocedió. Salinas, deseando evitar el conflicto, rompía á codazos la masa de invitados.

—¡Señores...—decía—, un poco de calma...! ¿Qué ha sucedido?—Carmona, los ojos puestos en la muchedumbre hostil, repuso:

—Una mujer acaba de darme una bofetada..., y necesito que alguien responda de lo que esa mujer ha hecho.

La ira hermoseaba su frente; las máscaras se estre-  
mecían de admiración romántica dentro de sus corsés.

—¿No hay nadie — repitió el pintor—que responda de lo que la vizcondesa de Algorta ha hecho...?

—Yo—repuso el barón del Tajo, avanzando.

Ontígola contuvo á Salinas con un gesto, significándole que ya era inútil intervenir. Daniel salió al encuentro de su rival.

—¿Usted, barón? —murmuró.

—Yo, sí...

—Está bien.

Inmediatamente encaminóse al recibimiento, donde Ontígola y Fernanda ya estaban aguardándole. Carmona dijo al médico:

—Usted y Ardémiz, me apadrinarán; les espero en mi casa...

Sin despedirse de Salinas, el pintor y Fernanda bajaron á la calle y Daniel dió á un cochero las señas de su estudio; como hacía frío, cerraron los cristales de las ventanillas; la joven tenía los ojos arrasados en lágrimas.

—Olvida el daño que te causé—murmuró Carmona—trayéndote aquí contra tu voluntad; pero... la ambición..., el deseo de rehabilitarme...

Ella lloraba, quebrantados todos los resortes de su voluntad, sin fuerzas ya para represar su dolor.

—¡Oh, Daniel...! ¡Daniel de mi alma...!

—Pero te quiero mucho, mucho..., y nadie, mientras yo viva, podrá humillarte...

La atrajo hacia sí y la besó en las sienes, en la garganta, como queriendo consolar con aquella caricia el tormento que el cuerpo amado sufrió bajo las miradas depreciativas de tantos enemigos.

—Yo quería levantarte, Fernanda; ponerte al nivel de las otras mujeres, recomponer el pedestal de donde mi infausta pasión te arrancó... Y, ya ves..., no puedo; soy miserable, soy débil...

Ella, acongojada, repetía:

—¡Daniel, Daniel...!

—Y acaso sufras luego, dentro de algunas horas, un nuevo disgusto, el más grave... En fin, ¿qué quieres...? No pude contenerme..., fueron mi conciencia y mis nervios y todo cuanto hay en mí de sensible lo que protestó del barro que arrojaban sobre ti...

Al evocar aquella horrible escena, Fernanda Montero sintió que, de ira, se secaban su párpados.

—Bien hiciste—dijo—. Yo, en tu caso, hubiera hecho igual...

Cuando llegaron al estudio, la joven se desnudó rápidamente y llamó á la puerta del cuarto inmediato; abrieron en seguida; Juanito dormía en su cuna de mimbres.

—El pobrecito—dijo la modista—no ha despertado en toda la noche.

El pintor también cambió de traje, y, echado sobre un diván, esperó.



Empezaba á alborear: en el espacio brumoso, las chimeneas de la fábrica, con sus contornos inmóviles, parecían pintadas. A las siete llegaron al estudio Ontígola y Ardémiz.

—¡No hemos podido andar más de prisa!—exclamó el médico.

Todavía iban vestidos de frac, y sus rostros, fatigados por el insomnio, amarilleaban bajo la blanca claridad matutina.

—¿A qué hora es el encuentro?—preguntó Daniel.

—Dentro de un rato: á las ocho.

—¿Dónde...?

—En un campillo inmediato á la Puerta de Hierro. Los padrinos de Calleja se han ofrecido á buscar las armas; el duelo será á espada.

Daniel Carmona dió una vuelta por el taller, mirando á todas partes, palpándose los bolsillos, cerciorándose de que no olvidaba nada. Luego exclamó:

—Listo: ¡vámonos...?

Fernanda, silenciosa, miraba á todos. Estaba muy pálida; pero la misma intensidad de su emoción secaba sus ojos; don Pablo y Ontígola parecían más inquietos que ella.

—¡Adiós, hija mía!—dijo el médico—. Hasta luego. No se aflija usted...

—Adiós, doctor...; adiós, don Pablo...

Después abrazó al pintor estrechamente, despidiéndole delante de aquella misma puerta por don-

de ella dos años entró á exigirle de su pasión la suprema venganza. Y estaba heroica, como las madres espartanas, besando á los hijos que el honor de la patria llevaba al combate.

—Adiós, Daniel.

Le acompañó hasta el rellano de la escalera, y allí, sin hablar, le dió la mano; toda la mano, como hacen los hombres valientes que se despiden para morir.

Dentro ya del coche en que Ardémiz y don Bernardo habían venido, Carmona se informó de las condiciones del lance. Este se había concertado con perfecta severidad: los asaltos serían de cuatro minutos, y de dos minutos los descansos; la lucha duraría hasta que uno de los dos combatientes quedase fuera de combate. Los testigos del barón del Tajo eran su suegro, el vinconde de Algorta y el marqués de San Juan.

Daniel no contestó, y largo rato los tres estuvieron callados. El vehículo acababa de entrar en la carretera de El Pardo. El aspecto del paisaje era triste: á la izquierda, al otro lado del río Manzanares, aparecían los árboles de la Casa de Campo, que formaban una masa negruzca. El día comenzaba brumoso y húmedo; una ligera llovizna empañaba los cristales del coche, que cabeceaba penosamente sobre el suelo encharcado.

El pintor había cerrado los ojos y permanecía inmóvil, el rostro escondido en el cuello de su gabán de pieles, procurando reparar, con aquel ligero re-

poso, el cansancio de sus nervios y de sus músculos.

—¿Está usted tranquilo?—le preguntó Ontígola.

—Creo que sí.

Alargó su muñeca, que el mérito retuvo entre sus dedos; el pulso era normal.

—Perfectamente—dijo don Bernardo—; celebro esa buena disposición de ánimo; en estos casos, la tranquilidad suple á la destreza.

Recordaron algunos incidentes del baile y la terrible escena del comedor, la cual, según Ontígola, había granjeado á Carmona muchas simpatías.

—Salinas—agregó—está indignado contra la vizcondesa de Algorta; dice que la bofetada que usted recibió le alcanzaba también á él.

—¡Cuánto celebraría—exclamó Ardémiz—que Tomasito Calleja recibiese una buena estocada!

Sin odiarle, sabiéndole insignificante y despreciable, deseaba verle caer, porque el vencimiento del paladín de toda una clase facilitaba la rehabilitación del pintor. Oyendo á don Pablo, Daniel Carmona sonrió: él tenía la convicción de que iba á morir; sobre sus hombros, la mano del Destino, pesaba, empujándole...

Acababan de dejar atrás la pequeña iglesia de San Antonio de la Florida, que la caprichosa inspiración del muy alto señor don Francisco de Goya y Lucientes pobló de brujas. Los merenderos de la Bombilla, colocados á uno y otro lado de la carretera, estaban silenciosos: en los jardinillos bajo los árboles que el invierno deshojó, las mesas de már-



mol amarilleaban, y los columpios yacían en el suelo, vueltas al cielo sus panzas pintadas; en las galerías, rebozados en sus fundas oscuras, los pianillos mecánicos reposaban; los comedorcitos, hospitalarios como alcobas, presentábanse, con sus verdes persianas herméticamente cerradas, tristes y mudos como jaulas vacías: más allá, los árboles plantados sobre un campo limpio de hierbas, formaban un oquedal por donde las miradas podían dilatarse hasta muy lejos.

Ontígola sacó su reloj.

—Son las ocho—dijo—; llegaremos á la cita con algunos minutos de retraso.

Daniel Carmona le miró distraído. Acosado por el tenaz presentimiento de la muerte, repasaba los hechos más culminantes de su historia, y el porvenir de los dos seres ligados á él por tantos vínculos de amor y de común oprobio. Un instante pensó que la vizcondesa de San Bartolomé, esclavizándole en la red formidable de sus hechizos, destrozó su carrera y le quitó el laurel; pero luego, al considerar las abnegaciones heroicas de Fernanda, su cariño, su claro y fecundo entendimiento, y su paciencia en la adversidad, se halló consolado. Fernanda era su único bien: recordó su frente grande y blanca, resplandeciente de virtud; su nariz severa, su rostro inteligente y largo, sus ojos negros y poderosos como los de las viejas sibilas, su cuerpo estatuario, y sus brazos, vigorosos como los de Penteseilea; aquellos brazos que en un vértigo de celos se aferraron á su cuello

y le obligaron á caer de rodillas... Y reconociéndola tan superior, por su belleza y su espíritu, á todas las mujeres, sintió deseos vehementísimos de vengarla, de levantar á cuchilladas el prestigio de su nombre; y una fe repentina, inquebrantable, de que el barón del Tajo caería á sus pies...

El coche llegaba á la Puerta de Hierro, que cortaba el camino con su armazón centenaria de hierro y granito. A un lado, delante de la casucha donde tienen establecidas sus oficinas los servidores del Resguardo, dos guardia-civiles montados, envueltos en sus largos capotes de montaña, descansaban; los caballos, molestados por la lluvia, sacudían las cabezas.

El coche continuó, avanzó, bamboleándose sobre el suelo, que las ruedas de los camiones araron profundamente. A la izquierda, pasados unos ventorrillos puestos allí para humillación y gorja de los derechos de consumos, descendía en ligero declive hacia el río un campillo sembrado de árboles añosos. El vehículo se detuvo. Carmona y sus padrinos echaron pie á tierra.

—Espéranos aquí—dijo Ontígola al cochero.

Caminaron, sintiendo que sus botas patinaban en el lodo; bajo unos árboles vieron el landó del marqués de San Juan. Ardémiz iba delante; la lluvia caía, menuda y compacta; el paisaje se emborronaba en una evaporación brumosa. Don Pablo divisó á Tomás Calleja y á sus dos testigos, que aguantaban el chubasco sin paraguas y á pie quieto: el vizconde

de Algorta tenía las espadas, guarecidas en una funda verde.

—Démonos prisa—murmuró el médico—; la etiqueta exige en estos lances mucha exactitud.

Ontígola y don Pablo Ardémiz saludaron militarmente á los que esperaban, quienes respondieron de igual modo: únicamente Daniel Carmona permaneció inmóvil, orgulloso, las manos sepultadas en los bolsillos de su gabán; y miraba á su enemigo fríamente, inspeccionándole, como eligiendo el sitio por donde su brazo armado había de meterle la muerte.

—Aprovechemos los minutos—dijo el marqués de San Juan—, antes de que la lluvia reblandezca más el piso. ¿Les parece á ustedes bueno este lugar...?

Todos miraron apreciando las cualidades del sitio; el campo estaba desierto; los árboles ocultaban la carretera.

—No hemos podido hallar ningún médico—agregó el vizconde—: usted, don Bernardo, tendrá la bondad de auxiliarnos en caso necesario.

Ontígola se inclinó, asintiendo, y con un gesto indicó el botiquín de que venía provisto. El marqués de San Juan, que dirigía el combate, procedió á partir el campo, trazando una línea en el suelo y marcando los límites hasta donde los luchadores podían retroceder. Entretanto los otros testigos iban y venían agachándose, limpiando de hierbajos y piedras el sitio en que sus respectivos apadrinados ha-



bían de moverse: éstos contemplaban la escena impasibles y pálidos; las gotas de agua, endurecidas por el frío, lastimaban la cara como agujas y aristas de cortantes cristales. Tranquilamente, con la serena parsimonia de dos nadadores que van á bañarse, Calleja y Daniel Carmona comenzaron á desnudarse, quedándose en mangas de camisa; sus bustos pintaban sobre el fondo oscuro del panorama dos manchas blancas.

—Quítense ustedes también—dispuso el marqués—el chaleco, el cuello y los puños; el antebrazo derecho debe estar desnudo.

Los adversarios obedecieron. El vizconde de Algora desenfundó las espadas; traían cuatro, en previsión de que alguna se inutilizase; las hojas brillaban á la luz.

—Los padrinos esperan de la caballerosidad y valentía de los combatientes—dijo el marqués—que éstos no llevarán bajo la camisa ni en las piernas nada que pueda resguardarles.

—Yo, nada traigo—repuso el pintor.

Y separó los brazos del cuerpo, para que Vélez le palpase. Ontígola también reconoció á Calleja, y apreció el desarrollo de sus músculos pectorales y de sus biceps, fortalecidos en las salas de armas. Era un mozo de mediana estatura, fuerte y ágil; bajo la lluvia, sus cabellos negros se encrespaban. Colocados frente á frente, los dos rivales esperaron.

—Un momento—dijo Ontígola—; el terreno está

en declive y la ventaja de ocupar la parte más alta debe sortearse.

—Tiene usted razón..., y la indicación es tanto más noble cuanto que el señor Carmona era el beneficiado.

El marqués de San Juan arrojó una moneda al aire, exclamando:

—¡Pidan ustedes!

—¡Cruz!—gritó Ardémiz.

Los cuatro testigos se agruparon, juntando las cabezas.

—¡Es cara!—repuso el vizconde de Algorta.

Daniel Carmona no extrañó su mala suerte; lo contrario hubiera sido romper el hilvanamiento fatal que había entre todos los capítulos de su historia, y el Destino es un novelista omnisciente en cuyas fábulas la lógica no falta nunca.

Este cambio de posiciones, al igualar las estaturas de los justadores, aumentaba el interés del combate.

El marqués de San Juan advirtió que, durante la lucha, él, únicamente, como juez que era de campo, podía suspender el encuentro. Después, lentamente, unió las puntas de las espadas, puestas ya en alto, sobre la línea neutral.

—Una—exclamó.

Los adversarios esperaban inmóviles, los brazos extendidos, las piernas en flexión.

—Dos...

Hubo una pausa; el silencio indefinible de esos

segundos que parecen separar la vida de la muerte: luego añadió, retirándose:

—¡Tres...!

El pintor y el barón del Tajo se contemplaron un instante, midiéndose con los ojos, dejando resbalar una sobre otra las hojas de sus espadas; después Carmona tomó la ofensiva. Repentinamente el recuerdo de Fernanda volvía á consolarle, infundiéndole el deseo de oponer á la fatalidad un esfuerzo heroico.

—¡Ahora...!—murmuró.

Y se tiró á fondo; pero Calleja paró en cuarta y devolvió el golpe, repitiendo dos veces más el ataque; Carmona, desconcertado, retrocedía; luego detuvo á su enemigo con una finta hábil y peleó colérico para recobrar el terreno perdido. Las espadas, hambrientas de carne, se entrechocaban; los pies de los luchadores resbalaban afanosos sobre la tierra húmeda; por sus brazos velludos y sobre sus frentes empalidecidas por la ira, el agua que llovían las nubes y el sudor corrían juntos. El pintor atacaba, cuando, retrepándose, descubriéndose á veces con la esperanza de poder asegurar un buen golpe. Calleja, más dueño de sus nervios, esperaba á que Daniel Carmona se cansase, para cerrar contra él; entretanto se limitaba á refrenarle poniéndole la punta inquieta de su espada ante los ojos. Los aceros describían en el espacio un círculo brillante y siniestro; Daniel se fué á fondo, y estuvo tan cerca de su enemigo, que las cazoletas chocaron. El barón del Tajo,



que retrocedía sin perder la guardia, se pasó un pañuelo por la frente, bañada en agua y sudor. Al evitar otro golpe, la espada del pintor rozó su antebrazo, pintando sobre la epidermis una ligera línea roja.

—¡Al fin!—masculló el pintor.

Su nariz dilatada por el cansancio parecía ventear el olor de aquel sutil hilillo de sangre; la cruel satisfacción de una venganza que empezaba á cumplirse ponía en sus labios lívidos la sonrisa trágica con que saludó el verdugo la cabeza trunca de Luis XVI.

Ontígola y don Pablo Ardémiz seguían los incidentes de la lucha, apretando los labios, toda su alma puesta en aquel combate que parecía dirimir un odio de clases.

—El pobre Daniel ha perdido el dominio de sí mismo—murmuró el médico.

—Completamente; y esa acometividad va á serle funesta.

El pintor había resbalado, y Ardémiz se llevó su pañuelo á los labios, sofocando una exclamación. Pero aquello no fué nada; el combate siguió. De pronto, el marqués, que miraba su reloj, extendió un brazo.

—¡Alto!—dijo.

Los dos adversarios bajaron las espadas. El primer asalto había concluído. Don Pablo acudió á Carmona, echándole su gabán por encima de los hombros.

—Abríguese usted—le decía.

Después le llevó aparte, hablándole cariñosamente.

—Está usted fatigadísimo... Procure serenarse: comprenda usted que Calleja permanece á la defensiva para cansarle y acometerle después sin peligro.

—¡Oh...! Ya lo comprendo.

—Entonces...

—Pero no puedo contenerme, don Pablo—balbuceó jadeante—, no puedo; el odio oscurece mi reflexión... Viéndole, recuerdo lo que he sufrido..., todo cuanto él y los suyos me han hecho perder... Y, sin embargo, crea usted que nunca mi rencor, por grande que sea, llenará la inmensidad de mi sufrimiento.

Ontígola reconocía la herida del barón; era un rasguño insignificante que sólo interesó la epidermis.

—Esto no es nada—dijo el médico—; puede usted seguir el combate sin desventaja.

Se retiró, para ir adonde estaba el pintor. Entonces el vizconde y el marqués de San Juan hablaron con Calleja libremente.

—¿Cómo te sientes?—preguntó su suegro.

—Bien... muy bien.

Sonreía, mientras restañaba con un pañuelo el copioso sudor que inundaba su frente y su cuello.

—Ahora debes tomar la ofensiva—añadió Ferrándiz—; Carmona ya no puede tenerse en pie.

—No lo creas...; aún tiene fuerzas...

El también jadeaba abriendo los labios, pareciéndole que respiraba en el vacío.

Ontígola, desde lejos, apreciaba aquellos síntomas de cansancio.

—Calleja se ahoga—dijo—, y debemos aprovechar este agotamiento. ¿Quiere usted...?

—Sí, sí—repuso el pintor.

Desembarazóse del gabán y fué á ocupar su puesto; con la lengua se humedecía sus labios secos.

—Los dos minutos de descanso—exclamó Ontígola—han pasado ya.

El marqués de San Juan, que hubiese querido para su apadrinado más descanso, lanzó sobre el médico una mirada oblicua.

—Bien—dijo secamente—; vamos.

Calleja y Daniel Carmona cruzaron sus espadas.

—¡Adelante, señores!—gritó el marqués.

Esperaba el segundo ataque lentamente, con ligeros amagos, que excitaban poco á poco el coraje de los luchadores. Luego cerraron furiosamente el uno contra el otro, impulsados por un repentino deseo de concluir pronto. Carmona amagó á la cabeza y tiró al pecho, repitiendo en seguida con otra estocada al vientre; Calleja esquivó los dos golpes, tirándose luego á fondo; pero el pintorladeó la cintura, y la espada enemiga pasó sin tocarle. Volvieron á quedar en guardia, los brazos extendidos, la mirada fija y brillante, balanceándose sobre sus piernas en flexión.



El pintor respiraba anheloso; una lividez cadavérica parecía bajar desde su frente al rostro; el cansancio le ahogaba; su brazo temblaba ligeramente. Aunque muy quebrantado también, el barón del Tajo, que hasta allí se mostró prudente y tacaño de sus fuerzas, tomó la ofensiva violentamente; alrededor de su puño sólido, su espada giraba como un molinete, amagando á todas partes, acometiendo con brío incansable, y unas veces se agachaba, para cubrirse mejor, ó se crecía, para herir desde arriba, avanzando, retrocediendo, aturdiendo al pintor bajo una granizada de golpes fuertes, rencorosos, certeros como la misma muerte.

Ontígola miró á Ardémiz angustiado; el pintor estaba perdido; faltaba aún un minuto para el segundo descanso. Calleja se tiró á fondo; Carmona esquivó la estocada y cerró á su vez, descubriéndose, presentando á la ágil mirada del adversario su pecho indefenso. El barón lanzó un grito de triunfo.

—¡Ahor!—dijo.

Tras su brazo vengativo fué todo su cuerpo; y el peso de aquel cuerpo colérico y macizo de acrobata ahondó la estocada. Daniel Carmona recibió el golpe en el pecho y cayó hacia atrás, bamboleándose sobre sus piernas, que no querían doblarse.

Ardémiz y don Bernardo corrieron hacia el pintor, que pugnaba por levantarse, los ojos de par en par abiertos por la cólera y el dolor. Ferrándiz y el marqués de San Juan acompañaban al barón,

felicitándole entre dientes y ayudándole á vestirse. El marqués se acercó á Ontígola.

—¿Quiere usted algo de nosotros?—preguntó.

—Muchas gracias—repuso el médico fríamente—; el herido puede andar..

Ellos saludaron y se fueron hacia la carretera. Sostenido por sus amigos, el pintor había logrado ponerse en pie; la sangre manaba abundante de la herida; Daniel procuraba contener la hemorragia con su pañuelo; un pañuelo rojo, sobre el cual su mano desfallecida parecía más lívida.

El pintor se ahogaba.

—Este duelo á muerte—murmuró—necesitaba sangre..., y esa sangre había de ser la mejor..., la más honrada..., ¡la mía...!

## V

Luisita Luján acercó su sillón á la chimenea y se sentó displicente, los pies apoyados en los morillos de bronce: las medias eran de seda azul; el vestido, negro y liso, ceñía los suaves contornos y dintornos del cuerpo, mollar y flexible; del pequeño escote y bajo los cabellos despeinados con inteligente descuido, emergía el cuello mórbido. Sus grandes ojos pardos de muñeca, con largas pestañas y muy poco blanco, miraban distraídos el fuego del hogar; sus rojos labios tenían un gesto de desagrado que daba severidad al rostro, y lo envejecía. La lamparilla eléctrica de un elegante quinqué de bronce iluminaba las paredes del lindo gabinete, especie de bombonera ó estuche colgado de amarillo; los cortinajes de color de sol; las sillas y los confidentes coquetones, de travesaños y respaldos dorados y asientos de seda; las estatuillas de mármol, gallardas y frías, erguidas sobre pedestales afelpados; los



jugueteros, con sus entrepaños de cristal; el gran espejo colocado verticalmente sobre dos pies de caoba y que al oscilar de atrás adelante, lo hacía con ceremoniosa reverencia...

El marqués de San Juan, instalado en un sillón demasiado bajito para el crecido desarrollo de su abdomen, respiraba con dificultad, echando el busto hacia atrás mientras cubría á Luisa bajo la mirada codiciosa y brillante de sus ojos claros. Habíase producido un largo silencio hostil; los leños, devorados por las llamas, ensangrentaban momentáneamente el semblante iracundo de la joven. Era muy tarde.

—¿Vamos—murmuró el marqués—á pasar la velada así...?

Hablaba dulcemente, para no exasperarla; entre tanto sus miradas sensuales desnudaban ávidamente aquél, hallándola cuerpo grácil de estatua en formación.

—Niña...—agregó.

—¡Indecente...! ¡Déjame en paz...!

El se acercó un poco, arrastrando su sillón.

—Pero... entendámonos. ¿Por qué eres así?

—¡Asqueroso...! ¡Sapo...!

Temblaba en su asiento ante el marqués, que en aquellos momentos la producía la emoción de repugnancia que inspira el aspecto pulposo de los animales anfibios. Le miraba á los ojos, saltones y claros, brillantes, con los párpados enrojecidos y algo húmedos, como si llorasen de alegría.

—¡Sapo!—repitió.

Vélez alargó hacia ella su mano pálida, surcada de venas exangües; venas rugosas, desjugadas como raíces muertas. Luisa se levantó.

—Si me tocas—dijo—, me voy á la calle.

Como él se contuviese, volvió á sentarse, una pierna cruzada sobre la otra, descubriendo bajo la cenefa de pieles de su falda la pantorrilla cabalgadora.

Aquella tarde, Luisita Luján y Sara visitaron á Emilio, instalado, desde mediados de febrero, en una celda de pago de la Cárcel Modelo. Emilio, acusado por Martina Olivares de la muerte de Joaquín Montero, fué preso al siguiente día de cometer el crimen en una taberna de la ronda de Valencia, donde había alquilado una habitación, y desde entonces su hermana y la Filipina iban á verle todas las semanas. El mozo se desesperaba; temía las consecuencias del proceso y rogaba á Luisa trabajase en su favor; ella, si quería, podía libertarle, visitando á don Raimundo Ortiz de Marcos, de quien era amiga; al padre Carmelo, confesor de don Faustino Ruiz-Valle, en cuya relatoría se incoaba la causa; al abogado don José Gamero, que había de defenderle; al fiscal don Heriberto Medina y á otros individuos que, según su actitud, podían empujarle al presidio ó salvarle. El prestigio y las valiosas relaciones del marqués de San Juan tampoco eran saco de paja. Luisita Luján quería mucho á su hermano, y prometió salvarle.

—Queda tranquilo—dijo—; antes de dos meses te pondrán en la calle.

Aquel propósito lo fortalecían su odio á Martina Olivares, que delató á Emilio, y los consejos de Sara, para quien la encarcelación de su amante no era tarea difícil para una mujer, pues la belleza es "avatar" que corroe los códigos y barrena las conciencias más íntegras, y como por ensalmo trueca los maraños vericuetos de lo ilegal en transitables y fáciles caminos. El poder de la hermosura es infinito: las gracias de la Pompadour costaron á Francia cuarenta millones; los ojos de Lucrecia trajeron la República á Roma...

Por la noche Luisita Luján pidió al marqués cartas de recomendación para los más notorios personajes, por cuyas manos el proceso de Emilio había de pasar.

—Los conozco á casi todos—decía la joven—; pero conviene que ellos vean cómo tú también procuras la salvación de mi hermano.

El anciano eludió el compromiso varios días, pretextando quehaceres urgentísimos; pero aquella noche fué acorralado, y hubo de hacer frente al peligro; balbuceaba disculpas; el pobre señor no sabía cómo componérselas para rehuir á los deseos de Luisa sin lastimar su susceptibilidad.

—¿Cómo quieres—repetía—que yo intervenga en eso?

—¿Por qué?

—¡Bah...! Porque... porque...



—¿No sabes quién es Emilio? ¿No le conoces? ¿No le diste la mano cien veces...? Además, él mató á Joaquín Montero noblemente, cara á cara... y, aunque así no fuese, es mi hermano y quiero salvarle. ¡No me preguntes más!

Suavemente, animado por la esperanza de vencer aquel impertinente capricho, el viejo marqués comenzó á explayar su pensamiento, diciendo que él no podía inmiscuirse en aquello, porque su intercesión suscitaría comentarios que dejarían mal parada la moralidad de sus costumbres; ella era una chiquilla excelente, una locuela adorable que ignoraba las miserias del mundo y los trabajos y sacrificios innúmeros que aburren la existencia de los hombres conspicuos, obligados por su valimiento á perpetua exhibición. Por otra parte, él conocía á la familia Montero; su nombre y el de Daniel Carmona habían aparecido juntos aquellos días en los periódicos, á propósito del lance habido entre el pintor y el barón del Tajo, y los maliciosos podían suponer que él procuraba la excarcelación de Emilio Luján por lastimar á Fernanda en la memoria de su hermano.

—Además—prosiguió Vélez—, el pobre Emilio es... ¿cómo diré yo...? En fin, ya sabes tú...

—¿Qué...?

Le miraba fijamente con ojos agudos y brillantes como espadas y los carrillos hinchados de ira.

—Un hombre alegre, que tiene queridas y vive... ¡Vamos...! Que vive... de... ti, eso es... de tu cuer-

po..., de lo que tú le das... ¿Cómo quieres, gata mía, poner mi prestigio al servicio de un individuo así...?

Entonces la cólera de Luisita Luján estalló tonante, desgarradora, sin piedad para el marqués.

—Vaya—dijo—, tú no sabes con quién hablas; crees hallarte en tu casa, con tu mujer, ó delante de cuatro socios de casino que no te conocen..., y no conmigo, que te he visto borracho y en cueros tantas veces. Oye, marrano..., ¿quién eres para despreciar á nadie de mi familia? ¿Qué defecto hay en mi hermano que no haya en ti...? El tiene queridas, como tú, y vive en los lupanares, ¿verdad...? Pues como tú..., exactamente lo mismo que tú... Si á eso vamos, tan despreciables sois uno como otro. Con la ventaja para Emilio que él tiene de balde lo que tú pagas muy caro, y no hace con las mujeres lo que tú: besarlas en todas partes...

Vélez quiso ponerla una mano sobre los labios para obligarla á callar, y ella le escupió.

—¡Quita, cochino!—dijo—. No me toques la cara.

Habló á cántaros, desahogando su furia, haciendo sobre el anciano todo aquel fango dorado que la rodeaba, exasperada por la idea de que el desprecio con que el marqués de San Juan trataba á Emilio lo extendiese también á su madre, á su familia; y entonces su rencor crecía, llegando al odio inextinguible de razas.

—Tú me desprecias—decía—; pero mientras yo sea joven y necesites de mi cuerpo, tendrás que ba-

jar la cabeza y besarme donde yo mande... Por eso te insulto, para vengarme bien de ti antes de que me dejes en la calle. Si eres tan noble, tan caballero..., tan celoso de tu buen nombre..., ¿por qué vienes á verme, ladrón? Tú pasas las horas jugando á la baraja conmigo, te emborrachas con las tías que vienen á verme, duermes aquí...; otras veces vas á la cocina y te diviertes en prepararme la cena... ¡Qué bonito...! Un ex senador, un ex diputado á Cortes, un caballero condecorado no sé cuántas veces... encendiendo la lumbre y fregando los platos de una mujer pública... ¡Dime si conoces un tío más chulo y más despreciabte y más asqueroso que tú...!

El marqués de San Juan la escuchaba impasible, mirando al suelo, reconociendo, bien á pesar suyo, que Luisa estaba aquella noche más deseable que nunca. Ella continuó denostándole, sin que la embravecida corriente de su ira se remansase; todo salió á relucir en el sucio escrutinio: lo peor oliente, lo más innoble, lo más íntimo...

—¿Crees—añadió—que ignoro cómo tu mujer estuvo podrida, hace tres ó cuatro años, por culpa tuya...?

Calló fatigada de tanto reñir; el marqués de San Juan, creyéndola más serena, aventuró un ligero paso hacia la reconciliación.

—Vamos, lobita..., ¿pasó ya el nublado...?

Ella no contestó.

—Mujer, no seas rencorosa... Ya ves que yo estoy tranquilo...



—Como no tienes vergüenza...

—¡Ea! Pelillos á la mar; ¿me das la mano? ¿Eh...? ¿Me das la mano...? ¿Me das la mano...?

Se acercó á la joven, abrasándola bajo la mirada glotona de sus ojos húmedos, recordando con dolor acerbo los instantes perdidos para el deleite.

—Tontina—agregó—, figúrate que nada ha sucedido, y vámonos á dormir.

Ella levantó la linda cabeza, mostrando sobre su rostro, arrebolado por la indignación, sus ojos admirados de muñeca, ingenuos y brillantes.

—¡A dormir!—repitió.

—Sí, á dormir con tu chacho...; con tu chacho viejo, que te quiere...

Y se acercaba, inclinando el busto hacia adelante, entreabriendo los rojos labios, como goloso que sólo á la vista del dulce se regodea y relame. Pero Luisita Luján, bruscamente, se puso de pie.

—Donde te vas ahora mismo—gritó—es á la calle.

—¿A la calle...?

—Sí, señor. ¡Largo!

El anciano se levantó, abriendo los brazos, suplicante.

—Luisa.

—¡Vamos...!

—Pero, Luisa...

—Ella dió una patada en el suelo y, bajo el estrecho vestido, todo su cuerpo ampuloso y flexible tembló. El marqués de San Juan miró al reloj de

bronce colocado sobre la chimenea entre dos gladiadores de mármol: eran las dos y cuarto. Sobre los cristales de la ventana, la lluvia repetía su canción monótona... Luisa apoyó un timbre.

—Anda—dijo—, y no vuelvas nunca por aquí. ¿Oyes...? Nunca, nunca. Mañana despediré el coche.

Extendía el brazo hacia su amante, con un gesto decidido y dominador de virgen que se defiende. Una camarera llegó frotándose los ojos, medio dormida, mostrando bajo su mantón mal cruzado su pecho desnudo.

—¿Y Sara?—preguntó Luisa.

—Durmiendo, señorita. ¿Quiere usted que la llame?

—No; no hace falta. Acompaña al señor marqués. La sirvienta iba á marcharse y volvió.

—No tengo cerillas—dijo—; pero el señor me las dará. ¿Tiene usted cerillas, D. Miguel...?

—Sí... sí...

Sacó una fosforera, que entregó á la muchacha maquinalmente. Luisita Luján le miraba implacable, despidiéndole.

—¿Vamos...?

El marqués miró al techo y al suelo, sintiendo deseos de reñir y de llorar; la camarera, al comprender de qué se trataba, retrocedió, velándose en la sombra de la habitación contigua, con la tranquilidad del pueblo que asiste al destronamiento de un rey extranjero.

—Luisa..., un momento...; parece mentira...; estás poniéndome en ridículo delante de gente...

—¿Qué importa...? Yo no merezco alternar con señores tan... señores como tú. Por eso te despido. Vete.

—Aguarda, hablaremos... Te complaceré, haré lo que quieras.

—No, si no pido nada; quiero que te vayas...; tengo sueño. Márchate.

El marqués de San Juan se volvió hacia la camarera, gritando imperativo:

—¡Váyase usted...!

—¿Cómo?—dijo Luisa—. ¿Quién manda aquí...? Yo, ¿verdad...? Pues he ordenado que acompañes al señor á la calle. ¡Quédate!

—¡Váyase usted!—repitió Vélez muy sofocado.

La camarera se fué sin hacer ruido, de puntillas, sabiendo que aquella retirada sería buena para todos. Entonces el marqués de San Juan abrazó á Luisa frenéticamente, como quien recobra un tesoro que creyó perdido.

—Lobita querida, sultanita mía..., tu esclavo hará lo que digas y escribirá cuantas cartas tú quieras.

La besaba hambriento en los cabellos, sobre la nuca, dejando resbalar sus manos curiosas á lo largo de su cuerpo cimbreante. Ella le dejaba tapándose el rostro con los brazos, excitándole para dominarle mejor, pero resguardando su boca del sucio contacto.



—Ea, ¿ves? Todo pasó—repetía el anciano—, todo pasó... Tienes un geniecillo... que... ¡Ah! Me has hecho pasar un cuarto de hora horrible. En fin, déjalo...; no hablemos más de ello, y vámonos á dormir, ¿quieres...? Es muy tarde...

Su vieja carne se estremecía gozosa ante la perspectiva lujuriente del placer que llegaba. Luisita Luján levantó la cabeza.

—¿Y las cartas?—preguntó.

—¿Las cartas...? ¡Dale! Mañana las escribiré.

—¡Quíá...!

—Mañana—repitió don Miguel desconcertándose—, en cuanto me levante..., ¡palabra de honor...! Ahora, niña..., estoy cayéndome de sueño... No seas cruel.

—¡Ta, ta, ta!—murmuró Luisita—. Los recoveros no se dejan engañar por los pollos ni por los gallos viejos como tú. Si quieres quedarte aquí tienes que escribir esas cartas ahora mismo, ¿entiendes...?, ahora, y poniendo en ellas cuanto yo diga.

—¡Pero chiquilla...!

—No hay peros... ni mimos que valgan.

Amparada por la atracción todopoderosa de su carne, exageraba sus exigencias y pretensiones: el marqués cayó sobre un sillón, desfallecido; rindiéndose á discreción, aceptándolo todo, transigiendo con todo, por luego satisfacer su punzante capricho. Apoyándose sobre sus piernas un poco cortas, avanzó el cuerpo, cogiendo un veladorcito que atrajo hacia sí.

—Vaya—murmuró—, estoy á tus órdenes.

Luisita Luján fué á su dormitorio, reapareciendo con una pequeña escribanía de plata y varios pliegos de papel sellados con el timbre del Senado ó del Congreso, que el anciano tenía siempre allí para escribir alguna carta urgente.

—Toma—dijo.

El marqués de San Juan cogió la pluma y aperebióse á escribir sin otros reparos ni dilaciones.

—Todas las cartas pueden ser iguales—añadió Luisa—, y así ahorraremos tiempo y trabajo. Necesito cinco. Empieza; la primera, para tu amigote don Raimundo Ortiz de Marcos, presidente del Tribunal Supremo.

El anciano comenzó á escribir; gruesas gotas de sudor corrían por su frente triste y cansada. Luisa, en pie á su lado, parecía querer mitigar su sufrimiento pasándole por la nuca una blanca manecita infantil. De pronto le interrumpió, enmendándole un párrafo que no estimaba bastante expresivo.

—Eso no está bien—dijo—; debes poner "hermana de mi particular amigo el excelente joven... don Emilio Luján..."

Vélez protestó.

—¡Pero, mujer...!

Ella dió un puñetazo sobre la mesa.

—¡Pon lo que mando, y acabemos de una vez...!

El volvió á coger la pluma; ella continuó dictando: "Emilio Luján, de quien respondo como de mi madre..." ¡Así!

—¿No crees que debemos dejar en paz á los muertos y poner: "de quien respondo como de mí mismo"? Es bastante.

Luisita Luján movía la adorable y testaruda cabeza, desconfiando.

—Lo digo—murmuró irónica—, porque... como te conocen...

—¡Diablo! ¿Y qué...?

—Bueno, bueno, sea como dices; eres ingobernable.

Cogió el papel, plagado de tachaduras, y leyó en voz baja, produciendo un ruido vago, sostenido, monótono, como el zumbido de un moscón. Su negra silueta, gallarda y sensual como un bajorrelieve pompeyano, surgía bajo la luz nimbada del quinqué.

El, entretanto, la acariciaba las caderas.

—Está bien—dijo Luisa dejando el borrador sobre la mesa—; pero conviene que añadas aquí: "Necesito que procure usted, por todos los medios posibles, la libertad de mi recomendado."

El marqués de San Juan escribió lo que le dictaban, aturdido por el contacto y juvenil olor de aquel cuerpo diabólico que parecía enroscarse á su cuello como una serpiente, ahogándole.

—Ahora—dijo ella—, ponte á copiar; la primera copia para don Raimundo; la segunda, para don Carmelo Díaz; ése te servirá de cabeza; ¡le has dado tanto dinero...! La tercera, para el fiscal don Heriberto Medina... Anda, date prisa y no me toques más..., tiempo hay para todo.



El marqués de San Juan comenzó á escribir rápidamente, deseando acabar; y luego firmaba lentamente, venciendo una gran repugnancia, como juez bondadoso obligado á firmar una sentencia de muerte. Ella le animaba apoyándose sobre su hombro, enardeciéndole el rostro con el calor de su cuerpo. Vélez dejó de escribir para besarla en el vientre. Ella gritó impaciente:

—¡Acaba, estúpido!

El obedeció; de pronto se detuvo.

—Supongo—dijo—que no harás mal uso de estas cartas...

—No comprendo.

—Quiero decir... que, si alguno de estos individuos... te cortejase, sabrías rechazarle dignamente y ocupar tu lugar..., el lugar de una señorita...

Ella se echó a reir; fué una carcajada breve, sibilante y cruel como un latigazo.

—¡Hombre, sí!—exclamó—. ¡Vive tranquilo...!

Las cinco cartas quedaron escritas y rubricadas; el trabajo estaba hecho; era necesario pagarlo. Luisita Luján fué á su dormitorio y encendió la luz colgada bajo los mosquiteros de terciopelo, en un globo de cristal blanco; después, con los rápidos movimientos de una experiencia precoz, se desnudó, echándose en el lecho boca abajo, pasiva y dócil como un pobre animal amaestrado. Sobre la brillante piel satinada de sus caderas, á la derecha, había un lunar como la cabeza de un alfiler negro...

Al día siguiente, por la tarde, Luisita Luján dió á

su cochero las señas de la Audiencia; iba sola y vestida sencillamente, con una falda de seda negra, una blusa de terciopelo carmesí y un chambergo con largas plumas azules y blancas, sujetas por un broche de oro. Al atravesar la plaza de las Salesas vió Luisa á don Raimundo Ortiz que salía de la Casa de Canónigos; la joven le llamó agitando los guantes; él frunció los ojos, tras sus lentes de miope, y, al reconocerla, se acercó sonriendo; el coche se detuvo.

—Hola, chiquilla... ¿Dónde vas...?

—Adiós, don Raimundo; á verle á usted.

—Mal sitio es; por estos barrios hasta las piedras me conocen.

—¿Tiene usted algo urgente que hacer?

—Nada.

—Pues venga usted conmigo y hablaremos.

Ortiz de Marcos miró á todas partes, temiendo ser acechado; no pasaba nadie; únicamente vió, al otro lado de los jardinillos, un guardia municipal vuelto de espaldas; entonces, rápidamente, abrió la portezuela del vehículo y subió, levantándose el cuello del gabán. El espolique había saltado del pescante, y, acercándose á la ventanilla, pidió órdenes.

—Por la calle Almagro—dijo la joven—, hacia el Hipódromo. ¡Vivo...!

Los caballos partieron al trote, estremeciendo el suelo bajo sus patas poderosas.

—¿Y á qué santo debo agradecer la satisfacción de esta visita?—preguntó don Raimundo.

Era un viejecillo de cincuenta y ocho á sesenta

años, delgado y vivaracho, con las mejillas pulcramente afeitadas; tras los cristales de los lentes sus ojos azules y sagaces de anciano juez miraban fijamente, confesando á su interlocutor; bajo su bigote cano, amarilleado por el humo del tabaco, su boca desdentada y negra exhalaba un olor fétido.

Luisita Luján sacó de la papelera del landó la carta del marqués de San Juan.

—Esto me ha dado Miguel para usted.

—¡Ah, gracias...! Hace días que no le veo...

Rasgó el sobre y, asegurándose los lentes sobre la nariz, comenzó á leer...

—He oído hablar de esa causa—dijo—, y prometo informarme mejor y hacer en provecho de ese mozo todo lo posible. Díselo así al marqués..., sin perjuicio de que yo le escriba esta misma noche.

El coche subía rápidamente la calle de Génova; el Circo de Colón recortaba su oscura armazón de maderas bajo el claro azul de un cielo veteado de blanco.

—Yo ignoraba—agregó don Raimundo—que tuvieses un hermano.

—Sí, señor... Y... yo seré cualquier cosa..., pero él es bueno... y honrado... La única mala de mi familia soy yo.

—¿Tú...? Tú eres una santita. Comprendo que Miguel ande lelo contigo.

Cogió la carta y la guardó, preocupado, en uno de los bolsillos interiores de su gabán.

—¿Ves...?



—¡Ay, don Raimundo...! Yo le ruego á usted, por lo más santo, que salve á mi hermano; es mi único cariño... Por librarle sería capaz de todo..., de todo... ¡De lo más horrible...!

Agitaba en el aire sus manecitas enguantadas, describiendo un círculo que parecía abarcar cielos y tierra; el anciano presidente del Supremo la miraba ligeramente embelesado, calculando los deleites sin guarismo que pueden proporcionar las abnegaciones fraternales de una mujer bonita.

—¿Sabes que este landó tiene muy buenos muelles?—exclamó de pronto—. ¿Cuánto le cuesta á Vélez su alquiler?

—A la orden, como yo lo tengo, novecientas pesetas.

—No es caro; ochocientas me costaba el milord de Nieves Labarte.

—Nieves está muy contenta con su embajador; ayer la vi... ¿Se acuerda usted de cuando nos volvimos todos á Madrid, dejándolas á ella y á Patro desnudas y bajo llave en un comedor de La Bombilla...?

—¿Cómo no acordarme de tales locuras...? Mira, ¡qué casualidad...! Pronto hará un año que ocurrió eso...

Charlaron animadamente recordando episodios y nombres de amigos desaparecidos ó muertos; él ya estaba retirado; el fallecimiento de sus dos hijos le dejó sin ganas de reir; además, ya iba siendo tiempo de normalizar la vida; á su edad, el cuerpo no está

para excesos ni trasnocheos. Ella, en cambio, estaba, más guapa, menos angulosa..., y hasta más joven parecía.

Había sacado una mano del bolsillo, y empezó á pellizcarla las caderas y los brazos.

—¡Demonio!—exclamó—. Estás maciza...

Se acercaba glotón, lanzando sobre ella el aliento de su boca negra y fétida. Luisa rompió a reir con nconsciencia y alegría infantil.

—¡Usted sí que está como siempre...! Pero, desde luego, más tuno; mucho más recovero y más chulón que antes.

—¿De veras...?

Le agradaba ser tratado así, pareciéndole que aquella extremada confianza le rejuvenecía, ufano de que le hallasen menos vergonzoso y empachado que antes. Después, viendo los muslos de Luisita Luján insinuarse bajo su falda estrecha, los rozó ligeramente con el dorso de sus manos, pareciéndole siempre que aquella extraña caricia le proporcionaba una sensación nueva. Ella hablaba, fingiendo no advertir las recelosas exploraciones y taimerías del anciano, excitándole, sabiendo que del lento delirio de aquel acaloramiento estribaba la salvación de su hermano.

—Y... ¿le eres muy fiel á tu marqués?—preguntó don Raimundo, guiñando los ojos.

—Mucho; el pobre Miguelito es muy bueno; yo le quiero muchísimo... Como á un padre. Desde que estamos en relaciones no he vuelto á coquetear con nadie.

—Lo siento.

—¿Por qué...? ¡Cómo...! ¿Pensaba usted cortejarme?

—No, chiquilla... ¡Cuidadito con decir disparates...! Ya sabes que Vélez y yo somos buenos y antiguos camaradas. Siento, sí, que vivas tan retraída, tan lejos del mundo..., porque la fidelidad es una virtud que va quitándole á Madrid millares de caras bonitas. En este sentido hablé como artista, que gusta de ver la belleza por todas partes.

Se había quedado serio y procuraba recordar todas las frases del diálogo, temiendo haber dicho alguna indiscreción. Luisa Luján cerró las ventanillas, asegurando tener mucho frío, y cruzó los brazos bajo la esclavina de pieles; en la bigotera descansaban sus piececitos, primorosamente calzados. El coche pasó por delante del Hipódromo y regresaba hacia El Obelisco lentamente, crujiendo sobre el barro húmedo del paseo; el ambiente del landó, perfectamente cerrado, olía á dormitorio de mujer limpia; por los cristales se veían algunos faroles que parpadeaban en la sombra de los árboles sin hojas, bajo la claridad dudosa del crepúsculo. La indefinible cancamurria del paisaje enlutó los pensamientos de la joven, que volvió á hablar de su hermano; era una conversación lenta, triste, monótona como un rezo. Ella, que no tenía madre, cifró en Emilio todas sus ternuras; aquel casto sentimiento la dignificaba; aún guardaba la esperanza de ser buena y de vivir para él, lejos de Madrid, administrando su hacienda, ayu-



dándole con su trabajo, honrándole con su conducta ejemplar... Estos propósitos embellecían su rostro, poniendo en sus ojos y sobre sus rojos labios el exquisito hechizo del candor. Don Raimundo Ortiz, rendido á la atracción de aquella voz suplicante, contemplaba á Luisa paciente y benévolo, creyendo que todas las cortesanas, á despecho del nimbo diabólico de que la imaginación popular las rodea, llevan en sus pobres entrañas, sedientas de amor, un ángel dormido... Ella, de pronto, en un arrebato de amor maternal, colocó sus manos cariñosas sobre los hombros del viejo juez; don Raimundo podría despreciar la recomendación del marqués de San Juan, pero no la suya, ni su dolor, ni sus lágrimas; ella sería esclava del hombre que librase á Emilio del presidio, le adoraría como á un Dios, adivinaría sus pensamientos, le defendería con su propio cuerpo de un mal golpe...

—¡Sálvele usted, don Raimundo—agregó—, sálvele usted...! Y yo seré capaz..., capaz de... ¡Vaya, no puedo hablar..., no debo hablar..., no quiero que usted me oiga...! ¡Pero comprenda usted qué no harían mi agradecimiento y mi amor por el hombre que me devolviese la vida con la libertad de mi hermano...!

Tenía su voz ese algo fascinante, compuesto de mentira y de verdad, con que arrebatan a las muchedumbres las grandes actrices. Ortiz de Marcos, conmovido y sensual, la besó en la frente.

—Nada merezco—prosiguió ella—, nada valgo...,

no puedo ofrecerle á usted ni el dinero que no tengo, ni una vida que usted no quiere, ni una honra que me quitaron... Pero me quedan mi cuerpo y mi amor..., amor que será abnegación, esclavitud, agradecimiento, deleite, ceguera y sacrificio sin límites para la persona querida... ¡Don Raimundo! No me desampare usted; se lo ruego una vez más, por la memoria de sus hijos muertos...

Quiso hincarse de rodillas delante del juez; él lo impidió, cogiéndola por los brazos, obligándola á sentarse sobre el asiento, entre sus muslos abiertos, extrañando la expresión dolorida de aquel semblante donde el sol de la risa no tenía crepúsculos. Después la consoló, prometiéndola todo el peso de su enorme influencia; mientras hablaba la acariciaba suavemente, con bonachonería paternal, asegurándose de que la joven no tenía pantalones.

—Supongo—dijo—que Emilio será un excelente muchacho, porque, de lo contrario, Vélez, que es hombre de impecables y severos principios, no me lo recomendaría con el interés vivísimo que su carta demuestra. Pero ya no se trata del marqués, sino de ti..., de tu dolor...; ¡pobrecita...! Ya ves; soy viejo y..., sin embargo, me conmuevo, y los párpados se me llenan de lágrimas...

Y se frotaba los ojos con el dorso de una mano; aquellos inquisitivos ojuelos azules, á cuyo abrillatamiento y ternura la compasión y la lujuria contribuían igualmente:

—Es preciso, no obstante, que yo conozca minucio-

samente los detalles del hecho; cómo ocurrió la riña, de quién partió la agresión... y otros pormenores que han de modificar las conclusiones del fiscal...

—¿Cómo del fiscal...?

—¡Naturalmente...! El fiscal..., don Heriberto Medina, tú ya le conoces, hará el informe acusatorio...

—Pero si no quiero que haya informe, ni juicio... ¡Lo que pido es el sobreseimiento de la causa...!

Don Raimundo se quitó las gafas, abriendo los ojos y la boca en un gesto de supina admiración:

—¡Muchacha...! ¿Te has vuelto loca?

—¡Quiá, no señor...! Entonces... ¿qué pensaba usted hacer en favor mío? ¿Recomendarme á Medina? Muchas gracias... Heriberto me conoce, y con presentarme á él basta. Lo indispensable es que el proceso no siga sus naturales trámites, que se olvide...

La emoción y la sorpresa habían inundado en sudor la frente del anciano magistrado.

—Chiquilla, no digas disparates...; tú ignoras qué es eso..., pides imposibles...

—¿Por qué?

—Porque las causas pasan por muchas mesas, y todos, grandes y chicos, se enteran de ellas; desde los ordenanzas de la Casa de Socorro ó Delegación adonde el hecho corresponda, hasta mí... ¿Tú sabes, muñeco, el papel y la tinta que consume un proceso cualquiera, y los escribientes que en ello ponen mano...? Además, hay testigos de cargo y descargo, obligados por el juez á presentarse todas las semanas ó cada tres ó cuatro días en la escribanía donde es-



tén incoando el proceso... ¡En fin...! No quieras averiguar el espantoso mare mágnun de personas, intereses y compromisos que hay en el fondo de todo eso...

Hablaba confusamente, queriendo aturdir á la joven con la desordenada enumeración de tantos por menores; tirándola á los ojos toda la arenilla que consumen diariamente las mesas de la Audiencia. Luisa Luján no se desconcertó.

—Eso—repuso—no es nada; á los testigos se les despide diciéndoles que no vuelvan por la escribanía hasta nueva orden; y los pliegos escritos con las primeras declaraciones y demás zarandajas... se rompen.

El anciano se echó á reir, moviendo la cabeza, inalterable, como quien discute con un niño.

—¡Nada, nada!—repitió ella—. Los papeles se rompen, y eso... nadie puede hacerlo más fácilmente ni con menos responsabilidades que usted...

Y estaba adorable, adorable y terrible, con la fuerza avasalladora de su belleza y de la carne, para quien los Códigos no fueron escritos; exigiendo del viejo presidente del Supremo el inmediato allanamiento de todos los obstáculos, el descoyuntamiento de todos sus deberes...

—¡Pero... Luisa...!

—Sí, sí, sí... ¡Lo quiero...!

Volvió á sentirla muy cerca, enlazándose á su cuello, aturdiéndole con el vaho tibio de su cuerpo perfumado; y gozó sobre las sienes el roce de sus cabe-

llos, y vió cómo aquellos muslos de estatua en formación se rozaban voluptuosos bajo la falda... Y sintió su razón oscurecida por el delirio irrefrenable de los que matan.

—Bien—murmuró—, bien...; déjame..., retírate un poco..., ya hablaremos...

—¿Dónde?

—Donde quieras.

Ella le dirigió algunas observaciones, acosándole; hacía más de un mes que Emilio estaba preso; aquella situación no debía prolongarse; era necesario aprovechar los momentos; él prometió ocuparse de todo al día siguiente.

—Entonces—repuso la joven—, vaya usted á verme pasado mañana, por la noche; lléveme usted noticias.

—¿Estaremos solos?

—Sí, solos.

El sonrió, cubriéndola bajo el aliento fétido de su vieja boca; ella le miró suplicante.

—Pero... don Raimundo, todo menos engañar al pobrecito marqués. Eso sería horrible..., horrible.

El magistrado volvió á reír.

—De eso no hablemos—murmuró—; pasado mañana, por la noche, después del teatro, iré á verte.

En los días sucesivos, y á horas sagazmente elegidas, fueron pasando por el gabinete de Luisita Luján las cuatro figuras que, después de don Raimundo, más directamente podían influir en el sobreseimiento de la causa y excarcelación de Emilio: el

escribano don Faustino Ruiz Valle, en cuyas oficinas se instruía el proceso; el abogado defensor, Pepe Gamero; don Jaime Piquer, representante de la parte contraria, y el fiscal don Heriberto Medina. Obedeciendo los consejos de Sara, tan hábil en el arte de conocer y tratar á los hombres, Luisita Luján jugaba fácilmente con aquellos cinco personajes, explicándoles la muerte de Montero y probando á su sabor la inocencia de su hermano; entreteniéndoles con sus risas, acuciando su deseo y fortaleciendo su esperanza con pequeñas concesiones, alimentando su ilusión con la promesa de un apetitoso y dulce rendimiento que iba acercándose sin llegar, recibéndoles en su preciosa bombonera tapizada de amarillo y rojo, como para excitarles con la perspectiva de aquel dormitorio siempre abierto... Ninguno de ellos sabía que los demás hubiesen logrado de la linda hetera mercedes análogas á las por él conseguidas; todos se imaginaban preferidos y únicos en su corazón, y si luego se sorprendían mutuamente trabajando en la misma causa, se felicitaban para sus adentros, achacando su interés y filantrópicos esfuerzos á las cartas y continua presión que sobre todos ejercía la simpática personalidad del marqués de San Juan.

El prestigio de Vélez era para Luisita Luján una terrible maza de combate que hundía puertas y allanaba obstáculos y vencía y desmoronaba lo inexpugnable. Obligado por la joven, el anciano marqués había escrito varias cartas á los cuatro amigos, á quienes recomendó el asunto de Emilio, y aquellas reco-



mendaciones apremiantes eran las que todos ofrecían como origen y pretextos de sus gestiones, y la pantalla que ponía en la sombra y á seguro recaudo los verdaderos motivos de tan innoble labor. El agrio deseo de engañar al marqués en su misma casa, bajo aquellos ricos cortinajes por él comprados, estimulaba la afición que Luisita Luján inspiraba, dando á su cuerpo, hasta entonces fácil y accesible al capricho de todos, el exquisito pique de lo prohibido, de lo que se defiende y entrega poco á poco. En aquella difícil tarea de obtener, con promesas incumplidas, servicios de positiva calidad, Sara ayudaba á la joven, y el mismo marqués, inconscientemente, la salvó en más de una ocasión; y ya era *La Filipina* ó un amigo supuesto los que, anunciando su llegada con un fuerte repiqueteo del timbre de la escalera, iban á interrumpir la entrevista en su más exquisita madurez y sazón.

Luisita Luján se defendía tanto, comprendiendo que su fuerza emanaba de sus encantos no poseídos, y que una capitulación precipitada desbarataría todas sus combinaciones; y luego, cuando hubo agotado todas sus zangamangas y diplomáticos aplazamientos, empezó á rendirse: fueron derrotas sabiamente preparadas, terribles como victorias, que, por la pausa con que fueron llegando, lejos de abatir el poder de la vencida, lo encumbraron, afianzando su imperio, convirtiéndola de presa fugitiva de piratas adoradores, en tirana despótica de sus amantes, especialmente de don Raimundo Ortiz y del escribano

Ruiz-Valle, viejos neuróticos cargados de vicios extraños.

—Raimundo, sin embargo—decía Sara—, es un zorro que no hace todo lo que puede. Debes apretarle... Para ello, bueno sería que aprovecharas la carta que el marqués te dió para el Padre Carmelo; don Carmelo es muy amigo de don Raimundo y de su familia: créeme, conozco el mundo; las sotanas valen mucho; ningún cura es costal de paja...

Luisa denegaba, contenida por una preocupación muy frecuente entre las mujeres plebeyas.

—Odio—decía—á los hombres que se afeitan la coronilla...

Al fin cedió, casi obligada por el marqués de San Juan, que se dolía de haber hablado inútilmente al Padre Carmelo de aquel asunto. Luisita Luján vió á don Carmelo en la parroquia del Buen Suceso, donde el presidente de la Asociación de Nuestra Señora de la Piedad decía misa todas las mañanas. Don Carmelo Díaz leyó detenidamente la carta del marqués. Recordó que Emilio, matando á Joaquín Montero, favoreció, inconscientemente, los planes de la Asociación...

—Bien—dijo, mirando á su interlocutora con ojos sondeadores—, puede usted creer que haré cuanto sepa por complacer sus deseos y los de don Miguel; yo no olvido que la Asociación, de la que soy indigno presidente, tiene mucho que agradecer á la generosa caridad y acrisolada fe del señor marqués de San Juan...

Se marchaba inclinándose, despidiéndose de la heta con una fría sonrisa de cumplimiento. Luisita Luján, aunque joven, apreció el mucho saber mundano del sacerdote y su cabeza cuadrada, su pechazo alto y fuerte y toda su sanguínea complexión de hombre impaciente, y comprendió que era inútil retener con coqueteos y promesas aquella voluntad díscola, que se escapaba.

—Padre—murmuró—, un momento...

Don Carmelo Díaz se acercó solícito, olfateando un placer y un peligro.

Luisa agregó:

—Yo deseaba hablar con usted... Si tiene usted la bondad de indicarme dónde y á qué hora...

Se comprendieron.

—Venga usted á mi casa—dijo don Carmelo— el sábado, á las cinco de la tarde.

—¿Nadie nos interrumpirá?

—Nadie.

Sonrió de un modo imperceptible y se fué, hiriendo el embaldosado del templo con la recia suela de sus zapatos de hebilla.

Aunque agradablemente preocupado por aquella cita que prometía á su curiosidad sabrosas emociones, el Padre Carmelo no dejó de visitar aquel día á doña Petra, quien espontáneamente y por virtud del cansancio y aburrimiento que todo lo humano la inspiraba, mandó llamarle para saber por él la forma ó trámites que había de seguir para renunciar á beneficio del colegio de Nuestra Señora de la Piedad



las cien mil pesetas que formaron la dote de su hija Fernanda Montero.

La trágica muerte de Joaquín había descargado sobre la frente de la anciana un golpe terrible. Vuelta á la vida, á fuerza de cuidados y de reposo, doña Petra de Diego reconocía que algo esencial á las funciones de su pensamiento faltaba en ella: los dominios de su conciencia habían menguado; sus pobres ojos, fatigados, miraban sin emoción; sus oídos parecían abiertos sobre el vacío callado; sus labios lanzaban grandes suspiros entrecortados; dentro de su pequeño cráneo, bajo sus cabellos blancos, recogidos atrás con una redecilla, la luz de la razón iba extinguiéndose. En sus momentos de mayor lucidez, la anciana se sentía inútil, caída, digna de la muerte. La fatalidad la perseguía, cercándola y oprimiéndola por todos los caminos, como hacen las voraces hormigas con el insecto que apresaron; y lidiando contra el Destino enemigo, experimentaba el lento y siempre creciente cansancio de los caminantes que avanzan sobre un camino arenoso, de los náufragos que nadan venciendo la corriente de un río; la corriente es mansa, la arena no ofrece resistencia al esfuerzo; pero su acción adversa, aunque callada, es terrible y segura. Las aguas ceden bajo los brazos; la arena huye bajo los pies; las energías se agotan ante aquel complaciente enemigo indomable; y el náufrago se deja ahogar y el viajero cae exánime en medio del camino. Así doña Petra languidecía, tropezando con todo, reculando

siempre, cual si algo la empujase continuamente hacia atrás, poniéndola sobre el pecho una mano invisible.

La soledad empeoró la gravedad de su mal; los grandes dolores, como las alegrías ruidosas, espantan á los espíritus tímidos; la muerte de Joaquín Montero dejó á doña Petra sin amigas; todas la abandonaron, temiendo sus lágrimas y los rigores de una angustia que ni ofrecimientos ni consejos podían calmar, y esperando á que el tiempo, las meditaciones y la oración fuesen ejercitando sobre aquel espíritu su bienhechora acción sedante. La anciana, al recobrar el uso de sus máltrochas facultades, se halló aislada en aquella gran casa repleta de muebles viejos; fué una convalecencia lenta, angustiosa y triste como una agonía. Apoyada sobre los brazos de sus sirvientes, doña Petra recorría los pasillos, yendo desde el dormitorio á la cocina y viceversa, para devolver á sus piernas, con el ejercicio, su antiguo vigor; eran unos paseos fúnebres, realizados por los carrejos anegados en sombras, con sus suelos alfombrados, sus puertas cubiertas de cortinajes oscuros, sus paredes enlutadas por antiguos cuadros místicos cubiertos de hollín y de polvo; su Cristo, expirando en el recibimiento, ante una lamparilla... Doña Petra acabó odiando aquella casa, donde todo la recordaba al hijo eternamente ausente; lloró mirando el perchero en que Joaquín colgaba sus sombreros y su gabán; y lloró también, hasta accidentarse, en su habitación, viendo sus retratos diseminados por la

pared, la mesa donde escribía, sus zapatillas empolvándose á los pies de la cama... Entonces volvió á su gabinete, resuelta á no salir de allí nunca más. Sus amigas, poco á poco, tornaron á rodearla, holgándose de hallarla resignada y con los ojos secos; doña Benita y doña Eufemia Ajero la visitaban casi diariamente, poniéndola al tanto de las operaciones realizadas por la Junta de su Congregación en aquellos últimos meses, y las Hermanitas de la Sagrada Asociación del Consuelo también iban y se marchaban, pasando como sombras melancólicas bajo los altos techos de las enlutadas habitaciones, dejando sonar rítmicamente las cuentas y medallitas de sus rosarios sobre el burdo paño de sus hábitos negros. En la penumbra soñolienta del salón, los viejos muebles crujían devorados por la carcoma; desde sus cuadros, Moisés separaba con un gesto las aguas del Mar Rojo, y Jesús avanzaba solemnemente sobre las olas bravías del Tiberiades, que fosforeaban bajo el nimbo luminoso de sus divinos pies; junto á la puerta del gabinete, la concha hallada por un peregrino á orillas del Jordán ofrecía á las pecadoras manos de los visitantes el agua purificadora del bautismo...

Doña Petra pasaba los días en el gabinete, callando á cuanto oía decir, lanzando largos suspiros entrecortados por la necesidad de respirar, única y prudente manifestación sonora de un inmenso dolor. Cuando su confesor, el Padre Bringas, volvió á hablarla del Colegio de Nuestra Señora de la Piedad



y de lo muy adelantadas que estaban las obras, la anciana manifestó deseos repentinos de entregar á la Asociación las cien mil pesetas de la dote de Fernanda.

—Quiero—dijo—hacer ese donativo cuanto antes..., sin perjuicio de que á mi muerte, pues no tengo ya familia ni parientes remotos que me hereden, todos mis bienes se repartan entre las congregaciones religiosas á que pertenezco.

Don Dionisio Bringas la dió gracias muy expresadas en nombre de la Junta, diciendo que no tuviese prisa en entregar su generosa limosna, pues la Asociación, merced á la infatigable misericordia divina, aún tenía recursos para llevar adelante sus trabajos.

—No importa—repuso la anciana—, y espero que usted y don Carmelo se ocuparán de esto. Algo me anuncia que he de vivir muy poco...

Deseaba contribuir á la edificación de aquella iglesia, donde más adelante se celebrarían misas por el sufragio y eterno reposo de su alma; y quedarse pobre, libre de preocupaciones y de administradores, sin haciendas que gobernar, para luego recluirse en un Asilo donde vivir sus últimos años, dando paz á su pobre cerebro fatigado. Protegido por este deseo de anulamiento, oscuridad y total renuncia, germinaba un dulce sentimiento de paz que empujaba á la anciana nuevamente hacia los brazos de su hija. El cansancio es padre de la tolerancia y del perdón; para el peregrino fatigado y hambriento, todas las sillas son buenas, todos los lechos cómodos, exqui-

sitas todas las viandas, dulces y de magnífico sabor todos los vinos; y por igual manera y razón, para quien sufrió y tiene los resortes de la voluntad quebrantados por los golpes, y enmollecidos por las lágrimas, todo parece disculpable; y los rencores, que son á los recuerdos lo que el mal sabor á los alimentos y la dureza á los muebles, se suavizan y truecan en pequeñas rencillas, pavesas de sentimientos indignas de ser comentadas. El amor, que es intuición maravillosa en las palomas mensajeras que regresan derechamente á sus palomares, desde remotos países, era perdón en doña Petra, que volvía hacia Fernanda sus pobres ojos viejos, cansados de ver partir á tantos muertos; sin buscar una reconciliación, que su espíritu intransigente y austero repugnaba, quería protegerla indirectamente, aliviando sus penas, conjurando la miseria en que la grave herida del pintor la puso; y todo esto quería hacerlo callando y á oscuras, tanto por orgullo como por no exponerse á una negativa de su hija, cuyo espíritu altanero conocía inflexible á la desgracia.

El Padre Carmelo y don Dionisio Bringas llegaron juntos á casa de doña Petra, que les esperaba bebiendo café en una vieja tacita de plata repujada. Don Carmelo examinó el plato y la cucharilla como hombre inteligente.

—Deliciosa labor—dijo—, que recuerda los buenos tiempos del arte florentino: ya nuestros artífices van perdiendo la afición de trabajar así.

—¡Oh, este servicio es antiquísimo!—repuso doña

Petra, á quien todo recordaba tiempos mejores—. Estas tazas pertenecieron al padre de mi madrina de casamiento, quien me las regaló hace más de treinta años. ¡Cuentan, según eso, por lo menos, un siglo...!

Después hablaron de cómo la Asociación de Nuestra Señora de la Piedad había de incautarse de las cien mil pesetas que doña Petra cedía á beneficio de las obras del Colegio.

—Eso es muy sencillo—dijo don Carmelo—: pasado mañana, lunes, á esta misma hora, vendrá un notario con el escrito de concesión y enajenamiento que usted ha de firmar renunciando la cantidad indicada á favor de la Asociación, y para impedir aplazamientos y tramitaciones siempre engorrosas, yo vendré también, convenientemente autorizado por la Junta, para discutir y resolver lo necesario.

Doña Petra insistió en que ella no deseaba salir ni ocuparse de nada.

—Pierda usted todo cuidado—contestó don Carmelo—; el trabajo de usted quedará reducido á echar tres ó cuatro firmas.

La anciana quiso informarse de cómo iban las obras de Nuestra Señora. Aquella conversación entusiasmó al Padre Carmelo y á don Dionisio. El colegio estaba casi concluído; los albañiles habían cedido el campo á los carpinteros, que trabajaban haciendo ventanas y arreglando el suelo de las habitaciones entarimadas; el embaldosado del hospitalillo y de la cocina eran preciosos; los jardineros ha-



bían limpiado la huerta de escombros y comenzaban á distribuir los frutales y á trazar las callejas que más adelante los emparrados convertirían en túneles de verdura; las tres campanas, voz ó espíritu del grandioso edificio, estaban fundiéndose y su bendición sería un acto solemne, del cual hablaría toda la prensa: las obras de la capilla también habían progresado mucho; los mosaicos del pavimento y el púlpito estaban concluídos; los vidrios polícromos de la linterna fueron encargados á Italia, y no tardarían en llegar; Claudio Antúnez, Bernardo Montoya y otros artistas de sobresaliente prestigio, dirigían la parte ornamental...

Hablaban gesticulando, entusiasmados ante los ojos inmóviles y nostálgicos de doña Petra, que movía los pálidos labios como murmurando una plegaria ininteligible. Don Carmelo miró disimuladamente su reloj, pensando en Luisita Luján: eran las cuatro y diez.

—Y en el altar—interrogó la anciana—, ¿qué pondrán ustedes...?

—Para el altar—repuso don Carmelo—, Montoya ha hecho una especie de pequeño monumento ó marco con columnas corintios de mármol, dentro del cual quedará instalada la divina imagen de Nuestra Señora de la Piedad.

—¿Quién hace ese cuadro...?

—He ahí uno de los asuntos que más hemos discutido, porque, desgraciadamente, no contamos con pintores místicos de verdadero mérito. Mas, en

fin..., yo había pensado encomendárselo á Claudio Antúnez.

—Antúnez—objetó Bringas—, hace varios frescos, y no debíamos prodigar tanto su firma.

Don Carmelo Díaz se encogió de hombros.

—¡Siempre dice usted lo mismo!—exclamó—. Búsqueme usted un artista conocido y de mérito..., y no hablemos más.

—¿Por qué la Junta no encarga ese trabajo á Daniel Carmona?—preguntó la anciana.

Los dos clérigos se miraron atónitos. Don Carmelo, intransigente y rencoroso, exclamó:

—¡Oh, nunca...; eso es imposible...!

—¿Por qué razón?

—Porque Carmona es rival nuestro. Yo le he hecho cuanto daño he podido, y no me pesa: recuerde el escándalo por él provocado en el teatro de la Comedia, la noche, precisamente, en que celebrábamos una función á beneficio de nuestra Asociación, y que estuvo á punto de ponernos en ridículo...

—Pero... aquello pasó.

—Sí, sí, convenido; aquello pasó...; todo pasa...; pero queda el recuerdo. Daniel ha estropeado su historia artística; recuerde usted su cuadro *El triunfo de la vida*, del que tanto habló la prensa. Además... es enemigo nuestro: á la tómbola que la Junta organizó este año en los Jardines del Buen Retiro, todos los artistas concurren; todos... menos él. Crea usted que eso, ni yo, ni ninguno de mis compañeros, le perdonan.

Don Dionisio Bringas callaba, haciendo con la cabeza signos afirmativos. El Padre Carmelo se enardecía; era impolítico y hasta impío ser tolerante con los enemigos de la fe: á los herejes, especialmente si tienen talento y su pernicioso ejemplo puede ser imitado, hay que privarles de todo arri-mo, negarles el agua y el pan, exterminarles... El aislamiento, desprestigio y miseria de Daniel Carmona era buena prueba de que á la tradición, que dispone del confesionario, no se la ofende impunemente. Cristo dijo: "El hacha está ya al pie del árbol; todo árbol, pues, que no produzca buenos frutos, será cortado y arrojado al fuego."

—Sin embargo—repuso la anciana—, yo tengo motivos para pedir que sea Daniel Carmona quien pinte ese cuadro.

—Pero... santa mujer—interrumpió don Dionisio—, ¿es posible que lleve usted su abnegación hasta el extremo, no ya de perdonar á sus enemigos, como Cristo aconseja, sino de protegerles...? Esa benevolencia es punible; olvida usted las palabras de David: "Quien ama la iniquidad se odia á sí mismo ó á su alma; *qui autem diligit iniquitatem, odit animam suam.*"

—No, doña Petra—agregó el Padre Carmelo—, no pida usted de mí sacrificios y generosidades tan impropias, por su excelsitud, de la humana flaqueza.

Ella explicó las razones que servían de noble cimiento á su deseo: Daniel Carmona estaba herido é



imposibilitado para el trabajo; la miseria y angustias de Fernanda serían muy grandes...

—Por eso quiero ayudarla—agregó la anciana—; la Junta debe advertir que el dinero que voy á entregar para las obras del Colegio es más de mi hija que mío, y que ella, mejor que nadie, merece una pequeñísima parte de ese capital. Espero, pues, que ustedes sabrán complacer este legítimo deseo mío.

Discutieron largo rato, defendiendo doña Petra sus derechos, algo molestada de que la Asociación la regatease el derecho de disponer libremente de lo que todavía era suyo. Al cabo, don Carmelo, sutil y diplomático, á pesar de sus fanáticas intransigencias, comprendió la utilidad de ceder.

—Bien—dijo—, tiene usted razón; usted es madre, y las madres buenas lo disculpan todo... Yo también olvidaré que su hija quiso echarnos de aquí. El lunes, por la tarde, transmitiré á la Junta el deseo de usted, y, seguramente, todos se apresurarán á complacerlo. Puede usted decírselo á Fernanda.

La anciana tuvo un movimiento de sorpresa.

—¡Nunca!—exclamó—. Usted mismo, don Carmelo..., ó el secretario de la Junta, mejor..., es quien debe escribir á Daniel Carmona, ofreciéndole veinte ó veinticinco mil pesetas por sus trabajos... Yo no debo figurar para nada...

—Yo tampoco—repuso don Carmelo.

Su carácter violento se sublevaba contra toda idea de paz ó transacción, y hasta las suaves imposiciones

de la anciana le mortificaban y herían. Don Dionisio terció en la contienda.

—Hay un medio de arreglarlo todo—dijo—; Ontígola es amigo nuestro y de Carmona, y nadie mejor que él puede hacer que, sin rozaduras de amor propio, Daniel Carmona y nosotros lleguemos á un acuerdo. Elijo este procedimiento porque el artista de quien hablamos es muy orgulloso, podría negarse..., y una negativa siempre es dura y humillante para quien la recibe.

Hablando de su hija, doña Petra se enterneció, recordando á Joaquín; tan bueno, á despecho de sus desvíos, tan cariñoso, en medio de sus locuras. Don Carmelo Díaz consultó su reloj pensando en Luisita Luján.

—¿Y ustedes saben qué curso sigue el proceso?—preguntó la anciana.

—No...; hace tiempo que no hemos oído hablar...

—Mi abogado no viene por aquí.

—No lo extrañe usted. En la Audiencia todos los asuntos marchan muy despacio.

—Creo que los Tribunales sabrán cumplir sus deberes y hacer justicia—añadió doña Petra—; ese es mi único consuelo, mi única esperanza..., ver entre las manos del verdugo la cabeza del miserable que mató á mi hijo...

Don Carmelo Díaz la contemplaba atentamente, sintiendo crujir en el bolsillo interior de su sotana la carta de recomendación del marqués de San Juan.

—¡Emilio Luján, Emilio Luján...!—gritó doña Pe-

tra, paseando á su alrededor una mirada loca—. Ese nombre le veo escrito por las noches en las paredes de mi alcoba; parece que lo tengo grabado aquí, con caracteres de fuego, en la frente...

Y se golpeaba el cráneo. Don Dionisio Bringas procuró calmarla; los rigores de la divina justicia alcanzan al criminal dondequiera que esté; la sed infernal de la venganza debe estar templada por la caridad cristiana que predica el perdón de los enemigos...

—¡Ay, amigo don Dionisio!—exclamó la anciana—. ¿Ve usted cómo no soy enteramente buena...? Yo afirmo ahora lo que antes sostenía don Carmelo; la ruina, desaparición y exterminio totales de los que nos quieren mal. ¡Sí, soy pecadora, soy vengativa... lo comprendo...! Pero, no me importa; capaz sería de condenarme por ver subir las gradas del cadalso al asesino cobarde que mató á mi pobre Joaquín. Y en mis oraciones pido á Dios que ilumine al escribano y al fiscal, señor Medina, y á los jueces... y á los jurados... para que entre todos castiguen al delincuente...

Calló, suspirando; suspirones entrecortados y largos, de un dolor que no había llorado bastante. Eran las cinco menos diez; el Padre Carmelo se levantó.

—Adiós, doña Petra—dijo—; el lunes, por la tarde, vendremos el notario y yo.

—Adiós, don Carmelo.

Y añadió:

—Usted, que es justo, una sus oraciones á las más



para obtener el castigo del miserable que asesinó á mi hijo.

—Así lo haré, doña Petra—repuso don Carmelo con una sonrisa que hubiese envidiado Voltaire—; quede usted tranquila y esperanzada en el Cielo: Dios está con nosotros...

Cuando el Padre Carmelo llegó á su casa, Luisita Luján ya le aguardaba.

—Felices tardes, don Carmelo... ¿Cómo está usted...?

—Bien, señora, muchas gracias; ¿y usted...?

Ella estaba hechicera, irresistible. También aquella vez el círculo negro de la muerte y del crimen quedó cerrado...

Pasó el verano. A mediados de octubre, la Prensa anunció, con gran lujo de alabanzas y detalles, la bendición de las tres campanas que habían de colocarse en la torre del Colegio de Nuestra Señora de la Piedad; *La Tradición* y *La Tolerancia* publicaron los retratos de don Carmelo Díaz y de los sacerdotes que componían la Junta Directiva de la Asociación; fué una ceremonia solemne, que reunió en los alrededores del Hipódromo á muchos curiosos. Bendijo las campanas el obispo de Madrid-Alcalá, ilustrísimo señor don Miguel Gil, y fueron padrinos en el acto de la bendición la vizcondesa de Algorta, doña Carmen Flores, marquesa de San Juan, y Victoria Ferrándiz, vizcondesa del Tajo; y padrinos, el vizconde don Isidoro Ferrándiz, su yerno don Tomás Calleja y el marqués de San Juan. La fiesta terminó

en el comedor de los vizcondes de Algorta, que obsequiaron con un espléndido banquete á los demás padrinos, al clero y á las autoridades que concurrieron á la piadosa y alegre ceremonia.

Aquellos triunfos parciales, premisas ó dorados peldaños de la refulgente y gloriosa victoria final, eran comentados y proporcionaban vivísimo contento á los miembros de la Junta, que todas las tardes se reunía á cambiar impresiones y proyectos en la Secretaría de la Asociación; aquel vasto salón, oscuro y severo, especie de cerebro gigantesco donde tantos y diversos planes se combinaban. A pesar del rudo y continuo trabajo diario, las facultades del Padre Carmelo no decaían. Terminado el colegio y casi concluída la capilla, su celo se empleaba en la elección de Hermanas, nodrizas, porteros, cocineros, bebedes y demás individuos que habían de servir al benéfico Establecimiento; compra de muebles y ropas, instalación de la biblioteca, medicinas y aparatos destinados á llenar los estantes de la enfermería; museos de Física y de Historia Natural, y otros innumerables detalles que aún darían á la Junta disgustos, quebrantos y desvelos sin tasa.

—Quiero que todo esté concluído para primeros de año—decía don Carmelo—; entonces podremos inaugurar la capilla.

El deseo manifestado por doña Petra de que Daniel Carmona pintase el cuadro adorno del altar, no halló oposición en los señores de la Junta; don Arturo Melgares, por el contrario, se alegró.

—Es un medio fácil—dijo—de traer á Carmona, ganando para nuestra causa una buena firma... y de humillar á Gómez-Urquijo, dejándole en ridículo.

El Padre Carmelo miró á su sagaz interlocutor fijamente, sin penetrar su pensamiento.

—¿A Gómez-Urquijo...? —repitió—. ¿Humillarle...? ¿Por qué...?

—Porque le molestará que Carmona, por quien rompió tantas lanzas defendiendo su cuadro *El triunfo de la vida*, abandone repentinamente su causa para dedicarse á pintar lienzos místicos.

—No es mala idea.

—¿Qué ha de ser? —repuso Melgares ufano—. Muy al contrario; es una jugada excelente que nos permite satisfacer á doña Petra, de quien aún debemos esperar muchos favores, atraer un enemigo y derrotar á otro.

—De todo esto —dijo don Carmelo dirigiéndose á Bringas—hablará usted con Ontígola en la primera oportunidad, y creo que don Bernardo, siendo, como es, médico del colegio, procurará servirnos. Después, suponiendo que la respuesta de Daniel Carmona sea afirmativa, bueno será enviar la noticia á los periódicos que la Asociación subvenciona; todos estos son pormenores que nos favorecen y que debemos tener muy en cuenta.

El día 30 de octubre, á las dos de la tarde, el Padre Carmelo y sus compañeros don Fernando Almonacid, Melgares y don Dionisio Bringas, esperaban en el atrio del Colegio de Nuestra Señora de la



Piedad á los señores invitados al *té* con que la Junta Directiva de la Asociación obsequiaba á sus amigos íntimos; bajo la cornisa monumental del pórtico, y esculpido en mármol, había un bajorrelieve, copia del cuadro de Verones, *Magdalena lavando los pies de Cristo*, orgullo del museo de Turín. Los convidados, según iban llegando, pasaban á la clase de dibujo, convertida accidentalmente en comedor; á la hila de las paredes había divanes y sillones de los destinados á la Dirección y Secretaría del establecimiento, y en el centro, custodiada por varios criados vestidos de frac, dos largas mesas bien provistas de botellas de *Champagne* y de Jerez, dulces, emparedados y otros fiambres confortables y exquisitos. Los coches de los invitados se detenían delante del colegio, y luego iban á colocarse ordenadamente en la acera opuesta, llamando la atención de los transeuntes, que lanzaban sobre las cerradas ventanas del edificio una ojeada curiosa.

Primero llegaron los vizcondes de Algorta y sus hijas Teresa y Pilar; después su ilustrísima don Miguel Gil, acompañado de su secretario; y, sucesivamente, y con maravillosa puntualidad, los directores de *La Tolerancia* y *La Tradición*, los marqueses de San Juan, el vizconde del Tajo y su señora, Ontígola, don Raimundo Ortiz de Marcos con dos concejales, y otros. Desde que llegó el obispo, el Padre Carmelo no se apartaba de él ni de su secretario, paseándoles por el salón, explicándolo todo minuciosamente: el grueso de los muros, la colocación y tama-

ño de las ventanas, la distribución de la luz, y el espíritu del profesor encargado de aquella asignatura; era un artista mediano, pero trabajador, paciente y muy devoto, que también contribuiría á la educación piadosa de los muchachos, apartando cuidadosamente los desnudos y dándoles á copiar cabezas y cuerpos de santos y mártires.

El Padre Melgares entretenía á las señoras con su conversación insinuante y suave, y obsequiándolas con dulces y copas de *Champagne*.

—Es la primera vez y también la última—decía sonriente—que pruebo estos vinos. El motivo santo que aquí me trajo, restará gravedad á mi delito.

—¿Delito...? —repitió la marquesa de San Juan burlona—. ¿Delito, don Arturo...? Y ¿por qué...?

—Porque en estas botellas, señora marquesa, el hombre encerró la locura; aquí duerme el pecado; la espuma del *Champagne* es la carcajada del diablo.

Bringas y Almonacid entraban y salían, hablando con los hombres, refiriendo y ponderando los sacrificios hechos por la Asociación durante aquellos dos últimos años, y la necesidad que todos los buenos católicos sentían de tener un centro como aquél, donde los niños pobres ó abandonados recibiesen, desde la leche que el pecado ó la miseria de sus madres les negó, hasta la educación piadosa y austera que había de convertirles en creyentes incorruptibles y buenos ciudadanos.

—El esfuerzo fué enorme, el cansancio infinito—decía Almonacid, levantando al Cielo sus largos bra-

zos—; parece que todo este edificio, con sus moles enormes de piedra, gravita sobre los pulmones de cada uno de nosotros.

Aún esperaron media hora, aguardando á los últimos convidados; las mujeres, aunque aburridas, charlaban animadamente, fingiéndose muy distraídas, queriendo demostrar que las frívolas diversiones mundanas no mataron en ellas la admiración por los proyectos y cuestiones trascendentales y de cuantía; un alegre y revuelto murmullo retumbaba en el vacío del salón. De pronto, el Padre Carmelo consultó su reloj.

—¡Señoras y señores!—exclamó—. Si ustedes quieren, emprenderemos el viaje por las profundidades del colegio, objeto principal de esta reunión; la capilla no la visitaremos, pues aun hay en ella mucho por hacer, y esto quita lucimiento á lo concluído; mas no por eso hemos de aburrirnos, el edificio es muy grande...

Todos aprobaron. Don Carmelo, el obispo y su secretario, avanzaron, arrastrando por el suelo sus trajes flotantes; los demás les siguieron, fraccionados en pequeños grupos, formando una especie de procesión respetuosa y alegre. Los porteros, delante de la conserjería, saludaron, quitándose sus gorras de plato, inclinándose ceremoniosamente dentro de sus levitas nuevecitas, de paño azul, con botonadura y galones dorados.

—Estos empleados son buena gente—dijo don Carlos—; los pobrecillos figuran en la nómina con setenta y cinco pesetas de sueldo; comprendo que es



poco; pero Su Ilustrísima sabe que la Asociación no puede hacer, por ahora, más sacrificios. Sus uniformes, uno con otro, no han costado menos de sesenta pesetas...

El obispo hacía con los párpados leves signos afirmativos, y miraba á su secretario, como invitándole á tomar buena y minuciosa cuenta de todo aquello. Don Carmelo hablaba nerviosamente, volviéndose hacia sus invitados, deseando que á todos alcanzasen sus explicaciones, para dejarles satisfechos y seguros del sabio empleo y repartición que de sus espléndidos donativos hizo la Junta.

A la derecha, y pasada la clase de dibujo, estaba el gimnasio: de sus altas vigas colgaban escaleras y cuerdas de anillas y trapecios, que daban al salón el aspecto de la cubierta de un buque; las pesas, amontonadas, parecían balas de cañón; en el ambiente flotaba el olor característico del serrín húmedo, que cubría el suelo. Don Carmelo y Su Ilustrísima penetraron, recogiendo los manteos, y todos les siguieron, escuchando atentamente las explicaciones que Almonacid y sus amigos daban de sus objetos. Vieron el guardarropa, donde cada alumno tendría un pequeño armario, numerado, donde dejar su ropa mientras trabajaba; las paralelas, recomendadas por los higienistas para el desarrollo de los brazos y del pecho; el potro, que vigoriza y corrige los defectos de la columna vertebral; las escalas de puñales, tan útiles á los obreros que viven en las minas expuestos á desprendimientos subterráneos; los trapecios, que

dan al cuerpo flexibilidad y gallardía; las poleas, el mejor descubrimiento de la moderna gimnasia higiénica; y en una pequeña habitación contigua, las duchas, que tonifican los nervios... Don Carmelo Díaz hablaba entusiasmado, golpeando los objetos que iba examinando, con sus puños de hierro.

Las mujeres caminaban, recogiendo las faldas, sintiéndose en los pies la fresca impresión del serrín húmedo, curioseando, complacidas, los secretos del salón, especie de templo pagano dedicado al culto de la agilidad y de la fuerza. La marquesa de San Juan quiso mover una pesa de treinta kilos; sus muñecas débiles, acostumbradas al liviano movimiento del abanico, se doblaban.

—¡No puedo!—exclamó.

El Padre Melgares acudió en su ayuda; pero no logrando resistir la gravedad excesiva de la pesa, tuvo que soltarlo; las mujeres retrocedieron dando un pequeño grito, brincando para librar los pies; aquellos treinta kilos de hierro cayeron sobre el serrín con un ruido sordo, como eco de un trueno lejano.

—¡Cuidado!—gritó don Carmelo.

Acudió, levantando y dejando, sin esfuerzo, en su sitio, la enorme masa. Todos celebraron su vigor; él sonrió distraídamente, obsesionado por la fiebre de los negocios.

—El kilo de hierro lo hemos pagado á sesenta y ocho céntimos—dijo—; no es caro, y, sin embargo, sólo en pesas se han gastado algunos centenares de pesetas.

Salieron del gimnasio, dirigiéndose á las clases de primera enseñanza, situadas á la derecha del corredor. Eran salones grandes, con los suelos de madera en declive; de las paredes colgaban atlas geográficos; la mesa del profesor estaba sobre un pequeño catafalco, desde donde podía verse fácilmente á los alumnos sentados en los últimos bancos; bancos y pupitres alegres, pintados de verde y salpicados de numeritos blancos. Dejaron á la izquierda la escalera, que ascendía caracoleando como una gallarda espiral de mármol, y sobre la cual varias ventanas vertían torrentes de alegre luz; cerca de ella, de modo que sus agudas vibraciones repercutiesen bajo la altiva cúpula que la cubría, estaba la campana que recordaba á los estudiantes sus horas de trabajo y de recreo. Don Carmelo, para quien no había detalle que pasase inadvertido, tiró del cordón que había de voltear la campana, y los lamentos del metal, golpeado por el badajo, resonaron potentes, agrandándose por los ámbitos de los salones desiertos, como llamando ya á los alumnos anónimos que aún no habían llegado.

El piso del ancho claustro, que dividía el edificio en dos alas simétricas, era de mármol; al fondo, sobre la puerta que daba acceso al jardín, lucía, bañado por el sol, un gran rosetón de cristales, con la imagen de Nuestra Señora de la Piedad, surgiendo de un rosicler deslumbrante de aurora. Bajo la bóveda del ancho corredor conventual, los pasos de los invitados resonaban.



—Esto es grandioso—dijo la vizcondesa del Tajo—; más que un colegio parece un palacio.

—Dentro de un edificio así, el orgulloso se reconoce débil y pequeño—agregó Teresita Ferrándiz.

—Crean ustedes—repuso don Dionisio Bringas, quitándose la canoa para secar su calvo cráneo bañado en sudor—que esto, con ser bastante, apenas responde á la gran necesidad que todos sentimos de ofrecer á las clases menesterosas, y á los pobres niños abandonados, un refugio y una academia que dé gratuitamente, ó á precios modestísimos, según los casos, la educación piadosa, alimento, salud y salvación de las almas.

—Pues á mí, si el resto del establecimiento corresponde á lo que llevamos visto—dijo Pilar—, me parece imposible que esto se llene de chiquillos.

—¡Oh, señorita! —repuso Bringas, ingenuo y profético—. El vicio de los hombres puede mucho...

El suelo de la cocina era de loseta catalana; los zócalos de mármol; en medio del salón estaban dos hornillos de hierro, limpios, reluciendo al sol, apoyados sobre patas en forma de garras; varios operarios trabajaban sacando la loza de que estaban repletas cuatro grandes cajas de madera, que momentos antes trajeron de la estación; en los vasares, las cazuelas de metal se apilaban formando pirámides brillantes; sobre los lavaderos de mármol blanco, cinco grifos bronceados vertían por sus bocazas extrañas agua abundante. El refectorio era un largo salón rodeado por altos zócalos de pintarrajeados azulejos; en su

comedio había una mesa, y sobre ella varios bancos de pino; dos Hermanitas de la Sagrada Asociación del Consuelo fregaban el pavimento manchado de cal, arrastrando sobre sus rodillas sus cuerpos tristes, envejecidos prematuramente bajo el burdo paño de sus hábitos oscuros. El director de *La Tradición* seguía á don Carmelo, escuchando las circunstanciadas explicaciones que éste daba á Su Ilustrísima á propósito de todo, y tomando algunas notas.

Después, atravesando una puertecilla lateral, todos salieron á la huerta, rodeada por una pared de ladrillo que tendría la altitud circuncirca de tres metros; los jardineros trabajaban distribuyendo la tierra que los albañiles sacaron de un pozo, y abriendo las zanjas donde los árboles habían de ser plantados; todo aparecía desordenado y sucio, sembrado de montones de arena y de cal, y de altibajos fangosos donde las carretillas de los operarios zozobraban.

—Aquella casita de la izquierda—dijo don Carmelo extendiendo el brazo—son los calabozos.

Todos parecieron sorprendidos.

—Los mandé colocar ahí—agregó el presidente de la Asociación de Nuestra Señora de la Piedad—porque, poniendo el castigo cerca del placer, los gritos y alegría de los alumnos que se divierten aumenta el suplicio de los reclusos. Es un tormento suave capaz de domar á los más rebeldes.

Este incidente trajo á la memoria del anciano marqués de San Juan el nombre de Emilio, y ace-

chó una ocasión para hablar con don Carmelo de aquel asunto.

—Perdone usted mi insistencia—añadió Vélez—; pero el muchacho es bueno y merece la protección de todos nosotros; además, conozco á su familia..., la situación difícil por que atraviesa..., ¿comprende usted...? Yo, aunque rico, no puedo proteger á todo el mundo; el número de cuitados es muy grande...

Don Carmelo le interrumpió, ponderando el interés que aquella cuestión le inspiraba; había hablado con don Raimundo Ortiz y con su señora, que era muy piadosa, y ambos estaban decididos á secundar su esfuerzo.

—Por las noticias que después he logrado recoger de unos y otros—concluyó don Carmelo—, creo que Emilio Luján quedará libre muy pronto.

Y añadió distraído:

—Ayer vi á su hermana en el Buen Suceso, á la hora de misa; parece una muchacha muy buena.

Se alejó rápidamente, llamado por Su Ilustrísima, á quien interesaba la superior calidad de los mármoles de la escalera. Todos subían lentamente en procesión perfumada y feliz; las faldas de las mujeres barrían los limpios peldaños, las sedas crujían; el ruido de las pisadas y de las conversaciones llenaban la espaciosa oquedad de la blanca rotonda bañada en luz. El marqués de San Juan hablaba con Ortiz de Marcos, recordándole el asunto de su recomendado.

—Usted ya sabe quién es Luisa y la clase de



relaciones que á ella me ligan —decía—; pero ya no se trata de ella, sino de su hermano..., que es un pobre muchacho; un muchacho excelente...

El viejo magistrado hizo un gesto de perfecta conformidad.

—Estamos de acuerdo —repuso—; si así no fuese, crea usted que no hubiera tomado cartas en este asunto.

—Ya lo sé...

—Pues bien; días atrás escribí á Luisa manifestándola que diese por cierta la pronta excarcelación de su hermano.

En la parte derecha y anterior del piso principal estaban las habitaciones destinadas á Dirección y Secretaría y las clases de segunda enseñanza, bastante más pequeñas que las destinadas á párvulos. Á la izquierda del corredor, sobre el espacio que abajo ocupaban la cocina y el refectorio, estaban el botiquín y el hospitalillo, con sus zócalos de mármol y sus altas paredes estucadas, todo limpio y claro, naufragando en la intensa luz que penetraba por las ventanas sin cortinas. En la enfermería había treinta camas colocadas simétricamente, con las cabeceras arrimadas á la pared, dejando en el centro del salón una crujía de dos metros de ancho. Al fondo, entre dos largas ventanas, abiertas sobre el jardín, un Cristo extendía sus brazos escuálidos, como queriendo consolar á los niños enfermos con el augusto martirio de sus carnes y de sus huesos desgarrados. Dos Hermanitas de la Sagrada Asociación del Con-

suelo, que trajinaban, arreglando las camas, viendo á los invitados permanecieron inmóviles, avergonzadas y cohibidas bajo sus tocas blancas.

—Este es mi campo de operaciones—dijo Ontígola avanzando.

La marquesa de San Juan y Victoria le siguieron, dejando caer sobre el suelo sus faldas de seda, sofocándose entre aquellas paredes, donde el eco animador de las carcajadas infantiles no resonaría nunca. Examinaban el local, con sus lechos de hierro cubiertos de sobrecamas rojas, sus mesillas de noche empotradas en la pared, su crujía, por donde la Hermana que estuviese de imaginaria pasaría la noche yendo y viniendo sobre sus zapatos de paño, lentamente, para no turbar el reposo de los enfermitos.

—¿Y si alguno muere? —preguntó Carmen.

—Muere aquí—repuso don Bernardo llanamente.

—Y los demás enfermos, ¿qué hacen entretanto?

—¿Qué quiere usted que hagan...? Rezar por el que se va ó taparse la cabeza para no oír la campanilla del Viático. Es cuestión de nervios.

—¡Pobrecitos...! ¡Qué miedo...!

Se estremecían horrorizadas ante el espectáculo que presentarían aquellos niños sin madre expirando en un hospital, donde los enfermos pierden su personalidad y su nombre para convertirse en un número; número frío, anodino, oscuro, como la fosa común, donde la caridad olvida á los muertos.

A la izquierda del corredor estaba la biblioteca,

con sus mesas en forma de pupitres, colocadas bajo dos grandes lámparas eléctricas, y sus estantes, donde un individuo, subido en lo alto de una escalera, iba colocando ordenadamente los libros amontonados en el suelo.

—¿Es rica la biblioteca?—preguntó el obispo.

—No, Ilustrísima—repuso don Carmelo avergonzado—; mil seiscientos ó mil setecientos volúmenes...; no pudimos buscar más. Hay, eso sí, cuanto los alumnos del bachillerato necesitan y algunas obras de consulta para nosotros. Santo Tomás y San Agustín no faltan; tenemos también á Bossuet, Fernelón, Laménais, Pascal, Feyjóo..., Balmes...

—Cuenten ustedes con cien volúmenes más—interrumpió el obispo.

—¡Oh, Ilustrísima...! Muchas gracias..., muchísimas gracias.

El ejemplo del obispo fué imitado. Ortiz de Marcos prometió regalar lo mejor que durante aquellos últimos años se hubiese escrito en materias de Derecho canónico, y el vizconde de Algorta, el marqués de San Juan, Calleja y otros invitados ofrecieron enriquecer la biblioteca cuanto pudieran y supiesen.

—El admirable ofrecimiento de estos señores—exclamó don Carmelo, dirigiéndose á los dos periodistas que le acompañaban—es una bonitísima nota que no debe faltar en la reseña que hagan ustedes de lo que aquí ha sucedido.

El bibliotecario, inmóvil en lo alto de la escalera,



y con sus gafas en la frente y un librote entre las manos; miraba á los invitados atentamente, detallándoles; era un viejecillo raro, con grandes orejas separadas del cráneo. Las mujeres le contemplaban curiosas, adivinando con fina intuición artística algo fúnebre en aquel individuo acostumbrado á vivir en otros siglos, sosteniendo diálogos silenciosos con personajes poderosos que ya no existían.

En los gabinetes de Historia Natural y de Física reinaba idéntico desgobierno: muchos cajones cargados de frágiles aparatos yacían sin abrir, según llegaron del ferrocarril; algunas máquinas estaban ya colocadas en los lugares que habían de ocupar y envueltas en holgadas fundas grises. El salón de Historia Natural era por todo extremo curioso y pintoresco, y los animales disecados se hallaban colocados de modo que hiriesen fuertemente la imaginación de los alumnos. Un esqueleto articulado, que reía sentado en el suelo y con las piernas en flexión, arrancó agudísimos gritos á las vizcondesitas de Algorta, que se habían aproximado á una mesa para examinar una colección de minerales; en el centro del local, un soberbio orangután trepaba por el tronco de un árbol; cerca de él, un tigre mostraba á los visitantes sus fauces sangrientas, desquijarradas por un bostezo de hambre; una hiena y un leopardo se miraban con ojos recelosos, nuncios de una acometida feroz; por encima de un gran cajón sin tapa, un león asomaba su augusta cabeza, llena de serenidad; tras los cristales de los escaparates, multitud de pintados

pajarillos mostraban sus pobres pechugas, sin trinos, repletas de paja; por las paredes, adheridos á los largos soportes de madera, lagartos extraños se arrastraban...

—Todo esto viene de París—dijo don Carmelo á Su Ilustrísima, que parecía extasiarse ante aquella sucesión interminable de detalles—, y aun esperamos mucho más. Creo que nuestra colección de minerales y de insectos aventajará la de muchos establecimientos del Estado.

Todos cumplimentaron á don Carmelo Díaz y demás compañeros de Junta por los excelentes resultados que prometía su esfuerzo gigantesco: parecía imposible que todo ello fuese obra exclusiva de la caridad. Los excursionistas volvieron al rellano de la escalera y continuaron subiendo bajo la rotunda inundada de sol. Aprovechando un momento, don Dionisio Bringas se acercó á Ontígola.

—En nombre de la Junta—dijo—deseaba encargarle á usted un asunto que nadie mejor que usted..., ó más exactamente, que sólo usted puede arreglar.

Calló, examinando el semblante del médico, impasible y frío entre sus patillas blancas.

—¿Usted sabe—prosiguió—en qué situación se halla Daniel Carmona?

Ontígola miró á su interlocutor, sospechando una celada.

—De salud—dijo—muy mal.

—¿Y de recursos...? ¿De dinero?

—Mal también. ¿Por qué?

—Porque la Junta había resuelto encomendarle un trabajo para la capilla.

—No lo hará—repuso don Bernardo—; conozco bien á Daniel Carmona.

—Es un trabajo grande...

—No importa.

—Es el cuadro que ha de colocarse sobre el altar... Un cuadro magnífico..., una verdadera obra de arte..., para la cual la Asociación tiene reservadas veinte ó veinticinco mil pesetas.

—¡Es raro!—exclamó Ontígola.

—¿Raro...? ¿Qué es raro?

—Que la Junta haya pensado en Daniel Carmona.

—¡Tiene usted razón...! Carmona es enemigo nuestro; sabemos que nos ha hecho cuanto daño pudo; mas... ¿qué quiere usted...? Peor obraron los sayones de Cristo, y éste nos enseñó á perdonar, perdonando á sus verdugos.

Ontígola continuó sosteniendo que Daniel Carmona no aceptaría el ofrecimiento de la Asociación, procurando con ello exasperar á Bringas y arrancarle el verdadero motivo de su inverosímil pretensión. Pero don Dionisio se mantuvo impenetrable, diciendo que la Junta sólo deseaba proteger delicadamente á Carmona, cuya pobreza y errores compadecía, y conseguir la firma de un artista de cuyos méritos, poderosa inspiración y jugoso talento era necio dudar. Ontígola pareció convencido.

—¿Qué ha de representar el cuadro?—preguntó,



--Á Nuestra Señora de la Piedad; el pintor queda en libertad de colocarla como mejor crea.

--Bien—repuso don Bernardo—; yo hablaré con Daniel, ¡y ojalá mi diplomática gestión no falle...!

Habían llegado al piso segundo y recorrían las habitaciones destinadas á dormitorio, con sus pequeñas camitas de hierro rodeadas de mosquiteros blancos; el guardarropa. con sus enormes escaparates de pino, sin pintar, cargados de camisas, boinas, trajes, zapatos y otras prendas, unas nuevecitas, otras á medio uso, recogidas de casa en casa por las Hermanas de la Sagrada Asociación del Consuelo. Á la izquiérda estaban las habitaciones del capellán y de algunos profesores que habían de vivir allí; y en el fondo del corredor, el espacioso salón reservado á dormitorio de nodrizas.

Todo quedaba visto, y los comentarios encomiásticos y los parabienes de ritualidad á los señores de la Junta se repitieron: Su Ilustrísima abrazó á don Carmelo, que bajaba los ojos satisfecho y ruborizado; las mujeres, aburridas de un viaje que iba prolongándose demasiado, miraban á la huerta desde una ventana. Don Dionisio Bringas volvió á acercarse á Ontígola, recordando una última advertencia,

--Si Daniel Carmona acepta nuestra proposición —exclamó—, manifiéstele que yo iré á hablar con él para ultimar el precio, condiciones de pago..., etcétera. Esto la Junta necesita saberlo en seguida...

La voz clara y triunfante de don Carmelo le interrumpió.

—¡Señores!—decía—, aún nos queda por visitar lo más pintoresco, lo más artístico, lo mejor: la torre... Los que no estén fatigados pueden seguirnos...

Retrocedió hasta el segundo rellano de la escalera, seguido de Su Ilustrísima, á quien arrastraba como hipnotizado en el vértigo de su infatigable entusiasmo, y abriendo una puertecilla, hábilmente disimulada en el muro, comenzó á subir los peldaños de una escalera de caracol, por la que apenas cabían simultáneamente dos personas. La oscuridad era completa: delante iban el obispo y don Carmelo; detrás el secretario de Su Ilustrísima y el marqués de San Juan, agarrándose fuertemente á un pasamanos metálico, que crujía en la sombra. Aquel incidente reanimó á las mujeres, que acometieron bravamente la ascensión; damas y caballeros subían mutuamente; un resplandor borroso caía de muy arriba, debilitándose en las revueltas de la espiral, fosfo-reando á intervalos sobre el pasamanos de bronce. Hubo un momento en que todos los invitados subían simultáneamente la angosta escalerilla; los pies herían fuertemente el ladrillo de los peldaños; las mujeres trepaban, recogiendo las faldas, descubriendo bajo el vestido ampulosidades que las manos varoniles palpaban rápidamente y al descuido; las sedas y los corsés crujían, siguiendo el acompasado mimbreo de los cuerpos; las largas plumas de los sombreros cabeceaban en la oscuridad; los escotes exhalaban perfumes penetrantes; las piernas inquietas aventaban las partículas odorantes de heno y violeta dormidas

en los repliegues de las faldas; los labios, entreabiertos por el cansancio, transpiraban el penetrante aroma de las viejas flores que agonizan en los búcaros; la torre, repleta de carne, se estremecía.

Don Carmelo y Su Ilustrísima habían llegado arriba y reposaban contemplando el paisaje, aspirando ávidamente el remusgo frescachón de la tarde; los invitados, según iban arribando, se llevaban una mano á los ojos, contrayendo los párpados, cegados por aquel inconsiderado derroche de luz. La torre formaba un mirador de cinco metros en cuadro, circuído por una balaustrada; encima y debajo de la cúpula piramidal, rematada por una cruz broncea, estaban las tres campanas, lengua y pulmones del vasto edificio, con sus badajos inmóviles y sus enormes panzas, donde ruge la fe, brillando el sol.

—¡Ésta es ahijada mía!—exclamó la marquesa de San Juan—, la más grande; se llama Carmen, como yo.

—Yo fuí madrina de esta otra—repuso Victoria—. Estoy deseando oírlas cantar; la mía, seguramente, es la de mejor voz: la primera tiple...

Bromearon, comentando la impresión que en ellas, tan perezosas, produciría el grito de las campanas, llamándolas á misa; después se acercaron al balcón, abarcando el panorama inmenso. Su Ilustrísima parecía encantado; todos los concurrentes felicitaban á los heroicos directores de la Asociación.

—¡Qué hermoso!—decían—. Esto es admirable.

—No conozco nada mejor.



—Seguramente las perspectivas que se divisan desde las azoteas del Palacio Real no superan á las que estamos viendo desde aquí.

Aquellas alabanzas se multiplicaban, repitiéndose indefinidamente, alimentando una columna mareante de incienso, que los cuatro sacerdotes recibían sonriendo, cerrando los ojos, como avergonzados de su poquedad y miseria. Bajo el cielo blanquecino de octubre, los campos se dilataban, presentando paisajes multiformes de churriguerescos matices. A un lado, muy cerca, estaba el Hipódromo, con su vasto perímetro ondulante, por donde los caballos parecen correr en las dulces tardes primaverales, dejando tras sí el polvillo dorado de las apuestas; sobre un alto-nazo, el Palacio de Bellas Artes reverberaba al sol con su altiva cúpula y sus paredes de cristal; más allá, el Canal de Lozoya serpeaba entre dos hileras de arbolillos, que los fríos otoñales iban desnudando; una leve bruma velaba los confines del paisaje, poetizado por las aspas inmóviles de algunos molinos; y luego, avanzando de derecha á izquierda, la vista columbraba los barrios de Chamberí y Cuatro Caminos, por donde la vida de la coronada ciudad va propalándose rápidamente, con sus millares de pobres casucas y de modestos hotelitos, que simulan huir hacia el horizonte, acurrucándose alrededor de Nuestra Señora de los Ángeles, que luce bajo el sol su esbelta torre de templo moderno; y después, los campos de Amanuel, salpicados de ventorrillos, y La Moncloa perdiéndose en la oscura inmensidad ver-

dosa de los bosques de El Pardo. Del otro lado, los paseos Castellana y Recoletos, con sus árboles amarilleados por el frío, aislaban el barrio de Salamanca del resto de la ciudad, pintando un brochazo de extraños y variados matices, que culebreaba hacia la estación del Mediodía; y á la derecha, Madrid, mudo y quieto bajo la inmensidad de la distancia, con sus tejados oscuros, cortados por paredes blancas, sus chimeneas bañadas en sol, sus Ministerios renegridos por la intemperie y el humo, especie de pulpos enormes, que sostienen la raquílica existencia burocrática del pueblo cortesano; su antigua catedral de San Isidro, con sus viejas torres, que los siglos democharon... Y más allá, el Palacio Real y San Francisco el Grande, rivalizando en altivez arquitectónica, esplendor y magnificencia.

Los invitados miraban, apreciando detalles que creían conocer.

—Mi hotel se halla en esta dirección.

—¿No es aquélla la calle de Alcalá?

Los ojos del marqués de San Juan, á quien las sempiternas recomendaciones y amenazas de Luisa preocupaban, iban desde la Audiencia á la lejana mole de la Cárcel Modelo, siguiendo la innoble concatenación de sus pensamientos.

Don Carmelo, cruzado de brazos, miraba también; en aquel momento no veía á Su Ilustrísima, que hablaba á su lado; sus dedos vigorosos se crispaban, arrugando el negro pañete de su sotana; la potente abstracción de su pensamiento embellecía su cabeza;

sobre su rostro pálido, los labios, convulsivamente cerrados, se contraían; sus ojos tenían la mirada talarante y segura del condor, que desprecia la altitud de los Andes; en su frente relampagueaba la ambición insaciable de Satán, contemplando desde un picacho el helado vergel del Paraíso... A sus pies, alrededor de la torre, parecía ondular la masa gigantesca del colegio, con su compleja pluralidad de tejados irregulares, y la capilla, bajo cuya bóveda, pomposa, blanca y dura como un seno de mujer, las preces de los sacerdotes y el clamoreo fanático del órgano, resonarían muy pronto. En una velocísima impronta de su imaginación, el Padre Carmelo recompuso á grandes rasgos el titánico combate por él y sus compañeros de Junta sostenido en aquellos dos últimos años, y la cantidad inmensa de oro que la fe de los explotadores araña de los terrenos que la indiferencia considera esquilmados y muertos. En el confesionario, como en las alcobas y en los gabinetes clínicos, la voz del pecador repercute, murmurando lo más íntimo, los crímenes, tal vez, de lesa humanidad, que sólo la infinita misericordia puede perdonar. Don Carmelo, que había recibido muchas confesiones y sabía cuán perversa es la calidad del fango con que los hombres son amasados, despreciaba á sus semejantes profundamente; él les conocía, comprendía la necia curiosidad ó los ruines motivos que allí les condujo, y no se dejaba deslumbrar por sus jaro-peos y bien sonoras alabanzas. ¡No; él no creía, como su cándido compañero Almonacid, en la virtud



de la Humanidad...! Recordó las corridas de toros y las funciones teatrales y los bailes por él organizados; vió las tómbolas, adonde hombres y mujeres asistieron más por vanidad y ostentación que por verdadera fe; oyó la voz insinuante del conde del Charco, solicitando un puesto en la iglesia de San Antonio para su amiga Elisa Romero, y recordó que las mesas petitorias de las cortesanas, despertando la viciosa emulación de los viejos próceres, dieron más dinero que las presididas por la virtud y prestigio de un apellido estimable. La monstruosa digestión de todas las ruines pasioncejas humanas quedaba hecha, y su producto estaba allí, en aquel edificio, á cuya creación concurrieron aliadas la fastuosidad, la concupiscencia, la hipocresía, el dolo y la fe de las muchedumbres. Como los pararrayos, atrayendo las chispas eléctricas, orlan sus puntas con una destrenzada cabellera de fuego, así la Junta, allegando fuerzas de todas partes, provocó con su política absorbente una succión terrible, que le rodeaba de torpes codicias, formando un círculo infausto semejante á la espantosa diadema de víboras que ceñía la frente de las Furias. Allí cerca estaba Madrid, durmiendo el letargo de su existencia inconsciente y frívola, sin sospechar la presencia y rápido entronizamiento del vampiro que sorbía su sangre, mientras las sirenas de la esperanza arrullaban su sueño con el dulce canto de las libertades inconquistables; don Carmelo lo contempló anhelante, como fiera que descubre una presa, y sus labios crueles sonrieron. Vió á las Her-

manitas de la Sagrada Asociación del Consuelo recorriendo las calles, llamando á las guardillas ocultas bajo aquellos tejados, vagamente insinuados en la penumbra del crepúsculo, y obteniendo de la miseria donativos y caridades; vió á doña Petra cediendo su fortuna á la Asociación, autora indirecta de la muerte de Joaquín; á los ricos, pujando en las tómbolas; á las cortesanas, triunfando en las mesas petitorias de los templos; en el vientre de las adúlteras, los niños que legitimaban la fundación del colegio iban formándose... Los periódicos hablaban de él, abrían suscripciones en su favor, publicaban su retrato; su dinero atraía á los artistas; algunos diputados defendieron en el Congreso los intereses de la Junta; el obispo iba á verle y le abrazaba... Pronto sus inmensas ambiciones quedarían satisfechas; tornó á mirar á su alrededor, apreciando la solidez romana de aquel palacio que cantaría su nombre, cubriéndolo de gloria, y sobre el cual el pie disolvente de los siglos no dejaría huella. Cerca de él, sobre la fachada de la capilla, había un pequeño pedestal, cuyo verdadero objeto desconocía hasta el arquitecto que dispuso su colocación; sobre aquel pedestal, don Carmelo quería poner su busto, firma de su obra, y lo veía austero y grave, presidiendo por las noches el sueño del colegio, con sus hombros de luchador y su calva frente reposando bajo la serena claridad lunar.

Su Ilustrísima le volvió á la realidad, tocándole en el hombro fuertemente.

—¿Qué piensa usted?—exclamó—. Los señores invitados se van.

Entonces don Carmelo volvió á la realidad, sorprendiéndose de hallarse tan bajo, tan pequeño; después de Satán, como dijo Byron hablando de Napoleón, ningún hombre cayó de tan alto.

—Dice bien Su Ilustrísima—balbuceó—; vámonos.

Al salir del Colegio de Nuestra Señora de la Piedad, don Bernardo Ontígola fué al estudio de Daniel Carmona, resuelto á obligarle á aceptar el trabajo que la Junta de la Asociación le encomendaba.

El pintor estaba sentado en el diván, abrigado el busto con una vieja dulleta, y las piernas envueltas bajo una manta; Fernanda cosía cerca de la ventana, apoyando sus pies, mal calzados y fríos, sobre un trozo de estera; Juanito iba de las rodillas de su padre á las de su madre, agarrándose á los muebles, bamboleándose sobre sus piernecitas, demasiado débiles aún, celebrando con grandes risas la terminación de aquellos viajes erizados para él de dificultades, asechanzas y peligros; Daniel Carmona, viéndole contento, reía también, extendiendo hacia él sus manos blancas de convaleciente. Ontígola le saludó cariñosamente y cogió una silla; después le pulsó, apreciando las palpitaciones, cada día más enérgicas, de aquel corazón donde la vida iba renaciendo poco á poco.

—¿Y usted, Fernanda?—preguntó.

—Bien, don Bernardo—repuso la joven, reposan-



do sobre el médico sus negros ojos, agrandados por el hambre y la tristeza—; ya, después de lo mucho que he padecido, sólo buenos ratos debo esperar.

Estaba más pálida que antes; pero siempre arrogante y hermosa, como las estatuas de mármol que no sufren.

—¡Sí!—exclamó Ontígola—. Tiene usted razón; la caja de Pandora quedó vacía...

La convalecencia de Daniel Carmona fué larga y difícil; durante los ocho primeros días que siguieron al desafío, don Bernardo Ontígola no salió del estudio, consolando á Fernanda, cuya desesperación tuvo ramalazos de locura, y sosteniendo al pintor entre la vida y la muerte. La espada del barón del Tajo, penetrando en el pecho de Carmona por el segundo espacio intercostal, hirió la columna vertebral, produciendo en el complicado mecanismo de la laringe, faringe y bronquios desgarros gravísimos; una pequeña desviación del acero hubiese causado la muerte instantánea. Ontígola, que era buen anatómico, determinó exactamente el eje de la herida, y procedió sin vacilaciones á su curación. El pintor pasó varias semanas tendido boca arriba, guardando inmovilidad y silencio absolutos; no podía comer; el médico le había prohibido terminantemente que hablase; además, las ideas se embrollaban en su cerebro debilitado y un sueño letargoso cerraba sus párpados y adormecía su lengua, algo inflamada. Fernanda Montero pasaba los días cerca del lecho, entreteniendo al niño, que lloraba protestando de aquella quietud, be-

sando y llorando sobre la mano que el enfermo la abandonaba.

La joven, no queriendo aceptar el dinero que don Bernardo la ofreció reiteradas veces, hubo de recurrir al empeño de sus trajes y de las ropas menos necesarias. Estas pignoraciones las realizaba la modista del cuarto inmediato, por las tardes, cuando salía á entregar su trabajo; después regresaba con algunas pesetas, envueltas en un papel para que no tintineasen. Fernanda, que acechaba su vuelta, salía á recibirla, evitando que Daniel advirtiese aquellas penosas operaciones. De este modo, alimentando al enfermo cuanto podía y comiendo lo indispensable para nutrir á Juanito, que aún mamaba, fué pasando Fernanda Montero aquel primer mes de angustias y sobresaltos indecibles. Luego llegaron nuevos conflictos de apremiante y dificultosa resolución, y necesitó deshacerse de algunos cuadros; tras los muebles, el ropavejero, en quien la necesidad parecía haber encarnado, fué llevándose los cuadros uno á uno...

La joven los defendió cuanto pudo. ¡Pobres bocetos concebidos en la cama, junto á ella; pintados luego rápidamente, bajo la mirada animadora y dulce de sus ojos...! Pero el hambre llamaba con sus nudillos descarnados á la puerta del taller, y urgía evitar su terrible asalto. Todos aquellos cuadros enajenados á ruin precio y destinados, acaso, á ser expuestos de café en café, Fernanda Montero los vendía sin firma, y al verlos salir padecía un desgarró inexplicable, un remordimiento semejante al que de-

ben sufrir las madres recordando al hijo que abandonaron sin nombre en el torno de la inclusa.

Cuando Daniel Carmona pudo moverse, su primer cuidado fué lanzar una mirada exploradora por las paredes del estudio; estaban limpias, sembradas de clavos, que recordaron al pintor la distribución de los cuadros vendidos. Fernanda Montero rompió á llorar.

—¿Qué quieres?—exclamó—. Iba en ello tu vida.

Otro día el ropavejero quiso comprar *El Remordimiento*, uno de los últimos lienzos que quedaban; ofrecía por él ciento cincuenta pesetas.

—¿Qué hacemos?—preguntó Fernanda.

—Morir—repuso el pintor con voz débil—; morir... ¡Es preferible acabar de una vez...!

Ella iba á replicar, pero se contuvo, temiendo excitarle. El pintor quedó absorto, mordiéndose los labios desesperado, viendo cómo declinaban los postrimeros fulgores de su fama.

—¡Treinta duros por un cuadro mío!—repitió Daniel—. ¡Ladrones...!

La indignación agolpaba la sangre á su garganta, haciéndole toser.

—¡Luchar!—pensó—. Ya... ¿para qué...?

Vió á Juanito que avanzaba agarrándose á las sillas, mirándole y riendo en su feliz inconsciencia...

—Fernanda—murmuró el pintor desfallecido—: si vuelve el ropavejero... véndele el cuadro.

Con aquel dinero defendieron otro mes. Daniel Carmona ya se levantaba, y las fuerzas de la vida



iban tornando á su cerebro y á sus músculos. Aquellas energías provocaban en su pensamiento la germinación de planes nuevos: era indispensable emigrar á países donde batallase contra la indiferencia, mas no contra el odio de las muchedumbres; porque la indiferencia se vence con los chispazos del genio que deslumbra, mientras el odio, ni con la muerte del vencido se aplaca. Fernanda Montero le escuchaba tristemente, acostumbrándose á la idea de quedar derrotados, contemplando aquella cabeza magnífica, envejecida repentinamente por el dolor.

—Nuestros enemigos pueden quedar satisfechos de su obra —decía Carmona—; nos han arrojado de todas partes, me niegan el talento que antes reconocían en mí; caricaturistas sin conciencia pusieron nuestros nombres en ridículo... Finalmente, el barón del Tajo me asesta una estocada que, para tormento suyo, no recibí en el corazón... ¿Qué te parece...?

Otras veces, tonificado por repentinos arrebatos de esperanza, miraba á Fernanda con ojos fulgurantes, pidiendo á su hermosura una revelación sobrehumana, una de esas divinas genialidades que avasallan sin protestas ni combates. Las obras más grandes del arte las inspiró el dolor; sobre la frente de Fernanda Montero, el sufrimiento había dejado un beso inexpresable; los cabellos negríssimos, partidos en dos crenchas simétricas, se abullonaban por los lados, cubriendo las orejas, y se recogían atrás, sobre la nuca de aquella tranquila y dulce cabeza de estatua; la expresión de los ojos, cansados de llorar, era más

suave, cual si los varoniles arrestos de la antigua vizcondesa de San Bartolomé agonizasen en ellos; la maternidad y melancolía empalidecieron su rostro; su nariz, de corrección hebraica, descendía sobre los labios inmovilizados por la meditación; en su cuerpo hermoso había ese algo plebeyo y excelso que ilumina á las Vírgenes de Murillo y de Rafael, vestidas de percal. Daniel Carmona la contemplaba como en éxtasis, sintiendo aletear bajo sus ojos lo incomunicable... que guardaba el talismán prodigioso de la rehabilitación y de la venganza. De pronto, como quien despierta de un sueño profundo, exclamaba:

—¡No, eso es imposible...! Nos iremos pronto de aquí, Fernanda mía; muy pronto... ¡Ya es razón de que este duelo á muerte concluya...!

La miseria continuaba estrechando alrededor de los dos desterrados su anillo mortal; á primeros de octubre, agotados todos los recursos, fué preciso vender la cama; luego el colchón de muelles. Los últimos días de aquel mes siniestro, Fernanda Montero, estoica ante la desgracia, los pasó cosiendo para la modista del cuarto inmediato. Daniel Carmona, que no podía trabajar, los pasó llorando.

Don Bernardo Ontígola refirió á sus amigos, por estilo burlón y pintoresco, lo mucho que había visto y observado aquella tarde en el Colegio de Nuestra Señora de la Piedad; todos, desde don Carmelo Díaz hasta el barón del Tajo, estaban lucios y orondos de su triunfo, resplandecientes de satisfacción y ufanía.

—Creo, sin embargo—agregó el médico—, que, como antes dije, la caja de Pandora ya está vacía... El Padre Bringas me rogó hace un momento que viniese á hablar con Daniel.

—¿El Padre Bringas?—preguntó Fernanda sorprendida.

Los dos amantes cambiaron una mirada interrogante; no comprendían; la joven recordaba que, en cierta ocasión, don Dionisio Bringas había rehuído hablar con ella. El médico explicó sucintamente de qué se trataba.

—Quieren—dijo—que pinte usted un cuadro para la capilla; la Junta está dispuesta á pagar espléndidamente este trabajo; Bringas me ha hablado de veinte ó veinticinco mil pesetas...

Hubo un intervalo de silencio; la calma, augusta secuela de las grandes revelaciones. Fernanda Montero miraba á Daniel, esperando su contestación; el mismo Juanito, refugiado entre las rodillas de su madre, parecía suspenso. Ontígola sonreía dulcemente, congratulándose de ser portador de tan feliz noticia. El pintor callaba, con los ojos fijos en un punto. De pronto dijo:

—Yo no trabajo... para esa gente.

Su negativa irritó al médico.

—Hace usted mal—exclamó—, ¡muy mal...! Esas no son valentías de luchador, sino terquedad estéril y suicida.

—Tal vez; pero... aunque tuviese voluntad y propósitos firmísimos de pintar, no podría..., no sabría...;



el pincel se caería de mis manos. Ustedes, los hombres de ciencia, hallan á todas horas y en cualquier momento, entre las hojas de sus libros de estudio, las fórmulas que dan la vida; pero yo llevo todo mi caudal aquí, detrás de la frente, y la semilla de la inspiración no se siembra; las flores milagrosas del genio son más fuertes que el hambre.

—No importa—repuso Ontígola—; acepte usted; el cuadro podrá resultar mediano..., es igual; no es usted quien ofreció su colaboración á la Junta; es la Junta quien le llama. La Emperatriz Catalina decía que la política mejor consiste en dejar que todos vengan á nosotros; esto es lo que aquí ha sucedido. ¿Qué más podemos pedir?

—¿Y los motivos...? ¿Por qué se han acordado de mí?

—¡Oh...! Los móviles de esa oferta, por venir de mala fuente, no pueden ser buenos. Mas, ¿qué importa? El hecho existe; son cinco mil duros que llaman á la puerta, y á los cuales sería insensato no recibir con los honores debidos.

Daniel Carmona dudaba.

—Este auxilio—murmuró—llega tarde; yo, de todos modos, he resuelto emigrar.

—¿Y qué...? Ese cuadro es para usted una rehabilitación y un capitalito que puede servir de base á una mayor fortuna. Concluído su trabajo puede usted marcharse; pero ya no como vencido que huye, sino como rey que abdica voluntariamente y desprecia sus propias victorias. Ese triunfo y esa retirada, fruto

de un alarde de independencia y no de la necesidad, sería para el orgullo de sus enemigos un golpe terrible.

Daniel miró á Fernanda.

—¿Qué opinas?—dijo.

—Creo—repuso la joven—que don Bernardo tiene razón; yo aceptaría.

El pintor se encogió de hombros y volvió á reclinarse sobre el diván en donde le había erguido, unos instantes, el entusiasmo de su rebelión.

—Entonces...—murmuró—yo también acepto.

Ontígola le felicitó y abrazó, sinceramente conmovido.

—A Bringas—dijo—le escribiré esta noche anunciándole lo ocurrido, y él vendrá á tratar con usted las condiciones del pago.

—¿Cuándo se inaugura la capilla?

—A mediados de enero.

Daniel Carmona levantó el brazo derecho suavemente.

—Todavía—dijo—me duele la herida; temo no poder trabajar.

Sin advertirlo, deseaba un motivo que le prohibiera allanarse á lo que sus enemigos solicitaban de él. Las crueles jugarretas de la fatalidad le habían vuelto desconfiado, y en donde antaño columbraba una reconciliación, ahora temía una asechanza ó un peligro. Si nadie le quería, si todos fueron á arrojarle de la sociedad, condenándole á perpetua reclusión ó destierro, ¿cómo los que le atropellaron pretendían

autorizarle de nuevo y devolverle su olvidada posición y preeminencia...? ¿No había algo negro en el fondo impenetrable de todo aquello...? Ontígola procuró calmar sus temores. El también dudaba de que la reconciliación solicitada por la Junta fuese sincera; en aquel enredo, su aguda perspicacia adivinaba un negocio; indudablemente, doña Petra había cedido, á beneficio de la Asociación, una suma respetable, y al hacerlo y saber que su hija estaba pobre, quiso protegerla, obligando á los señores de la Junta á que fuese para Daniel el cuadro que don Carmelo había encargado ó pensaba encomendar á otro pintor. Aquella explicación arrasó en lágrimas de agradecimiento los ojos de Fernanda.

—Sólo así comprendo—agregó don Bernardo—esa paz ó amnistía que ustedes, discurriendo derechamente, hallan inconcebible. El Padre Carmelo es hombre ambicioso y sin escrúpulos, que sólo persigue un fin: ganar dinero..., y, por lograr su objeto, no hay transacción que no haga, ni amistad que no finja; le conozco bien; él desprecia igualmente los afectos y los rencores improductivos..., ¡y acaso tenga razón...!

De todos modos, aquélla era para Daniel Carmo-  
na una victoria importantísima, cuyos provechosos frutos no era difícil prever. La Junta, que disponía de grandes influencias y relaciones, no vacilaría en auparle, pues todo el prestigioso resplandor que cayese sobre Daniel refluiría después hacia la Asociación, que se vanagloriaría de haber reconquistado un



buen artista; los periódicos hablarían de él con aplauso, ensalzando sus muchos merecimientos; su nombre volvería á recordarse en los salones, unido á un motivo simpático y de "buen tono...", y el vacío horrible, que mata callando, quedaría conjurado.

—Todo lo puede el dinero—concluyó Ontígola. Daniel Carmona miró á Fernanda.

—Algunas veces, sin embargo—repuso—, más puede el amor que el dinero.

—¡Usted lo dijo!—exclamó el médico—. "Algunas veces..." Otras, el amor al dinero puede más que la fe..., ¡que llena lo infinito...!

Más tranquilos, hablaron del porvenir, sintiendo inundadas sus almas por el gozo de aquella reconciliación prodigiosa que acudía inopinadamente á nivelar las fuerzas de ambos partidos beligerantes. Fernanda Montero preguntó:

—¿Qué representará el cuadro?

—Una imagen de Nuestra Señora de la Piedad. Daniel queda en completa libertad de colocarla y vestirla á su antojo.

Don Bernardo explicó la disposición de la capilla y los frescos magníficos que Claudio Antúnez estaba concluyendo.

—Según eso—repuso la joven—, el cuadro de Daniel será colocado en el altar...

—Sí, señora; Montoya, el escultor, ha hecho una especie de marco corintio ó de capillita minúscula, destinada á recibir el sagrado lienzo.

Daniel Carmona se había puesto muy pálido; On-

tígola lo advirtió; aquella palidez crecía, crecía..., convirtiéndose en lividez. Fernanda lanzó un grito.

—¿Qué tienes?—dijo.

Y se levantó corriendo hacia él; Carmona se levantó también, llevándose las manos á la garganta, expresando con aquel gesto desesperado que no podía hablar; sus piernas tropezaban, flaqueando bajo la manta de viaje; sobre su frente, los cabellos se erizaban; don Bernardo, atórito, le sostenía.

—Daniel—murmuraba el médico—, Daniel..., cuidado... ¿Qué es eso...?

El pintor abrió la boca; sus labios temblaban con risa convulsiva; después abrió los brazos, estrechando fuertemente contra su pecho á Fernanda y á Ontígola; la joven se echó á llorar; aquel abrazo silencioso tenía la emoción penetrante de los adioses definitivos. Al fin, Daniel Carmona pudo hablar.

—No... no llores...—dijo—; estoy bien...

—¿Qué tienes, qué tienes...?

—¡Oh, nada...! ¡Esto es alegría...! La emoción...; como estoy así... tan débil..., las impresiones demasiado fuertes me trastornan.

Volvió á abrazar á Fernanda, besándola sobre los cabellos largamente, para ocultar sus lágrimas; luego se sentó.

Fernanda Montero y Ontígola permanecieron quietos y en pie, aguardando la explicación del misterio.

—¿Qué fué ello?—preguntó don Bernardo, sonriendo.

—¡Ah, querido amigo!—repuso el pintor—. Se lo diré á usted mañana, cuando usted quiera...; hoy no. ¡Perdóneme usted...! Esto, por ahora, sólo Fernanda..., la dueña de mi alma..., debe saberlo... Perdóneme usted, repito... Este secreto delicioso es más de ella que mío; por eso mi alegría ha sido inmensa. ¡Sí...! Es una revelación sobrehumana, verdaderamente divina..., que llegará á los Cielos...

Tosió, sintiendo en el pecho un dolor agudo; luego añadió, estrechando entre sus manos frías las manos de Ontígola:

—¿Usted cree que la Junta no volverá de su acuerdo, concediendo á otro pintor el cuadro que me tiene encargado?

—No.

—Pues... bien; dígaless usted á todos esos señores... que Daniel Carmona está dispuesto á ayudarles... de balde... ó por dinero, como ellos quieran... Y que el cuadro de Nuestra Señora de la Piedad será la mejor obra de su vida...

Ontígola se despidió, prometiendo volver pronto; Daniel y Fernanda le acompañaron hasta la escalera.

—Le espero á usted con impaciencia—dijo el pintor—; después de Fernanda, sólo usted puede saber... y sabrá mi secreto.

En la Puerta del Sol don Bernardo Ontígola vió al marqués de San Juan. Hablaron un momento.

—Ayer estuve aguardándole á usted—dijo el médico.



—No pude ir, querido Bernardo; dispénseme usted.

—¿Y aquello?

—Peor..., bastante peor.

—¡Es natural...! ¿Y Luisita?

El rostro del anciano marqués adquirió instantáneamente una expresión indefinible de gravedad, cansancio y melancolía.

—Esa imbécil—murmuró—me da cuantas desazones puede; es una bestezuela indomable; tendré que dejarla...

—¿Y el asunto de su hermano?

—A eso me refiero.

—¿No se arregla...?

—Sí; pero lentamente... Ya sabe usted las tramitaciones interminables y los desesperantes aplazamientos por que pasan en este país los negocios más sencillos... Luisa cree que todo el monte es orégano y que basta querer algo para que ello sea: está furiosa conmigo; me ha prohibido visitarla hasta que su hermano no salga de la cárcel...; dice que no me intereso por ella... ¡Qué se yo...! No quiero recordar lo que estoy sufriendo por ese chiquillo.

Ontígola se despidió.

—Adiós, marqués—dijo—, y... ¡buen ánimo...! Hoy me aseguraban que el amor todo lo puede.

—El amor... ¡y el dinero!

Se acercó al médico, murmurando con acento expresivo y misterioso:

—No exajero si digo que llevo gastados en el

asunto de Luisa... algunos centenares de duros...

—Lo creo.

—¡Qué gente pulula por esas escribanías...!

—Quedo creyendo, sin embargo—concluyó el médico maliciosamente—, que en la excarcelación de Emilio más ha de influir la pasión... de usted, por ejemplo, que el dinero.

Ontígola acertaba; los brazos de las cortesanas suelen ser más fuertes que la espada de la Ley.

Transcurrieron varios días: una tarde Luisa salía del baño; metida en un peinador, sus cabellos húmedos se adherían sobre la frente: Sara y la sirviente habían salido: al atravesar el recibimiento, la joven se detuvo asustada por el violento y estruendoso repiqueteo del timbre de la escalera. Su primer movimiento fué de fuga; luego, pensando en don Raimundo Ortiz, que iba á verla casi todas las tardes, exclamó:

—¿Quién es?

—Yo...; abre...

—¿Es posible...?

Abrió. Era Emilio Luján.

## VI

Apenas Ontígola se fué, Daniel Carmona cerró la puerta del estudio y abrazó á Fernanda; estaba fuera de sí.

—¡Ah, querida..., querida de mi alma..., qué alegría, qué triunfo tan inmenso! No sé cómo pude callar delante de don Bernardo...

Ella sonreía contenta de verle animoso y feliz; él prosiguió:

—¿Ves...? Ya no salimos de España; nos quedaremos aquí, y la victoria será nuestra...

—¿Cómo...?

—Ahora lo diré..., no me apures..., déjame saborear mi felicidad poco á poco. Y tú eres la autora única de tanto bien, Fernanda... Tú, que me inspiras, y acaso pagues con tu dote el trabajo que me ofrece la Asociación... ¡No importa; mejor...! Quiero agradecértelo todo, debértelo todo; la gloria y la vida. ¿Recuerdas...? Desde hace mucho tiempo



me persigue la idea de pintar un cuadro extraordinario...

—Sí.

—¿Te acuerdas bien?

—¿Cómo no acordarme? Yo también, aunque nada decía, buscaba..., quería ayudarte.

—¡Qué días tan negros aquellos en que los periódicos me denostaban! Todos me zaherían..., todos se burlaban de mis obras; nadie, exceptuando á Gómez Urquijo, defendió mi talento. ¡Sólo tú me consolabas...! No obstante..., yo temía que tú también dudases...

Ella hizo un enérgico movimiento de protesta; él continuó persuasivo, acariciándola las manos.

—Sí, sí..., ¿por qué no..., cuando todos los maestros..., los pontífices infalibles de la crítica, me atacaban...? ¿Cómo no habías de dudar de mi talento, si yo mismo, ¡yo mismo!, llegué á dudar...?

Ella lloraba.

—¡Pobre Daniel..., pobre Daniel! ¡Cuánto has sufrido...!

—¡Oh, mucho; lo indecible...; tanto como tú ó más...! Porque tú ignoras lo que siente el artista cuando las muchedumbres indiferentes ó hipócritas se ríen ó encogen de hombros ante su esfuerzo. Me veía arrojado de todas partes, nadie quería mis cuadros..., me negaban el vino y el pan..., y pensaba: yo triunfaría y mi compañera no padecería las vergüenzas del aislamiento y del hambre, si mi talento y mi voluntad pudiesen arrollar la sofocante multitud

de los imbéciles que piden mi muerte... Dudando en mí... sospechaba, Fernanda, que tú también estuvieses contaminada del mismo pensamiento, y la idea de parecerte débil, desvalido y pequeño, me abrumaba. Por eso recordarás que muchas veces, queriendo exaltar mi imaginación, te rogaba me mirases... y te contemplaba delirante, buscando en el fondo de tus ojos la inspiración salvadora. ¿Te acuerdas?

—Sí.

—¿Recuerdas también que yo quería levantarte..., vengarte de todos nuestros enemigos..., humillarles delante de ti...?

Fernanda Montero afirmaba con la cabeza, sin adivinar adónde iba enderezado aquel apasionado preámbulo.

—Pues bien..., la inspiración llegó ya; besáme en la frente, que la concibió; bésame sobre el corazón, que ya late por ella...

Fernanda le abrazó y le besó, echándose á llorar, sin saber por qué. Parecían dos niños.

—¿Te fijaste en las explicaciones de Ontígola?— preguntó Daniel—. El cuadro ha de ser una imagen de Nuestra Señora de la Piedad...

—Sí.

—Al oírle pensé en ti..., pálida, triste y pobre, como la misma Virgen... y, como ella, sin mácula á mis ojos. Pues bien..., esa imagen será colocada en el altar... ¿Vas comprendiendo?

—No...

Estaba suspensa, apoyando sus manos trémulas sobre los hombros del pintor. Carmona prosiguió:

—El día de la inauguración, la capilla se llenará de gente, de enemigos... de enemigos nuestros..., y tú, sola tú, ocuparás el altar...; ¿comprendes ahora...? El sacerdote dirá su misa, y al levantar la hostia, Dios descenderá sobre ti... y todas... y todos... se arrodillarán..., y tú los verás como yo quería ponerles, de hinojos, humillando la cabeza ante tu belleza y tu virtud... La luz de los cirios bañará tu rostro divinizado por el sufrimiento y la melancolía; las notas del órgano besarán tu frente; en el mes de mayo, los que antes llenaron tu existencia de espinas, irán á cubrir de flores el pedestal donde mi genio te colocó: los predicadores te cantarán alabanzas; los hijos de los hijos mendigarán tu misericordia; los amantes que conozcan nuestra historia aprenderán de ti, y presidirás la unión y juramentos de los que se casen; los creyentes admirarán tu fe..., la fe sobrehumana que cifraste en mí; mirándote á ti, que tanto sufriste, los desgraciados hallarán consolación, y esperanza los desmayados y los débiles... Y así siempre, un día y otro, mientras Dios quiera bajar al mundo: tú en el altar, donde el Destino te sentó; ellos, los cobardes, los hipócritas, los miserables sucios de sangre y de conciencia, prosternados delante de ti, rogándote, adorando en tu imagen el recuerdo de la que nunca pecó..., de la Inmaculada...

Fernanda Montero lloraba sin poder hablar, ven-



cida por un sentimiento maternal, infinitamente dulce, que la movía á felicitar-se, más que de su victoria, del triunfo de Carmona. Daniel agregó orgulloso, frotándose las manos:

—El Destino, al fin, ha querido que la última estocada de este duelo á muerte... ¡la diese yo...!

Días después, don Dionisio Bringas se presentó en el estudio: Carmona le recibió con extremada afabilidad y cortesanía; Fernanda, no queriendo verle, se escondió en la cocina, asegurándole á Juanito, para que estuviese sosegado y mudo, que venía el coco. Bringas no preguntó por ella, ni dió importancia á la visita de Ontígola, y pareció alegrarse mucho del rápido y feliz restablecimiento del pintor

—Allí—dijo—, en la Asociación, le queremos á usted mucho, y sin el desdichado accidente que puso en peligro su vida, y que todos lamentamos, hubiera usted trabajado con nosotros desde el primer momento...

Su voz era suave, cariciosa, insinuante como un arpegio; Carmona correspondió á tanta dulzura, achacando su huraño retraimiento á sus múltiples quehaceres.

—Celebro mucho—agregó—que los señores de la Junta se acuerden de mí; hace tiempo que, á pesar de mis ideas liberales, deseo pintar un asunto místico...

—¡Ah!—exclamó don Dionisio, cruzando las manos sobre su abdomen con ademán beatífico—; en

el misticismo ha bebido el arte sus inspiraciones más excelentes.

Luego discutieron el precio del lienzo, ajustándolo en veinte mil doscientas cincuenta pesetas, de las cuales don Dionisio entregó, incontinenti, y bajo recibo, quinientos duros. El pintor no quería admitirlos.

—Sí, acéptelos usted—repuso Bringas—; no soy yo..., es la Junta quien ha dispuesto este anticipo insignificante.

El cuadro tendría dos metros setenta centímetros de altitud, por uno cincuenta y cinco de ancho: Daniel Carmona prometió concluirlo á mediados de enero, y visitar la capilla tan pronto como su salud le permitiese salir.

El Padre Bringas se despidió abrazando al pintor; fué un abrazo largo, emocionante, que parecía querer servir de dogal á los viejos rencores.

Al día siguiente, desde muy temprano, Daniel Carmona puso manos activas á su obra, y sobre el lienzo quedó bocetada, con gallardos y segurísimos perfiles, la imagen de Nuestra Señora de la Piedad: estaba sentada y de frente, amamantando á un niño. El pintor trabajaba junto á la ventana, de espaldas á la luz, presa de un embelesamiento que distraía el molesto redolor de su herida y dilataba sus párpados, entrecortando la respiración y el pulso, haciendo que todas las energías de su artístico temperamento refluyesen al cerebro: Fernanda Montero, con Juanito sobre las rodillas, *ponía* en el extremo

opuesto del taller, ante un gran retal de terciopelo negro clavado en la pared.

La natural alegría que produjo aquel bonancible cambio de situación callaba represada por el trabajo de los nervios puestos bajo el imperio febril del genio en infatigable y fecunda tensión. La vida íntima del taller había cambiado; los dos amantes madrugaban con el sol, y sin perder minuto acudían á sus puestos respectivos; la comida la mandaban traer de un café inmediato; allí ya no se lavaba ni se barría; el polvo cubría los muebles; en los ángulos del fogón, apagado, las arañas tendían sus redes; el lecho se mullía á última hora. Las cenas eran alegres y tranquilas, amargadas únicamente por el miedo que Daniel tenía de que su inspiración no igualase la ambiciosa magnitud de su proyecto; pero los almuerzos pasaban inadvertidos en la balumba vertiginosa del trabajo, y eran devorados rápidamente, y entre dos pinceladas felices que mereciesen los honores de un ligero comentario: por las tardes, tras una lucha de cinco ó seis horas, Daniel dejaba su banquillo para recostarse en el diván y dar reposo, más que á su imaginación, á su brazo. Fernanda corría á consolarle, asustándose de hallarle demasiado pálido.

—¿Cómo estás?—decía—. ¿Te duele el pecho?

—Sí; un poco...; pero no es nada. Hablemos de nuestro cuadro; ¡qué hermoso va quedando...! Bésame la frente... ¡Ella demostrará muy pronto que merece la caricia de tus labios...!



Se abrazaban, riendo, poseídos de intensísima alegría, como dos náufragos que, tras una noche de horrible tormenta, viesan amanecer el sol desde un puerto amigo. Después volvían á la brega, peleando intrépidos contra el cansancio y la luz, que declinaba; Daniel inquieto, sintiendo bullir toda su sangre bajo el cráneo; Fernanda Montero inmóvil, inaccesible á la dura fatiga de las posiciones largo tiempo sostenidas, conservando, bajo el peso aplastador de la hora, su inmovilidad de estatua.

Aquel trabajo sempiterno permitió que las semanas de noviembre pasasen inadvertidas para los dos luchadores, arrastrados en el delirante torbellino de una idea que colmaba para ellos la eternidad de lo futuro. Los días desfilaban apacibles, como anillos de una dulce esperanza cuya realización iba acercándose; la nieve caía silenciosa, poniendo sobre el cinc de la ventana un reborde de armiño, cubriendo de blanco el paisaje, cuyos accidentes más lejanos simulaban arrugas de una sábana inmensa; el cielo, anegado en un fuerte resplandor gris, invadía el estudio con una luz clara que ayudaba maravillosamente á producir esa tonalidad vaga, espíritu vivificador de las obras místicas; las noches transcurrían sin pesadillas y veloces, como puntos negros intercalados en la ardiente continuidad de un día sin fin.

Aunque impaciente, Daniel Carmona laboraba poco á poco, acobardado prudentemente por el peligro de equivocarse, pasando muchas veces sus ojos

del modelo á la copia y de la copia al modelo, abarcando todos los detalles, antes de resolverse á trazar una pincelada; pero en cambio, éstas tenían la tiránica firmeza y precisión de lo perfecto y definitivo, de lo inmendable: el toque era valiente, el color, extendido con secativo Halerms y aguarrás, exacto y jugoso; inmenso el esfuerzo nervioso realizado para dar á la imagen la emoción de lo palpitante, de lo animado con sensibilidad y vivir consciente. Nunca, ni aun en sus cuadros premiados con medalla de oro, llegó Daniel Carmona á deslizar tan vigorosamente el calofrío inexpresable del pensamiento: su creación tenía el divino aliento que llora en los lienzos de los pintores iluminados; todo vivía allí; los ojos parpadeaban; los pliegues del traje parecían susceptibles de arreglo y mutación; un rizo, retorciéndose indómito cerca de la sien, vivía con voluntad propia, inspirando al espectador deseos de alisarlo, pasando la mano sobre él; el artista puso en cada pormenor toda su alma, y sólo aquel equilibrado y perenne derroche de sensibilidad explicaba la intelectualidad y animación sobrehumanas de la figura.

Nuestra Señora de la Piedad surgía de un fondo negro, compacto, que traducía con su impenetrabilidad el quietismo pavoroso del Tiempo, repleto de siglos; del Tiempo, siempre en marcha y siempre inmóvil... Sobre aquella eternidad, y como llenándola con el infinito de su virtud, aparecía la figura, suavemente iluminada por un indeciso y etéreo res-

plandor cenital. Cómo el negro obsidiánico del cabello pudo destacarse del negro fondo, fué un milagro de ejecución que, ya vencida la dificultad y serenados los nervios del artista, ni el mismo Carmona supo explicarse. Alrededor de la cabeza y siguiendo su curva suave, había un hilillo, casi imperceptible, de luz; pero luz real, vibrante, que rielaba dulcemente sobre las ondulaciones de los cabellos, lubricándolos, dándoles la tonalidad brillante de lo vivo. Bajo la frente, entristecida por dos crenchas simétricas, peinado sencillo y humilde de las mujeres plebeyas, ardía la lámpara maravillosa del pensamiento y su luz resbalaba como un reflejo sobre un pequeño haz de ligeras arrugas horizontales; surcos de la melancolía, que vibran como cuerdas sonoras, bajo la caricia de la reflexión. Los ojos grandes, serenos, inaccesibles á la sorpresa, miraban á todas partes, como los retratos de Pantoja: su expresión era triste cual la emoción primera de piedad, curiosos como una pregunta, escrutadores como un escalpelo que sondea cortando; la nariz, afilada por el sufrimiento, tenía el pausado respirar de las conciencias tranquilas; sus labios conservaban la majestad hierática de la oración; en ellos batallaban la nostalgia y la fe, la melancolía de los grandes dolores que hicieron llorar, y el contento de la ilusión que ríe embebiendo las lágrimas del desengaño: un pañuelo rojo, cruzado sobre el pecho, cubría los hombros; bajo la falda de percal azul asomaba un pie desnudo; pie blanco, pequeño, que parecía señalar con la orientación de



sus dedos el camino de la salvación; entre los brazos de la Inmaculada, Jesús, el futuro cantor inmortal de la piedad, mamaba, arañando con sus manecitas inquietas el seno de su madre, como gateando hacia la vida; y aquella sucesión hambrienta empalidecía el rostro de la Virgen. Así era el cuadro, sin más lujos de composición ni otros detalles; escueto, sencillo, de una simplicidad que había dificultado enormemente la labor del artista y daba á su producción mérito cuantioso. Aquella imagen veía el rostro y penetraba los entresijos de cuantos devotos se acercasen á su altar, y escuchaba atentamente las oraciones murmuradas á sus pies, y sentía hacia los menesterosos compasión inmensa...

Fernanda Montero contemplaba perpleja el cuadro de Daniel.

—¿Soy yo así?—preguntaba.

—Sí.

—¿Hay esa luz en mi frente... y tienen mis labios esa expresión? ¿No me engañas...? ¿No son tanta hermosura y belleza tanta creación de enamorado ó fingimiento de artista...?

—No—respondía el pintor—; tú eres según estás ahí; aventajarte hubiera sido imposible...; pero mi inspiración corrió parejas con tu belleza, y eso ha bastado. En mi cuadro, tu espíritu y tu cuerpo conviven igualmente; los pintores no suelen romper la superficie de lo copiado; ellos, como los escultores, son patinadores de la realidad que resbalan sobre la línea; pero mi deseo de inmortalizarte aguzó mi

fantasía, y el pincel se convirtió en pluma de novelista, que ahonda y describe lo invisible...

Ella se estremecía, poseída de vago temor, imaginándose fuera de sí misma y como muerta. El hechizo de la artística ficción era inmenso: aquella imagen inmóvil, que parecía callar para oír mejor, despertaba en el hombre bien educado la necesidad de descubrirse; los amantes no hubieran sido capaces de besarse bajo la mirada augusta de sus ojos.

Aquel cuadro fué para Daniel Carmona una especie de portentosa epifanía y resurrección: sin procurarlo ni saber cómo, cual si un diablejo bienhechor velara secretamente sus intereses y fuese limpiando de obstáculos el camino de sus bonanzas y encumbramiento, todo lo que antes se le mostró adverso ahora se le venía á las manos mollar y propicio. *La Tolerancia* y *La Tradición* hablaron de Carmona con aplauso, recordando sus triunfos y anticipando acerca del cuadro que destinaba á la capilla del Colegio de Nuestra Señora de la Piedad juicios muy lisonjeros; la Prensa de gran circulación reprodujo la noticia, echando sobre el nombre del olvidado artista la refulgente oriflama de sus victorias pretéritas. Como el poder de la imitación es grande, aquellos reclamos publicados por iniciativa de la Junta provocaron muchos espontáneos. Carmona recibió, entre otras visitas, la de un redactor del semanario *Claro Oscuro*.

—Nuestro periódico—dijo—publicará la sema-

na próxima una información completa del colegio: fachada principal del edificio, vista de la capilla, retratos de los señores que constituyen la Junta Directiva de la Asociación, y de las respetables personalidades que más cooperaron á la erección del establecimiento: tales como el excelentísimo señor don Miguel Vélez, marqués de San Juan, el señor vizconde de Algorta... y otros. También publicamos los retratos de Claudio Antúnez y Montoya, y sólo falta, para completar la información, el de usted... y una fotografía de su cuadro.

Daniel había cubierto su obra con una sábana.

—Agradezco muchísimo su visita —repuso el pintor—, y celebro que la redacción de *Claro Oscuro* quiera honrarme con distinciones que acaso no merezco. Mi retrato lo tendrá usted ahora mismo; mas no puedo permitir que se publiquen fotografías de mi cuadro hasta pasado el día de la inauguración de la capilla.

El periodista pareció muy contrariado.

—Deploro—dijo—que no pague usted con su confianza la admiración que siento por usted. Por lo visto, otros fueron más felices que yo...

—¿Por qué?

—Me aseguraron anoche que la *Ilustración Hispano-Americana* publicaría el cuadro de usted...

Daniel Carmona sonrió.

—Le engañaron á usted—repuso—; mi cuadro no lo conoce nadie, ni lo verá nadie..., ¡absolutamente nadie!, ni aun el mismo presidente de la Junta, hasta



el día de la inauguración. Es una obra que emprendí y estoy terminando con extraordinaria fe, y respecto á la cual no quiero que nadie emita opinión. Creo..., y olvide usted la inmodestia que haya en lo que le digo, que la imagen de Nuestra Señora de la Piedad será mi obra maestra...

Las impenetrables reservas del pintor avaloraron su cuadro, del cual se habló en los círculos inteligentes. La enfermedad de Su Ilustrísima don Miguel Gil, de quien se dijo que presidiría la misa inaugural de la capilla, lanzó nuevamente por las columnas de la Prensa diaria el nombre de don Carmelo Díaz, director de la Asociación, en quien Su Ilustrísima declinaba sus poderes y representación, y los de Daniel Carmona, Antúnez y Bernardo Montoya. Aquellas alabanzas producían en Fernanda Montero y en su amante regocijo indecible y purísimo: las leían lentamente, apreciando el valor de los adjetivos encomiásticos, temiendo ver la mueca aristofanesca del sarcasmo entre los espirales del incienso quemado, como artistas noveles que nunca fueron aplaudidos.

—¡Hemos triunfado!—exclamaba Carmona—; lograda esta victoria, los que antes rehuían mi saludo mañana solicitarán mi amistad, y el porvenir será nuestro.

Ella sonreía gozosa, reconociéndose para siempre perdonada por las muchedumbres, adoradoras idólatricas del dios Éxito, y su generoso corazón la acusaba de no haber sufrido bastante para merecer tan

firme, acabado y subidísimo bien. Y luego volvía á extasiarse ante su retrato; aquella creación magnífica, embellecida por un imán atrayente y suave, como el aroma de las flores.

A mediados de enero, días antes de la inauguración de la capilla, Daniel Carmona fué al colegio de Nuestra Señora de la Piedad; don Carmelo y el padre Melgares le recibieron con extremado alborozo y cumplimiento, felicitándole por su obra, que no dudaban sería un nuevo portento de la fe, y enseñándole el establecimiento minuciosamente, como queriendo darle autoridad y dominio sobre todo, y arrancar de su ánimo cualquier receloso recuerdo. Después visitaron la capilla. Allí estaban Montoya y Claudio Antúnez dando á sus trabajos los últimos retoques de buril y de pincel; al ver á Carmona, le abrazaron cariñosamente, colmándole de parabienes, celebrando la resurrección de aquel viejo y poco afortunado compañero de artísticos torneos. Daniel examinó la disposición del altar y el hueco y marco donde su cuadro había de ser colocado: las columnatas eran de mármol blanco y formaban una á modo de hornacina, sencilla y elegante, como la fachada de un templo griego. La solemne función inaugural se celebraría el sábado inmediato, á las diez y media de su mañana, según las tarjetas de invitación indicaban.

—El cuadro quedó terminado ayer—dijo Carmona—, y pasado mañana, jueves, estará perfectamente seco.

El Padre Carmelo hizo un guiño de duda.

—¿Y si no estuviese?

—¿Por qué no...?

—¡Oh, quién sabe...! El hombre propone, y luego... Sería de malísimo efecto estético ofrecer á nuestros invitados un altar á medio concluir.

Daniel Carmona sonrió.

—Quede usted perfectamente seguro—dijo—de que el viernes, á primera hora de la tarde, la imagen de Nuestra Señora de la Piedad... estará aquí.

Al marcharse, don Carmelo y el Padre Melgares le acompañaron hasta la puerta, reiterándole el testimonio y pródigos ofrecimientos de su incondicional amistad.

—Le esperamos á usted el sábado—dijo el Padre Carmelo—; las tarjetas de invitación se agotaron...; pero es igual; usted no necesita tarjeta.

Melgares agregó suavemente:

—Las personas que vengan con usted tampoco la necesitan...

Cuando Daniel regresó á su estudio halló á Fernanda leyendo el último número de *Claro Oscuro*, que publicaba, entre otras actualidades, una minuciosa información fotográfica del colegio y capilla de Nuestra Señora de la Piedad: primero aparecía una vista panorámica del edificio; después los retratos de Su Ilustrísima don Miguel Gil, obispo de Madrid-Alcalá, y los del Padre Carmelo, Bringas, Almonacid y Melgares; los retratos de Carmona, Montoya, Antúnez, marqués de San Juan y vizconde de Algorta, iban después.



—El público extrañará—exclamó Fernanda Montero—verte reconciliado con toda esa gente.

—Y su sorpresa y maravillamiento crecerán—repuso Daniel—cuando crean que nuestros enemigos me dieron dinero para hincarles de rodillas delante de ti...

Hablaban junto al cuadro, arrobados bajo el hechizo de aquella figura que, aunque recién pintada, tenía ese color mate de las venerables imágenes antiguas autorizadas por la admiración de las multitudes y la pátina de los siglos. La joven se estrechaba contra su amante, experimentando hacia él una propensión inefable de cariño, devoción y respeto, que nunca había sentido: le reconocía infinitamente superior á todos los hombres, cogiéndola entre sus brazos de Atlante y levantándola, con un empuje redentor, indomable, que llegaba al cielo. En la elaboración de aquel cuadro todos habían trabajado, contribuyendo cada cual con lo que pudo, como náufragos que se salvan agarrados al mismo madero: Daniel Carmona puso allí su genio, Fernanda su hermosura, Juanito la consoladora promesa de su niñez: aquel cuadro era el pan y el abrigo y el porvenir y la honra de los tres...

—Ya no tendremos frío, ni hambre..., ni vergüenza de habernos querido—murmuró el pintor—; abrázame, Fernanda..., abrázame, y abre tu corazón á la esperanza de la nueva vida que empieza; la hora gloriosa de la salvación va llegando...

En sus oídos tronaban las palabras proféticas de Isaías:

"Yo crearé, dijo el Señor, un nuevo cielo y una nueva tierra, y todos los dolores serán olvidados y no volverán más..."

El día de la inauguración las puertas de la capilla quedaron abiertas desde muy temprano: las Hermanitas de la Sagrada Asociación del Consuelo habían limpiado cuidadosamente los mosaicos del pavimento y los mármoles del zócalo, y bruñido la balaustrada bronceínea colocada ante las gradas del altar: la luz clara que vertía la altiva linterna de la bóveda rie-laba alegre sobre las esculturas y los frescos.

La planta del pequeño templo era circular, rodeada por seis columnas simuladas ó empotradas en el espesor del muro; especie de resaltos que, rompiendo la línea general, daban á la rotonda la forma de un exágono perfecto, magnificando con su altitud la esbeltez de la bóveda y produciendo esa acordada emoción estética resultado de la proporción, decoración y armonía que preside las grandes obras arquitectónicas. A derecha é izquierda de la puerta, bajo la bovedilla del coro, había dos pilas de agua bendita, en forma de concha, sostenidas por los brazos y sobre el vientre de dos ángeles de tamaño natural, que apenas tocaban al suelo con sus pies desnudos, y cuyas alas y flotantes peplos dibujaban en el zócalo un bajorrelieve de mármol blanco; sobre el pulimentado fondo de las conchas temblaba el límpido cristal del agua milagrosa que lava las culpas. Más allá, y colocados simétricamente, había dos confesionarios pequeñitos, con sus rejillas, donde el

arrepentimiento arrodilla á los fieles, siempre abiertas al pecado y al perdón. Los fustes de las columnas estaban ricamente ornamentados, y en el friso de los cornisamientos abundaban las volutas y palmeras griegas, de ensortijados y elegantes perfiles. Tras la balaustrada que circuía la parte superior de la rotonda con un anillo de oro, se alzaba la bóveda, pintada de azul y salpicada de doradas estrellas, según la candorosa costumbre del arte ojival, y rematada por la linterna, suspendida á veintidós metros sobre los mosaicos del pavimento y rodeada de cristales policromos.

En los extremos del diámetro que cortaba perpendicularmente el eje de la puerta y del altar mayor, había dos grupos escultóricos tallados en mármol blanco, obras de Bernardo Montoya. Uno de ellos representaba á Jesús, de pie, curando á un leproso: el enfermo, sentado en el suelo, alargaba el cuello, queriendo besar la túnica del Salvador, mientras las uñas de sus dedos crispados desgarraban las carnes de sus brazos enjutos, convulsionados por la cruel picazón de la lepra; el otro lo componían un viejo fraile, extendiendo sus bienhechoras manos trémulas sobre la cabeza de dos niños; los huerfanitos se abalanzaban á él, acogiéndose bajo su protección, y volvían la cabeza hacia atrás, mirando al público con aterrados ojos, como huyendo de aquella Humanidad hipócrita y cruel que les había abandonado,

Ocupando los intercolumnios había cuatro magníficos frescos de Claudio Antúnez, representando



algunas escenas de las engarzadas, á modo de ricos diamantes, en el hilo áureo del Nuevo Testamento. En uno de los frescos aparecía Jesús sentado sobre una piedra, pronunciando la célebre frase: *Sinite parvulos venire ad me...* Su mano derecha iniciaba un movimiento lleno de bondad; su rostro tenía expresión seria y dulce; sobre su cabeza, de alisados cabellos, brillaba el cielo de Judea, eternamente azul; varios hombres y mujeres del pueblo miraban al Salvador curiosamente, admirando el caudal inagotable de sus mercedes; los niños se acercaban á él, poniendo sus manecitas sobre las divinas rodillas: la composición era rica, sin llegar á los límites de lo redundante y confuso; los semblantes reflejaban la luz esperanzada de lo que vive, de lo que llega; lejos, una palmera imprimía á la escena el sabor perezoso y triste del arcaico Oriente... En otro lienzo del muro estaba Salomé, sanguinaria y lasciva, presentando á su padre Herodes, en una bandeja de plata, la cabeza del Bautista; y más allá, sobre la puertecilla que conducía á la sacristía, José meditaba, apoyando sobre una mano su ruda barba de obrero; su frente, endurecida por los celos, expresaba perplejidad y cólera; tras él, cubriéndola bajo la sombra de sus alas, el Ángel le anunciaba la concepción milagrosa de la Virgen... El otro fresco del intercolumnio opuesto presentaba á Cristo en casa de Simón, y Magdalena, de hinojos, lavando y secando con sus cabellos rubios los pies del Salvador. El fariseo parecía sorprendido de que Jesús, todo vir-

tud, permitiese que las manos de aquella impura mujer le acariciasen; Cristo hablaba, dirigiendo hacia Magdalena sus manos y sus ojos llenos de bondad; sus labios entreabiertos, donde el genio de Antúnez puso el encanto inefable de la misericordia, parecían decir: "Que perdonados le son sus muchos pecados, porque amó mucho..."

Á la derecha del altar estaba el púlpito, todo de mármol blanco, cubierto con un dosel de bronce. En el altar, colocado sobre tres peldaños alfombrados y revestido por manteles blanquísimos, había una gran cruz de plata y seis candelabros del mismo metal, simétricamente distribuídos. Encima, y algo detrás, se erguía el templete corintio que Montoya dispuso para alojamiento ó estuche de Nuestra Señora de la Piedad, coronado por la Oración y la Fe; dos ángeles que parecían subir juntos al Cielo en rápida y triunfante ascensión, por el impulso de sus alas lapidarias extendidas. El cuadro de Daniel Carmona estaba oculto por una cortina de terciopelo negro, que podía correrse fácilmente con sólo tirar de un cordoncillo; el autor, orgulloso de su obra, había dispuesto que ésta no se descubriese hasta un momento antes de comenzar la misa. Enfrente del altar se alzaba el órgano, amenazando al espacio con sus brillantes trompetas de metal.

Daniel y Fernanda Montero llegaron á la capilla antes de las diez, curiosos de presenciar todos los incidentes de su gran triunfo: eran los primeros; sus pisadas resonaban gravemente, despertando sonoras

vibraciones en el templo desierto. La suave luz cer-nida que atravesaba los cristales multicolores de la linterna, caía diluyendo en la rotonda una lechosa claridad de acuarium, cabrilleando sobre los pintados mosaicos del pavimento, acusando los contornos de las esculturas, por cuyos duros perfiles el cincel de Montoya hizo correr los estremecimientos de la vida, animando el colorido de los frescos; los confesionarios se recortaban fuertemente sobre la blancura nivea del zócalo. Fernanda estremeci6se bajo la altura de la b6veda, pintada de azul, tachonada de estrellas, como las ampulosas t6nicas de los nigromantes egipcios.

—Esta iglesia—dijo—recuerda á San Francisco el Grande.

—Es cierto.

—Nuestra primera cita—añadió ella emocionada—fué allí... Diríase que el Destino quiso poner cierta conesión artística entre el prólogo y el desenlace de esta larga tragedia de nuestros amores...

Examinaron los primores del pequeño templo, y fueron á sentarse cerca del p6lpito: ante la barandilla del altar había varios bancos y gran número de reclinatorios con asientos y respaldos forrados de felpa azul-turquí. Fernanda callaba, mirando al espacio, distraendo sus ojos con los racimos de angelitos desnudos que jugaban entre el cielo de ópalo y carmín que llenaba la parte más alta y mejor iluminada del templo, bajo la balaustrada, que ponía sobre la rotonda una diadema de oro. Aunque vi-



viendo en sempiterno estado de anarquía y rebelión, la joven creía que Dios, fuente de amor y de justicia, la amparaba: la anarquía es caos, desmembración, desquiciamiento, mutación y ruina de todo lo constituido... Fernanda Montero recordó las palabras del profeta Isaías.

—Dios —pensó la antigua vizcondesa de San Bartolomé—, queriendo destruir este mundo y reemplazarlo por otro mejor..., sin hipocresías, ni traiciones, ni crímenes..., también es anarquista.

Comenzaban á llegar invitados; ellas lucían ricos trajes de seda y grandes sombreros de teatro; ellos vestían de levita, y avanzaban con estudiada pausa y prosopopeya; al caminar, sus cráneos vulgares oscilaban bajo sus cabellos, dominados por el cepillo y el cosmético; el ruido de los pasos y de los coches que se detenían delante de la capilla repercutía con eco grave y duradero bajo la bóveda. En la puerta aparecieron don Javier Celada y su cuñadita Matilde; se detuvieron un momento, entregando sus tarjetas de invitación á los porteros con frac, calzón corto y medias rojas que defendían la entrada; luego avanzaron, mojando distraídamente sus dedos en la pila del agua bendita; ambos vestían de riguroso luto. Matilde, esbelta y pálida, caminaba recogién dose el vestido, descubriendo su falda de barro de crespón de China... Al ver á Daniel Carmona y á Fernanda, los dos saludaron ligeramente, y fueron á sentarse cerca de otros invitados que les llamaban. Un acólito recorría el altar, arreglando los cojines donde el

celebrante y sus ayudantes habían de arrodillarse, y encendiendo los seis cirios; aquella luz rojiza refulgía sobre el bronce de la balaustrada, rompiendo desagradablemente el blanco resplandor general del templo.

Daniel Carmona miró su reloj: eran las diez y cuarto; faltaban quince minutos para que la imponente ceremonia comenzase. Los invitados continuaban llegando, deslizándose bajo la mampara que cubría la puerta; después avanzaban, paseando por todas partes sus ojos curiosos, tropezándose según se detenían á examinar las esculturas y los frescos, experimentando idéntica emoción de insignificancia y debilidad ante la pujante arquitectura de la elevadísima bóveda. Todo era pequeño; pero la altura de las columnas, el empuje ascensional de los ángeles que aleteaban sobre el altar, la gallardía de la cúpula y su linterna de colores, formaban una especie de movimiento ó aspiración que parecía levantar el edificio, dando á su pesada mole la ligereza de las plegarias que escalan los cielos. Ontígola hablaba con Daniel, felicitándole por la buena idea que tuvo de no descubrir su cuadro hasta el preciso instante de comenzar la misa.

— Es un golpe efectista — decía — de primer orden.

Carmona sonreía triunfante; aquella estocada, como la que un año antes le asestó el barón del Tajo, también iba derecha al corazón. Después llegó don Pablo Ardémiz, tosiendo y tiritando de frío bajo

su gabán de pieles, algo deslucido por los codos: Daniel le abrazó.

—¡Padrino—exclamó jovialmente—, aquí estamos todos...!

Á don Pablo también le preocupaba el misterio que envolvía el altar, con su cortina de terciopelo negro, sobre la cual la cruz abría sus brazos de plata, rielando á la sangrienta luz de los cirios. Daniel explicó el enigma; Ardémiz quedó maravillado.

—¡Famosa ocurrencia!—dijo—. ¡Lástima que un fotógrafo no pudiese tomar una instantánea del pasmo que reflejará el semblante de los invitados al recibir la revelación...! Sería un estudio curioso, que permitiría escribir algo acerca de la psicología de la sorpresa.

El público iba acomodándose, formando dos grupos: los hombres á un lado, las mujeres á otro, de pie ó arrodilladas en los reclinatorios, sobre cuyos respaldos apoyaban sus antebrazos, adornados con pulseras y rosarios tintineantes. La marquesa de San Juan, su hermana Teodora y la marquesita de Górgoles, saludaron á Ontígola; Ardémiz y Daniel Carmona saludaron también; era aquélla una fiesta de paz y reconciliación que hermanaba á todos. El marqués de San Juan y don Raimundo Ortiz de Marcos, que aún no se habían sentado, hicieron con la cabeza un signo expresivo de concordia y bienvenida.

—¿Quién predica?—preguntó don Pablo.

—Fernando Almonacid—repuso el médico.



—Le conozco. ¿Habla bien?

—Muy bien; es uno de nuestros mejores oradores sagrados. ¡Bah! El Padre Carmelo es hombre despierto, que sabe dar á estas funciones, de suyo monótonas y somníferas, variedad y belleza artísticas...

Y dirigiéndose á Fernanda Montero, agregó:

—Si Almonacid habla de la Virgen, como es de suponer, su sermón se trocará para usted en discurso apologético.

La capilla estaba casi llena de gente, y aún seguían entrando nuevos convidados; sin duda, la Junta de la Asociación, en su prurito de abrillantar la fiesta, ó apremiada por ineludibles compromisos, había repartido más invitaciones de las debidas, como siempre en las grandes ceremonias públicas acontece; y, realmente, el lindo templo parecía un teatro, con sus centenares de espectadores elegantes apiñados ante la cortina de terciopelo negro que velaba, á modo de telón, el gran secreto artístico del altar. El cuadro de Carmona, tan elogiado por la Prensa, preocupaba la atención de las mujeres, en quienes la bizarra apostura, probado talento y románticas aventuras del pintor despertaban vivas simpatías.

—Sería gracioso—murmuraba la cuñada del marqués de San Juan—que Carmona se hubiese servido de Fernanda para pintar su Virgen.

Carmen sonrió, apreciando la traviesa ocurrencia de su hermana.

—No—dijo—, sería demasiado atrevimiento.

—¡Ah! ¡Quién sabe...! Daniel es capaz de todo.

Un confuso murmullo de conversaciones ascendía de aquella multitud alegre, turbando la serena quietud de la cúpula; el ruido de los coches, el bataneo metálico de los caballos, piafando sobre el adoquinado de la calle, y el seco golpe de las portezuelas, estremecían los ámbitos del templete, invadiéndolo en una ola profana. Fernanda Montero no apartaba los ojos de la puerta.

—Mi madre—dijo—debe de estar enferma.

—Tal vez—repuso Daniel, estrechándola una mano disimuladamente, como para infundirla alegría y valor—; yo también miro y no la he visto...

En aquel momento entraban los vizcondes de Algorta y sus hijas Teresa y Pilar; tras ellas aparecieron el vizconde del Tajo y Victoria; pasaron de prisa, sin mirar á nadie, ganosos de conquistar un buen asiento.

—Ahí va Calleja—murmuró Fernanda tocando á Daniel en un brazo.

—¿Le has visto?

—¿Sientes odio hacia él?

—No... ¿Y tú?

—Yo, tampoco.

Y añadió sentenciosa:

—¡Es que somos buenos...!

Por la puertecilla entreabierta de la sacristía, don Carmelo y el Padre Melgares atisbaban el animado cuadro que iba preparándose.

—¡Hay mucha gente!—exclamó don Carmelo.

—Mucha.

—Allí veo á Matildita Llordéns; está pálida...

—Ayer me dijo el vizconde de Algorta—repuso Melgares—que Celada quiere casarse con ella; ya sabe usted..., cuestión de herencia.

Bringas, sentado en un sillón, leía un periódico; don Fernando Almonacid paseaba á largos pasos, con las manos cruzadas sobre los riñones; absorto en meditaciones profundas.

—¿Cómo anda ese sermón?—preguntó Bringas.

—Mal — contestó Almonacid deteniéndose —; ¡muy mal...! No he tenido tiempo de prepararme; á estas alturas aún ignoro de qué voy á hablar.

—No importa; usted siempre habla bien...

Don Carmelo Díaz se acercaba:

—¡Querido Almonacid! — exclamó —. ¿Ha visto usted cómo está nuestra iglesia...? ¡Ni el patio de butacas del Teatro Real en día de moda...!

Y golpeando con su pie ambicioso y triunfante el embaldosado de la sacristía, añadió:

—¿Se acuerda usted de cuando aquí crecía la hierba...?

La sacristía era un salón cuadrangular, sin otro mobiliario que algunos escaparates de pino y varios divanes; la pila bautismal se disimulaba bajo el hueco de una ventana; en el centro de la habitación había una sólida mesa conventual, sobre la que dos acólitos iban colocando las sagradas vestiduras sacadas de un armario; en otra mesa, el maestro de cere-



monias preparaba el cáliz. Como entre bastidores repercute el murmullo del público que invade el teatro, así resonaba en la sacristía el callado musiteo de los invitados, caminando, tosiendo, conversando en voz baja...

—Allí vienen doña Petra y doña Benita—dijo Melgares, que seguía observando por la rendija de la puerta.

Eran las once menos cuarto.

—¿Y en el coro?—interrogó don Carmelo—. ¿Quién hay...?

Melgares, que tenía buena vista, empezó á contar:

—El organista..., Faustino..., dos..., tres... ¡Sí, creo que están todos...!

—¡Ea, pues!—exclamó el Padre Carmelo, dirigiéndose á uno de los monaguillos—. Dile al campanero que toque. Y nosotros, señores..., vamos á vestirnos.

La anciana doña Petra, apoyándose en el brazo varonil de su amiga, atravesó la capilla y fué á sentarse cerca de la balaustrada del altar, sobre su catesillo de misa; sus cabellos blancos, el temblor general de su cuerpo inseguro y el ruido triste de sus pies que se arrastraban, imponían respeto y piedad; todos la abrían paso.

—¡Pobre madre!—murmuró Fernanda—. ¡Qué viejecita está...!

Y ya no supo apartar de ella los ojos, temiendo que el descubrimiento del cuadro la emocionase demasiado. El público se impacientaba, protestando de

que le hubiesen citado treinta minutos antes de comenzar la misa; las levitas y los gabanes de los hombres recortaban una mancha negra, de uniformidad impenetrable; las mujeres, con sus sombreros cargados de lazos y largas plumas, formaban un raro jardín ó plantío de flores nunca vistas. Entre los invitados estaban también el conde de Charco, mostrando su vieja cabeza, de donde los recuerdos iban escapando; y el fiscal don Heriberto Medina, con su señora; el escribano de la Audiencia don Faustino Ruiz-Valle, con su mujer y sus dos hijas, llegó después; don Ramiro Salinas y Pepe Gamero charlaban cerca de la puerta; en un rincón el anciano barón de San Lucas explicaba á Vicente Risueño los motivos que le obligaron á reconciliarse con Martina Olivares.

—No puedo vivir sin ella—decía—, no puedo...

El sombrerero contestaba distraído y escéptico:

—¡Oh...! El amor es así.

Los invitados pasaban de trescientos; no faltaba nadie; sobre aquella multitud descreída y frívola, los dos huerfanitos del grupo escultórico donde Montoya representaba la Caridad lanzaban una mirada temerosa y acusadora; y sus ojos de piedra tenían una expresión punzante, que las malas madres habían de sentir muy hondo... El clamoreo de las campanas que volteaban anunciando el comienzo de la misa aplacó los ánimos impacientes; una nota escapada del órgano volvió hacia atrás todas las cabezas...

En la sacristía los sacerdotes acababan de vestirse,

—Tú—exclamó el Padre Carmelo empujando á un acólito—, ve á descubrir el cuadro...

—Ya está el toro en la plaza—dijo Melgares riendo—; veremos qué efecto produce.

El Padre Carmelo se encogió de hombros.

—¡Bueno!—repuso—. ¿Qué impresión quiere usted que produzca? El cuadro es hermosísimo, y eso es lo principal y lo único que á nosotros debe preocuparnos.

—Pero como la vizcondesa de San Bartolomé tiene esa historia...

—¿Y qué?—interrumpió Almonacid, á quien la discusión seria de aquellas pequeñeces disgustaba—. ¿Y qué? En los altares no se adora la belleza de las imágenes, sino el concepto místico personificado ó materializado en ellas. La obra de Daniel Carmona es admirable, de una idealidad exquisita; ese hombre, sin saberlo, tiene fe y es creyente..., un gran creyente..., y he de decírselo desde el púlpito.

Melgares sonrió.

—Usted puede hablar y defender todo cuanto guste, querido don Fernando; por eso no hemos de reñir...

—Además—contestó Almonacid serenándose—, que si estudiásemos la historia íntima de las mujeres que sirvieron de modelo á los pintores místicos más célebres, y quisiéramos prescindir de las pecadoras, los museos y los altares quedarían vacíos...

Al descorrerse la cortina que cubría la imagen de Nuestra Señora de la Piedad, un rebullo extraño, ra-



pidísimo, como un estremecimiento de frío, agitó á la concurrencia; en su templete de mármol, bañada por la luz macilenta de los cirios que la iluminaban de abajo á arriba, la imagen de la Inmaculada aparecía orlada de inexplicable majestad y belleza; la venus-tidad grave y augusta de lo eterno, de lo que no pasa... Aquel hilillo luminoso que separaba la cabeza del fondo negro, refulgía misteriosamente en la sombra; la blanca claridad de la bóveda depositaba sobre la frente, grande y triste, un beso de luz; sus ojos reposaban sobre la multitud una mirada serena, penetrante, inaccesible al temor ni al odio, y que obligaba á bajar los párpados; y aquellos ojos parecían mirar á todas partes, reconcentrando en cada espectador una acusación particular, terrible, dirigida á él solo.

—¿Qué dije?—murmuró la cuñadita del marqués de San Juan—. Ahí tienes á Fernanda.

—¡Qué atrevimiento!

Todos se miraban algo irritados, pareciéndoles que la Junta de la Asociación les citaba allí para afrentarles.

—Es Fernanda Montero...—repetían.

—¿Y ese niño?

—Será suyo...

—Sí, probablemente... No sé quién dijo que estaba embarazada.

Las mujeres miraban el cuadro á través de sus impertinentes.

—Debe confesarse—decían—que Fernanda Montero es muy guapa.

Los hombres se entusiasman.

—¡Es una gran mujer!—repetían—. Hay en su rostro hermosura, mucha hermosura... y mucha bondad. Realmente, Daniel Carmona no pudo hallar modelo mejor...

El movimiento hostil suscitado por la primera impresión declinaba, vencido por la paz inalterable que orlaba, como nimbo divino, el retrato de la vizcondesa de San Bartolomé. Daniel y Fernanda Montero miraban al espacio, mostrándose ajenos y superiores á todo.

—Y Carmona nada inventó—decía el marqués de San Juan—; Fernanda y el retrato son perfectamente iguales.

—Es lo mejor que hay en la capilla—exclamaba Antúnez—; la obra de Daniel es, sencillamente, una obra maestra.

La audacia del pintor había esclavizado el espíritu fantaseador de las mujeres; admiraban su perseverancia ante el peligro, su heroísmo estoico, su genio, que logró poner en el altar á la pecadora por todos despreciada.

—Sólo Cristo, con Magdalena —decía Ontígola—, hizo otro tanto.

Todos sentían deseos de perdonar á Fernanda, acusándose de haberla insultado alguna vez de palabra ó de pensamiento; recordaban las terribles escenas del teatro y del baile; unos y otros la habían mortificado á porfía, retirándola su amistad y su saludo, condenándola á la desesperación del aislamiento

y de la miseria, cooperando inconscientes á colocarla sobre el alto sitial donde el cristianismo adora el sufrimiento y la virtud. Y Fernanda Montero les miraba tranquila, como perdonándoles todo el mal que la hicieron.

Doña Petra, presa de indefinible emoción, viendo á su hija sentada donde sus ojos ignorantes de devota sólo vieron á la Virgen y á Dios, lloraba, apoyando su vieja frente sobre el pecho de su amiga. Aquellas dulces lágrimas maternas desbordaron en favor de Fernanda Montero una nueva corriente de viva simpatía.

—¡Llora de alegría!—murmuraban—. ¡Pobrecilla vieja..., qué contenta estará...! Ella, por lo visto, nada sabía...

Muchas mujeres se enjugaban los ojos; las que estaban más cerca de doña Petra procuraron consolarla.

—¡Pobre hija!—repetía la anciana—. ¡Hija del alma! Viéndola así... tan triste, tan pálida... y entre esos cirios..., me parece muerta.

De pronto, la marquesa de San Juan, sensible y nerviosa, rompió á llorar; la de Górgoles lloraba también. Fernanda Montero, vencida al fin por la emoción, cayó de rodillas sobre su reclinatorio; su alegría estalló en sollozos. Su amor á Carmona la redimía; estaba perdonada...

—"Tu fe te ha hecho salva—dijo Jesús á Magdalena—; vete en paz."

Las vibraciones agudas de una campanilla anunciaron á los concurrentes que la misa iba á empezar.



Salían de la sacristía los acólitos, seguidos del turiferario y del maestro de ceremonias; tras éstos, y caminando con grave, majestuoso y reposado continente, iban el subdiácono don Dionisio Bringas, después el diácono don Arturo Melgares, y, finalmente, don Carmelo, que avanzaba como en éxtasis; la contrición y humildad cristiana habían muerto la expresión triunfante de sus ojos. Los invitados dirigieron sus miradas curiosas hacia los tres ministros, resplandecientes bajo sus opulentas vestiduras; con las níveas albas, símbolo de pureza; los cíngulos de áureos flecos, que ciñen el cuerpo y recuerdan la necesidad de la mortificación y las cuerdas con que Cristo fué arrastrado al tormento; los manípulos, expresando que sólo el trabajo y las lágrimas conquistan el Cielo; y las bordadas casullas, emblemas magníficos de la caridad que debe brillar en todos los actos humanos...

Sobre el altar, ante la cruz, el cáliz guardador de la sangre y del cuerpo de Cristo, reposaba bajo el velo sérico del supremo misterio. El celebrante, Bringas y Melgares, llegaron delante del altar; el turiferario, el maestro de ceremonias y los dos acólitos se habían distribuído artísticamente; á la luz de los cirios los ricos bordados de las casullas resplandecían; la pompa y grandiosidad de la ceremonia imponía atención y recogimiento á los invitados, las mujeres buscaban en sus breviarios el sagrado oficio. El celebrante se persignó; comenzaba la misa: *In nomine Patri et Filii et Spiritui Sancto...*

Don Carmelo accionaba lentamente, dando á sus

gestos y genuflexiones irreprochable majestad; Melgares y el Padre Bringas se movían simultáneamente; el fleco dorado de sus casullas rozaba los alfombrados peldaños; en el silencio resonaban confusamente, como acalladas por la meditación, las voces de los tres sacerdotes. Casi todas las mujeres estaban de hinojos sobre sus reclinatorios; Daniel Carmona se volvió hacia Fernanda, que rezaba.

—¿Estás satisfecha?—murmuró.

Ella afirmó con la cabeza.

—Más lo estarás luego... cuando la campanilla arrodirle á todos, poderosos y humildes...

Y agregó:

—Ese..., ese era el momento... que tanto he buscado.

El Padre Carmelo dijo: *Oremus*, y después de besar el altar, se volvió del lado de la Epístola, recibiendo de manos de Melgares la cucharita con que por tres veces había de coger incienso; el turiferario trajo el incensario; el incienso cayó sobre las brasas y el humo comenzó á elevarse, llenando el espacio; don Carmelo murmuraba, lleno de santa unción: *Ab illo benedicaris, in cujus, honore cremaberis. Amén...* Luego incensó por tres veces la cruz y el altar; Melgares y el Padre Bringas le ayudaban sosteniéndole la casulla; tras las volutas y espirales del humo sagrado, la imagen de Nuestra Señora de la Piedad palidecía...

La campanilla del acólito anunció á los fieles que iba á comenzar el introito.

—Ahora—murmuró Daniel.

Su voz tenía el timbre triunfante y colérico de cuando el pintor, batiéndose con el barón del Tajo, se tiraba á fondo. Todos se arrodillaron, la vista en el suelo, las orgullosas cervices humilladas por el temor de Dios.

—Ya están—agregó Carmona—como yo quería verles... ¡De rodillas...! ¡Ah..., por fin...!

El Padre Carmelo dijo el introito vuelto de frente al misal; después empezaron los *kyries*, coreados por las voces robustas de los ministros. De pronto, al llegar al último *kyrie*, las trompetas del órgano lanzaron al espacio un torrente de notas; á la emoción religiosa, fase ó variante más alta del sentimiento, venía á aunarse el hechizo inmaterial y fantaseador de la música; arte divino que, como sus ondulaciones, tiende hacia el Cielo eternamente, y ambos subían juntos, como Psiquis y Amor, volando hacia el ideal increado, aquietamiento y satisfacción de todo deseo. A las voces del altar, el coro y el órgano respondían clamorosos, con anhelo místico que calofriaba los nervios, meciendo el ánimo en un encanto exquisitamente voluptuoso; las notas agudas caían sobre el auditorio como granizada, mientras las graves, estruendosas como ronquidos, parecían surgir del piso del templo, cosquilleando las plantas de los pies, arrebatando á la respetuosa concurrencia en una grandiosa espiral de relampagueantes armonías. Sobre el lleno y acordado trueno de los grandes acordes, potentes y ampulosos, capaces de llenar con el



impulso fanático de su fe el inmenso azul, los *piccicatos* y *florituras* brincaban, pellizcándole, tejiendo afligranados arabescos, formando cascadas bullentes de sonoros encajes; las trompetas, sucesivamente, lloraban y reían.

Hubo una pausa; el Padre Carmelo, gravemente, levantando la punta de los dedos á la altura de sus ojos, entonaba el solemne *Gloria in excelsis*... A su voz, el coro y el órgano contestaron; la altiva bóveda, con su linterna de vidrios multicolores, retembló; los tres ministros se habían sentado en los sillones colocados á un lado del altar, de espaldas á la sacristía; los armoniosos clamores del instrumento rey aleteaban en la amplitud blanca de la rotonda; bajo su caricia vibrante, los frescos se animaban; las mismas esculturas inertes escuchaban, cual si el genio del músico despertase la vida en sus cráneos de mármol...

Fernanda Montero, inmóvil, miraba al altar, con los brazos apoyados en su reclinatorio, y el cuerpo oculto en la pomposa amplitud de su falda negra. Bajo las blondas de su mantilla aparecían sus cabellos partidos sobre la frente, sus cejas, un poco afligidas por la costumbre de los sufrimientos solitarios, sus labios entreabiertos. En aquella actitud espectante su semejanza con la imagen de Nuestra Señora de la Piedad crecía, llegando á la identidad perfecta: algunos concurrentes lo advirtieron; era la misma expresión, la misma cabeza, grave y dulce, que escuchaba todas las plegarias y olvidaba, perdonando, todas las afrentas...

Los tres sacerdotes se habían levantado y, dejando los bonetes sobre sus asientos, tornaron á colocarse delante del altar; el Padre Carmelo lo besó, y dijo volviéndose hacia el público: *Dominus vobiscum...* A lo que el órgano respondió con un nuevo grito avasallador y tonante.

El conde de Charco se acercó á Gamero:

—¿Usted está fuerte en liturgia?—preguntó.

—Según..., no mucho.

—¿Recuerda usted cuándo alzan?

El abogado rió.

—¡Uf!—dijo—. No tenga usted prisa; aún falta el sermón.

—¡Trómpolis, qué largo es esto...! ¿Sabe usted que van doliéndome los riñones y las rodillas...?

—No hay para qué pensar en ello; y usted menos que nadie, querido conde; usted..., que goza la feliz capacidad de olvidarlo todo...

Ante el altar, las genuflexiones y armónicos movimientos de los tres sacerdotes continuaban; la luz serena de los cirios cabrilleaba por los brazos argentarios de la cruz y los candelabros; sobre la hornacina ó templete corintio de Nuestra Señora de la Piedad, los dos ángeles en quienes Bernardo Montoya simbolizó la Oración y la Fe extendían sus alas de piedra; las plegarias, rezadas en voz baja, formaban un jesuseo ininteligible; las espirales del incienso volvían á llenar el espacio. Don Carmelo concluyó de leer el Evangelio; el sermón iba á empezar. Los invitados procuraron colocarse mejor, queriendo es-

cuchar cómodamente la piadosa plática, única novedad y no sabida emoción de la brillante ceremonia.

—Veamos qué dice Almonacid de nosotros—murmuró el vizconde de Algorta.

—Acaso nos cite—repuso el marqués de San Juan.

Se rebullían inquietos, orgullosos de hallarse en aquel templo á cuya edificación y ornato tanto habían contribuído. Don Fernando Almonacid salió de la sacristía y con una rodilla en tierra recibió la bendición del celebrante; después besó el altar y se dirigió al púlpito con largos pasos de sonámbulo; los tres sacerdotes habían vuelto á ocupar sus sillones; sus casullas se confundían, superponiéndose, simulando una masa de oro y nieve, sobre la que descollaban las cabezas de los clérigos: Melgares, pálido y burlón; don Carmelo, sanguíneo, abarcando el lujo de la capilla con su penetrante mirada de hombre de presa; el Padre Bringas, apagado y beatífico, con sus pequeños ojos parpadeando de sueño bajo una frente cobriza, calva y hueca. El órgano callaba; el silencio era absoluto; la expectación inmensa.

Almonacid permaneció algunos momentos agarrado con sus pálidas manos á la barandilla del púlpito: aunque viejo, parecía joven; su cabeza, batalladora y poderosa como la de Bossuet, brillaba á la luz; en sus ojos grandes la inspiración mística relampagueaba, la nariz dantesca se encorvaba sobre la boca, dando á su rostro enjuto una expresión



dura de ave nocturna; bajo la sotana, su alto cuerpo, seco y nervioso, se estremecía. Comenzó á decir con voz muy baja:

—*Diligite inimicos vestros benefucite his qui oderum vos, et orato pro persecuentibus et calumnionibus vos.* Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, rogad por los que os persiguen y calumnian. Evangelio de San Mateo, capítulo quinto, versículo cuarenta y cuatro...

Dió un paso atrás, frunciendo el entrecejo, recogiendo sus pensamientos; luego avanzó señalando la puerta con un gesto dictatorial y terminante de su mano derecha:

—Hermanos—exclamó—: "Si presentas tus dones al altar—dijo Cristo—, reconcílate antes con tu hermano." ¿Cumplisteis la recomendación del que nunca pecó...? Quien lleve en su alma la sombra de un rencor ó el torcedor deseo de una venganza incumplida; el sin ventura que no haya podido lavar su ánimo del odio, enemigo del sueño, ó de la cólera vestida de rojo, ofende á Dios... Y antes que ofenderle debe marcharse de aquí; la puerta es aquélla...

Hubo una pausa; muchas mujeres miraban á Fernanda. Almonacid continuó:

—Nadie se mueve, y celebro de todo corazón que se hallen vuestras conciencias tan limpias y bien purgadas del pecado más común y menos disculpable, pues se funda, no en la complacencia de los sentidos, que al cabo es amor, si bien descami-

nado y vicioso, sino en el odio, pasión satánica, que convulsiona los infiernos. Vuestra pureza de pensamiento, hermanos, facilitará mi tarea, poniendo nuestros espíritus en rápido contacto, explicándoos conexiones que pasan inadvertidas para mí, ahuyentando sombras y vertiendo fuerte luz cenital sobre aquellas reconditeces que mi flaca imaginación y corta suerte dejen á oscuras ó mal alumbradas.

La Humanidad es extensión, difusión ó ensambladura de familias, como la familia es prolongación ó esparcimiento del hombre; de facultades están compuestas las àlmas, de individuos consanguíneos los hogares, y de hogares coterráneos las naciones. El hombre mozo forma una familia: su amor buscó esposa; su trabajo defiende su casa, pone los manteles á su mesa, protege el sueño de sus pequeñuelos; y su esfuerzo es amor á los suyos y su virtud cariño también, que esclarece y abrillanta el nombre de todos. El amor preside el matrimonio de los honrados y el nacimiento de los hijos, haciendo que éstos custodien la ancianidad vacilante de sus padres y no piensen en abandonarles antes de sazón; así surgen las familias y por igual manera los pueblos; por el amor que les inspira haber nacido bajo el mismo retazo de cielo donde sus progenitores cerraron los párpados, y prosternarse á orar sobre el mismo pedazo de tierra donde aquéllos reposan, y apacentar sus ovejas en los mismos prados, y dormir en tiempo de guerra bajo los pliegues de la misma bandera...

¿Habéis observado lo que hacen unos ríos con otros y con los objetos abandonados en su corriente...? Un arroyuelo corre murmurador por entre el doble festón de espadañas y juncos mimbreantes con que la primavera adornó sus orillas, y arrastra en su fugitivo cristal insectos, flores y hojas caídas; lo que unas ondas dejaron atrás, por los remansos, otras lo recogen, y todo sigue hacia adelante, buscando la parte más baja de los campos; ésta es su hacienda, su tesoro, y por nada prescindirá de él: pero luego, tras innúmeras revueltas, el arroyo llega al riachuelo, del que es servidor y tributario, y éste, con sus aguas, recibe cuanto en ellas venía y la obligación de seguir las empujando adelante; y así van navegando siempre de unos ríos en otros, buscando continuamente los mayores y más profundos, hasta dar en la corriente del que es medula ó principal arteria de la cuenca hidrográfica, que continúa empujando hacia el mar las aguas y las pequeñas presas que afanaron por las cumbres de la sierra sus afluentes más remotos: el Océano lo recibe todo; el ambicioso anhelo de todos los ríos halla paz y satisfacción en su seno inmenso... Así van los hombres y sus actos, á sus familias, y éstas á los pueblos, y las naciones á la sociedad, y la Humanidad á Dios, sin que nada, ni aun lo más pequeño y callado, se oculte y deje de repercutir y comparecer, donde todo pensamiento halla forma, eco toda palabra, imagen toda escena. Como la gravedad mueve las aguas en nuestro planeta y á los astros en el espa-



cio, así el amor dirige y gobierna el concierto de las almas, obligándolas á voltear alrededor de Dios, centro imantado de todo pensamiento, eje sobre que gira el facistol de la eternidad... de la eternidad inmutable, compuesta del tiempo sin medida, del espacio que no tiene fronteras... ¿Cuán grande, hermanos míos, será el amor divino, que de él están repletos y desbordantes el espacio y el tiempo...?

De esto voy á hablar y del fin para que fué fundado el Colegio de Nuestra Señora de la Piedad, que hoy inauguramos. No extrañéis que á ratos, recordando los crímenes de los malos padres, mi estilo sea duro; ni blando si cuenta las incontables desventuras de los huérfanos, porque la indignación que enciende el pecado y la misericordia que despierta el abandono de los débiles hieren mi alma igualmente. ¡Hermanos...! Que la Virgen Inmaculada será brújula y norte de nuestras voluntades: levanted vuestros espíritus hacia el bien, meditad, procurando que el amor riegue vuestras conciencias, y veréis cómo las buenas semillas que allí pusieron vuestras madres germinan bajo la lluvia dulce y fecunda de la paz y de la penitencia; la paz, escribió San Agustín, "es serenidad de la mente, tranquilidad del ánimo, vínculo del amor, consorcio de la "caridad". Yo os quiero ver tranquilos, hermanos; porque el sosiego es salvación y alegría; extinguid la diabólica cizaña del odio, apagad la hoguera sangrienta de la venganza; "que no se ponga el sol, "como dice San Pablo, sin que la tempestad de

"nuestra cólera se haya apaciguado enteramente." La Virgen nos ayudará. *Ave María...*

Se hincó de rodillas, desapareciendo cortos instantes tras la barandilla del púlpito; por los ámbitos de la capilla corrió un susurro de cuerpos que se movían procurando no hacer ruido, de sedas crujientes.

—Habla bien Almonacid—murmuró Bringas, sin mover la cabeza.

Don Carmelo repuso:

—Es para lo único que sirve: para hablar.

Aun sabiéndole docto y brillante orador, el Padre Carmelo, en su batallador criterio de hombre de acción, le despreciaba. Don Fernando Almonacid reapareció bajo el dorado dosel del púlpito; sus tres compañeros callaron, guardando su solemne quietud litúrgica. El orador prosiguió su sermón; su verbo era fresco, majestuoso y arrullador, como río abundante.

—No necesito hablar ahora —dijo—del amor que profesamos á los padres: cariño pacífico, inconsciente, instintivo como la afición á la luz, y que nace y crece con nosotros; sino de aquellos otros amores que podríamos llamar adquiridos, pues se produce cuando el sujeto goza el pleno uso de sus facultades y funciones. No puede ser buen ciudadano, ni grato, por tanto, á los ojos de Dios, quien no supo ser buen esposo y buen padre, por la razón incontestable y sencilla de que quien aborrece á los hijos de su carne, mal puede querer á los demás. Y

no olvidemos tampoco que quien tal hace ofende gravemente á Dios, porque valiéndome del ejemplo que antes puse, el pecador ingrato á sus allegados enfanga su arroyo, mancilla su frente y su ponzoña oscurece el cristal de los ríos mayores y llega al mar. El hombre que no quiere á los niños, no es bueno.

Hablando de esto, acuden á mi memoria las palabras maravillosas con que respondió Jesús á sus discípulos que le preguntaban quién es mayor en los cielos. "En verdad os digo—exclamó el Salvador—"que si no os volviereis é hiciereis como niños, no "entraréis en el reino de los Cielos." Con lo que expresaba que, de todos los seres, los niños son los más puros y gratos á los ojos de Dios. Y añade Jesús: "¿Quién de vosotros es el hombre á quien si "su hijo pidiera pan, le dará una piedra, ó si pidiera "un pez, por ventura, le dará una serpiente...?"

Con ser infinitos los alcances y penetración del Crucificado, su misericordia se negaba á comprender que hubiese hombres que, contradiciendo el ejemplo de las fieras, abominasen de sus hijos. Y, sin embargo, los hay, hermanos míos; todos vosotros sabéis que el colegio de Nuestra Señora de la Piedad fué erigido para remediar, en lo posible, esta repugnante vergüenza humana, y mucho temo que sus refectorios y sus claustros y sus dormitorios, con ser tan grandes, no puedan dar refugio á todos los niños que el vicio y el crimen dejan abandonados. Permitid, hermanos, que al llegar á este punto mi indignación se



desate y pinten mis labios de hollín esos abominables pecados de lesa Humanidad, con los que todo eufemismo parece punible transacción ó cobarde disculpa. No quiero... ni puedo hablar aquí de las mujeres que, por no estropear su belleza satánica, se niegan á ser madres, ni de las miserables que matan en su vientre lo que sus entrañas concibieron; no me atrevo; temo que los muros de esta santa capilla se resquebrajen y la bóveda salte y caiga en pedazos sobre nosotros pecadores. Pero sí hablaré de las madres que abandonan á sus hijos en el torno de las inclusas; de las coquetas, con cara de ángel y corazón de piedra, que, luego de verles reir, pueden separarse de ellos y permitir que otras mujeres les crien y amamanten.

Hubo un silencio dramático; algunas mujeres habían palidecido; en la oquedad del templo, las miradas de Almonacid y de Ontígola se cruzaron, recordando viejas historias.

—Imagino fácilmente el espantoso prólogo de esas tragedias—prosiguió el predicador—; la madre infame sale de su casa llevando oculto bajo el brazo, como se lleva el cuchillo ó el trabuco que matan, al hijo que ha de abandonar: aquel niño inocente es la deshonra, el testimonio palpitante del beso criminal que nunca debió darse... Quiere esconderle, lanzarle al abismo de lo anónimo, de lo que rueda sin hogar y sin nombre; ocultarle para que los hombres no le vean..., y espera que las tinieblas nocturnas enluten las calles; y no sospecha que los ojos de

Dios la persiguen y leen de corrido sus negros pensamientos y cuentan sus pasos. Ya llegó, ya está delante de la inclusa, dormida bajo un cielo que la pecadora encuentra demasiado alto; el torno espera allí... Ella se acerca mirando á todas partes, con la esperanza demoníaca de quien pretende tapar los borrones de lo escrito bajo un borrón mayor, y abandona su carga; después tira del cordón de la campanilla, y se aleja... El niño llora, presintiendo su desgracia; el torno gira...

¡Oh, hermanas mías, que me escucháis...! Vosotras, que por vuestro sexo estáis más vecinas de la emoción que en vano procuro representarme, decid qué sienten esas madres viendo desaparecer tras el muro al hijo de su sangre. No hablemos de su alma, porque no la tienen; sí de su cuerpo, de lo que hay en ellas de instintivo y puramente animal: ¿no protestan sus nervios contra el crimen? ¿No conservan sus oídos, como una pesadilla, el eco de aquel último lloro infantil, resonando en el silencio de la calle desierta? ¿No cae sobre sus ojos la noche horrible que desde aquel momento vela el porvenir del hijo abandonado...?

Y añadió, adelantando el busto por la barandilla del púlpito y extendiendo sus largos brazos convulsos hacia el grupo con que Bernardo Montoya representaba la Piedad:

—¡Vedles, cómo se acogen á la religión...! ¡Vedles, cómo huyen de la Humanidad cruel que les trajo al mundo y les abandona..., y más tarde les afrenta!

¡Vedles...! ¡Diríase que los autores de su desgracia están ahí abajo...!

Todos miraban, siguiendo el gesto imperioso del predicador; sobre la multitud atónita los dos huerfanitos lanzaban la mirada buida y hostil de sus ojos de piedra.

—¿Y qué diré—prosiguió Almonacid—de las madres que por desmedido amor á sí mismas ó pecaminosa coquetería, que no por motivos de salud, niegan á sus hijos el precioso alimento de su leche...? Los instintos se heredan: en las ubres de la vaca bebe el toro su fuerza; las mamas de las tigres y de las hienas son fuentes de crueldad y fiereza. ¿Quién asegura que esas nodrizas, traídas de muy lejos, y de cuyas costumbres nadie sabe, no depositen perniciosas simientes en las venas de los niños que la costumbre puso á su cuidado? Los médicos pueden certificarnos la robustez de sus cuerpos; pero ¿quién conocerá la salud ó impureza de sus almas?

Prosiguió, dirigiendo sus miradas hacia el altar:

—Hermanas, imitad á María. ¡Vedla, qué hermosa, qué triste, qué abnegada...! Ella concibió á Jesús; Ella le amamantó con la leche, esencia de su divina sangre; le cuidó cuando niño; le acompañó á todas partes cuando hombre; enjugó con sus cabellos sus pies ensangrentados; bañó con sus lágrimas la tierra de su sepulcro... Ella llora con todos los que lloran, y ríe con los alegres y sin mancilla, y todo lo perdona, porque sufrió mucho... ¡Vedla, qué pura...!



Aunque joven, el dolor puso sobre su frente el sol melancólico de la tarde.

Fernanda Montero lloraba en silencio. Almonacid continuó su apasionada peroración, tronando por estilo brillante y heroico. Suavemente fué atando, con hábiles ligaduras, los puntos extremos de su largo y complicado sermón, y pasando del natural amor á la familia á aquel otro cariño que, según las hermosas enseñanzas evangélicas, debe convertir en hermanos á todos los hombres: olvidemos las ruines pasiones; cada iglesia es un templo erigido á la paz; pecan mortalmente los malos devotos que piden ante el altar la muerte de sus enemigos... Recordó con Kempis la brevedad de la vida, corta para rezar y merecer el perdón de nuestras culpas, y las consoladoras palabras de San Pablo: "No debéis nada á nadie, sino el amaros mutuamente..."

—Depongamos nuestras inútiles y viejas rencillas—agregó el predicador—; la misericordia y bondad divinas son muy grandes, y las puertas del Cielo nunca están herméticamente cerradas á la esperanza: todos los errores tienen enmienda; todos los pecadores pueden salvarse si su contrición es sincera; ¿qué importa el pasado...? Acordémonos de la mujer de Loth, convertida en estatua de sal por mirar hacia atrás.

¡Amaos, hermanos míos...! El cristianismo es una religión toda amor. ¡Mirad los frescos que adornan estas santas paredes...! Ved á Jesús curando á los leprosos, llamando á los niños, perdonando á los pe-

cadore, muriendo por nosotros; entendido que todo ello es el canto triunfante de la reconciliación y del bien. Dios, que es amor, es belleza y bondad y arte supremo; la Virgen también es hermosa, con hermosura inconcusa y excelsa, porque amó infinitamente: acerquémonos á Dios, queridos hermanos, imitando á María; seamos humildes y pobres de espíritu; perdonemos á nuestros enemigos; amémosles, compadezcámosles... Compadezcamos también á Satán, hermanos; á Satán..., ¡que no ama...!

Daniel y Fernanda Montero se miraron con los ojos arrasados en lágrimas, de puro y subidísimo júbilo; el Calvario se convertía para ellos en milagroso Tabor; la piedad del Crucificado arrancaba las coronas de espinas con que martirizaron sus sienes la hipocresía y la ingratitud; la hora de la resurrección gloriosa había llegado. La voz suave del predicador llenaba la amplitud del templo con un himno de paz:

— "Bienaventurados los mansos: porque ellos poseerán la tierra. Bienaventurados los que lloran: porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia: porque ellos serán hartos..."

Palma de Mallorca.—Julio, 1902.

FIN













152425

LS.

Z232

Author Zamacois, Eduardo

Title Obras completas. Vol.4.- Duelo a Muerte.

University of Toronto  
Library

DO NOT  
REMOVE  
THE  
CARD  
FROM  
THIS  
POCKET

Acme Library Card Pocket  
Under Pat. "Ref. Index File"  
Made by LIBRARY BUREAU



